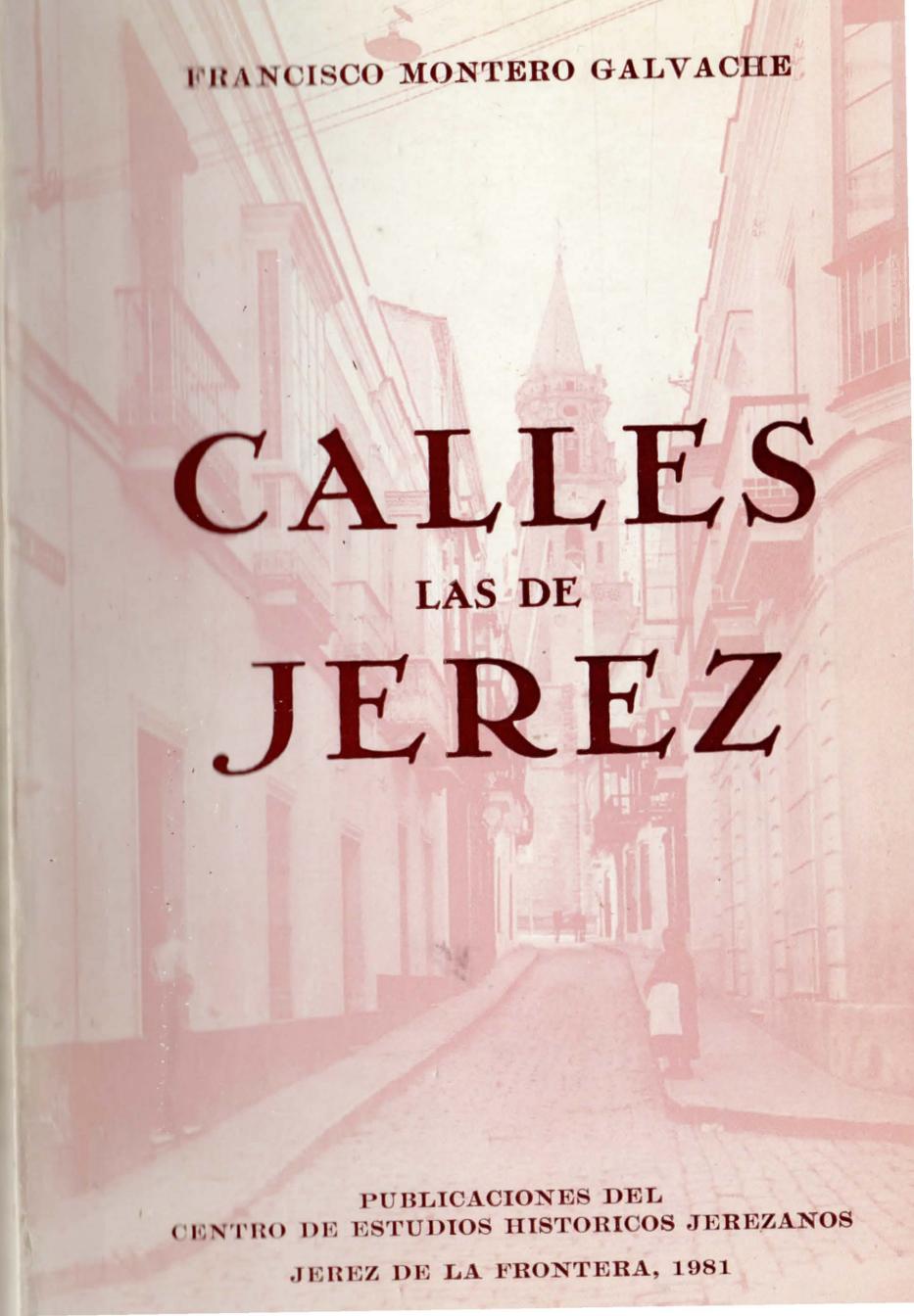


FRANCISCO MONTERO GALVACHE



# CALLES

LAS DE

# JEREZ

CALLES LAS DE JEREZ

PUBLICACIONES DEL  
CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS JEREZANOS

JEREZ DE LA FRONTERA, 1981

# CALLES DE JEREZ

3.ª Serie.

Sección Ensayos 3.ª/n.º 9.

© Francisco Montero Galvache.

**Publica:** Centro de Estudios Históricos Jerezanos.  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.  
(CSIC - CECEL).

**Edita:** Consejo Superior de Investigaciones Científicas (9) (CSIC)  
Confederación Española de Centros de Estudios Locales  
(CECEL)

Centro de Estudios Históricos Jerezanos.

**Imprime:** Gráficas del Exportador - Caracuel, 15 - Jerez de la Frontera.  
I.S.B.N. 84-00-5506-3 — Dep. Legal CA. 686/83.

## PROLOGO

## PROLOGO

*Querido lector:*

*¿Por qué regla de tres tiene a la fuerza la Historia que ser adusta y árida, con desagradable cara de asignatura, y la Literatura en cambio tiene que ser fantásica e inventona, de manera que no puedan darse un segundo beso de donde salga una narración tan veraz como sabrosamente contada?*

*¿Por qué regla de tres? Pues por ninguna. Y a romper el maleficio de la mala costumbre de escribir la Historia sin ángel y la Literatura sin verdad, salta hoy a la palestra de nuestras ediciones la pluma privilegiada de Francisco Montero Galvache a contarnos la bella historia de las bellas calles del bello Jerez de manera tan bella como el amigo lector va a poder comprobar.*

*Callejear por Jerez. ¡Qué privilegio! Tantas hermosas casas, tantos inesperados rincones, tanta enternecida arquitectura, hecha de lienzos encalados y de huecos andaluces, combiándose mucho más que sabiamente las ventanas, los cierros, los balcones, los tejados, las azoteas, asomándose de cuando en cuando las mirillas nostálgicas, testigos de una época en que las damas no podían callejear si no era con la mirada, sucediéndose los estilos en abigarrada y dulcemente caprichosa anarquía: las simples casitas del siglo XVII, que aún quedan algunas, las más nobles y puntillosas del siglo XVIII, con atrevidos balcones, con cierros volados que anunciaban la*

*Ilustración pero pasada a las mujeres, los neo-estilos del XIX con su falta de sabor propio como no fuera los últimos bellos coletazos del neoclásico impuesto por Carlos III o los rebuscados ornamentos isabelinos que llenaba de caras de mujer o león (¿da los mismo?) las ménsulas que sostienen los balcones... Y además, triste es decirlo, esos «pecados mortales» de las construcciones sin estilo, con estúpidos cubismos antiarquitectónicos, que han venido a ajar la belleza de algunas de nuestras dulces calles del Jerez antiguo.*

*Callejear por Jerez: plácido ejercicio, para quien sepa más allá de la piedra, la cal y el ladrillo, más allá del herraje y la madera, más allá de las tejas y el balconcillo ver la Historia pasearse por ellas con su áureo libro. Porque las calles de Jerez son las arterias y las venas por las que ha discurrido la sangre fecunda de esta ciudad prócer que ha labrado en mitad de la gran Historia patria una saga local de nobilísimos hechos y nobilísimos hijos.*

*Sí, la Historia de Jerez está ahí, en sus calles. Sólo es menester abrir los ojos del amor filial a la sin par ciudad para poderla ver y sorprender en cada plaza, en cada rincón, en cada edificio.*

*Y como otro Virgilio que acompañara a Dante por un pequeño pero auténtico nuevo paraíso, el Jerez de nuestros amores, esto es lo que hace Francisco Montero Galvache con su libro. Se trata de un vademecum al corazón de Jerez, de una inmersión en su historia viva, de un asalto a la memoria fija de un pueblo, sus calles, entraña misma de su devenir continuo.*

*Historias, leyendas y rumores componen la vida de un pueblo vivo. Y se retratan en sus calles, se acogen a sus edificios, se enroscan en sus monumentos y se refugian en sus postigos.*

*Aquí tienes, amigo, la historia de las calles y las calles de la historia de este Jerez fenicio, griego, romano, visigodo, ára-*

*bopalestino, almoravide y almohade, castellano, y no obstante siempre el mismo, el Jerez andaluz de eterna gloria, en el que nacieron, en el que vivieron o en el que murieron militares y poetas, santos y aventureros, caballeros y menestrales, hidalgos y pordioseros. De sus bienes y de sus males testigos son nuestras calles, nuestras plazas y plazuelas, los muros que aún subsisten tras las casas que los ocultan celosas «por vera de la Muralla».*

*Fiate de tu mentor, de este cicerone de la Historia y del Arte que te lleva con palabra cautivadora por las calles de Jerez. Te cautiva pero no te embauca porque no te prende con la sola belleza de la palabra bien dicha sino con la ajustada narración de los sucesos del ayer de un pueblo sobresaliente en la Historia.*

*Estas páginas ya vieron la luz otrora, cuando su autor dirigía el diario «Ayer» por estas tierras y había abierto su alma al encanto de nuestras calles y al brillo de su acontecer. Pero ahora las ha recogido como un ramillete de siemprevivas para que las puedas saborear no dispersas por periódicos de muchos días sino agrupadas con la gomilla de una edición nuestra, que como todas, están al servicio de un jerezanismo militante.*

*Presentarte al autor fuera pretensión. ¿Quién no lo conoce? ¿Quién no lo oye por la radio en sus mensajes de afirmación sapiente de todo lo que es nuestro y nos da vida?*

*Orador sobre todo, orador inmenso, orador poeta, poeta-poeta también no pocas veces, escritor de su propia oratoria y con pluma tan ágil y feliz como su lengua, domina la palabra y la aterciopela escrita como la sabe aterciopelar mimosamente cuando en mitad de grandes períodos oratorios modera la voz y acaricia los oídos, algo así como aquel cendal flotante de que hablaba el Bécquer inmortal.*

*Este libro no le va a la zaga a ninguna de sus obras anteriores, por ejemplo a aquel «Cantando a mi Provincia» en*

que rima loores en honor de tantos pueblos gaditanos que forman la más rica y variopinta de las provincias andaluzas y aun españolas. Lo leerán todos con fruición, saboreándolo con placer, y servirá para deleitar y para instruir al mismo tiempo, en una lograda síntesis, como decía al principio, de Historia y Literatura.

Me complace mucho prologarlo y lo creo una fortuna, por lo que me felicito.

Jerez, 19 noviembre 1983.

JOSE LUIS REPETTO BETES  
Vicepresidente del  
Centro de Estudios Históricos Jerezanos.

## CALLES LAS DE JEREZ

## CALLES LAS DE JEREZ

## Las tres Largas

Nadie vaya a figurarse que aquí haremos historia menudita de todas las calles con que tenemos atravesada la ciudad. Ni que se lo piensen, ¿eh? No tendríamos semanas —y hemos de ir a crónica por siete días— para enredarnos en curiosidades de tanto trapicheo. Créannos que es lástima, porque un callejero como Jerez lo necesita, éso, pues de verdad que no lo tenemos, porque ahí anda el de don Agustín Muñoz, impreso en la calle del Compás hace medio siglo, que sí, está bien, y las tiene todas, pero con una sequedad de archivo que es, que, vamos, que nos deja el corazón, luego de leerlo, como para tomarlo por castaña pilonga. ¿No habría sido posible, querido don Agustín, meterle alguna que otra grímpola o bulerías a la historia callejera de Jerez? Pero, en fin; aquí no vamos a pedir peras al olmo ni al pozo que dé el agua que no tenga, por aquello de que quien da lo que tiene no tiene por qué darnos ni una perra de menta. Después de todo, si don Agustín no se hubiera tomado el calatreo de meter en páginas la mucha analería dispersa que dormía en archivos, legajos y estantes privados, el sueño de los justos, cualquiera se ponía ahora a convertir su historionomía en sabrosidades de pentágrama.

Por eso, santiguándonos ya en salud, ahí vamos, a entrar en las calles, diciendo arriba, como antes decíamos al escudo ilustre, que para calles como Dios manda, sí señores, las nuestras, y por limpias y blancas y bonitas y reidoras, que son pero que muy salerosas y cualquiera que viniera a mirarlas se iría envidiándonos el tesoro. Y bien, ¿por cuál de ellas arrancamos? No será esto un paseo por la ciudad, porque si lo fuese, siendo tanto lo que hay que decir al paso, tendríamos que ir, en busca de lo sabroso, demasiado aprisa, con lo que ya no sería paseo, o callándonos muchas cosas del camino, con lo cual ya no sería historionomía, y estaríamos en deuda con todos los propósitos. Lo mejor será —y eso mismo haremos— que nos vayamos a las de mayores bulto y fama; y —¿qué vamos a hacerle?— las más humildes y menos vistas, las de paso, pues que se aguanten las ganas de ser nombradas, que al fin y al cabo llevan ya muchos años siendo humildotas, estarán acostumbradas y con que las nombre un mediodía la voz amiga del cartero, se pondrán locas de alegría, casi como Lázarus urbanísticos y resucitados. Y pese a que la brevedad y la limitación van a ser nuestros ámbitos, seguros estamos de que no serán pocos los que se alegren de vernos, porque a nadie le amarga un dulce y muchos nos darán las gracias porque así, como en una sorpresa, cojamos sus calles, las pongamos al soleo de la actualidad, y las hagamos sonar siquiera en la tensión y la novedad de una mañana de lectura.

Y como de mucho bulto y mayor fama es la que todos llamamos Larga, a ella hemos metido en danza, diciéndole vamos afuera y a ver qué historietas se nos trae con tanto corazon como tiene y exhibe, que no pasa en Jerez cosa de algún festín, que no atravesase o suceda en sus aceras con velardocitos y gambas a la plancha. Pero así que nos hemos puesto a llamarla, la calle —ella misma: ¿no tiene gracia?— nos ha mirado a fondo, como si nos dijera: ¿pero es a mí? y resulta que lo dice, y a la verdad, porque hubo tres; así, tres calles

Largas. Y la más vejistoria fue la del Consistorio, esa que ahora va a la plaza de la Yerba, y se llamaba Larga de la Ropavieja, y cruzaba y unía la plaza del Arenal con la de San Dionis, en la que estaban los Almoxarifes del Rey, allá por el XVI; y aquello de Ropavieja fue porque en las aceras limpias, donde ahora taconeán las niñas jerezanas viendo escaparates peripuestos y coquetones, hubo tenderetes de ropavejeros, y no era una calle, sino dos, y bien angostas porque había al centro una manzana trapezoide o en ataud; y luego se llamó, ya en el XVII, Jubetería, después Consistorio y lo de Larga se le fue borrando en el tiempo.

Pues camino del Portal, hubo otra calle Larga, en la que dieron licencia de solares para edificios a un astigitano —don Alfonso Fernández— y se dice así en el acta de la sesión del Cabildo de veinticinco de octubre de mil cuatrocientos cincuenta y nueve, y estaba aquella segunda Larga entre las calles de Cal de Caballeros y del Vicario viejo. Y la tercera, la moderna, es ésta, la nuestra, la de las tertulias deportivas o los paseos de dominicas, la vestida de gala mayor para el Corpus, la que tiene blancura de cortijo, salada lumbre de mar, y repiquetea, como un largo crótalo, en las tardes de feria, y sabe a purísima delicia cada día. Desde finales del XVI se la llamó Larga; y como una evasión, tenía el Agujero del Hospital, por el que se iba al que fundaron los Zuritas en la calle de San Cristóbal y viene, muy alegremente y vistosa, desde la vieja Porvera hasta la de Lancería, por aquello de que si las lanzas y las astas de soldados, en la que nació fray Domingo Canubio, obispo de Segorbe; pero ya eso, sencillamente, se nos sale de la calle, por muy larga que esta sea, y será pequeña historia que hagamos cuando su turno llegue. Queden ahora aquí las tres Largas, y que por muchos años podamos andar todos por la que nos queda.

## Laurel para Esteve

Gustamos llamar laureles a las memorias que ofrendamos a quienes tienen méritos para ellas. Nos parece que así, entre las sombras de los muertos evocados y las claridades que Dios nos vierte en el corazón cada mañana, se cruza, al modo reflejo, como una sutilidad o ligereza comunicativa, según el Dogma, bellissimo, de la Comunión de los Santos, que a nosotros nos conforta y alegra tan briosamente. Gustamos —por eso— dar nuestros laureles, exentos de toda pompa escénica oficial, al mérito puro, estricto, y, sobre todo, olvidado, a pesar de que, a veces, las apariencias públicas quieran decirnos que no.

Los nombres famosos, que están en las calles, debieran recibir, con alguna frecuencia, las exégesis oficiales; y un modo de Congreso Memorador de los Hombres Ilustres, vendría bien a toda época, y nos haría amarles más y conocerlos mejor. Nosotros, si tuviéramos alguna vez jerarquía ideal, de las que, de veras, pueden decir este cargo es mío, hablaríamos a la Ciudad, de sus hombres, de sus hijos, de sus criaturas ejemplares. ¿Quiénes, de verdad, conocen la vida y prodigios de cada titular de nuestras calles? ¿Por qué no hablar al pueblo del pasado, alguna vez, al mismo tiempo que se le ofrecen felicidades futuras, casi siempre estelares e imposibles?

Discúlpennos el largo introito, en gracia a que así serán más sabrosas y esperadas las epístolas siguientes. No es que vayamos a escribir en cartas, sino que como las epístolas suceden, pasadas las colectas, a los introitos, así nosotros nos sucedemos también en la defensa de tantos antiguos prohombres, cuando hemos pasado del atrio de la primera reflexión. Sí, amigos nuestros. Porque pensábamos aquello de arriba, hace unas tardes, cuando veníamos de viaje y, al paso, descansábamos, para repostar el ánimo, frente al convento de San Francisco. Y he aquí que nuestros ojos se poblaron de un rótulo: Esteve.

Nosotros sí que sabemos, y muchos lo sabrán también, quien fue y de que altas calidades fue su corazón, tan dado, todo él, a este Jerez en que vivió, soñándolo en cada una de sus piedras y hermosuras. Pero, ¿y el pueblo?

Pues sí; aquel Esteve ilustre, que da nombre a esta travesía urbana, fue don José Esteve y López, y fue hijo de Valencia, y vecino luego entre nosotros. Parece que la luz sorollesca de su natividad le abrió, de mozo, los ojos a la blancura, ya en Jerez, y sintió y amó la arquitectura —que esa fue su carrera y arte— con todas las veras de su alma. Mucho hizo don José, de piadosísima memoria, por Jerez; pero su nombre fue alzado, municipalmente, a la perpetuidad, por este Mercado, del que ahora se dice que sí será rendido en holocausto a las modernas urgencias y los apremiantes estiramientos ciudadanos. Hizo don José el Mercado allá en los años de mil ochocientos setenta y seis al mil ochocientos ochenta y cinco. Y a propósito, como se dice en las charlas ocasionales. Costaron los terrenos poco más de veinte mil pesetas, que el Estado grabó a la Ciudad a un tres por ciento, y que fueron redimidas —así lo atestiguan las crónicas, como si la hacienda fuese criatura mortificada— ante la mesa notarial y gaditana de don Juan Cruz López.

Había precedido a este Mercado de Esteve, tan bien exornado, tan alegre y soleado, tan sabroso y fragante, otro mercado pequeño: el de Abastos, que estuvo sobre lo que fue, hasta hace pocos años, jardinillo fronterero y marginal donde se vendían herrajes, cerámicas, mecheros, y cuanto extraño objeto necesitase el paseante, en aquel enredillo de mediodía, como los «jueves» de Sevilla, donde nos asombramos los ojos en nuestra niñez. Ese mercadete, que duró hasta la presencia del Esteve, lo hicieron Gabriel Utrera y Juan Piñero, contratistas heroicos, porque se pasaron seis años cobrándose, en impuestos a los frutos, la cifra a que ascendieran las obras. Y gracias a ellos, la ciudad tuvo donde comprarse los condu-

mios; que si no, sólo borriquillos a la puerta y tenderetes en las esquinas, habrían sido nuestros humildes abastecedores.

Resaltan, señeramente, las crónicas, la personalidad de aquel don José Esteve, valenciano metido en Jerez hasta las honduras de su sangre. «Su celo, honradez y pericia», exaltan, a buen relieve, los historiadores, y he ahí que por su alta caballerosidad, afincamiento en nosotros, prestancia y buen gusto, ahora alcemos, a su memoria, el laurel de nuestro recuerdo, seguros de que días vendrán en que dejemos de hablar de tantos vivos, para exaltar, loar y bendecir, la llama ilustre de quienes, como él, laboraron, en silencio, por Jerez, para ufania de su fama, a cuya sombra *viven para siempre*. De cuantas calles vienen a ésta de Esteve, ya se habló en otras crónicas; que si Lencería, que si doña Blanca, que si Corredera. Sólo queda nombrar, como consecuencia encalada y gratisima —¡qué delicia estival de doces de las mañanas!— esa travesía del Señor de la Vía Crucis, en agasajo al Nazareno de San Francisco, que cierra, como una simbólica promesa de cielo definitivo, la feliz memoria del arquitecto a quien laureamos ahora.

## La Santa Veracruz

La verdad es que viene bien, en estos días, esto de que hablemos de los capillitas antiguos. Viene bien, sí; y alguna vez, hasta encajan, como tornillo en buena tuerca, sus nombres. Solemos hacernos, en los adentros, a la idea de que los cofrades que hace años murieron, apenas si nos legaron su memoria. A dos pasos de la Semana Santa, es un recreo indecible esto de asomarnos a dos vidas que dieron su fulgor y ánimo a las hermandades antiguas de Jerez. Una de ellas, fue la Veracruz; la Santa Veracruz, nacida en la calle Medina, y

en 1542. ¿Piensan ya lo que suponen cuatrocientos años largos, polvorientos, diseminadores de toda vanidad? Pues ya ven lo que son los privilegios del Espíritu Santo; tan ajenos como estarían estos dos jerezanos de entonces, y en esta mañana, antecesora de la del Domingo de Ramos, nosotros le hacemos ofrecimiento de un laurel que no se esperaban, lo que prueba que conviene ir de buenos modos por la vida y no pensar en la hora ni el corazón que puedan hacernos justicia.

Se llamaron don Diego Rodríguez y don Andrés de Santiago estos capillitas de la Veracruz. Parece que vivían por la Arboledilla, casi en el campo, en lo que entonces eran afueras mondas y lirondas; y quizás porque estaba cerca alguna devoción primaria parecida, fundaron en la calle de Medina, dónde están ahora las fábricas de los telegramas y las cartas, frente al Villamarta mismo, la Santa Veracruz. Era una hermandad de las de escalofrío y sangre, porque no se andaban sus nazarenos por las ramas en eso de rendir al Señor tributos dolorosos, porque menudas fueron las disciplinas de sangre con que se la hacían saltar bajo las túnicas. Salían en la noche del Jueves Santo y las gentes, viéndolas pasar con tanto celo, de tan desgarrada unción, la llamaban cofradía de la Santa Pasión de Cristo.

Don Diego y don Andrés no cejaban en sus angustias porque se perpetuase la Veracruz recién brotada en ello. Nueve años después de la fundación, —en la primavera de 1551— se fueron a la oficina de don Leonís Alvarez, un notario de muy buenas rentas entonces, y regalaron la casa al Cabildo de San Juan de Letrán de Roma; y nacieron, bajo el aura privilegiada de la gracia lateranense, un oratorio bellísimo, un hospital de muy buen ver y una iglesia hasta ahí de concurrida y fervorosa. Pasaron por la Veracruz los frailes terceros franciscanos, y así que la observancia metió en rigideces mayores a los de Asís, muy de paso, rigieron a la hermandad, en orden a casa y espíritu, los trinitarios; y decimos por breví-

simo tiempo, porque llegaron en agosto de 1568 —meses más o menos— y —esto sí es cierto— en el verano del año siguiente, se fueron a otros aires, con lo que la Veracruz volvió a las manos franciscanas.

No bastaba a los cofrades primitivos de la devoción, que en el jueves santo saltara, en sus carnes y túnicas, la pequeña y amorosa mortificación de la sangre; y todavía embellecieron más aquella hermandad ilustre, con una capilla a la que puso pies, arquitectónicos y financieros, nada menos que un almirante de la Armada: el Duque de Veragua. Se llamó la capilla de Nuestra Señora de las Lágrimas, y pruébase, con el testimonio, cómo Jerez, muy velozmente, con verídica prisa celestial, unía, para llevar mejor la prueba del dolor de Cristo la Cruz y el llanto, de cuya alianza brotarían después las advocaciones y los renombres cofradieros. Junto a la cruz las lágrimas de María: «dolor como el suyo». ¡Qué bien a cuatro siglos vista, la ciudad pensaba en esa Soledad de la Victoria, que tantos años nos tiene dejados los ojos inmersos en una delicia de naranjos y estrellas!

Bien; pues así las horas de la Veracruz, la junta revolucionaria de 1868, que hizo todo cuanto estuvo a sus manos para enfadar a los españoles, para herirlos en sus mejores dianas espirituales, mandó echar abajo la Veracruz, la de Las Lágrimas, piedra a piedra —que dicen las crónicas eran muy bellas y bien conjuntadas— y se quedó, en lo que fueron sus bases, un solar anchísimo que pasados los años llamaron de la Unión, no se sabe por qué, ya que lo que, en verdad, se había hecho era desunir lo que estaba pero que muy bien apretado. Parece que esta calle de la Santa Veracruz, por la que tanto hicieron Rodríguez y Santiago, se había llamado Nueva; y es razonable, que donde sólo había huertas y campos, el brote de una primaria urbanización se llamase Nueva, porque lo era, enterita y de esquina a esquina.

## Dos Mesones tuvo la Parra

Alguien acaba de escribirnos, muy amable él y con ruego de que no le nombremos. ¿Cómo podría contarse la pequeña historia privada de la calle de Mesones? Nosotros, siempre gustosos en la complacencia, hemos pensado el sabroso artículo y nos parece que debiera empezar así: pues dos mesones tuvo la Parra. Aclaremos en seguida. No es que los mesones nacieran de la Parra. No se sabe que haya habido parra capaz de alumbrar algo que no sean uvas. Y si alguna sí, que levante la hoja y lo diga, que del susto habríamos de quedarnos ebrios.

Pues sí. Dos Mesones tuvo la Parra. Hace ya tres siglos largos. Estaba en toda su vigencia el convento de la Veracruz; y como buen convento, tenía sus tierras y sus buenas labores. ¿Ven ustedes el teatro Villamarta? Y el Mercado, ¿lo ven? Bueno; pues todo este recinto o contorno urbano, eran huertas frondosas, huertas ubérrimas, huertas de mucho rendimiento, de mucho vivan las lechugas. Había por la zona de la Veracruz, una calle —la de Real— y casi se daba con sus carseríos en las puertas del otro convento: el franciscano. Cortábala esta calle de los Mesones y a las dos la rodeaban las hortelánias, las legumbres, las calabazas bobas, las patatas parmenterinas, lo que da de sí, pero no es poco, una tierra pura cuando se la hieren con buenos hierros:

Y la calle fue llamada del «Mesón de la Parra». Había en Jerez —del XVI al XVII— muchos mesones, al uso quijotesco, al modo castellano: casas para viajeros, caballerías y carruajes, que entonces bestias, hombres y ruedas parecen solían llevarse con suma familiaridad. En la calle de Alvar López estaba el «Mesón del Perdido». En la de San Agustín, el «Mesón del Arenal»; en la de Larga, donde ahora está el Casino Jerezano, abría puertas y patios el «Mesón del Toro». Y así, todo Jerez tenía mesones suculentos, de buenas pitanzas, para

el que gustase de ellos, que eran las gentes serranas, las pescadoras, las bodegueras, el trajín henchido y la fortuna andariega que tenía a la Ciudad por centro y meta de sus tratos.

Se sabe que en la calle de Mesones, hubo dos, y a eso, a la duplicidad mesonera, debió su nombre; y como había al centro, donde tiene hoy su tienda de ricos vinos y de buenos paladares jerezanos don José González, una parra bien alta y apretada de uvas, fue llamada calle del Mesón de la Parra. Luego pasó a las escrituras notariales. Había un notario —don Sebastián Gaitán— ante quien los frailes de la Veracruz gustaban hecer sus mercaderías. Y allá que se fueron, en los años 1513 y 1514, frailes jerónimos, muy puestos en virtudes y —¿por qué no?— en negocijos, y concertaron cambios de casas y de huertas con Francisco Toledo, permutándose, a la vista de Gaitán, propiedades de las calles de Medina y de las que estaban junto al templo de San Francisco, quizás porque así alinearían mejor sus intereses y dejarían más claras las fortunas.

Por esas escrituras, se sabe que hubo dos mesones en la calle y que los dos vivieron del nombre de la Parra, aunque, en los precios de los hospedajes, nada se dice que los mesoneros se subieran a la parra, sino más bien que fueron gente de modestas ansias. Fueron los mesoneros, jerezanos de cuna y de registros civiles, Benito Martín Destuñiga y Pedro Martín de Espinosa; dueños del Viejo y del Nuevo mesón de la Parra; y vivieron, con vecindad reconocida y legalizada, en la calle, gente de prosapia, de linaje, de espaldas bien cubiertas, como un don Juan Caballero Olivos; que no se llamó así sólo por que los tuviera en el apellido, sino por los muchos que apareaba o vareaba en sus campos así que la aceituna decía comedme que estoy que suelto el aceite a chorros. Don Juan era veinticuatro —caballerazo puro— y hacia 1604 legaba su casa a su hijo, el pequeño Juan, mocetón industrial, una de las casas, por las señas, en el sitio donde luego, rodados larguissi-

mos años, había de tener casa, reposo y libros un médico, a quien Dios guarde, José Juan Arcas, sonriente, listo y afable.

Y la sorpresa —si bien sólo nominativa— había de dárnosla la calle con la novedad de que en ella vivió Fernán Caballero; pero no doña Cecilia, la alcazareña sevillana, la del veraneo en Bornos, sino un hijo de Alfonso Caballero, que vivía también, dicen los registros e infolios de Gailán, «junto al Mesón de la Parra». No tiene mucha más historia la calle; pero lo que es gracia, olor de caramelos de Perea, sabor de vinillos de González, vajillerías y otras zarandajas mercantiles, vaya si la tiene, que la de Mesones es calle —hasta tuvo su teatro en tiempo— que con su aire de mosca muerta, con su tamaño exiguo, con su modestia arquitectónica, une órbitas de mucha vida jerezana, y por ella se pasa, lo mismo a llevarle cartas al buzón postal para que no muera de hambres epistolares, que a cortar, cuando las prisas estallan en Santa María, para irnos a Medina en busca de los trenes. Mesones y mesoneros, nombres son de altísima arcurnia; y hasta hubo un don Ramón, castizo y jovial —que así le nombraba Larrra— con cara bonachona y gafas Truman, que fue requetefamoso llamándose «curioso parlante». Y quede ahí la calle, con sus dos mesones y su sola parra; y sépase —nadie nos condene por impreciso y vagoroso— que si hemos sacado punta a la parra ha sido porque nadie como ella tiene zumo y nadie como nosotros ganas de bebérselo. ¿Contento nuestro comunicante? Menos mal, amigo. Vea cómo todo, en esta vida, tiene remedio, incluso la muerte, contra lo que el vulgo piensa, porque siendo cristiano de buena casta ni la necrópolis es casa de mala sombra. Y vea cómo esta de Mesones, a pesar de ser calle modesta y breve, tiene también su enredo.

## Por Lancería a Corredera

Pues sí, señores, aunque haya un tironcete de la iglesia de San Pedro a las copitas de «Los Gabrieles», que dicho sea al paso, están riquísimas, los viejos callejeros le meten al distrito del Apóstol la calle de la Lancería como si estuviera muy a la mano. Y su buena historia que tiene la moza y nadie se rasgue vestiduras de asombro porque entre calle con cara de pascua y fiesta y moza de encandilamientos, no hay diferencias así como para asustarse de la comparación. La vieja calle de Lancería es a Jerez lo que el cogollo a la buena lechuga, y los que sean vegetarianos —que todavía quedan algunos— sabrán la delicia del símil y hasta puede que se hayan regocijado viéndole aquí en menesteres de historias pequeñas. Cogollo puro, como que por ella atraviesa, en menos que pueda uno pensárselo, la procesión de fuste, el desfile castrense, la cabalgata de color, el turismo enguirnaldado, todo cuanto viene a Jerez aunque sea de paso y con prisas. Lancería, la buena moza, abigarrada ella de escaparates enjorjados, de radios de pila, de oros de serrín, de tejidos, calzados, pasteles, vinos pasas, mostradores flamencos y toda la sal y pimienta de las barberías con sabor torero y airoso, como la del «Cerillito», una gloria frustrada del toreo nuestro, que fuera uno de los más solemnes conversadores taúricos de la Ciudad, pues Lancería, íbamos escribiendo, tuvo otro nombre, hace largos años: el de Astería, y entre los dos acaban con el cuadro, es decir: con las divagaciones de los que suelen llamar, a veces, a la calle, Lancería, como de mercaderes de lienzos que dicen los viejos latines rancios. Lo de Astería y Lancería —¡qué bien se ven las cosas cuando se conocen!— le nació a la calle, porque tuvo tiendas de astas y de lanzas para los soldados; que nadie se piense que lo de asta es sólo instrumento agresor de las reses bravas, sino que fue, hace siglos, un arma de hierro, astiles y regatones, que a quien les pescara el pecho se lo dejaba más

clavado que pueda estarlo a la pared la espalda de un varón en ruinas. De las astas, vinieron las cosas a las lanzas, que las hubo a la romana, como los sesos bien condimentados, y a la goda y a la japonesa; debió gustar el nombre y en Lancería o calle de fabricantes de lanzas, se quedó el problema.

Testimonios de su arcurnia y veteranía, los tiene en cualquier legajo bien metido en polvo y lazos granas, como en los antiguos Censos del Hospital de la Misericordia, nada menos que de fines del XVI, en los que se habla de «la calle de Astería junto al Monasterio de San Francisco» o en los escritos de reparto de casas, todavía más arriba, del XIII, en los que se canta bien claro que fue primerísimo poblador del Jerez conquistado, un laborioso vecino Martín Pérez de Vitoria, que fue astero, y con ese oficio o arte aquí se ganó el pan suyo de cada día siendo como el abanderado de los asteros jerezanos. No tendríamos ahora perdón de la Virgen de la Merced, si no dijéramos que en esta calle de la Lancería —en su número 7— vino al pícaro mundo en que nos matamos vivos, un Obispo con mucho porte, Fray Domingo Canubio, que gobernó la sede de Segorbe, la edetana Segóbriga, la de riberas del Palancia, y allá por los primeros días del junio del año 1888 —¡ayer!...— hasta le ofrendaron lápida municipal con rótulos conmemorativos.

Y ya en la Lancería, con las sabrosas esquinas del Arenal ante los ojos, ¿quién no entra en la Corredera, tan alegre, tan ancha, tan blanca, tan rubia ella? La Corredera fue siempre un poco como largo apéndice de la plaza del Arenal, donde los caballeros antiguos corrían sus caballos en aquellos jugueteos de los manejos, que venían a ser como las domas y artesanía ecuestre de ahora, y las alcancías, que eran unas bolazas con flores y con bromas de ceniza, que usaban los jinetes para lanzárselas, al paso, como en tonteos de ay qué risa, contra los escudos, en los que reventaban y hacían estallar el jolgorio público; y junto a los manejos y alcancías, las cañas,

las escaramuzas, pasatiempos que tenían que buscarse la gente antiquísima, porque, a ver qué diablos, si no había entonces cine en Villamarta ni toros en la Feria, con alguna destreza o sarao había que matarle el corazón al tiempo libre. Fue la Corredera camino a Medina, y se comprende, porque diligencias y jinetes salían por donde ahora está Madre de Dios, tomaban por el puentecete de Vallesequillo, y hala, adelante, hacia Medina, y quizás porque era carretera de mucho tráfico, tenía sus buenos Mesones, y dos de ellos con nombres muy extraños, porque se llamaban de la Misericordia y del Paraíso, aquél en manos del mesonero Pedro López, que pagaba la buena renta de unos dieciseis mil maravedises cada año, y éste —que debía ser, por el nombre, la hospedería de lujo— era propiedad de una familia bien patricia e ilustre: los Nuño de Villavicencio, que luego lo legaron para beneficios caritativos de la ciudad. Así que se ve a las claras que lo de Corredera tiene más de los cuatro siglos, con un salto, muy breve, en la rotulación. En 1814 fue el Ayuntamiento, porque al señor síndico se le metió en las cejas, y le quitó el nombre y le plantó el de General Torrijos —ianda con Dios!— el fusiladito de Fernando VII, el emigrante de París, que no sabemos qué se le pudo haber perdido, años antes, en Jerez, para que los municipales le entronizaran en calle de tanto colorido. Pero, en fin, vamos a dejarlo, que nosotros no es que miremos mal a Torrijos, sino que la alegría de la Corredera nos parece debió ser en aquel entonces intocable.

## Tienda de Pedro Alonso

No hay muchas, pero de una tienda que hubo en la calle han quedado registros famosos. Una tienda que debió ser de larga mercadería, porque con sólo ella alzaron el nombre del

dueño nada menos que a titular de la calle. ¿Quién podría exhibir méritos más sencillos? O la tienda fue de tomo y lomo, o los Cabildos que la realizaron de manera tan sinsigne, tenían de la democracia un sentido conmovedor. No dicen las historias que aquel don Pedro Alonso ejerciera funciones distintas a su negocio; tampoco qué clase de negocio hubo en sus manos; ni siquiera quedan cifras de la fortuna a que ascendieron sus ahorros. Lisa y llanamente se sabe que don Pedro tuvo tienda en la calle, y que la calle ha sido, y para los restos —como el pueblo dice— espejo en que su nombre rebrilla.

Por entonces, cuando vivía el señor Alonso, la calle de doña Blanca se llamaba «Tras de San Francisco», y tenía por ella casa de vitola un Martín Fernández, vecino «de Pedro Alonso, tejero», y así se contiene en los papeles viejos en que se mencionan las reducciones de hospitales antiguos y venerables. Toda la zona era convento franciscano, y de ahí que la calle estuviera «tras los frailes». Si los mencionaban los legajos no es porque el tejero don Pedro fuese el titular de la calle que ahora ponemos de relieve y noticia, sino porque podamos saber que los Alonsos fueron muchos y que a los ramos de las industrias populares pertenecieron con agallas laboriosas.

Frente a la calle «trasera» de los frailes, estaba el Egido. El Egido no era, en verdad, una calle, sino un amplísimo espacio entre pedregoso, arenado y semitransitable. Lo cruzaban caballerías, gentes del campo y viajeros que iban a Medina, Cádiz o la Sierra. No existía en aquel siglo XVI, ni la Alameda de las Angustias, ni la calle de la Trinidad, ni la de Molineros, ni la del Sol, ni la de Porvenir. Todo el Egido era como pueda ser el campo de la Alcubilla o las salidas de San Telmo o los contornos de la Cañada Ancha: una tierra grande y final, extrema, extramuro, de un Jerez que soñaba estirarse por sus afueras. Era lógico que se abriesen tiendas para las diligencias y jinetes cosarios; y uno de aquellos tenderos, acaso rico, fue don Pedro Alonso, fiel de alhóndiga, según los escri-

tos. ¿Y qué era una alhóndiga? ¿Y qué era un fiel? Más claro está que el agua, que la alhóndiga no era sino un depósito de mercaderías, como lo son los graneros o almacenes públicos de otros frutos, y que su fiel era el custodio, y a sus manos tenía también el cobro de los diezmos, los impuestos de la época, que en esto de cobrar hasta por el aire que la nariz disfruta por la cuenta que le trae, siempre tuvieron flaqueza las haciendas del Municipio y del Estado. Por ello, del viejo custodio que llamaron fiel nacieron después los fielatos, donde meten ojos en las condiciones a ver si deben o no retratarse en las arcas fiscales, que Dios guarde como están y no las deje mover a mayores escarceos.

Casado estuvo aquél don Pedro con doña Elvira Gutiérrez, de la que no tuvo hijos, pese a lo bien que se llevaron, lo que prueba que siempre hubo parejas hambrientas de continuidad y posteridades, y reducidas, pese al ansia, a la conformidad de mirar los hijos de otros con ojos de estériles sentimentales. ¡Cuánto habrían dado don Pedro y doña Elvira por perpetuar tienda, rentas y sangres! Fue popularísimo en la ciudad; y cuéntase, en escrituras públicas, que testaron haciéndole favor a muchos que necesitaban asistencia, porque ninguno tenía a quien otorgar los ahorros. Pero ahí está, con su propio nombre, entre la travesía medieval, trastamarera, de Cotofre; la larguísima vía del Sol, tan del Cachorro jerezano, y la amarilla y alegre plazoleta de Ramón de Cala; ahí está don Pedro Alonso, dándole apadrinamiento a la calle, y confundido, por quienes no saben que tuvo tienda cañón y ríacha, quién sabe si con algún almirante insigne, con algún médico famoso o poeta zorrillesco de esos que suenan mucho, que son los nombres a quienes, de ordinario, solían ofrecerse las calles de tronío. Rindámosle, en esta dominica, recuerdo y olé, a la tienda de Pedro Alonso, demócrata jerezano del 1500, que se ganó, de buena ley, la posteridad, al uso sencillo del toma y daca de los negociadores.

## Descanso en Angustias

Hombre; no es que hayamos andado así como para darnos algún reposo a los pies, pero si hemos grabado arriba, a la coronilla del caballero que nos traemos, lo de «calles las de Jerez», a ver qué diablos hacemos con las plazas que nos salgan al paso, sino usarlas brevemente para nuestro reposo. Vamos a sentarnos, unos minutos, en esta de las Angustias, que viene a ser como buen alcor para mirar a las viejas historias de este altozano del Porvenir. Tiene su alma en su armario esta plaza, con su águila referente al heroísmo de aquel gallardo Durán laureado; y la iglesia de las Esclavas, con su Jubileo constante y su alegría manifestadora; y arriba, en el cielo, las enhiestas antenas radiadoras con que Guillermo Ruiz llevara al mundo la fama de la tierra nativa; y esos vejetes amables, soleadísimos de mediodía, que andan por entre los arriates, como pequeños Piños Barojas, buscándole al sol las lengüillas caldeadoras; y sobre todo, otra virtud, esa luz arriba, rasa, alta, azul, terriblemente hermosa y cegante de mediodía.

Pues sí, tiene su historia las Angustias, mirándola hacia atrás, por que se llamó «Llano de las Angustias», y donde vivió largos y felices años don Fermín Bohórquez, había otro nombre aparte, que cubría —aquí no gobernamos redes con hilos podridos y baratos— las casas que van de la número 7 a la 13, y así consta en los callejeros viejos. Y ¿saben ustedes, queridos callejeantes, por qué le vino en gracia esto de llamarse de las Angustias? Había a la salida de la Corredera un baluarte de cara al campo, y algunos devotos, hace siglos, tenían alzada allí la Capilla del Humilladero, a la que diera don Fernando Morales y Maldonado, hacia la medianía de enero de mil quinientos setenta y ocho, una imagen de la Virgen, y rodado el tiempo, cuando llegaron las devociones al año mil setecientos veinticinco, hubo aprobación de las reglas y la Hermandad vieja del Humilladero pasó a llamarse de las An-

gustias, y la iglesia nueva, la que ya se ve a la orilla de esta plaza, hace un par de siglos y en la que hacia evangelio dominical el santazo de Torres Silva, fue gozo y caridad de don Tomás de Geraldino, nada menos —échenle los galgos que quieran— que embajador de Fernando VI, y miembro benemérito y de mucha música decretadora, en el Consejo de Indias.

Quien se piense que todo el monte de aquella devoción fue orégano, anda patidifuso y sin saber su norte, porque cuando la revolución del sesenta y ocho acabó con la coronilla —por lo inestable y gachona— de doña Isabel, nuestra devoción debió salirse de riñones, hacerse debilota y meterse en casa, porque se acabó en las Angustias el culto y hasta hubo en ella poco menos que casino de gente descreidota y sin reverencias, y luego servicios protestantes bastante nutridos. El quite católico anduvo en manos de los carmelitas, gente grande siempre, que se colaron de rondón por sus áreas y puertas; y lo de meterse en arcos, ya se habrá sabido que no fueron, como en el Tenorio, filtraciones tabiqueras, sino expansión de ánimo, cántico, espiritualidad de los frailes, que ungieron la Iglesia con su ángel y presencia. Y las monjas de San Cristóbal les siguieron, hasta que a fines del siglo, vino a manos del culto secular, y en ellas sigue, humilde y apacible, pero con su buena misa de once y media cada domingo, y su salida procesional de gran empuje y fervores jubilosos, y que Dios los bendiga.

¿Cuáles son las calles que vienen a las Angustias, como a pasear unas horas al lujo abierto de su jardinería? —Aquella de Molineros, que se guardaba ya en los padrones del XVI, fue calle de hijos-dalgos bien famosos y de buenas rentas, como eran los Adam, los Ponce, los Picazo, los Aguilar, los Oliva, y en ella vivió aquel Antón de Ansa, del que extrajo nombre la plazoletita de Antón Daza, por una de esas desfiguraciones que suelen permitirse los vocablos, que se quedan

en que no hay madre que pueda conocerlos, y a la vistá está que lo de Molineros fue porque hubo molinos por la collación. Y aquélla otra —la de Evora— se llamó de la Horca, pero debía dolerle el cuello a los vecinos y pidieron que el nombrón aquel se lo llevara el demonio, y se lo llevó, porque en mil cuatrocientos ochenta y tres y, como quien no quiere la cosa, en las yemas del mismísimo padrón de nobleza, ya aparecía un Lope de Evora, a cuya prosapia y familia debió la calle nombramiento, con buena suerte, porque nadie hizo la bobería de cambiar el más remoquete público; y ya luego, sí, ya luego vivieron muchos Evoras: don Rodrigo, escribano de los oficios; doña Isabel, don Alonso...

Pues, ¿y aquélla ancha y corta, tan doradita de resol en el poniente, tan alta de muro y capellanías a estribor? ¿Y aquélla sí, de la Santísima Trinidad? Fue la de Carretería, acaso porque tuviera talleres de carretas, que por este contorno tendrían mucho uso, porque el campo nos daba en las narices hace siglos, y lo de Trinidad —¿alguien no lo sabe?— ha sido por aquel convenio trinitario en que recibía culto de patronazgo la Virgen de las Batallas, y como la había traído fray Cristóbal de Alarcón en feliz viaje por el Guadalquivir y el Guadalete, hasta el Portal, y viniendo de Sevilla, la llamaron del Buen Suceso, y en mil setecientos veintiocho, la ciudad la juró patrona, y a primeros del siglo que atravesamos, cada cual como puede, aún se le ofrendaban misas, salves y votos, que parecían de más estabilidad futura. De la de Granados, bien poco puede hablarse, porque fue bautizada así por un don Diego —no sabemos si lindo— González y Granados, que con el tiempo perdió la dieguería y se quedó sin el González, y gracias a que el otro apellido tenía, como la granada, mejor pulpa, no se cayó de la lápida; y ahí sigue, casi anónimo y sin pena ni gloria. Después de todo, don Diego se limitó —y ese fue su único mérito— a ser hermano de don Paco, el Corregidor, y tal vez se pasaría las sobremesas pidiéndole un trocito

de posteridad, hasta que el jefazo, por no oírle, dijo sí, venga una placa, ahora venga un albañil, y le plantó el nombre fraterno a la calle, probándose, entonces como siempre, que quien no tiene padrino no se bautiza ni con una modesta calle en su pueblo. Y —¿a ver, qué hora es?— se nos hace tarde, y volvemos a nuestro paseo.

## Don Diego de las Siervas

Justo es —pero lo que se dice justo— que empecemos nuestra crónica más que por la calle, por los frutos que correspondieron a su nobilísimo titular. Si le hubieron dado otra, no habría sido tanta su suerte. A nosotros que nos dejen de historias. ¿Cómo va a ser lo mismo que a uno le dediquen una calle de enredetes y entuertos, que una de oración y de monjas? Dime con quien andas y te diré quien eres, dice el adagio, y cuando lo dice hace bien, que para eso es un adagio, una especie de aspirina de la sabiduría, que se toma y anda con Dios, una cosita más que se sabe. Pues sí. Aquel jerezano patriote él, héroe de la guerra de los moros, don Diego Fernández de Herrera, supo ganarse la fama, que no es moco de pavo, y cuando pasaron algunos siglos por su memoria, cataplún, le plantaron su calle y lo dejaron más bonito que un San Luis; y no sabemos a qué vendría esta ternura piropeadora con San Luis, pero la gente lo dice, y nosotros respetamos mucho la sapiencia de la gente, que a veces, saben más que los mismísimos libros.

Bien. Y a todo esto —dirá alguno— ¿quién diablos fue don Diego? ¿Ah, sí? ¿Conque, don Diego Fernández quién fue, eh? Pues miren, casi nadie. Don Diego fue, ante todo, jerezano mayor, jerezano de los grandes. Ya ha llovido desde que el hombre paseaba sus gracias por la ciudad. Si ha llovido

piénsese sabiendo que nació en el reinado de Alfonso XI, allá por los años del Señor de 1320, horita más, horita menos. Estaba Jerez —¿cómo no?— cercado por los moros. Unos moros grandes, negros y bravios, que daban miedo verlos. Alguna vez, las gentes que llegaban hasta el Ejido —por donde ahora ponen los Circos de Madre de Dios— se encontraban, a la caída de la tarde, con algunos de ellos, que venían a ver que tal estábamos de tropas, para luego irse con el cuento a sus jefes, acusarnos, y meternos mano, aunque sería más cabal, decir a meternos los alfánjes en las tripas. La cosa, como podrá verse, no tenía ninguna gracia, que a nadie le amarga tener bien redondeado y seguro el abdomen. Estaban los moros aquellos en el llano de la Ina, junto al Guadalete, más allá de la Cartuja; y los gobernaba un tal Abú Malik, sediento por hacer perrerías con nosotros. Bien; pues una mañana, como en Jerez no se podía vivir tranquilo, don Diego, que tendría sus buenos 30 años, fue y se dijo: moritos, ¿eh?, conque moritos a mí, ¿eh? ¡A esos los mato yo, hombre; a esos los mato yo! No se sabe —habría que bucear en los archivos— si esa fue exactamente la frase, pero sabiéndose bien como las gustaba don Diego y las ganas de entrar en guerras que los héroes antiguos tenían a todas horas, puede que sí, que fuera cierta o muy parecida la bravuconería.

Era el año 1339. Corría la primavera; y don Diego Fernández de Herrera se vistió de moro. Pero no como luego nos hemos vestido algunos, para retratarnos en la Alhambra o para hacer de rey Baltasar en alguna cabalgata de los Magos, sino para irse al enemigo, como los valientes, sin volver atrás la vista, que dicen es el modo como suelen hacerlo los que son fuertes de glándulas renales. Como sabía árabe —igual que otros saben latín— atravesó el campo y cruzando el arroyo del Testudo, en las cercanías del Portal, se acercó, de puntillas, bajo la noche, hasta la tienda del príncipe moro. Entonces, hasta los príncipes vivían en las tiendas, sin que

esto quiera decir que era muy fuerte el nivel industrial de los tiempos, porque se vendieran muchas bagatelas, sino que era esa la costumbre, porque ellos decían que estando en guerra lo mejor era no dejar la tienda ni para dormir. Modernamente eso sólo lo hacen los judíos, que se llevan a la cama el tenderete, no por heroicos, sino por roñosos y guardarse bien las chucherías, pero eso ya no tiene tanto mérito. Le seguían, muy de cerca, mil soldados de la mesnada alfonsina, y delante, caballeros y peones. ¿Adónde nos llevará don Diego?, parece que se preguntaban los más reacios a la leña. Pero cualquiera los aguantaba ya. Don Diego entró en la tienda, se acercó conteniendo la respiración, al príncipe, y le gritó en árabe: ¡daos muerto!, y le cayó, cuchillo a la mano, en la mismísima nuca. Dio un salto, como en las películas, el morazo, y acometió a don Diego. Afuera, palpitaba la noche estrellada, cosa que no sabemos si era cierta; pero viste bien ponerle a los relatos alguna que otra estrella para la puesta en escena.

Sonaron por el campamento —canta Bellido— «trompetas y atabales, relinchos de caballos, algarabía de voces». La castaña debió ser, por supuesto, bastante pilonga, de lo arrugados que estarían muchos; pero cuando en la tienda, Abú Malik pudo gritar su: «¡A mí las armas!» ya don Diego le había clavado la lanza a la espalda, de modo que no lo habría superado Rafael Ortega; y cayó bañado en sangre agarena, la sangre que luego, pasados los tiempos, serviría a los autores del «Huésped del Sevillano» para la escritura de su célebre romanza de la mujer esa —¿la recuerdan ya?— que se había metido detrás de un muro para que le regalaran los oídos. Dicen las historias que Abú Malik estaba medio dormido cuando lo embrearon; y no sabemos si sería que sólo tenía abierto un ojo, ni si fue así, cual sería —porque como hay dos, ¿verdad?— o que sólo dispuso de una mano para tomar las armas, o que cáncamos fue aquello. Lo cierto es que don Diego, viéndose venir a los escuadrones malikianos, saltó al caballo y

fue reconocido por la forma de montarse, que fue a la cristiana, y lo persiguieron. Don Diego se reventó en la correría, por que venía a Jerez que escarbaba, naturalmente el caballo, en su prisa por salvarse, que era muy justa, porque lo suyo ya estaba hecho. Murió poco después, de resultas de los derrames sanguíneos —no había entonces transfusiones, que se peleaba a caraperro— y fue enterrado en una lujosa cripta de San Marcos.

Y a don Diego Fernández de Herrera le ofrendaron la calle esa en que viven, en gracia del Señor, las Siervas de María, para lo que gusten mandar en cuanto tengan enfermos en la casa, que Dios no lo permita porque son cosa de muchísimos apuros. Y la calle es corta, pero es bonita y alegre y soleada. Tiene capillas y tiene muchos rezos, de modo que por eso decimos don Diego de las Siervas.

## Camino de Madre de Dios

Puede que algún avispadillo —que suelen pasarse de listos— viéndonos ir al convento de Madre de Dios atravesando Porvenir de sur a norte, se piense que será por arrimarse asca a la sardina, puesto que allá vivimos hace años. Después de todo, si así fuera —que no lo es— ninguna culpa habría en ello, que si la calle no tuviera todo el meollo histórico que tiene, sería, a lo menos, zona de nuestra jerezanía y expansión, y ya sería digna de encomio. Bien es cierto que muy pocas calles de la ciudad habrán sufrido, como ésta, la frivolidad nominadora a que los municipios suelen darse, así que se ven en las primeras de cambio. Primero —hace siglos largos— se llamaba el Ejido, aunque sería porque lo es todo campo, de los baldíos y haraganes, que esté a la salida de todo pueblo; pero, qué diablos, según el uso popular de los apelativos, en

Ejido pudo quedarse, ¿no?, por muchas plantas que luego le hubieran ido alzando. Pues, no señores. Cuando lo del Ejido estaba en sazón, y la calle empezaba a crecer desde las Angustias hacia las afueras, como no se construía sino a la mano derecha, y a la otra le decían anda y que te zurzan, la calle pasó a llamarse —o mejor, a que la llamaran— Acera de Madre de Dios, y hasta unos años después, Calle del Convento ese, donde, dicho sea de paso, don Antonio, su cura decía una misa cada mañanita, sobre las siete que resucitaba el corazón oírsele, de recién estrenada y golosa que se nos antojaba a todos. Que si Baluarte de las Angustias, por que había un fortín de haberle metido miedo a viejos invasores o de tal vez nadar y guardar la pólvora, y que si don Cristóbal de Cuenca y Román, primero de sus propietarios urbanísticos, ya pagaba en la calle tributos de buenos maravedises, lo cierto es que lo de Porvenir no le nació a la calle hasta el día seis de noviembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro, es decir, que estamos ya camino del siglo largo, y que en seguida que el verano próximo diga me voy con el calor a otra parte, y amarilleen tíernamente sus árboles, la calle tendrá ciento ventiocho años, como la mendiga ilustre y sabia de las Esclavas, que sabía más que don Marcelino, no el del vino, sino el de los Heterodoxos. Después de saber que la calle tiene esa tragedia de aguantarse nombres como granuja se aguante improprios, pero al revés, por que la calle es buena y muy honesta, todavía le largaron nombres ajenísimos a ella, como aquel de García Hernández o este de don Gonzalo de Queipo de Llano, que quienes conocieron bien al general, en campaña, en la casa y en la calle, saben que a don Gonzalo no le hacían ninguna gracia boberías de ese linaje, y que si aceptaba nombres, eran nuevos, no por vanidad, sino porque «señal será de que se construye», solía decir airosamente. Y, en fin, dejémosla, y ahora, mientras la cruzamos apaciblemente, al solete de la acera de los vinos, la de babor, ¿qué menos que nombrar a la ligera las calles afluentes y filiales que salen a la de Porvenir?

Pues sí, démosle cabida en esta crónica, que no son muchas, y alguna tiene menta en el linaje y hasta su mijilla de ajillo picante en el guisado de su fama. Sin irnos ya por la rama, ahí está la de Marimanta, que se creía, hace años, fue poco menos que un homenaje a una amante famosa, a María Amanta, y que por la buena armonía de nombre y apellido acabaron uniéndose los vocablos. Pero no fue así, que el pueblo le saca punta a la primera pirindola que se encuentra, sin saber cómo ni a qué pueda venir punta descarnada. Marimanta quiere decir duende y fantasma, y algún diccionario más ingenuo, le llama «figura horrisona que espanta a los niños», y en verdad de la buena, lo que viene a ser que María está con una manta encima y acaso por ella, agregándole una escoba, trajera de cabeza a los municipales del XVI, que así le bautizaron, por algún gracioso de la época que vistió ropa endiablada y se dedicó a saltar por tejas y esquinas gritando lo del ¡Animas del Purgatorio!, que era como una consigna radiofónica de entonces. A esta calle de la Marimanta o de la Fantasma, los vecinos le cerraron el paso y se le quedaron como una propiedad privada; y tuvo que irse a ellos, un jurado, Diego López Orellana, a decirles: pero, criaturas, ¿están ustedes locos? Y si se les redujo a la obediencia, fue porque el Ayuntamiento pidió al Rey «una real provisión», que llegó cuando ya los veinticuatro caballeros y los síndicos y los regidores, estaban que echaban chispas contra los marimanteños.

Paralela a ella, a la Marimanta, está la de Mariñíguez, ofrenda de Jerez a una doña María Ñíguez, que si no dejó noticias biográficas, sí debió dejar buenas obras, que tenía rentas blanduchas y se le caían de las manos. Hubo muchas Ñíguez en la calle, todas casadas, menos Paquita, que esa debió decir, ¿a mí?, vamos hombre, déjeme en paz con mis bordados y novenas, y fue y se quedó soltera como la doña Rosita de Lorca.

Más allá, arriba, donde ponían los circos de lona y leones, desemboca la calle de los Pañuelos, y a la vista está que

fue llamada así, porque tuvo tejedores de pañuelos finos y camperos y de toda calidad; pero, ya entraremos por ella otro día, porque ahí se abre ese barrio alegre, que va a San Telmo, y tiene historia larga y sal de la gruesa y no vamos a exprimirla aquí aprisa y sin pena ni gloria. ¿La de Francisco de Paula, amigos? Que aguarde, que aguarde, que nadie como los santos saben tener paciencia.

## Un poner, San Clemente

Vamos a regalar un ejemplo de cómo se glosa una calle a nuestro epistolar amigo Daoiz y Velarde. No todo van a ser réplicas a errores. Decía el bibliófilo en su carta, que hasta ahora lo que teníamos hecho no era sino una salva de «chungas» —esa fue su palabra— al librote de Muñoz Gómez. Bueno. ¿Pues saben ustedes lo que dice don Agustín de la calle de San Clemente? Nueve líneas. Así, nueve; y para éso, sólo dice Misericordia, como si en esa línea ya se le hubiese agotado la sabiduría y se la pidiera al Señor para seguir. ¿De verdad creará alguien que con nueve líneas de consulta puede hacerse una glosa, suculenta como son las nuestras, que a la vista está que dan, no teniendo a veces donde asirse, ciento por una? De ahí que hayamos escrito arriba lo que un poner, como el pueblo llama a los ejemplos prácticos; y en verdad que está mejor dicho, aunque Daoiz y Velarde llame a los giros populares vocablos de corralerías, con lo que se ve que no quiere nada con el pueblo, cuando es quien mejor habla y quien mejor se conduce, llamándole al pan pan y al vino vino, y los dos frutos, en Jerez, de los buenos y bien tomados.

Parece que la calle de San Clemente fue llamada, en lo antiguo, Ternero y de las Flores. De ninguna de las dos nombradas deduce nada ni descubre mucho don Agustín Muñoz,

pese a que Daoiz y Velarde le supone en posesión de una ciencia callejera larguísima. Conste que si hablamos con esta claridad, no es por restarle méritos, sino por traer a nuestro bibliófilo a humildad y sencillez haciéndole ver que la ciencia no es tan fácil y que si nosotros no la ambicionamos, él tampoco la tiene, que se diga, subida a la cabeza, porque, vamos, si la tiene y no la usa es un gravísimo daño a la ciudad, donde tanta falta hace, y él mismo lo confiesa, que nos multipliquemos en las averiguaciones. Pues sí. De los dos nombres viejos, de Ternero y de Flores, todo cuanto dice la Historia de las Calles de Muñoz, es que lo de Ternero quizás fuese por un Alonso Ternero que figuraba entre los censatarios del Hospital de la Misericordia, y esa —la Misericordia— es la línea asmática de que antes decíamos si sería el ahogo talentado de don Agustín. ¿Eso es haber dicho algo? Ahora seguimos aquí devanándonos sesos y papeles por si alguna luz nos diera en los ojos. Pero nada. Hay que entrarse en San Clemente, saltándonos a la pidola las flores, como hace don Agustín, para que la calle se nos abra de esquinas, solecitos y rejas, que si ya es pura historia, no por eso deja de tener su sitio en planos y memorias.

Así, sí. Con San Clemente, ya se hace la luz. No mucha, pero se hace, porque lo menos que pudo haber hecho en su Historia Muñoz Gómez es decirnos alguna que otra chuchería del Santo, que las tendría, aparte de haber sido el Santo tutelar de la toma de Sevilla. Viene bien, después de todo, el olvido de nuestro historiador, porque hace días fue fiesta de Clemente, y si en Sevilla se la recordó con chaquets edilicios y charangueos simpáticos, no está mal que nosotros le digamos siquiera que aquí tiene su casa, y en nuestras ilustres archive-rías un lugar de cierta consideración pública y cívica: la de haber tenido calle. Por eso, con licencia de la brevedad de entendimiento con que nuestro escriturario y enojadísimo epistolero se nos dirige, hagámosle a Clemente la merced de esta

fugaz recordación. Porque hora es ya de que en las escuelas se crease una enseñanza local de las calles de cada ciudad o pueblo. Sería como un suntuoso desfile de los hombres que nos antecedieron, maestros del buen vivir, y dicho sea no porque se dieran buena siesta, sino por lo cabalmente que supieron usar sus vidas. Y así veríamos que San Clemente, el tutelar de la toma de Sevilla y el que por ello nos vino en forma de rótulo de calle, fue famoso en santidad y mortificación; y fue Papa, con lo que, de algún modo, nos podemos dar el postín de ser bien antiguos en devociones, como que aquel Clemente anduvo entre Anacleto y Lino, casi rozándole las plantas al mismísimo San Pedro. Célebre —¿quién no tiene noticia de ello si hasta puede que nuestro Daoiz y Velarde la conozca, y a ello gustosamente lo emplazamos?— fue su carta a los Corintios llamándolos al orden y la obediencia. Y cuéntase que San Dionisio, así que la leía a los suyos, se quedaba como subido en edificaciones interiorísimas.

Por lo sevillanizado que el nombre nos quedó, razón de sobra hay para decir que Juan de Valdés lo pintó en los muros de San Clemente, el monasterio sevillano y cerrémosle la lisonja diciendo aquí que Leclercq en «Los Mártires» se hace la boca agua contando cómo murió, con un ancla al cuello, martirizado, cuando los laberintos de Trajano, y en los días en que ser Papa era tener la vida en vilo. Véase, y nos vamos, cómo a esa calle de San Clemente pudo, hace años, extraérsele más olor, mayores zumos, que la seca y ruda noticia, fosilizada y aspaventada, con que don Agustín nos legó su memoria. ¿Habría sido tan amable nuestro epistolario Daoiz y Velarde, que nos obsequiase con este florilegio dándosele, de carambolas de salida, nueve líneas asfixiadas? Pues aprendamos y sepamos que tiene mucho mérito todo cuanto cada prójimo hace, con tal que la idea sea noble y el lenguaje airoso; y a veces no hay mejor lengua que la que se habla en corrales y compases.

## De Sol a San Telmo

Parece largo el camino: ¿verdad que sí? Pues nadie se asuste, que ya de otros paseos tenemos mucho andado; tanto, que de Molineros a Marimanta nada tenemos que agregar al recorrido, que bien claro dijimos, cuando descansábamos en las Angustias y subíamos la del Porvenir, a que vinieron nombres tan rumbosos, y, qué diablos, quien quiera solazarse con tanto detalluelo, que gire los ojos, los ponga en aquellas crónicas y se quede en paz, que a nosotros, eso de repetir las historietas nos gusta poquísimo. Y ahora, si nos sale al paso esta de Cazón, la del jerezano Chacón, el malagueñista aterciopeado, bien corta es su historia y en dos zancadas está más que vista y escuchada. ¿Fue porque tuvimos freidurías en el XVI? No lo parece, porque el pescado frito se vendía en la collación donde ahora ejercen su ministerio los carmelitas, y donde tiene el maestro Daza su taller de doraciones vistosas, y no iban los pescadores a vender el cazón acá y las pijotas allá, sino que todo el pescado, por mucho adobo que quieran ponerles, lo venderían en las mismas tiendas y así, la de Cazón, requiere otro bautizo y bien clarito, como que fue por una familia que se apellidaba de esa piscícola manera, aunque hasta el XVIII, y gracias al Cabildo de los curas, no se supo de una buena señora, doña Josefa Cazón, que tuvo casa en Sol, y en ella asentaba sus reales de ricachona y buena hembra. Ahora; si fueron Cazonas de los de zeta o Casones de los de ese, averigüelo Vargas, que los escribanos no dijeron ni pío, y si lo dijeran, tampoco sería cosa de fiarse mucho, por la mala ortografía de aquellos ilustres tiempos.

Y paso a paso, de puerta en puerta, entre graciosas ventanas con macetas de geranios y tenderetes de fruta con buenas moscas, pero sanotas de meollo, entramos como navío en rada, en las Puertas del Sol, que no se parecen, ni mucho menos, a la de Madrid, aunque unas y otras se llamen así porque

el Sol les daba en la mismísima jeta hasta derretirles las piedras y tejados. De modo que si a la calle la llamaban del Sol, porque daba en ella, a las Puertas, se lo dirían porque por ellas entraban apenas que los gallos, a la aurora, piqueteaban en los silencios con la nerviosa, serrería de sus picos. Claro; ¿iban a llamarla de la Luna? Y ya por las puertas soleadas, a las que se abren las ascéticas y cofradieras de la Yedra, donde se custodia la Virgen de la Esperanza —y qué bonita es óverdad?— ya se pisa tierra y pedregales de la viejísima calle de Empedrada, a la que no será hipérbole llamarla benemérita, porque en ella está el Cuartel de los Civiles, en la que fuera Casa de los Villapanés, y de la que ya hablaremos —y mucho!— cuando entremos en menciones monumentales. Esta de Empedrada nació también en el XVI, y tiene a mucha honra ser la primera calle de Jerez donde pusieron suelo de pedrería, que de ahí le viene la gracia, aunque entonces se le agregaba de Cartuja, porque daba al Ejido, al campo abierto, por él se iba a la Cartuja de la Defensa, que Dios guarde, para gala y ornato de nuestros cartujos penitentes y fervorosos, que los tenemos y de buen muy buen año espiritual. La aclaramos, no sea que alguien, que lea aprisa, se pueda pensar que la llamaron Empedrada de Cartuja porque llevara el Tempul, que de todo hay en la viña de los mal pensados.

Por Empedrada, se sale a la Cruz Vieja, y como de Antón Daza, su frontera, ya hicimos mención minuciosa en páginas atrás, sépase que esto de la Cruz viene porque hubo una en las afueras, y que a ella sale, corta, ancha y cuesta abajo, la de Zarza, por una familia de ese nombre que se pasó todo el siglo XVI hace que te hace testamentos, como quien hace encajes de bolillos o pildoras para catarrosos; sobre todo, porque una doña Antonia Zarza no sabía qué hacer con sus cuatros perras, y se preguntaba cuando salía del notario: ¿hice bien, Antonia?, ¿hago otra cosa? ¿desheredo? ¿lego? ¿lo doy al convento?, ¿qué hago, qué rehago, qué requetehago?, y volvía a

entrar, paf, como una loca a la casa del escribano a que le enmendase las corazonadas de sus mandas.

¿No decían que el trayecto era largo? ¿Se convencen que de nuestra compañía —y no decimos de nuestra mano porque sería demasiado paternal— se va por Jerez con bastante prisa? Pues sí; ya entramos en el Cerro Fuerte, y esta, a pesar de su fortalecido nombre, todavía tiene menos historia que pueda tener recién nacido, que si tiene alguna será por la fama del padre, que no por la suya, el pobre nuestro, casi todavía de talco y muy bebé nuestro. A esta llamáronla Cerro porque era, éso: un cerro sobre la campiña, una colinilla de mala muerte —dicho sea en su importancia geológica— pero sí lo bastante alta para que la gente se quedara mirando y le dijera: ahí en el Cerro, pasado el Cerro, antes del Cerro; y, claro, como la gente es así de lista —y tenemos la mano casi al suelo— fue y la bautizó calle del Cerro, y le agregó lo de Fuerte, para darle postín a la simpática orografía de suburbio. Y ya, por Sancho Vizcaino, y con una copa a bordo de vino de Abarzuza, tan sabroso y viejo, llegamos a San Telmo. Pero en asuntos del Cristo no entremos hasta que no sea hora de hablar de las imágenes, que todo llegará, y así, dejemos aquí el paseo; y disculpen si fue de mucha andadura.

## Duende en Galván

Hace ya cosa así como de siglo y medio —que pronto será la edad de todo cristiano si prosiguiesen las muertes centenarias— hubo un duende en la calle de Galván. No se sabe qué duende sería, aunque sí que no fue de los de telilla de glasé o ronda vigilante, sino duende a secas, tal y como la lengua castellana lo requiere para darlo por bueno y ponerlo sobre escobas, en circulación fantasmal y lechucera. Debió ser

duende de los de espíritu de travesura, que se meten en una casa vacía y la sacan de quicio metiéndola en ruidos por todos sus cuadrantes.

De aquel duende, nació —para que se vea— lo que nadie pudo esperarse. Sí. Porque si hubiese dado a luz a cantador de mucho aguardiente y de repajoleros amosavé, amosavé, habría sido duende razonable, por aquello de que se tiene por duende a ese ángel misterioso, levitador de la gracia, que habita a la criatura y la hace entonarse de modo que nadie lo supera aunque se sepa el oficio como opositor de cátedra los intrínquilis del temario. Pero no. No nació cantor del duende, sino otra calle, y del mismísimo cuerpo de la de Galván.

Pero situemos las cosas. La de Galván, madre del Duende —con todos los respetos sea escrito— fue de Galván toda ella y hace siglos. Primero fue de don Juan de Galván, y después de Vivas; pero éste que sepamos, no dejó —aparte su implícita plétora gritadora del apellido— rastro de sí como para meternos en laberintos de más porte. Don Juan, sí; al menos, eso dejó destimoniado don Agustín Muñoz Gómez, que lo dio por bueno y le torneó cartela de autenticidad, por no recordarnos qué razones de vecindad, aunque nosotros más estamos en creer que de aquel don Juan tiene la calle menos que Poujade simpatías en las finanzas francesas. Pero, en fin; qué más da, si aquí lo de Galván interesa para dar cuerda al Duende, y esa, la cuerda, ya la tiene y con más duración que la que puedan tener relojes indios de los de la Luneta tetuaní.

La del Duende —y ya estamos en el ajo— fue llamada de la «Atahonilla perdida». ¿Por qué? Ningún cerebro antiguo da norte del asunto, aunque se le vea claro como a la miga en el pan recién bruñido, que hasta humea de blancos de hogaza. Debíó ser —¿lo duda alguien?— porque en la calle habría algún panadero de amasijos caseros, perdido por modestia o puede que por estar menos cerca de lo que físgasen los guardias de los tributos, que entonces como siempre, suelen ser de

los que no se casan con nadie. A poco, la atahonilla debíó perderse del todo, y en 1817, zás, saltó el Duende como una tormenta; tanta, que a Jerez se le olvidaron los viejos panes, y en Duende quedó remoqueteada la calle exprimida de la de Galván. Años después, acaso por el éxito del Duende, la propia alcaldía, que de nada suele asustarse porque el miedo lo reparte ella, mandó coger un folio de sus archivos y ordenó al escribano que a la calle la inscribieran como «de las Animas o del Duende de la calle de Gaitán», y la verdad que hizo bien, porque a ver qué diferencia hay entre ánimas en pena y duende haciendo cabriolas aurorales.

¿Dónde surgió aquel duende? ¿Fue apodo de algún vecino? Si hay lector que lo sepa, alce el dedo, diga el nombre y le dejaremos, al duende y al duendista, registrados aquí, en la breve posteridad de estas crónicas. Más bien que a mote o alias, se piensa fuera debido lo del Duende a una casa llamada de la Horca y que estuvo en la calle cuando toda ella, sin esquina de menos, se llamaba de Galván. Una casa con horca no sería en nuestro tiempo cosa de mucha rareza, porque casi todas las de renta antigua la tienen implícita en la escasez de los recibos, y no es fantasía llamarlas así, porque a muchos, digan lo que quieran, les duelen como sogas al gáznate; pero entonces, sí, porque las horcas eran atributos de la justicia, y nadie tenía por qué instalar en sus casas privadas instrumentos decapitadores o, al menos, extractores de nueces humanas.

Perdida andaría aquella casa de la Horca, y nada más que la atahonilla, si un jefe de la guardia urbana de Jerez, el señor Gómez Puchal, no hubiese investigado, papel a papel, lo que hubo de cierto en el patetismo. Y así, puede ufanarse el funcionario, desde la historia de la ciudad, de habernos legado su testimonio de que sí, que la casa estuvo en el número 12 de Galván y que fue llamada de la Horca porque una mujer dejó sin pescuezo al marido en menos que canta un gallo cuando siente que el campo se le mueve y le resuena el susto en las crestas. Y puede que a la horca, ululante y fría, deba su vida y fama el duende de Galván. ¿Por qué no?

## Lío de la Galvana

Qué verdad es, amigos nuestros, que donde menos se espera salta la liebre. Cuando el pueblo habla, qué bien sabe lo que dice. En este caso, la liebre se llama la Galvana y «saltó», hace siglos, en la callejuela jerezana de Murguía. Es la calle más pequeña y de mayor enredo —histórico por supuesto— de todas las que tenemos en el callejero ciudadano. Empieza porque el linaje de su nombre no tiene salida, como la calle misma, que tampoco la tiene. Hace siglos, sí que la tenía, porque la gente, acortando de pronto las distancias, entraba por la del Puerto y se plantaba, en un periquete, en el Reventón de Quintos, ahorrándose la vuelta y revuelta que baja, paredaña a González Byass, desde la Alameda a los Cuatro Caminos. Pero, en fin, ya pudo haberse quedado el lío en eso de que la tapiaran y se quedara más cerrada que casa de ciudad cuando la familia se va de veraneo. Pero no, amigos; no quedó la cosa así. Y lo veremos.

La calle —que luego pasó a llamarse Murguía y así sigue— dio en ser llamada de la Galvana. ¿Y por qué, que es lo que nosotros nos hemos dicho, y muchas veces, mirándola? ¿Galvana de qué? Porque si fuese Galvana, de las que tienen be y no uve, estaría claro, como que así le entra a uno el sueño hasta los hígados, y cualquiera sabe que una buena galvana, y en verano más, es una pereza de las que nos dejan tontos de siesta. Pero siendo, como es, Galvana el nombre y con uve terminante y específica, el lío sube de nudos, y ya no hay quien lo remedie. ¿Quién fue ese o esa Galvana?

En los papeles del Hospital de Santa María del Pilar, allá por los finales del XVI, consta que un jerezano que atendía por Lorenzo Gil, pagaba 750 maravedises por una casa que tenía en la calle. Poco dinero, ya fueran maravedises de plata, como los que tutelaron los Reyes Católicos, o de vellón, como los que conocieron nuestros abuelos. Vamos; que don Loren-

zo —bien hechas las cuentas— lo que debía pagar cada año eran unas cincuenta pesetas por su casa, que no es como para andar pidiendo que bajasen las contribuciones. Después, desapareció la calle, fenómeno terrible que, gracias a Dios sólo ocurrió en los papeles, ya que en el XVII no había señales escritas ni menciones de su vida pública, lo que prueba que cuando las oficinas administrativas no meten el cuello, las cosas se ponen mal y hay que salvarlas haciendo que las oficinas sean más en vez de menos, y esta idea nos consuela mucho en estos tiempos de aflicciones burocráticas. Pero ya que parecía que la calle de la Galvana había desaparecido, zás, resucitó en 1752, pero llamándose entonces de Murguía, y de este nombre sí que no hay constancia alguna, con lo que Murguía sigue siendo, a pesar de cuanto hemos crecido en sabiduría y en oposiciones archiveras, un feroz misterio, que debería llamar feraz, en vez de feroz, por la muchísima fertilidad de ignorancias que nos tiene producida.

Y seguimos, en vista de ello, con la Galvana. El señor Polanco, que tenía unos índices mayores que los que dan cargos por el sistema del dedo, registra en sus papeles más venerables y reliquiosos —¿nos aceptan el vocablo?— a una doña Isabel Galván, que dejó un testamento muy extraño, por que en lugar de fortunas, cortijadas o siquiera una buena oficina de quinielas deportivas, sólo dejó una prima —Elvirita Gutiérrez— una hija, Catalina —también Gutiérrez— y dos nietos, Benidita García y Martincillo Dávila, y para nada se habla de quién fue su Gutiérrez particular ni de que las nenas, recibirán éste o aquel cacharro. Parece, según los índices terribles del señor Polanco, que la gente, en la época, sólo dejaban criaturas, y, después de todo, no está mal, que muchos además de no dejar fortuna, dejan hijos sin nombre como para cubrir de grupos escolares el Sahara, que ya es un espacio buenote, ya.

Y a nosotros, se nos acaban ya las pistas, porque eso que

dice Muñoz Gómez en su historia de que la Galvana sería alguna hija de algún Galván, a nosotros, la verdad, nos parece muy poco serio, y debió decirlo don Agustín acaso aburrido de ver que no daba pie con bola en el asunto. Por otra parte, a pesar —cosa que talvez ocurriera— que a la calle le faltasen letras, y no fuese Galvana, sino —por un poner— galvanoplastia, es mucho descubrir, a pesar de que si lo admitiésemos, la calle habría sido una ilustre anunciación de las litografías posteriores, tan jerezanas ellas. ¿Y Galvanismo? ¿Sería un homenaje antiguo al fenomenazo que descubriría, andando el tiempo, don Luis Galvani, el italiano? Sí, amigos, sí, aquel del emparedado líquido entre los metales opuestos. Y, en fin, como las peripecias de la Galvana, no se aclaran, ni dejándonos seco el horno cerebral, nosotros lo dejamos en una castiza y vieja frase castellana. Aquélla que dice que lo de «no lo entendería Galván», que quiere decir que las cosas no las conoce ni su padre. Si alguno, más avisado, más historiador —Dios nos libre— que nosotros, pudiera hacernos merced y favor de mejores informes, aquí estamos, para confesar, humildes y rendidos, que este lío, como muchos otros que la ciudad padece, puede tener desate y claridad.

## San Telmo, puerto de mar

Alguien, muy santelmista, se nos ha quejado —Dios le bendiga la merced— de que por avaricia de hablar de San Marcos, nos dejamos a San Telmo con dos palmos de narices; y no es verdad. Ahora volvemos. Lo que sí pasa es que tiene mucho mundo callejero este Jerez de nuestras ansias; y quisiéramos, como el pueblo dice, estar en misa y repicando, pero no hay cuerpo que pise tanto terreno. Cuando dos semanas atrás, nos tomamos la copa de Abarzuza, dejamos el paseo.

Claro: era muy tarde, y urgía rendir tributo al almuerzo, que no sólo de andar vive el hombre. Pero ya estamos frente a San Telmo; y si la iglesita y su Cristo, vamos a dejarlo para cuando estemos metidos en monumentos, de la plaza, que fue playa haremos aquí brevísima lisonja, que sí que la tiene. Fue de la Oliva, porque tuvo más olivas que puedan tener los árboles aceituneros de toda la Bética baja; y los notarios antiguos de Jerez, que fueron muchos, registraron en sus legajos tantos que no cabrían en nuestra crónica, ni exprimiéndolos mucho, aún a trueque de llenarnos de aceite petronímico las manos. Hubo aquel Juan de Oliva, maestro de obras en el XVI; y Catalina, la que contrajo bodas de mucha celebración con un Nicolás Beato, que fue piadoso de apellido y costumbre; y, sobre todos ellos, el Oliva mayor, se sabe que fue luego Martín, el arquitecto que alternó en la alzada del Cabildo Viejo, allá en los meses, de mucho palustre y ladrillerías, de mil quinientos setenta y cinco; y todos, para gloria jerezana, fueron olivas de la Reconquista, que acaso por lo bien que pelearon recibiendo casi una calle de regalo real.

Vivía en la plaza, donde ahora cruje, en la Cuaresma, la devoción del Cristo de la Expiración, nuestro Cachorro, las gentes del mar, que allí tuvieron puerto y redes; y si ahora, en cualquiera de los suelos, se escarba la costra, salía, sequerón y testimonial, algún que otro molusco disecado y convertido ya en pequeño cofre de polvo antiguo. Hacia el Portal estaba el puerto, de pesqueros y grumetes menores, que iban río abajo, hasta la Puntilla. Fueron los marineros quienes alzaron la ermita de San Pedro González Telmo, y como lo de Perico González era de mucha confianza de andar por casa, la gente, que todo lo abrevia con hermosura sintetizadora, se dijo: vamos a dejarnos ya de historias, y llamémosle San Telmo, que así viste mejor y se gasta menos saliva, que buena falta hace ésta, toda ella, para gastarla en rezos para las navegaciones; y en San Telmo se quedaron los nombres, para regocijo, pasa-

dos los tiempos, del viernes santo, que es otra mar, pero de fervores inflamados y caliente, de las más aguerridas y tremolantes capillas de la ciudad. Desde San Telmo, el paisaje se puebla de una luz verde, clara, anchurosa, de trigal, de ventas y de humitos de trenes que van a Cádiz o a Sanlúcar, según se tome la vía grande o la de los ritmos menores y sin prisas.

De San Telmo se pasa al arrecife de Cartuja, pegándose bien a los paredones del que fue recreo de Vallesequillo; y así, un poco cuesta arriba, se entra en la calle de Méndez Núñez, en la que tiene don Antonio Chacón industria, y cuyo nombre —el de la calle— es un lauro que Jerez le puso en las sienes de la memoria a don Casto el del Callao, por aquella batallota naval, de cañones patrios, que se libró en las orillas peruanas del Pacífico, allá en la tarde del dos de mayo de mil ochocientos sesenta y seis; y si la vida de don Casto no cuadró el medio siglo, bien que supo aprovecharse de su brevedad, dejándonos buena memoria de sus galones y patillas, que dieron pero que bastante guerra entre aquellos cielos del Perú decimonónico. Esta de Méndez Núñez es una de las calles mejor nombradas, con mayor mérito, porque el gallego ilustre no regateó una sola estrella a su noche de heroísmo, olvidándose, por España, hasta de la buena vida que pudo darse entre aquel cereal de oro, aquella riquísima madera olorosa de los bosques del Callao, aquellas riberas tentadoras del Pacífico. No en balde, luego, Jerez le dio la calle en lo que llamaron nuestros antecesores el Mundo Nuevo, no se sabe si por el ensanche urbano o por el prestigio de don Casto que peleó en el mundo novísimo de América, que aquí, ya se sabe, a todo le sacamos punta, y de la fina y penetradora.

Poco resta ya de este contorno jerezano; tan poco, que parados, a pies juntos, en la esquina de Méndez Núñez con Madre de Dios, sólo nos queda decir que toda esta angulería se llama de Vallesequillo, porque en ella tuvo hacienda de este nombre don Luis Gordón, una vieja familia brillantísima,

y fue el propio don Luis quien desmontó terrenos, vendió parcelas, allanó montículos, y dejándose de sembraduras, hizo el pícaro barrio del Mundo Nuevo, donde ahora se alzan —¡y qué alegremente!— el Oratorio de los Salesianos y las Hermanitas de los Pobres. ¿No creen ustedes, con nosotros, que es mucha incidencia nominativa en el contorno? Oratorio y pobres a un tiempo, bien podrían ser un doble regalo de la Providencia —¿verdad?— para que, supiéramos que la oración y la caridad son los atributos de los buenos cristianos. Y regresamos, luego de haber redondeado nuestro paseo por esta zona, dándole coba a la calle de Acebuche, que no lo es por aceituna escuálida, ni por amargura o pobreza, sino porque tuvo árbol señalador de ese nombre, berberisco él, cuando el ensanche del siglo pasado. ¿Ven ustedes que ahora es Acebuche una calle modesta, que da pena mirarla cuando de Méndez Núñez se baja a Pañuelos? Pues no siempre fue así, que en ella vivieron hijosdalgos de faltriqueras rellenas como pavos navideños, y se llamaron Alonso Ibáñez, López Padilla, María Ayala, y no crean, que tenían lo suyo, aunque ahora veamos este Acebuche sin ramas y sí con muchas pedregrosas esquinas y peor calzada. Y lo que es por aquí, se acabó Jerez, que no vamos también a hacerle el caldo gordo a las afueras, a las carreteras, a las huertas, porque sería el cuento de la buena pipa. De modo, que vamos a ver si en tres o cuatro paseos más, cerramos, como a pañuelo de callejerías en que estamos metidos ya hace meses. Dios lo quiera, y ustedes, amigos, que lo vean.

## Quintos junto a Silos

Un gaditano zumbón y laborioso —don Manuel Moreno Delgado— nos escribía, ya está en la gloria, que almorzando

en los Cuatro Caminos, y que entre el soporazo de la siesta, a la sombra y apretura de un postre de nata y fresas, oyó que al paraje lo llamaban del Reventón de Quintos. Quería el hombre que le hiciéramos historia del sitio, porque no se explicaba que a cuestras tan crecidas y caldeadas, del mucho sol que las hiere y reverbera, llevasen a los soldados novatos y antiguos, a que allí se dejaran los sudores en un terrible un dos, un dos, y en unas infernales medias vueltas, mar, medias vueltas, mar. Y hacía bien nuestro comunicante en pedirnos aclaraciones, porque ese Reventón de Quintos nunca lo fue por soldados con la lengua y los ojos fuera, derretidos de instrucciones primerizas.

Si el paso aclaratorio —que nada se aprende mejor como aquello que se sabe al andar— lo damos desde la plazuela de Silos, que se topa con las esquinas en el Reventón de nuestras culpas, sabremos que a la plaza silense se llamó, hace siglos, de Pastrana; y no por villas de fundación teresiana, sino por un don Gaspar que tuvo en la collación fincas de muy buen año. Tanto, que en ella gozó de solares y pisos como para albergar cuarteles y Pósitos ilustres, de lo veterano que llegaron a ser en el Jerez de hace dos siglos. Parece que aquel Pastrana, dando mucho a Dios, fundó en la iglesia de San Miguel misericordia bien dotadas, y que una lápida que rotulaba su beatitud, fue arrancada por gentes poco agradecidas, llevada al viejo Cabildo y en él abandonada, de modo que el tiempo, pasándole por encima como rulo sobre pedrerías de pavimentaciones, la dejó más lisa que cuentas bancarias en talones de manirroto.

Los Pastrana vieron alzarse en su plazuela medio centenar de silos, y la gente dijo en un verde y con asa alcarraza: pues bien podría llamarse a ésta plaza de los Silos; y en ello se quedó, con lo que se prueba, hasta la saciedad, que la gente supo irse al grano. No todo fue en la plaza asunto de trigos limpios, porque bien cerca, desde la salida de Empedrada has-

ta el mismo Reventón, ejerció sus desvergüenzas, la vieja mancebía, donde la gente baja tejía, con basto hilo lúbrico, sus pecados mortales, desde que el padre Barahona, un dominico echado para adelante, desterró a las hetairas del Mesón del Toro, junto a Santo Domingo, que fue «causa de ruidos, escándalos y muertes de muchos omes». No se diga, pues, que eso de coger a una fulana y meterle el puñal en el pecho, sea cosa moderna, porque hace siglos ya cocían habas, y morían ellas y ellos, apenas se confiaban con las oscuridades y tinieblas malolientes. Y de ahí, de Silos, se sale, con breve paso, al Reventón famoso de los Quintos.

Que no fue por soldados novios, de los de pelotón de torpes, corraje suelto, cartuchera caída y gorro de los del el muerto era mayor, está lo que se dice clarito como el agua, en seguida que se sepa que en aquellas tierras de sube que me muero, vivieron en el siglo XVI, unos pacíficos alfareros que se apellidaban Quintos, y que tuvieron en Jerez pingües contratas, de cañerías, y fueron, por cierto, las más célebres las que llevaban las aguas del convento de San Francisco al Mamelón, donde los tubos, harto de conducciones, decían, malhumorados, por ahí os pudráis aguas negras, por ahí os pudráis, y las soltaban en las huertas capuchinas para glotonearías de los cerdos ahitos y las lechugas señoronas. Quedaron muchos alfareros de los Quintos: aún se ven, sobre los cerretes del paraje, ladrillos, adobados y tejares al sol, en las alturas que dan cara a los paredones del Alcázar, que son restos de aquellos barros cocidos, al uso babilónico, por los Quintos.

Y el año 1852, el Ayuntamiento, viendo que la gente seguía en sus trece y llamaban al sitio de los Cuatro Caminos Reventón de Quintos, acaso porque la tarea adobatriz era sórdida y fuerte, y los obreros echarían los bofes, acordó rotularlo de ese modo que a los modernos nos ha parecido alusión a los reclutas fatigosos.

## Alimón de Alcaidesa y Alcubilla

Ya se sabe que eso del alimón es una aféresis, una especie de sustracción corporal que dicen los cirujanos. Claro está que no es lo mismo quitar un riñón a un cuerpo que una partícula a una palabra; pero en uno y otro caso se trata de que donde hay líos se quita uno, queramos que no. Aféresis de la suerte torera del alimón, al alimón nacen ahora estas dos viejas y saladas calles de las que, a un tiempo mismo, se nos piden noticia que nosotros con desbordado gusto vamos a ofrecer ahora mismo, por aquello de que para luego sería tarde.

La de Alcaidesa es bien pretérita y se llamó, hace tiempo, de la Imagen Chiquita, porque hubo una colgada a la puerta de su casa número 96, que pasó luego a la calle del Salado, por una abreviación de longitudes que mandó hacer un Cabildo quizás por verla demasiado larga para los carteros. Recuerda su nombre, tan linajudo él, los arranques femeninos de aquella alcaidesa refamosa que exaltó el padre Luis Coloma en su «Batalla de los Cueros», cuando el episodio medieval de la Matanzuela, que ocurrió en 1325 y dio bastante guerra de la que no sería propio ocuparnos ahora, porque eso sería menester de magisterios infantiles. «Ilustre y sabia dueña», llamaba el egregio jesuita a la Alcaidesa, heroica y brava en aquellos entuertos. Ahora bien: ¿se llama así porque la vivirán unos vecinos que se apellidaron Alcaide? Se pensó, a primeros de siglo, así, pero no es cierto, porque el Ayuntamiento en los folios del año 1509, tiene testimonios bastantes que prueban que no. Y uno de los papelotes, que sabe Dios como estarán ya de amarillos y chirreantes, asevera que unos vecinos —Diego Valdespino, Juan López de Mendoza y Diego Clemente, entre otros— elevaron a Cabildo un pliegote gordo pidiéndole que la calle de la Alcaidesa, a «espaldas del Prelado Viejo», debería ser aseada, ya que por lo oscura y sucia, era escenario de machoterías y de crímenes, y hasta «de robos

de haciendas» extraña frase probatoria de que en la época más valía una faltriquera que la vida de un prójimo de Dios, y ellos sabrían por qué. Parece que el Cabildo mandó a un munícipe a que la oliera a sus anchas, y que fruto del olisqueo, fue el acuerdo por el que la Alcaidesa fue lavada; y ya se habrá entendido bien, que la calle y no la esposa de ningún alcaide, que incluso las más demócratas suponemos tendrían sus carnes bien pasadas por jabones y aguas.

La de Alcubilla, que al alimón noticiamos con la de Alcaidesa, ya tiene otro cantar más claro, como que fue rotulada de ese modo por su muchísima agua. Cualquiera que no esté, como reza el pueblo, «falto de conocimiento», sabe, sin que se achuchen los talentos, que la alcubilla es un arca de agua, según los diccionarios, y que España tiene, además, varias alcubillas famosas, como la de Avellaneda en Soria, muy rica en yesos y la de Nogales en Zamora, hasta ahí de pródiga en triguitos dorados y pescas de río. Pues sí; la de Alcubilla se llama así y no de otra manera, porque en ella estuvieron enclavados los primeros depósitos, las primeras arcas, del agua de Jerez. No era la del Tempul, sino la que venía, pimpante y plateadísima, de la cuesta de los Albarizones, todavía vivita y coleando camino de la Cartuja. Era un agua gratis; la regalaba el Ayuntamiento, y no fue un farol acuático, sino que el Municipio mantuvo la sana costumbre —iqué gozo de regalos de agua!— hasta que en 1869 fue cortada para dar entrada a la tempuleña, que esa no, porque esa cuesta sus perras, las que sean, ya que nosotros no tenemos títulos para meternos en si hace bien o no el Cabildo en sacar lo que pueda a esta bonísima criatura de los Cielos, tan franciscana y, a veces, tan escasa como encontrar cartujos en públicos de toros.

Hubo ermita en la Alcubilla; una ermita limpia, clara, alegrísima, donde hasta misa podía oírse en los días feriados, que son esos días en los que cada cual hace lo que la real gana le aconseja, y hace bien. La ermita se llamaba de Ntra.

Sra. de la Alcubilla; la levantó el Ayuntamiento —esos municipios antiguos...— y la pagó del primero al postrero de sus ladrillos, y hacia 1671, arruinada que estuvo, la ciudad alzó otra, la de San Isidro, pero años después, depósitos de aguas y altares y espadaña y campanitas y hasta roquetes de monagos, allá que fueron vendidos a un vecino del que la historia no guarda su nombre, y eso que el comprador sale ganando porque tendrá que ver que además de haber comprado cosas tan santas, encima se la hubiera hecho inmortalote y todo. Así que ahí queden ya rematadas las dos historias, que son curiosas, es cierto, como vaticinaban, en las cartas petitorias, los jerezanos que nos han pedido noticias y señales civiles, de Alcaidesa, la heroica, y Alcubilla, la acuática, dos nombres que, aún siendo de calles lejanas entre sí, lo que es por esta vez, han salido al público, al ruedo de la actualidad, como los lanceadores colectivos de las fiestas de campo: al alimón, al aféresis, al tonteo; y por muchos años, gocen de buena salud, que la nuestra, a Dios gracias, anda del buen año que el Cielo y la Merced morenita quieren, por lo que se ve, seguir concediéndonos.

## Armas, rey Felipe, armas

Pues, señores; tan alegre es la Alameda Vieja, que cuesta mucho irse de ella. Parece, cruzándola despacio, que resucitan nuestros antiguos paseos muchachos y que va a salirnos de cualquiera de sus bancos, aquella sonrisa rubia, de nuestros sueños, a los sones —¡ay!— del jacarandoso pasodoble de la jaca que galopaba y cortaba el viento caminito de Jerez; ¿le recuerdan? Pues sí; hay que irse, qué vamos a hacerle. ¿Por dónde regresamos a la ciudad? Nosotros somos pegadizos como sindetikones, y nos aferramos a las cosas queridas como

cangrejos a peñascos de bajamar, y nos quedamos perplejos, como pretendiente nuevo a quien, de pronto, le alzan y le bajan el visillo de la casa rondada. ¿Por San Agustín? Iríamos a San Miguel, que es una buena visita; pero caemos ahora en la memoria, de que ya dimos noticia de Santa Cecilia, y tendríamos que pasar por ella haciéndonos el tonto, y eso no. ¿Por la de Armas? Pues sí; es una calle limpia, breve, ancha, clarísima y si bien es verdad que nos lleva al Arenal de don Miguel, y ya hicimos historia de sus viejas lizas y torneos caballerescos, siempre es la plaza corazón, tiene bares, y hasta podemos echarnos a beber cerveza hasta que los ojos se nos pueblen de fantasía. De modo, que, hale, a no pensarlo más, y por la de Armas, que ya diremos, mirándola desde el Arenal, la menuda incidencia de los agustinos, que es palique muy de nuestro siglo, como que nos gusta andar entre frailes como a gato entre desgarraduras de filetes.

Muy de acuerdo están Parada y Portillo, dos historiadores que da gloria tratarlos por lo mucho que suelen equivocarse, acerca de por qué llamaban, hace cuatro siglos a esta calle, con el explosivo nombre de las Armas; y aunque no suele ser muy aconsejable la unanimidad de los eruditos, por esta vez, los dos dicen la verdad y fuera de lo que ellos alegan, no hemos tropezado razón de buen bulto y mejor cebada, a la que pudiéramos asirnos para regodeo informativo de nuestros lectores. Dicen Parada y Portillo, que se llamó de las Armas, porque hubo en la calle, junto a los muros del Alcázar, una armería, que la otorgó Carlos I para que tuviéramos trabucos con que defendernos, si nos llegaban a Jerez trapisonderías de guerras y motines. No debía andar muy repleta a primeros del XVII, porque así que los ingleses dijeron vámonos a Cádiz y lo saquearon, pedimos a don Felipe II arcabuces, mosquetes, lanzas, coseletes y demás trebejuelos de matar prójimos; y cuando llegaron, en esta calle se guardaron a buen seguro, hasta que, racionados y contados, nos los daban para que no

nos hiciéramos un embrollo con tanto disparo; y cuando los británicos se fueron con sus mulas —como dicen los castizos— camino de su tierra, las armas se oxidaron y años después no había mano capaz de mover un cerrojo. Esto de las armas, rey Felipe, las armas que nos pegan, debió ocurrir hacia 1596, cuando al rey escurialense y patético le quedaban dos años de vida. Y ahí viene en enredo de los historiadores, porque dicen que cómo había de ser armería la calle si unos años antes, doña Ana Durante ya era vecina de ella, y hasta pagaba su tributo de marevedises al hospital de la Misericordia. Terciamos nosotros, que somos de ánimo pacificador, en la disputa, diciéndoles: pero, sabios de nuestras entretelas: ¿es que toda la calle tenía que ser Armería? ¿No podía doña Ana tener casa junto a los arcabuces? ¿No podía vivir, tranquilamente, una mijita más abajo o más arriba de donde estuvieran los explosivos? ¿A qué se extraña entonces don Agustín Muñoz, nuestro callejero antiguo, queriéndonos poner las cosas en tela de juicio y a base de que estemos por las armas o por las propiedades de doña Ana?

Bueno; pues andando los tiempos, que es una frase muy discutible porque no sabemos que los calendarios tengan pies, llegamos al año 1830; y el Ayuntamiento que nos regía, dijo: ¿ah, sí?, ¿de modo que armerías a nosotros, eh? ¡ahora veréis!, y fueron los munícipes y sacaron a subasta los terrenos y le dieron más de cien varas a don Francisco Pérez Cepero, un vecino con mucha fortuna, claro está que, fueron varas de terreno, no de castigo, que bastante tenía ya con hacerse propietario de fincas urbanas, que son los hombres más sufridos del planetazo este en que vivimos y de bastante mala manera. ¿De balde?, pregunta alguno. Qué va, amigos; de balde no dio nunca un Ayuntamiento ni el estado del tiempo, que ya es un fruto barato, como que se da erróneo y sin obligaciones de que llueva o haga sequeras; y a don Francisco, que fue jereza-no castizote, le cobraron por los terrenos unos mil quinientos

reales, con una carga tributaria de cincuenta al año y tenía que pagarlos precisamente el día de San Juan, que vaya un capricho, cuando era fiesta, y el hombre tendría que tomarse sus buenas copas con los muchos Juanes conocidos. Fue aquella la primera casa en serio que se alzó en la calle, en la que llamaban los antiguos rinconada de la Noria, ahí en la esquina de Armas con San Agustín. Y ¿a ver? ¿qué hora es? Se nos pasó el tiempo; lo sentimos como a dolor de muelas, pero tenemos que dejarlo; conque ya seguiremos otro día, para seguir agustineando a nuestro gusto.

## Campanas en San Agustín

Casi aire de malagueña grande, de las de Chacón, tiene hoy, a su cabeza, apenas levanta su gallo, nuestra glosa de hoy; casi aire de cante viejo y jeremiaco. ¿No va a tenerlo? ¿Se puede aguantar, como dice el pueblo cuando le pasan cosas muy grandes, esta de darnos, de súbito, con una tierra que fue santa, sobre la que hubo altares, por la que cruzaron casullas de oro, y en cuyo encuadrado y alto cielo florecían cúpulas de las de Padre y Muy Señor mío, y nunca mejor usada la quejumbre? Maravilloso está que los edificios civiles se vuelvan religiosos, como va a hacer Sevilla con uno de sus cuarteles, que lo van a convertir en casa de Dios, para el Gran Poder, sí, maravilloso está, porque eso es como decirle al Señor: toma estas piedras y asístelas con tus ángeles. Pero, eso de co-ger piedras y suelos benditos, y meterlas en solares, y llenarlas de cosas del mundo... Que no, vamos, que no está bien, por muy razonables y egoístas que nos pongamos y si nos quedamos conformes será porque a nuestras manos no están los poderes, que si estuvieran, ya veríamos, porque en asuntos del Cielo es que perdemos la chaveta, a Dios gracias.

Mucho enredo —eso sí— tiene la calle de San Agustín; pero en fin, a ver si salimos de ella con las ideicas claras, que diría un buen maño para sus adentros. Si llegó a tener cine con refrescos de zumbas y estampas de las del cine mudo, antes tuvo convento, y de agustinos, que son frailes de muchísima liturgia y buenos padres de la Iglesia. Estuvo ese convento en las que fueron tierras del Hospital de Santa María, la del Pilar; y cuando lo derribaron, como si aquí estuviéramos sobrados de Casas de Misericordia, Jerez se las dio a los agustinos, y ya trabajaron lo suyo, ya, en las obras, como que a mediados del XVII ya tenía la ciudad nuevo templo en que oír sus misas de pipiripingo, que son las misas alegres y bonitas de las mañanas de dominicas del Señor, con saludos, a la salida, de cómo está usted don Cándido y dónde piensan pasarlo esta tarde. Y ya; pues ya, toda la calle se llamó de San Agustín, que no se abrasaría los sesos el Municipio para ponerle ese nombre, que si lo hizo fue porque estando el convento tan a la vista no iban a llamarla de San Ambrosio. ¿Y eso de llamar a su zona ancha, Ancha de San Agustín? ¿Tuvo mérito eso? ¡Qué! ¿Iban a llamarla estrecha? Claro que no; cuando eso ocurre es sólo a las personas, que algunas, llamándose Delgado, son gruesas, y otras, siendo flojas de remos y músculos van y se ponen Fuertes de apellido, como si la paradoja tuviera alguna gracia y fuera así de razonable, y cuando esto escribimos, tenemos los brazos abiertos, como el carpintero del célebre tranvía que llevaba las manos de par en par para que no se le olvidara la medida del mueble.

Pues también llamaron a San Agustín, plaza de los Alquiladores, porque en ella se arrendaban caballerías de las de llevar bultos de encargos; y no debió ser de muy baja estofa el negocio, cuando familias tan empigorotadas como las de Mirabal o Díaz Pardo, que fueron caballeros veinticuatro, de eso vivían, y alquilaban bestias a troche y moche, con sus buenos maravedises en las facturas. Quizás llevara público el negocie-

jo, ya que se sabe hubo mesones en San Agustín muy abigarrados, tan de buenos condumios como el del Parador del Sol, que sí que estaría confortable y calentito, siquiera por lo caldeado del rótulo, y también se sabe que producía sus buenas rentas a doña Juanita Gutiérrez, la dueña, que debió ser criatura encendedora de suspiros y parabienes entre los aspirantes a su mano, que buen negocio en mujer atrayente siempre despierta noviazgos rediticios. Dos Vírgenes partían por San Agustín el bacalao celestial: la de la Guía, que fue devoción muy larga en la Alcubilla, a cuya ermita arribó aquel Micer Domenico Adorno del siglo XIII, cuando venía a Santo Domingo con su Virgen de la Consolación, por la que todavía, cada año, se trenzan cirios en rezos; y con la de Guía, la otra, la del Socorro.

No era la de San Agustín calle enteriza, sino partida, en gala —como diría don José Zorrilla el verboso— en tres zonas. Una, subía del Arenal hasta las bordas del Parador, y todavía sube, qué va a hacer la pobre, si las calles no pueden irse donde quieran; otra, iba del Parador a la calle de las Armas, las del rey Felipe, a la que ya ofrendamos oficio de laureles, y a esta zona se la llamó siempre del Conde de Bayona, por aquel don Manuel Misa, que alzó el Cuartel que ahora viven y guardan nuestros beneméritos Guardias Civiles, sacándose los cuartos de las tripas, porque el Ayuntamiento, ya empezada la obra —ique también fue faena!— se salió, en la sesión del uno de mayo de mil ochocientos ochenta y nueve, con la petenera de que no tenía fondos, «dada la penuria de las arcas». Y, claro está que sí, que se hizo pero que muy requetebién, qué carámbanos, con dársele su nombre a la calle o a la tercia de San Agustín, porque si Misa fue pontevedrés o, más claro, bayonero de la provincia donde saltan, espumosas, las sales de la Toja, en Jerez se plantó con sus buenos treinta años, aquí se dejó las perras, entre nosotros calaeó vinos de mucho rechupete, y en Jerez crió sus caballos como a

sus propios pechos, podría decirse, de lo lustrosos y tirapalante que le salieron; y tanto, que los vió don Alfonso XII y se quedó bizco de contemplación, a pesar de que el rey era lince en galopadas, talento en el ramo, según las crónicas, aunque lo justo habría sido decir que lo tuvo en el remo, porque el caballo lo que tiene son remos y no ramos, mucho más cuando lo que hacen es navegar y no florecer en gardenias.

Y la otra tercia, fue la que va desde esa esquina del Cuartel que se habla de tú con el Alcázar, a la frontera de la plaza de Silos; y a ésta la llamaron con el campechanote nombre de Juan Sánchez, que dio más de cien mil duros para el levantamiento del Colegio del Bautista, del que nació luego nuestro Instituto. Claro, que a don Juan le dieron la calle, pese al dinerazo, medio siglo después de los méritos, y fue en coche, que en menesteres de reparar justicias se va con pasos más pequeños que en reparaciones de monumentos nacionales, y ya es andar de pulga. Conque, clareada la maraña, lamentada la pérdida del viejo convento de agustinos, con nuestro pésame de aire malagueño grande, nos vamos con la glosa a otra parte. Otra parte, que será —vamos a ver, amigos: ¿dónde creen ustedes que será?— pues adónde quieran llevarnos los pasos; que esto de andarse Jerez, sin rumbo previo es lujo de dioses, del que tenemos, hace años, el cálido secreto. Y por él, por el Jerez de siempre, suenen, siquiera en símbolo, esas campanas que alegraron un tiempo los cielos familiares de San Agustín.

## Novias en Santa Cecilia

Como buen calzado a pie deforme, nos viene una carta de una vecina de San Miguel pidiéndonos noticia de sus andurriales. Ibamos ya a meter en danza a todo el salado cuerpo de baile de Santiago —del barrio, no del apóstol— cuan-

do se nos entra por la voluntad esta carta llamándonos; y como Santiago tiene mucho entuerto y larga historia, vamos a dejarle para otra dominica, quizás por aquello de que catorce días ven más que siete, un refrán aparte, nacido del de los ojos, que acabamos de fabricarnos para nuestro buen uso y gobierno.

No hemos querido decir —¿alguien lo había pensado así?— que a San Miguel pueda traérsele poco menos que como a un niño en escuela de migas, poco menos que con un aquí me las den todas, que ya se sabe lo muy respetable de aquella plaza y calles afluentes; pero sí que le conocemos de antiguo, ha sido zona de mucho andar nuestro, y queridísima siempre, y como a méritos y vicios propios la conocemos, que nadie sabe más del paño que la madera del arca que lo guarda. Y echada por delante, como las reses en los sorteos toberos, esta verdad, para aguantar y doblegar resquemores de mal pensados, ya pisamos la primera piedra de Santa Cecilia.

Llamaron a esta calle, hace cinco siglos, así con lisa ingenuidad de gente que no quiso dedicarle mucho ingenio o gasto de fósforo: la que va a San Miguel, ésa, la que sube de San Agustín a la ermita; y como el Padrón de la Moneda forera, que así llamaban a los viejos tributos, no tenía por qué meterse en si los nombres eran bonitos o no, allá por el XVI registraron a la calle así y en la que va a San Miguel se quedó algunos años. Por cierto que vivían en ella gentes de muy laboriosa condición, ennoblecidas por el puro, simple y llano esfuerzo de los oficios humildes, y mención tenemos en los papelotes municipales, de un Juan Martín, trasquilador de reses, que tuvo casa en la número nueve de la calle, con que ya lo saben quienes ahora son vecinos de ella, que tuvieron antecesor y de muy buenas tijeras lanudas.

Muy de paso la llamaron de Orbaneja y de Diego Suazo; y lo de Orbaneja, nada tuvo que ver con aquel García de Orbaneja, marido de Catalina Riquel, al que se ofrendó calle por

la Carpintería, ni con Juan de Orbanexa, al que se hizo usufructuario nominativo de la placita de los jabones; y si ahora no tenemos espacio, a ellos iremos, cuando el tiempo nos deje las manos libres, y se verá que no fueron Orbanejas comunes, sino bien distintos y alejados. Dos actas de Cabildo, las números mil quinientos cincuenta y dos y mil quinientos noventa y tres testificaron estas primeras timideces en los cambios de la nomenclatura, pero con tanta vacilación fueron hechos, que a poco se quedó la calle sin nombre, como criatura nacida en adulterios descuidados, esos que tienen frutos y luego no saben a qué registros quedarse.

Y ya en el año de mil seiscientos cincuenta y seis, el Ayuntamiento pensó que la calle era harto céntrica para que anduviese así, malnacida, desventurada; y para compensarla de los sufrimientos anteriores, la cogieron por las esquinas, y con unos azulejos mínimos, cuadrados, de cerámica amarilla y listas azules, la bautizaron a todo rango y todo evento, con uno de los nombres de mayor hermosura y de gracia más fina y alegre que pueda tener el ilustre y veterano callejero de Jerez: la calle de las Novias. ¿Por qué la llamaron así? ¿Qué pequeño Tenorio de vía estrecha puso el cascabel al gato? ¿Había novias románticas, desfallecidas de luna y arpa, de expectación en la reja, de pasos trémulos a la medianoche, por los ángulos de la calle que iba a San Miguel?

Nadie lo supo nunca; y don Agustín Muñoz, el paciente archivero, emeritísimo académico de la historia y de la Real Sevillana, a quien solemos consultar cuando nos aprieta el desconocimiento, nada dice del trance, y con airoso disimulo, nos dice que hubo casas hipotecadas y que pechaban en los enredos notariales don Juan Cuenca y don Antonio Flores, y que por ella, casas más arriba o abajo, vivían vecinos de mucha notoriedad: los Jiménez de Quirós, los La Cida, los López de Santiago, pero en asuntos de por qué aparecería en Santa Cecilia aquello de las Novias, don Agustín nos deja rasos y a

oscuras, como en las bromas de la moderna electricidad, que, de pronto, estamos mirándole a un sello de correos la procedencia geográfica y va y nos hace zas el fluido, y nos deja como ciegos recién entrados en la cofradía.

Y ya en el año mil ochocientos cincuenta y dos, el Ayuntamiento, acaso pensándose que la calle era muy visitada por cantores y organistas que iban a la Iglesia, a cantar solemnes misas de requiem o de gracias, se dio un golpe en la frente con una mano edilicia, dijo ya está, hombre, ya está, que es la frase profunda de los grandes descubridores, y le puso, sobre los viejos rótulos de los noviazgos, el flamante que ahora lleva de Santa Cecilia, por la patrona de la música. Y ya de ella, a la plaza de San Miguel sólo queda decir que hace siglos era como altozano sin concierto, y a su centro esplendía pequeña y humilde, la ermita del arcángel; y que la llamaban entonces la «plazoleta alta de San Miguel». ¿Quedamos de acuerdo? Ea, pues Dios bendiga a nuestro comunicante y vecinos con un verano de buena sombra y mejor botijo.

## Arenal de Caballeros

¡Amigos! Buenos días, Dios nos bendiga. Cerca estamos del viejo Arenal, a la salida del Consistorio, la antigua travesía de los Roperos y de los fabricantes de juguetes, que fueron aquellos coletos defensivos, cubiertos de mallas, con los que la gente peleadora, encarándose, tomándose las espadas, decían, allá en el medievo, algo así como un bravo vamos a vernos las caras, chatos, y a ver quien es el valiente que se lleva la palma, y quien se la lleve que se coma los dátiles. Este Consistorio, se llamaba también de la Caridad, porque donde estuvo el Ayuntamiento, con su reloj, sus tributos y sus tapices, estuvo, hace siglos, un Hospital, el de los Hermanos de la

Caridad, de mucho algodón y bastante misericordia. Pues sí. Pasado este Consistorio, ya se ve la anchura, dorada de mediodía y palmeras, del Arenal, la plaza clave, la plaza cardíaca, más claro: la plaza corazón. ¿Qué, de cuánto ha sido, no lo ha sido en esta plaza del Arenal, tan ataviada ahora de jardines y trompetas de aguas de color en los festines? Nadie la fustigue ahora por veleidad de sus nombres, aunque los tuvo y más que pueda tener en sus anales privados pájaro de mucha cuenta. Nadie la fustigue, porque, ¿qué había de hacer la pobre si todo le pasaba a ella? ¿Revolución? Pues Revolución. ¿República? Pues República. El caso era ponerse al sol que más calentase, porque si es pecado en que incurren mucho los mortales, a ver qué diablos haría una criatura indefensa, como es la plaza, cuando llegan bárbaros y la avasallan. No por eso, le cambiaron al Arenal el aire y la gentileza, que ésas son harinas de otros costales, y las tuvo siempre y bien pasada por cernederos.

Que se llamaba Real en sus orígenes, lo saben —como diría Alberti— hasta los muertos; y fue, porque Alfonso el Sabio —de cuya sabiduría tendríamos mucho que hablar— le otorgó, en privilegios, a la ciudad, cuatro puertas, no porque jugásemos a las esquinas, sino porque estuviéramos mejor guardados, y a una de las cuatro, la del Real, destinaron a don Nuño de Cañas, un caballero de los de mucha lealtad y Dios sobre todo. Lo del Marmolejo, que fue el nombre primero del Real, se lo llevaron extraños manes diabólicos, poco hechos a la lectura de los rancios latines tallados, que dirían: pero, ¿cómo? ¿columna de mármol y en latín? ¡al diablo con ella!, y la echaron abajo como pueda echarse carta a los buzoes. Luego, sobre los tiempos, cruzaron el Arenal otros nombres, según la calentura que entrase en los munícipes antiguos; y así fue don Fernando VII, el marido de la clavicordista italiana; y de Isabel II, la gordezuela que escribía livierno y endimpués, pero fue reina por aquello del porqué no para lo

qué sirven; y de Alfonso XII, el rey suspirador, el galán de la Mercedes a lo Raquel Meller; y de la Constitución sí, la Constitución no; y, en fin, de cuanto nos picase la curiosidad y el afán de quedar bien con quien mandase, que en eso sí que se las pinta como nadie el arte de la gobernación edilicia.

A nosotros, dados al renombre, la ética y la finura de Jerez, nos interesa el Arenal no por sus nombres, sino por la hermosura y la gracia de su Arenal a secas; dicho sea porque la brevedad es decorativa y porque, corrientemente, toda arena suele ser poco húmeda. Lo del Arenal ha sido siempre el modo cómo el pueblo la ha llamado a la plaza de su corazón. A este galgo le viene la casta del latín, esa lengua muerta que tiene más vida que ninguna otra, y de la que, se quiera o no, vienen todas, menos las malas y aviesas de las murmuraciones, que esas son lenguas para picadillo. Quiere decir lo del Arenal, sitio de pelea, lugar de combate, espacio para romperse las crismas, como cada cual quiera decirselo, que en latín hay licencias mayores que las que suelen tomarse en visita los malhablados elegantes y bien vestidos. *Arenarium*, dicen los latinos; Arenal, dicen nuestros historiadores; *larená*, dicen los flamencos o castizos chirigoteros, por hablarlo más pronto y con mejor artesanía. En el Arenal pelearon, hará cosa de siete siglos —¡quién los tuviera, eh!— durante tres días, dos caballeros, Ruy Páez de Biedma y Payo Rodríguez Dávila, en el año de gracia de 1343, ante el rey, en presencia de heraldos, jinetes, caballeros, pajes, damas y figurones, que entonces, como ahora, solía ser ésta la clase más numerosa y bullidora. ¿Qué destreza no tendrían, a lo Ivanhoe, aquellos jerezanos, que a los tres días, hubo de suspenderse el combate por tablas, como en un ajedrez vivo y patético? Cuentan que el rey pedía noticias, de cada cuatro en cuatro horas, preguntándole a los árbitros: pero, ¿son de corcho, vasalletes? Y nada. Don Ruy y don Payo amaban la vida, y sabe Dios las copas que se

tomarían después de aquella enzarzada aventura. Y con las lanzas, se nos acabó el espacio. Quedemos, pues, en que por ese cielo claro, azul, de fruta de sueño, que vibra, encendido, sobre las palmeras que hacen guardia a don Miguel, atravesaron historias y viejas hidalguías, que ahora no entendemos, pero que están, como raíces de olivos, en la más vieja alcurnia jerezana. Y del Arenal, así que oigamos caer su alegre agua oferente, iremos... pero, ¿quién sabe, con esta luz de domingo, que aturde de tanta gala, adónde nos llevarán ahora los pasos?

## La ricachona Fate

Ahí como la vemos, con su aire de mosquita muerta, de no partir un plato, sumida entre los Santos Miguel, el de la espada y Agustín, el de las Confesiones, a quienes de paso, nos encomendamos, la de Fate es una calle ricacha y poderosa. Será corta, sí; será breve, nadie va a dudarle, que a la vista está. Pero anda con Dios si la muy lagarta guardó fortunas entre acera y acera. No es que estén encerradas en su suelo, que si lo estuvieran medio Jerez antiguo habría perdido el sueño en las excavaciones. Pero sí que se sabe por las historias lo muy afortunada que fue; y aunque ahora le soplen modestias, travesía fue, hace siglos de familias con los arcones más llenos de peluconas y de onzas que puedan estar ojos de bañistas en mediodías de levante fuerte. Calle ha sido de mucho oro, que en su época brillante el dinero era sonante y rutilador, y no como ahora billeterías con esparadrapos.

¿Corta la de Fate? Sí, sí, corta. Tengan la bondad de fijar aquí los ojos y desayunarse con esta brevisima alusión a su pasado. Verán si tiene o no sus buenos méritos para que se la mire con respeto de acaudalada, y no de largo, como lo hace-

mos, tanto si vamos a la Parra a beber el rico moyate como si nos da por irnos, al revés, a San Agustín camino de los Alcázares o la Alameda a solearnos en invierno. Hace cuatro siglos y medio, allá en 1511, cuando nos regía el Rey Católico y Cisneros africanaba por tierras oranesas, ya estaba la calle en el callejero, peripuesta y altiva, si bien, es cierto, su nombre era muy otro y bien pimpante y sonoro, como que se llamaba del Mesón del Arenal, en el que por cuatro ochavos se comía hasta que los dientes se quedaban dormidos en la masticación, y los estómagos decían pararse ahí garbanzos que se nos van los lujos a las embocaduras. Ya quisiéramos hoy mesones como aquéllos, que lo antiguo no quita lo comiente, y tengan indulgencias con la frase, en razón de lo nutricia que nos ha salido.

Eso sí, ¿eh? La calle existía, pero no con su nombre de Fate, como queda escrito. ¿Saben por qué? La de Fate estaba por San Marcos, quizás por los recodos donde los pasos de Pepe Cádiz y Chano Argudo, y citamos sus nombres en gracia a lo bien que garlaba aquél y escribe éste, y pasen los dos, de nuestra mano, a la pequeña historia futura, que bien se lo merecen. Pues sí: Cerfate se llamaba la calleja vecina del apóstol y duró hasta el XVII, en que la nombraron de Fate, porque así era más breve y se aliviaban los correos. Papeles de 1837, que no son mancos, registraron al primero de los Fate vecinos de la travesía de San Agustín a San Miguel. Se llamaba don Alfonso Vélez Fate, a quien en el verano de 1572 le dio el calor por hacer la caridad y fundó un patronato de hospital de huérfanas, con sus buenos doscientos reales de rentas. La de San Marcos fue tapiada y al garete se largó su presencia, quedándose acumulada la fama en la que nos queda en pie, tan bella de zaguanes y cierros, tan bien entonada de visillos y buen gusto en los miradores.

¿Fue Fate por don Alfonso? Iríamos muy a la ligera si dijésemos que sí, porque los Fate fueron muchos; y alguno

—como un Juan, carnicero en grande— tuvo sus expendedurias en la esquina fronterera de la Parra, y tanto debió dar de sí el negocio, que el Cabildo, en una sesión tronada, dijo a la ciudad esas rentas y don Juan fue y se lo vendió dedicándose a vivir de los cupones y no de los ciegos, sino de los que saben tener bien abiertos los ojos de la fortuna. Los registros de Polanco, hacia la primavera de 1515, mencionaban a un don Juan Zerfate, mercader, primero de los grandes ricos de Fate; y treinta años más tarde, Polanco consignaba una pila de Fates, herederos de aquél; y luego campanearon con mucho brillo sus nombres Alonso, Fernando, Francisco, Iñigo y Diego, a los que una buena hermana, Anita, les dejó toda la manteca de sus arcas. Ya se habrá entendido que la manteca de que hacemos gala, no es de vaca, sino también de oro, con el que los cinco Fates —antes Zerfates— hicieron encajes de los de bolillo gastándose en buena vida panza arriba sin meter el cuello como no fuese en regalías haraganas de gruesos ricos. Nadie podrá negarnos que aquella Anita, que Dios guarde por lo generosa y larga de testamento, no desmintió, con su regalo fraterno, la sátira de Juvenal en que se dijo que «nada es tan insoportable como una mujer rica»; y en cambio sí que los hermanos, sabiéndola en agonía, harían cierto el refrán latino del «llanto de herederos suele ser risa disimulada». Y quede ahí la historia, para señal y prueba de que la de Fate fue calle ricachona, a la que hemos de mirar con buenos ojos, porque al menos en fortuna, tuvo más fustes que pueda lucir la mezuquita cordobesa.

## Antón Daza por Caballeros

Oigan: ¿saben que diciéndolo así, como en el «Metro» madrileño se dice Cuatro Caminos por Quevedo, hasta parece

que andamos sobrados de medios de transportes, al menos de los de andar por casa? Pues nada; digámoslo así, que después de todo, dueños somos de hablar como queramos, siempre que tengamos un respeto de cuello de estuco. Pues del Arenal a la plazoleta de Antón Daza, bien poco trecho hay, pero el que media es de bastante lustre, y a él vamos, que tiene mucha curiosidad, y de fe muy buena. Es que si nos fuéramos por San Miguel que también es camino a Daza, nos daríamos de boca en la Parra, que hace siglos fue mesón y posaderías, y ahora sede de buenos conservadores, y si no, que lo diga nuestro Ramón de Cala en su gloria, que bajo ella vivió tanto su medianoche, rumiándose bien el sueño con el pingüe anecdotario del Jerez antiguo. Y por no entrarnos en vino, que eso sería darse de boca en una parra y bien repleta, echamos los pies por Caballeros, calle rancia y señera como la estirpe del gótico, que del XIV le viene el nombre —bueno, les viene, porque a la calle y al estilo, a los dos, les dieron cuerda entonces— y mucho debatieron los hombres finiseculares, sobre si la llamaban así porque la vivieran los caballeros más enquirnaldados y peripuestos de la ciudad, los que se daban vida ricachona, regalada y de las de vivan los cortes de cupones y que nos llamen tontos. Pero no, que no fue por eso. Los hubo, sí, pero como en cada barrio, porque Jerez, de tanta rica sangre como tuvo, no requirió acotar una calle para sus exhibiciones nobiliarias, que eso habría sido glotonería de escaparate para uso de nuevos ricos y no alcornia bien amasada, que esa, esa no exhibe, amigos. Lo que sí pasa, es que tuvieron casona en Caballeros de las de buenas rejas, escudo a la puerta y aposentos hidalgos, los Caballeros de Olivos, gente viva y grande que supo ganarse fama de fuste en aquel viejísimo siglo; y uno de ellos, don Diego, hasta fue Regidor, ya en el año mil quinientos noventa y seis, cuando aquello, que ya saben ustedes, de las armas, rey Felipe, las armas; y otro, don Alonso, que fue vicario colegiolicio, alzó, primero él que nin-

guno, el célebre voto jerezano por la Purísima, y regaló a la ciudad toda la plata y el repujamiento de la custodia del Corpus. Luego, cruzados los Caballeros de Olivos con los Dávilas, dieron pero que muy buenos miles de reales para hacerle la guerra a los franceses; con lo que ya sabemos, sabido esto, si tuvieron o no sentido de lo que viene a ser una españolidad como Dios manda, porque si no se sabe que dieran vidas, con dar caudales, ya se da mucho, que las guerras no sólo viven de ahora veréis y de pujos de violencias sino también de tome usted estas perras y gástelas en bombas.

Hubo Hospital en Caballeros, el de San Pedro, en la esquina donde la calle conversa con la de doña Felipa, y si hubo tres Felipas se sabe que la calle fue sólo de una, de la que era hija, rica y pródiga, de don Baltasar Pérez; y como los Municipios se dieron trazas para dejar facturas colgadas y al relente, cuando Miguel de Chaves, empedrador muy experto, le puso piso —ojo, ¿eh?, sin pensar mal, que Chaves era honestísimo— a la calle, el Ayuntamiento fue y le dijo con mucha frescura: ¡ah, Miguelillo, con que picaste, ¿eh?, y pusiste piso a Caballeros, ¿eh?, pues ahora, anda, y que los del Hospital te lo paguen, que lo que es aquí, de cobros, lo que se llaman cobros, ni que te lo sueñes, chato!; y casi tuvo que cobrar Miguel en algodones y brebajes, que serían, con el yerro cálido, los útiles de la terapéutica del tiempo, así fuese de dolor miserere que de jaqueca gástrica. Y tiene Caballeros, a su derecha, la calle de San Pablo, breve afluente, como en las hidrografías de juguete, y llamada así, tumbativamente, como la gracia de San Pablo, por eso, por el apóstol, que recibía particularísimo tributo y rezo del jefe de los sombrereros, que vivía en la calle, y asistía al Corpus con una estampa del arrebatador de los gentiles. Luego, más arriba, le sale a Caballeros una calle corta, oscura y mortijera, que se llama de Pavón, y a la que nosotros, de niños, llamábamos de los Muertos, porque en ella se guardaban los ataúdes de quienes los habían de

menester; pero lo que es de esa no hacemos memoria y pasamos aprisa de su boca negra, que no queremos enredos fúnebres, porque si no, entre los tañidos de San Miguel arriba y los ferretrazos abajo, nos vamos a quedar con menos ánimo que equipo de regional, que habrá que ver los que puedan tener los pobres de habérselas, una tarde soleadita, con el Atlético bilbaino.

Y con la broma, la broma, nos hemos acercado ya a las aceras de Antón Daza, a las que vierte Jerez mucho caudal antiguo; y perdonen, si entre ríos y caudales, estamos demasiado acuáticos, pero es que la sequía invita a remojarse si quiera sea en modo tan simbólico y como en sueños. ¿A qué viene esto de Antón Daza? Pues viene, amigos paseantes, a que en una de estas casas, vivió, hace siglos, don Antonio de la Ansa, rico, noble, descendiente, casi nadie el chico, del célebre Fernán González, el del poema medievalero, el heroico, y a cuya familia perteneció, en sangre y linaje, Santo Domingo de Guzmán, cuya memoria vive Jerez tan en sus adentros místicos del convento de Cristina. Luego, eso de la Ansa pasó a de Ansa; y después a de Aza, por esos revoloteos del lenguaje, que Muñoz Gómez, nuestro cronista, se tragaba muy a lo puro, y que a nosotros nos deja impermeables, porque los lenguadores que son los que cortan a hachazos, la rica lengua española y se la comen picada, son capaces de convertirnos lo negro en blanco y decimos que no es claroscuro, sino amarillo limón; y quien lo niegue, quizás, lo cogen así y lo llaman incultote, y cualquiera va y le quita ya el sombrerito, que es el santo más triste de todos. A la plazoleta sale la calle de Barja, por unos labradores buenísimos que sólo padecieron los enredos de un familiar, don Pedro, a quien, en mil cuatrocientos ochenta y nueve se le echó encima el alcalde del Puerto pidiéndole cuentas de por qué metía las cabras en sus tierras, cuando sus pastos eran sólo para él; y hágannos el favor de leernos debidamente, no vaya a ser que salga por ahí

cualquier mal pensado y se piense que el honorabilísimo regidor vecino padecía hambre de forrajes, cuando lo que le pasaba era que le daba coraje que don Pedro Borja, el jerezano, se tomara, para sus cabras, yerbas que no eran suyas. ¿Y no tenían razón? Y ya bien poquito nos queda del paseo por Caballeros; si acaso, decir que eso de Encaramada es por lo pina, repina, requetepina que sube a no sabemos donde, y que lo de Pedro Alonso —Tejero por su madre— fue porque ese industrial del viejo Egido, tuvo tiendas en la esquina de Corredera. Y ya lo dejamos, sí señores, lo dejamos; que empezamos hablando del «metro» y a punto estamos de que lo escrito pueda medirlo, si no cortamos. Y sí que cortamos. Pongan atención y lo verán. ¿Lo ven? Ya está.

## Muertos en Pavón

Quizás hubiera sido mejor hacer la historia de esta calle en el mes de noviembre. Es una calle de difuntos, un poco espectral, algo entre cipreses. Quien, como nosotros, en alas del corazón, la cruzó largos y fervientes años, sabe que a la calle de Pavón se asoman los ataúdes a la buena de Dios, como Pedro por su casa. Se ponen al sol, como los ancianos en las alameditas de los pueblos, cuando se sientan, con una paz machadiana, a contarse lances de las guerras de Africa, de las del tiempo de Alarcón el testigo. Sí. Quizás hubiera sido cosa de que la calle de Pavón hubiera sido tema novembrino, que algo tiene de hueso de santo, de piñoncito de ciprés caído sobre la blanca punta de un sepulcro de mármol.

Vaya con la calle, y qué de negros vuelos la tienen vestida en Jerez los depósitos de ataúdes de una de sus viejas ace-ras. Como además, por arriba, cuelgan sobre su espacio las campanas de San Miguel tañidos lúgubres y santamente ago-

ros, resulta que la calle tiene un extraño y frío perfil de cementerio con barbas y yerbas. Y, sin embargo, nada tan vivo y alegre como su curriculum vitae, que se dice ahora cuando se nos piden los pálpitos biográficos. Su nombre es antiguo, en verdad ilustre, ciertamente caballeroso, muy jerezano él, rotundo de nobleza clara.

Plaza de Pavón o de los Pavones fue llamada en tiempos muy pretéritos, que son esos tiempos con tos antigua, de los que dieron en ser llamados de Maricastaña. Fue la de Pavón, una gran familia jerezana que en la collación tuvo casa de gran porte, y pruébalo que a la muerte de uno de sus miembros, don Diego Pavón de Fuentes, la iglesia parroquial le abrió cancel y solerías, y en la capilla de los Pavones se quedó su cadáver cerrado y a salvo de todo fuego fatuo, de toda luciérnaga de alma en pena. Cambiáronse después los nombres. Dejó de ser plaza de Pavón y pasó a llamarse calle de doña Brianda. ¡Qué florido y donairoso nombre, ¿eh?! Gracia irlandesa circula por su precisión musical, casi jardinera y olorosa. Junto a él —ya hace siglos— doblaba, completándolo, su ternura, otro bello nombre, Inés, y los apellidos de Pavón y Spínola le daban un brioso troquel de cruzados, de espadas, de escudos, de castillos antiguos. Fue hija de un caballero de la ciudad, don Juan de Fuentes y de una gentilísima señora, doña Catalina Spínola. Quizás por que la delicadeza de doña Brianda fuese mucha para vivir en esquinas, funerarias un día, un Municipio, el de 1860, requirió la presencia de un héroe antiguo, medieval, roquero —don Diego de Pavón— para que fuese guardián sin susto de aquellos muros. Don Diego había batallado, en el XIII, por la defensa de la ciudad; había hecho salpicar su sangre en el enemigo; había peleado por los guiones del Rey Sabio; habíase hecho por sí solo estirpe, y fue Alcaide y de qué calidades, por lo que en los Repartimientos a los Caballeros del Feudo, le dieron, en herencias, tierras y recintos en la plaza que entonces era des-poblado que llevaba al Egido.

Lo de los muertos llegó a la calle después. Alguien hizo sonar mazos, escoplos, estopas, formones, garlopas y clavos, en los silencios de la plazuela, entre Caballeros y los Santos. Alguna vez, con una gran pompa de plumeros, con libreas mortuorias, con látigos óseos, algún cochero casi enterrador, fustigaba a sus caballos en las esquinas y dejaba arreos y féretros en la acera central y soleada. Cuando nosotros, de niño, cruzábamos el ángulo, nos sobrecogíamos de miedo. Teníamos entonces una idea de la muerte negrísima, porque leíamos ya a Machado su «reposar un ataud en tierra es algo perfectamente serio».

Todos la llamábamos calle de los muertos. Por encima de sus balcones, el viento era metálico, como salido de fosas superciliares y craneadas. No faltaba un perro cincelador y orfebre del ámbito a lo Edgar Poe. Y estábamos, no obstante, en Jerez, en la tierra del cielo alegre, del cielo azul, del cielo besador. ¡Cuánto padrenuestro no habremos rezado entre sus muros de cal blanca! ¡De todos ellos se habrán servido, para sus ánimas, doña Brianda y don Diego! Calle ceniza, calle negra, calle a la que ronda siempre un ulular de estrellas con puntas de cipreses. No será tétrica, es cierto; pero cuando dejaban un ataud allí para que solease un raso negro, no parecía sino que los espectros medievales de Jerez decían aquí estamos.

## Intermedio en Algarve

Sí, intermedio, como en los conciertos clásicos, porque ésta va a ser musiquilla leve y de paso, que nos lleve, de Plateros, al Arenal. Claro está que no porque le llamemos intermedio, va a tener menos acorde ni melodía de tonos bajos o pálidos. La calle de Algarve tiene su orquestación, y a ella se

entra sobre la memoria de un rey —Alfonso el Sabio— que tiene travesía corta, pero muy alegre y ruidosa, como que por ella pasa media vida de Jerez, se vaya al Consistorio o se baje a la plaza de Escribanos —que visitaremos de vuelta del Arroyo— o se busque, por San Cristóbal, la casa de los Teléfonos, donde solíamos tener alguna vez la vida pendiente de un hilo.

De la Reconquista —¡ayer por la mañana!— le viene a la del Algarve su nombre y tan alta y burilada ha sido su fidelidad como lo fue siempre la de Francos, que en Algarve nada pudieron las modas ni los enredos políticos y caseros. Fue don Alfonso el Sabio quien dio paso al bautizo, porque le repartió las casas a los caballeros del Algarve lusitano, hacia 1264, que vinieron y en largo número a meter el hombro en la toma de la ciudad. La gente del Algarve era noble y esforzada, como nacida en tierra de mucha claridad ya que el Algarve está entre la tierra del Alemtejo, la frontera de Huelva y el Atlántico, y por si era poca su claridad, es ahora el distrito de Faro y bien pocas iluminaciones son mayores que las que pueda tener un faro bien provisto de petróleos o calambradas eléctricas.

Un apéndice le colgaron en 1840, pero de brevísima duración, por que con poca lucha le cortaron a degüello la vida dejándole al Algarve la vida limpia y lironda como en sus siglos mejores. La llamaron Algarve de Arlabán, por un regimiento que tuvo en Jerez buena fama en aquellos tiempos. A los tres años la dejaron de nuevo en Algarve; en el 54 la Junta de Gobierno ofició con aires de alcaldada, en favor del añadido, y el 56, el Municipio a las primeras de cambio dijo: ¿de Arlabán?, ni que se lo piense, ché, y volvieron a mutilarlo como en la cirugía gástrica, quedándose ya, para toda su vida, en el primitivo Algarve, que tanto alababa Eguilaz en su «Espada de San Fernando», cuando ponía en lenguas de un soldado, bravísimo, aquella arenga apasionada: machuca, Vargas, machuca, con la célebre vara zurradora.

Nuestro pequeño Algarve no fue sólo calle, sino barrio, y en 1266, según cantan, con la elocuencia de las cifras, los libros capitulares, tenía en sus casas casi noventa cabezas de familia, que a una media de cinco o seis criaturas bajo la patria potestad, daban su medio millar, chaval de más o de menos, en el barrio, y para los tiempos aquellos era población de muy crecida cuantía. Una callejuela tiene el Algarve, sin salida: la del Peral, de la que pueden pensarse muchas frivolidades viejas. ¿Fue camino a los Remedios, por las espaldas de la calle grande? ¿Iba a la plaza de la Yerba por la calle de Giro-la? Nadie lo sabe con certeza, y quien diga que sí o que no, así, a las claras, fantasea como los moros cuando narran sus heroísmos, que no parece sino que se han comido viva a media tierra.

Del Algarve sale, como río sin mucha agua, porque es calle pacífica, la de los Remedios, la vieja travesía de las Hileras o de las Cordoneras, dos nombres que, bien mirados, casi dicen lo mismo, por que entre hilo y cordón no media cambio de naturaleza sino grosor de más o menos monta. ¿Por qué se llamó así la calle de los Remedios? Sépase ya —¿a qué tanto enredo?— que en la capilla de la Puerta Real, donde ahora se venera copiosamente al Señor Cautivo, recibía ternuras de agasajos y suplicaciones, una Virgen, ante la que rindieron sus armas los caballeros cordobeses y jerezanos, en 1325, cuando la batalla de la Matanzuela, que debió ser algo así como una matanza de juguete, diciéndole: Señora, danos remedio, que la cosita está que arde; y alzaronle capilla pública, y si la cerraron, siglos más abajo, cuando el descabezamiento dinástico de Isabel II, volvieron a abrirla las puertas, y ahí está, en manos tan fervidas y cuidadosas, como fueron las del Padre Ortiz Zamudio, que —dicho sea al paso— ya tiene su gloria.

Mucha gente famosa vivió en el Algarve. Del obispo marroquí —por mitra, no por raza— don Sancho de Trujillo, ya se habló cuando le situábamos como hijo de don Alvar Ló-

pez, y ¿a qué meternos en mayores zarandajas?; y de don Antonio Vico, que nació en la casa de su esquina con Larga, donde tenía don Sebastián Carrasco la suya, pocos serán los que no sepan que fue un actor de larga sabiduría, puesta a prueba en aquellos pasajes de «La muerte en los labios» o de «Locura o santidad», que ponían la carne de gallina a los escenófilos de fines de siglo. ¿Quién no sabe que Vico vivió 62 años aguerridos de buen teatro y arte de postín? Y con eso, ya cesa el intermedio.

## Con Coloma en Progreso

Pensaría nuestro padre Coloma, cuando a sus dieciocho años paseaba su muchachería jurídica junto a los muros conventuales de la Concepción, que su cara seráfica y jesuita —y a mucha honra— habría de ser público bronce en la placita del Progreso? La verdad, amigos, que no se puede decir de este busto no he de vivir, porque a lo mejor, cuando más metido se está en la tierra, llega un municipio, exhuma nuestra memoria —anda con Dios— nos pone en pedestal para regodeo de pájaros colíticos y sombra de amores de nocturnidad, de los de soldados y criadas de mano gruesa y mucho ojo de lejía, de las que tienen muy a gula no tener limpio otro ojo que el de que da nombre al oficio.

Habría que ver lo que pensaría Coloma, de su pequeña perpetuidad en una plaza memoradora. El, tan jerezano, tan airoso, tan sereno en sus misas de almíbares y roquetes monaguilleros; él, tan zumbón con las restauraciones isabelinas; tan platicador, entre los lirios y los yesos del Alcázar de Sevilla, con la tersa y amarilla elegancia de la Fernán; y verse ahí, quieto al sol, como estuvo, con su cuello de bronce, en una plaza a la que un Ayuntamiento liberal y tolerante llamó del

Progreso, por darle jarabe y vaselina al enciclopedismo de la época. ¡Qué buen coloquio —como ahora llamamos a todo trajín, hablando— tendría el padre de «Jeromín» —escrito sea en su rígida expresión literaria— con sus palmeras, sus calles, sus azoteas, sus pájaros y sus fantasmas, tenues de monjas extinguidas!

Porque, ahí donde la vemos, la plaza del Progreso fue, muy antes, convento de la Concepción. Así como suena: convento. Ya pudieron tenerlo en cuenta los pecadores económicos que jugaban sobre los bancos ferruginosos y fríos del invierno que el convento y el padre no fueron capirotos de carnavales. Pues las monjas de la Concepción, quizás por la celeste virginidad del nombre comunitario, fueron pero que muy queridas de los jerezanos; y piadosas del pie al suspiro, porque se sabían moradoras de una casa que fue, siglo arriba, Hospital de la Misericordia. ¿De acuerdo? Bueno; pues en mil ochocientos sesenta y ocho, al convento lo echaron abajo unos obreros municipales, diciéndose, unos a otros que si Isabel II a la porra; que si los conventos para qué sirven; que si menos frailes y más rebanadas con manteca, que con semejantes empachos van y quieren dárselas de sabelotodos.

Gracias a un jerezano —don Eduardo Freyre— que hacia el año mil ochocientos ochenta ejerció la alcaldía y muy patricia ella, el solar monástico, un poco vertido en cementerio de maitines y campanas, pasó a ser jardín; y entre una flor y otra, la plaza del Progreso —¡qué voltairiano denuestro!— medio pudo mirarse, y hasta parece que nuestros abuelos se olvidaron de las iras librepensadoras. Los tiempos nuevos, estos que todavía tenemos a las manos, colocaron al general Varela en su viejo rótulo masón, salvándole, al menos, de la cursilería edilicia, aunque —eso sí— al héroe de la Isla más le habría ido, a su gusto y redaños, calle abierta, por la que pudiera alguna alegre mañana saltar, silbante y marcialísima, la infantería sandunguera, que rincón recoleto y apacible, más de

músico y asceta pobre, que de brevísimo general con las agallas siempre a la boca. Pero en fin, doctores tuvo la ciudad, y ellos sabrían lo que se hacían cuando así dispersaban las cosas; que por una plaza, la del Clavo, anda el nombre de Coloma, y por esta del Progreso estuvo la estatuilla, y no deja de ser rompecabezas de muy poca gracia, y menos lógica que limosna de fanfarrón caritático. Al fin se fue al viejo Arroyo.

De las calles que a Progreso vierten, la de Huévar, rodeaba al convento concepcionista, y se quedó cuando lo del derribo, cortada como cuerpo de lagartija, que por un lado cabezuela y por otro la cola. Este de Huévar no fue por la villa sevillana del Guadiamar, allá en Carrión, que tiene su triguito, su torada brava y sus cerretes de almendras. Lo de nuestra Huévar fue, por Dionisio de Huévar —otros le llamaron Leonis— un jerezano que vivió «antes de mil quinientos setenta y uno», dicen las crónicas, y no se sabe si lo dirían por darnos una pista biográfica o porque así aclaraban el susto que al hombre le dio verse venir encima lo de Lepanto. La viuda de don Dionisio —doña Maruja Mendoza— dio al Hospital de la Misericordia sus buenas rentas, siempre y cuando —¿vale la licencia?— se le dijeran diez misas en «tosantos», la fiesta que tan ricamente sabe a huesecitos melados y piñoneros y a gloria pasada por besos de ángeles. Fue Huévar con acento —y bien agudo— y claro está que conviene decirlo, porque media buen trecho que se rinda homenaje al maridote de Maruja Mendoza o se hable de que las aves no tengan huevos o si los tengan; y si no, que lo diga Mosén Vallés, que se pasó media vida buscando el modo de que los azores no ovansen, porque el hombre se dolía de que hubiera alimañas o rapiñas por esos mundos.

Y la de Nogal, ni es calle ni merece la pena que la metamozos en piropos. Fue una ingénua ocurrencia del Municipio del sesenta y cinco, que se dijo: ¡Ediles, ediles! ¿Cómo vamos a llamarle a ese apéndice, a ese rinconazo de la Concepción?

Y algún concejal sabio, que los Ayuntamientos siempre tienen uno para asuntos tan graves y sesudos, se adelantó y dijo: ¡Nogall, y así hace juego con el Peral que hay en la calle del Algarve. Claro —decimos nosotros— que madera al canto, mejor es la nogolina, y entre fruto, que sabemos qué decirles, si tomarnos la pera o quedarnos con la nuez, aunque ésta sea un trago, y en flacuchos todavía más impresionantes. El nogal es una vieja madera noble, y a Cervantes le gustaba mucho para sus escritos, ninguno de los cuales habría obtenido el premio Nadal, porque el quijotesco no fue hombre que se dejara llamar Micaela. Y puestas las cosas en terreno tan ilustre nada queda ya que pudiera decirse de la plaza del Progreso. Que tuvo feria pequeña —los lunes— en la que se vendían las baratijas antiguas, como en el jueves sevillano: llaves viejas, cuadros ilustres, castoras heráldicas, sotanas de curas muertos, peines, botonaduras de almirante, vasos tallados, gramófonos y en suma, la biblia, como dice la gente que padece hipérbole enumeradora. Mucho que brilló aquel Jerez de fines de siglo; y todavía, esta plaza le trae y evoca en nosotros. Verdisoleada, recoleta, blanquísima, parece hablarnos de aquel Jerez de mil ochocientos noventa y cinco, en el que se vivía con una felicidad casi orgánica, botánica, de yerba agreste. Había conciertos en el teatro de Mesones; reñidero de gallos en las Angustias; Instituto, Operatorio en Mariñiguez, y lo dirigía ya don Fermín Aranda, con suma y joven ciencia cirujana que nadie ha superado en Jerez; cruzaban hacia Madrid sólo tres expresos a la semana; valía diez céntimos una carta a Linchtein, y Coloma —nuestro novelista— traía de cabeza a media España con su «Pequeñeces» de río revuelto, por lo que Currita Alborno, chunguera y aguafiestas, zumba y sandunga de la aristocracia restauradora, cruzaba frente a un fondo de tapices nobiliarios y rodeada de masones de pan frito, para susto de niños piísimos. Dejémosle en su progreso; y quisiera Dios que nuestro Jerez, neoyorkizado, no pierda nunca sus reales

hechuras de pueblo grande. Sí, claro que sí. Que la ciudad que no tenga otro remedio que serlo que lo sea, que ya va lista con el periplo grandullón. A la nuestra, le bastará siempre con la alegría de su luz y sus plazas escondidas, sombreadas de campanas, de sonrisas, de flores.

## Yerba con sombreros

Estamos de acuerdo. La plazoleta es pequeña, muy pequeña; y más que plazoleta, es como travesía. Nació para ser cruzada, no para ser vista y piropeada, que es lo que debería hacerse con todas las plazas que tienen ángel y zalamerías. Tan pequeña es, que está ahí, medio acongojada, entre Plateros y Consistorio, casi sin poder decir este suelo es mío. Pero tiene su historia y no corta, sino larga y divertida, quizás porque juzgamos por las apariencias y las de la Yerba no son de mucha vitola.

Empecemos haciéndole justicia, por lo muy laboriosa que ha sido siempre. Si hace siglos batalló en cuantos oficios de postín tuviera la ciudad, ahora trabaja lo suyo, que tiene oficinas muy peritas en sus menesteres y tiendas de mucha actividad y hasta esquinas con cervezas rubias que sientan que dan miedo cuando el gazzate arde de las irisaciones de la sed. De lo laboriosa que fue hace siglos, le nacieron, casi a seguidas, como robusta campesina que se despacha tres mellizos como quien sopla moscas en manteles, tres nombres; los tres ilustres en la mejor artesanía jerezana. Y vayan ahí, que las cosas cuanto más claras dicen que son más eficaces y oportunas: Borceguinería, Calcetería y plaza de los Sombrereros. Y dirán nuestros lectores: ¿será posible? Y decimos nosotros: y tan posible. Con que pongan ojo a lo que sigue.

Lo de Borceguinería fue porque hace larguísima años ra-

dicaron en sus zaguanes los mejores hace zapatos del contorno, y cuéntase que sus borceguíes así que se calaban a los pinreles se subían airosos a los tobillos y dejaban a nuestros antepasados más compuestos que a senadores finiseculares en las cámaras regias. Luego, quizás por dar contento a todos, la plaza dio en ser llamada de la Calcetería, por los que hacían las medias, que no todo iba a ser predominio del borceguí; y era por las medias, porque ¿iba a ser, acaso, por los grilletes de los presos antiguos? Y viendo los fabricantes de sombreros, oficio de mucho esplendor en Jerez hace siglos, que ellos le daban su artesano renombre al zoco, pidieron a un Cabildo que su oficio quedase entronizado como remoquete de la plaza, y el Cabildo dijo sí, porque el solar era de todos. Y de sombrereros fue la plazoleta, como las trampas suelen ser de quienes dejan las cuentas a remolque del olvido. No sabemos si entre los sombrereros viejos triunfaron los catiteros o los capeleros o los canoterieros, quien sabe; lo que sí consta es que en la Yerba le hacían al primer vecino que lo necesitara, un sombrerete que lucía con muy buenas alas en los saraos al aire o en las dominicas con novias de rubor y miriñaques.

Era la de la Yerba mercado de las hortelanías, del pan, de las berzas, de todo el cliente mundo de la botánica que se engulle y desbrava en los dientes; y no cabe duda que por eso, al simplificarse los oficios, y hacerse todo huerta y gula, prosperó el novísimo nombre y en Yerba siguió el linaje. Quede constancia de que fue el de Sombrereros el título más justo, porque los hubo en la plaza y de bastantes cuartos; y si no, que se lea el padrón forero de la Moneda de San Dionisio, donde se registra —por vecindad, no por que infundiesen sospechas de aduanas— hasta «once sombrereros», casi como los cascabeles de la copla cacareada y trepidante del caballo «por la carretera», como si hubiera alguno que anduviese por cables de la luz.

¿Una anécdota? Parece que alguien la quisiera saber aho-

ra, como leve emparedado de nuestra lectura. Y la tiene y de mucho sabor. Había en Yerba una cruz erguida sobre un mármol; señalaba un milagro; la gente solía rezar, a las vísperas, ante ella; estuvo enclavada junto a la esquina que ahora lleva a Escribanos. ¿Saben qué se hizo de ella? Se la llevaron al cementerio, para que fuese centinela de la capilla, hará cosa así como de un siglo largote y fúnebre. ¿Qué dolor no habrá contemplado y consolado la cruz en ese tiempo? Sólo los cipreses y las estrellas lo sabrán. Miren por dónde —que Dios escribe con renglones torcidos muy a derechas siempre— la plazoleta, pequeña y resignada, puso la pica de una de sus piedras en el Flandes de la eternidad. Y dejémosla en paz.

## Biografía de Escribanos

¿Por qué no va tener biografía una plaza pública? Sí, vamos a ver: ¿por qué? ¿Nada más que Belmonte va a tenerla? ¿Nada más que Di Stéfano? Estaría bueno, y hasta ahí pudieran llegar las cosas. Con el trabajito que a cualquier rincón de ciudad le cuesta hacerse su fama. ¡Entonces, qué! venga a aguantarse los cambios de nombre; venga a soportarse el paso de las gentes, y a servir de escenario de sucesos cívicos o fiestas populares, para luego, a la hora de las historias, quedarse con dos palmos de narices. Quien está para las duras, debe estar para las maduras; lo mismo en criaturas vivas, que en criaturas urbanas. Por eso le haremos a Escribanos —la plaza más cardíaca y medular de Jerez— su biografía, que bien lo merecen su linaje y oficios.

Dos nombres tuvo, antes del XVI la venerable plaza; dos nombres, y los dos extraídos de la mejor despensa civil de la ciudad, y bien está llamar despensa al registro de los nombres, puesto que del nombre se vive, y a veces con menos méritos

de los que pueda tener el de nuestro rincón de Escribanos. Cabildo Viejo fue el primero, porque allá estuvo el Cabildo municipalista largos tiempos; y plaza fue luego de San Dionisio, por nuestro santísimo patronazgo, que a Dionisio, en virtudes y celos no fue fácil echarle la pata encima, escrita queda la extremidad, sólo con los honores y rangos de ser frase muy útil y expresiva, y no porque nadie la metiera indebidamente en el propósito. Y así, a primeros del XVI, lista estuvo para que los escribanos se apoderasen de ella, y a mucha honra, que bien que trabajaron en sus primitivas notarías los guardadores del mundo testador.

Hace siglos, la plaza fue más reducida; y se sabe de cierto, porque sobre ella estuvo alzada la Aduana, en la que unos señores, de no muy abundante simpatía, los almojarifes, cobraban, sin casarse con nadie, las contribuciones regias; que lo eran, por la cuantía y suculencia del cifrazo, y porque las emitían los Reyes para sus haciendas y gastos. Señálase, al llegar aquí, que un buen día del año mil quinientos dieciocho, la ciudad, harta de tributos, fue y la derribó. Así, la derribó; y se la quitó de encima, como nosotros podemos quitarnos a sablista de malas artes. No gustó en la Corona la licencia de aquellos jerezanos; tanto, que doña Juana, la reina, escribió bajo el cielo de Avila, una carta, que vaya si nos llegó con tomate, guasa y reprimenda. Pero, nada; nosotros nos hicimos los sordos, y aquella Aduana no volvió a levantar pupas económicas en nuestro pellejo, que ya estaba bien de sacaliñas.

Ese edificio —ciertamente ilustre— que se ve y se goza, porque es una alhaja, en la plaza de Escribanos, y donde tenemos una Biblioteca limpia, espléndida, bien nutrida y mejor custodiada, fue alzado, sobre el año mil quinientos setenta y cinco, para Casas Capitulares. Obra fue de tres jerezanos de miedo —y valga la lisonja un poco plebeya, pero de tanta eficiencia encomiástica— que se llamaron Andrés de Ribera, Diego de Oliva y Bartolomé Sánchez; y allá ocurrieron las se-

siones municipales, hasta que en mil ochocientos cuarenta cogieron las mesas, los sellos y los papeles, y, cataplum, al Consistorio que se fueron, donde estuvieron tantos años con diversa suerte, hasta pasar luego a la modernidad de Medina. Y gracias al Cielo, porque el Cabildo andaba algo bohemio y sin casa, como que primero hubo Cabildo en la iglesia; luego en la casa del Corregidor, cuando las arcabuzazos lepantinos; después ahí, en la vieja alhaja renacentista; y hora llegó —¿no era justo?— de que tuvieran hogar fijo los benefactores de la ciudad.

Muchos testimonios hablan de aquel Ribera, que trazó y planteó el edificio. Se casó tres veces —con Isabelita Bernal, con Maruja García y con Isabel Camacho— y agregan las crónicas, que a pesar de las tres bodas «murió pobre»; que hay que ver como pensaban los historiadores antiguos, como si tres bodas no fueran razón bastante para quedarse en mangas de camisa y muy alejado del último suspiro de la más modesta pesetuela. ¿También iba a dejar fortuna don Andrés, después de haber sufrido el rigor adorable de tres amas de casa, pese a que la vida estuviera entonces algo más prudente en precios, que ésta que ahora disfrutamos, y no con poca salud y ánimo? Harto hizo Ribera, a quien debemos la portada de Cartuja, la del Espíritu Santo e incluso las inspiraciones esparcidas en los talentos de Bartolomé Sánchez, con dar ejemplo de varón muy honesto, legalizándose, como quien no quiere la cosa, por tres ocasiones, los arrebatos de sus enamoramientos.

Nada hemos sabido —¿no es una pena?— de quiénes serían los Escribanos o Notarios de aquellos siglos; toda la pequeña gloria de la plaza ha sido para los arquitectos y joyeros. Eso, sí. Para ellos zumbaron fuertes las trompetas: que si los trofeos bélicos; que si las Virtudes Cardinales; que si los frontones; que si Julio César metido en la hornacina; que si, en suma, toda la diversa, sabrosa y divertida platería pétrea

del viejo Cabildo. Y de los Escribanos, ni un por ahí os podráis, como si el arte de sujetar la palabra de cada prójimo en escrituras que no se las lleve el viento de la poca seriedad, no fuera arte de muchos encomios. ¡Qué vamos a hacerle! Esa no es misión que esté en nuestras manos, demasiado pobres para la erudición, la búsqueda, el benedictino deporte de bucear. Pero en fin, nadie nos niegue, al menos, un mérito: el de haberle extraído a lo poco que nos dieron los sabios, todo el zumo y toda la pulpa. Y discúlpennos, si hasta en el diminuto lance de esta gloria, hemos usado las mañas de la bebida y la comida, siquiera de frutos tan leves como un zumo y una pulpa; pero esto es de pensar, disea los nervios, y sólo reponiéndose, puede el hombre seguir adelante. Sólo nos queda ya, antes de irnos con la crónica a otra parte, rezarle un Avemaría, calladamente, hacia dentro, a la preciosa Asunción que José Luis Vasallo tejó —en él la piedra es hilatura de elegidos— para ornato de la plaza, y muy felizmente. Y ese Avemaría, lo ofrendamos —¿qué menos?— no a nuestra alma, que para ella ocasión tendremos a cada paso, sino a los hombres que aquí ejercieron el noble y abnegado oficio de notario. Así se verá cómo un breve rezo a la Virgen, puede trocarse en alabanza al Escribano Desconocido. Con que, sin pensarlo más, ahí quede, nuestra ofrenda: Ave María...

## Fidelidad en Francos

No sería lícito, que dejándonos el corazón metido en los jardines de Tempul, por una pereza botánica, restásemos a nuestro callejero un domingo. Tiempo habrá de que volvamos a las aguas y la calma tempuleños, que ahora tienen, por ángel y ocurrencia de Alberto Durán, su jugoso y divertido parque de fieras, y entonces hablaremos de lo mucho y bueno

que guarda Jerez en ese pequeño paraíso. Aprisa hemos cruzado otra vez el barrio del Apóstol Santiago, y desde la Chancillería, donde hubo tribunal de chancilleros, de apelaciones, desde Enrique IV hasta que se lo llevaron a Granada, entramos en la calle de Francos. Pocas calles jerezanas tendrán la elegancia de ésta que une a San Juan con la plaza de Plateros. Elegancia sobre todo, por su fidelidad a sí misma, de cuya virtud es un espejo clarísimo. Extraña será la calle que no haya sido frívola con su pasado y lo haya esparcido en cambios de nombres y rotulaciones a tono con los caprichos de los tiempos. La de Francos, no. Así la llamaron en la Reconquista y así continúa llamándose, por las claras, como diciéndose: quien así me quiera, que me tome y quien no, que se aguante, que yo seré Francos hasta la consumación de los tiempos.

Había en Sevilla cuando llegó a ella San Fernando, un barrio —el de Francos— en el que vivían mercaderes como bandos de estorninos. Se llevaban a las buenas y tanto la botaron por el nombre y la economía sevillanas, que ya el Santo Rey empezó a darle franquicias en los tributos y honras en los tratamientos, para estimularles a que trabajasen más y con mejores auspicios. A reflejo de aquellos mercaderes, muchos vinieron a Jerez a instalar sus tenderetes en la collación limitada por la Chancillería, el Carmen, la calle de Gibraleón y la plaza de Plateros. De ahí les vino el nombre: porque también les dieron, como pueda impartirse agua bendita con hisopos, franquicias y rangos. Más que ninguno de los mercaderes, brillaron los de pañerías, al por mayor y al por menor, que quiere decir que vendían piezas glotonas o trocitos para hacerse trajes.

A Francos no hubo medio de cambiarle el nombre, aunque ahora se le haya ofrendado una parcela al ingeniero González Quijano, y ya puede pasar la cosa, por que acreditada su tenacidad jerezanista, bien puede como un lujo cederle el paso, a paisano de tanta prosapia. Hubo una tentativa —

bien fuerte— a mediados del XIX, y si no la hubiera habido, no tendría mérito resistirse y salvarse de las novedades, porque habría sido más qué fidelidad, bobería de que nadie la hubiera puesto en tentación. En aquel mil ochocientos cuarenta y uno un síndico, y de alta influencia, don Manuel Valero, se puso como trastornado con los padres de la Libertad; y alzó al Ayuntamiento, un escrito —debidamente reintegrado, que si no, no habría colado— pidiendo que la vieja, honorable y elegantísima calle de Francos, le bautizaron, por segunda vez, con el pomposo mochuelo de Coronel Manzanares, que fue, según parece, un fenómeno en eso de ofrecer libertades al pueblo; y ya de paso, quiso que a la Corredera, —y en su día lo decíamos— la remoquetearan con el nombre de Torrijos. ¡No vean ustedes lo que hubo en el Ayuntamiento! Valero dijo: ¡Ah!, que se anuncie el cambiazo de azulejos en las esquinas, en el «Diario de Avisos» y en «El Jerezano», porque entonces había periódicos en la ciudad de muy diverso color y matices, aunque entre todos ellos sumaron medio millar de ejemplares.

No prosperó el pequeño crimen urbano, y un munícipe —el señor Miró— dijo algo así: como que se ha creído usted eso, señor Valero; esa, la de Francos, se llamará así hasta que tengamos vara de mando bien cogida; y así fue. Muchas calles de cautelosa vía salen a la de Francos, como afluentes de río pacífico; y no podríamos detenernos en ellas, porque esto sería el cuento de nunca acabar, y la aranzadilla que se nos da para esta historia, se acaba de pronto y queda mucha siembra, que ahora se nos va a venir a los ojos nada menos que la plaza de Plateros, en la que tendremos que estarnos una buena jornada para meterla en prosa narrativa. Pero, en fin; dígame ya que una de las calles más apetitosas de la travesía de los pañeros, es la de la Carne, llamada así acaso porque hubo en sus aceras, como en la de Jamerdana de Sevilla, olorosos y fresquísimos puestos de carne para engullir o depósitos guar-

dadadores desde los cuales las llevaban al mercado de San Francisco o al viejo Mercado.

Buen renombre tiene también la de Gibraleón, de la que algunos tendrán pensado que sería un lejano agasajo de Jerez al pueblo de Onuba, y no lo es. Se llamó la calle de los Hauries porque así sonaron siempre los vinateros franceses que al olorcete de la Reconquista vinieron a meter sus viñas y mostos en nuestras narices de cristianos; pero cuando nos hicimos fuertes con los flamantísimos reyes cruzados, los hauries fueron ya perdiendo sus posibles, y a poco, la calle, que entonces era como una culebrina física de lo muy retorcida, se llamó Gibraleón por unos vecinos de ringorrango que la vivieron, y la dieron nombre. Si ahora decimos que otro afluente —la calle del Pilar— vive a expensas de que hubo en ella, para aguantarla de lo estrecha que fue siempre, un pilar como un demonio, y que luego la llamaron Romanito por vecina de la calle de los Romanos, donde años después vivió don Tomás Rivero —según dicen nuestros amables guías impresos— ya estaremos al término de Francos, de cara a la saladísima plaza de los Plateros, en la que se vendía el agua de la Alcubilla —¡qué delicia!— a cuarto el cántaro, y en la que hubo... Pero ya esto sería robarle a la plaza sus derechos, y eso no. Plateros requiere la anchura luminosa de una crónica cabal y por entero.

## Plateros, rueda de nombres

¿Eh? ¿Qué tal amigos? ¿Le gusta? ¿Verdad que tiene gracia? ¿Le exagerábamos, cuando veníamos por la calle de Francos? Pues nada, amigo; esta es la plaza de Plateros, tal como viste y calza. Eso sí ¿eh? Aquí se le fue a Jerez la mano cambiándole los nombres a sus esquinas. ¿A qué negarlo? Los

cambió como puedan cambiarse esparadrapos en una herida infectada. Tan fue así, que si ahora, a la luz de una tarde naranja, como hacían las niñas antiguas en las plazuelas cogiéndose de las manos, se reunieran, criaturizados, los muchos nombres que ha tenido, bailarían una rueda como aquella de la viudita del Conde Laurel. Que sí, amigo, que sí, que no tiene Jerez plaza de mayores frivolidades nominativas que esta de los viejos Plateros. Se arrancó hace largos siglos, a lo árabe, con la alegría de su primitivo Aljaifar; le siguió el sabroso nombre del Pan, que tuvo su miga y de buena cochura; le ofrendaron luego un nombre redondo: el del Rollo, y no porque hubiera en la plaza conferencias eruditas y talladas en plomo del que deja por mentiroso el venerable Arquímedes; la izaron luego, como una lisonja, a San Dionisio; siglos más tarde, al caballero Valetos, el de la Cartuja, y en ella murió don Alvaro; que así lo dice, en sus «Cartas a don Bruno Pérez», nada menos que Portillos; y ya luego, democratizada, se apoderaron de sus rincones los oficios, y fueron sus pequeños mengues los Berceros, las Vendedoras, los Mercaderes; y al fin, enjoyándose, abillantándose, desembocó en los Plateros, que le vino como anillo al dedo, porque la plaza tiene mucho de sortija grande y bien grabada de las bodas de Jerez con sus mercaderías.

Pues sí. De esta jugosa rueda de sus nombres, el de mayor patetismo fue el del Rollo, el más enredado, que se lo dieron porque hubo en ella, donde ahora tiene vertederos de aguas secretas, una picota de ajusticiados de larga historia negra y sangrienta. Bien poco importaba entonces —sobre el XV— un muerto, y menos todavía si era de los colgados por truhanerías contra la justicia. Se juzgaba a un hombre y se le colgaba en menos que vino fuerte se sube a la cabeza; y eso de verle como espantapájaros al aire, con la lengua colgante, no era escrúpulo y si espectáculo populoso como puede serlo ahora un desfile de cabalgata festiva y tamborilera. Dejaban

en la plaza a los muertos, ya descuartizados, para el picoteo de los pajarracos, y daban su mal olor a los vecinos de modo que a fines de aquella centuria, los mercaderes, temiéndose que el tufo les quitara el negocio, se fueron al Cabildo, dijeron ejem, y reclamaron al Cabildo: pero, señores del Ayuntamiento: ¿no podríais llevarse la picota a otro sitio? ¿No ven que la gente no viene de compras y vamos a caer en ruinas? ¿No ven ustedes, señores del Cabildo, que las moscas zumban en los muertos y después mordisquean las peras y los melones? Y el Cabildo, conmovidísimo, levantó de Plateros el Rollo de las justicias, lo instaló en el Arenal, y luego se lo llevó a la puerta de Rota, al final del Arroyo, como si las narices de extramuros no tuvieran también su pálpito olfativo.

Hubo número y diversidad de oficios en esta vieja plaza. No lo escribimos porque se nos haya venido a pelo, sino habiéndonos leído —y bien— el Padrón de foreros, del XVII, donde, se enumeran, y con todo detalle, a fruteros, boticarios, taberneros, encabadores, plateros, freidores, confiteros y pasteleros; y disculpen si los muchos oficios casi todos son consonantes, que eso es culpa de las generalizaciones lingüísticas y no de nuestra torpeza narradora. No eran por entonces iguales oficios los vendedores de dulces y los mercaderes de pasteles, no se sabe por qué extrañas diferencias entre el tocino de cielo y el pastelón reseco del hojaldre, la galleta y el empolvoramiento. Debía gustar a los jerezanos antiguos la fruta como a gato espigas de jureles, porque había fruteros en bandadas, y en cambio, en menesteres de taberna, hubo una sola en la collación, quizás porque la gente quería asegurarse de que los vinos buenos andaban en las bodegas y no en los toneles populares.

Cuenta Mesa Xinete, un historiador que, por su nombre, debía ser, a un tiempo buen glotón y gran caballista, que junto a la torre de San Dionisio había un negocio muy claro y de buenos líquidos, más por la naturaleza de la mercancía que

por el rendimiento, porque vendíase el agua, y muy rica, de la que brotaba en los manantiales de la Alcubilla; y si la gente la bebía a rabiarse, sería acaso porque siendo aguas de junto a las vías futuras del tren, ya se adivinaba en ella un hercúleo poder ferruginoso. A cuarto el cántaro valía aquella agua; y la quisiéramos ahora, cuando después de la siesta, vamos a los grifos a darle un palo de frescor, y en vez de agua, nos sueltan exabruptos de cañerías con catarros crónicos y cortes de mangas. Cuéntase que hubo capilla de la Candelaria, y los vendedores de las berzas, que tenían puestos en la plaza de la Yerba, ofrendaban a su patrono, misa solemne cada año; y le pedirían —¿por qué no?— al Cielo, que acrecentara en los jerezanos el gusto a la berza, buen yantar, sólido platejo, que pone la sangre estirada y el estómago atlético. Por cierto —y digámoslo antes que se nos vaya el santo al cielo— que en la plazuela de la Yerba, el Ayuntamiento de mil ochocientos cuarenta y uno dijo: a ver, a ver, albañiles: esa cruz del centro, fuera, fuera, que se la den al cura de San Dionisio, y vengán al Municipio el mármol y las verjas circundantes, que vamos a vestir de gala a las Casas Capitulares; y así lo hicieron.

Si no son muchas las calles que vienen a Plateros, sí lo son en heráldicas, que se pierden sus famas en los tiempos de un Jerez de suma misericordia y nobleza. Ahí tiene, amigo, esa, mírela bien: se llama de Alvar López, por aquel Visitador del Hospital de San Cristóbal; ahí tiene esa: se llama San Cristóbal, y unía aquel recinto benéfico, donde se curaban las bubas, que eran como linfas diabólicas y en pecado, con esta plaza; y esa, la de José Luis Díez, va camino de la Colegial y del Arroyo; y este brazo, lleva a la plazoleta donde la Asunción de la Virgen está erigida, con mucho sol y alegrísimas flores, en capitania de nuestro cada día. Y ahora, ¿a dónde iremos? Bien; mientras lo pensamos, háganos la caridad de aceptarnos una copa, que el brebaje a solas, no es gusto de nuestra devoción; y con plática amiga, hacemos al vino el agasajo que merece por su alta alegría como de campanas en el corazón.

## Canto de quita y pon

Seguro, que no tenemos calles —aparte la de Francos— de mayor fidelidad a su nombre. Todo cuanto fue posible, se hizo, para hacerle añicos el canto que le dio bautizo, ya hace largos siglos. Se lo quitaron; se lo pusieron; se lo volvieron a quitar, de modo que algo tuvo la calle de Parrala pétrea, con su que sí sí, con su que sí no. Pero, en fin; ahí sigue, fidelísima, llamándose del Canto, como se llamaba, y dando ejemplo a muchos, sobre todo a los nuevos ricos —entre los que no estamos todavía— que así que tienen perras sobradas, se van a los ministerios, expedientan de lo lindo, y allá que salen, ufanos y golosos, del brazo de sus genitivos, con sus nombres compuestos, más que coches enjaezados en los días de las ferias.

Pues la calle, a pesar de su solo nombre y de su fidelidad, tiene su historia, porque el cielo premia a los humildes y le da rangos a quien los recibe sin haberlos buscado. Y si no, pongan bien los ojos y las orejas en esto que sigue.

Se la llamó, hacia el XVI, del Canto Gordo; una vulgaridad, qué duda cabe, como un castillo en ruinas, pero, qué diablos, fue su nombre. ¡Claro! La vieron los señores del Ayuntamiento, callada, sin pretensiones, en un apacible ángulo de la calle de Francos, y se dirían miren la pobre tan sola, sin nombre que llevarse a las esquinas, y sin una voz que le diga levántate y bautízate. Y la llamaron del Canto Gordo, porque tenía, a la entrada, como los gitanos clavelillos en los labios, una piedra que no quieran ustedes verla, de lo grande y bien dispuesta que era la muy condenada. La única variante que soportó —y esa, porque no quebraba su totalidad nominativa— fue la de una plazoleta interior, incrustada, a la que llamaron del Truco. ¿No tiene gracia? ¡Plazoleta del Truco! ¡Qué donaire ha tenido Jerez siempre para echarle la sal a sus cosas!

Bueno: y, ¿por qué lo del Truco? Si pensamos extraerle la genealogía por los trucos habituales, ahí tenemos el juego de los bolindres, o de las bolas, según que lo hagan niños o sesudos; y se sabe, que si las bolas caen por la tronera se llama del truco bajo, y si saltan por barandillas, del truco alto: oh, ¡qué profundos misterios estos de las demoliciones! Pero nuestra vieja calle no fue criatura de jugar a los bolindres, que pobre y modesta de atuendos y nombraditas pomposas, fue —eso sí, ¿eh?— muy grave, bien portada y seria. Todo se lo debe a su Canto; a su canto gordo. Pero, ¡vaya si le hurgaron la paciencia y si la quisieron dejar afónica, quitándole el Canto!

Quedamos en que ya, desde hacía siglos, tenía a su entrada la piedra esa. Bien. Pues en el año de 1845, el Conde de Villacreces —don Manuel Ponce de León— y unos amigos, se conoce que apretados por bodegueros de celosa economía laboral, subieron al Ayuntamiento, y dijeron así: ¿está el alcalde? ¿sí? ¡aquí, Villacreces, el Conde! Y lo demás fue coser y cantar, por que si el Conde pedía que a la calle le quitaran el Canto porque estorbaba a los carros de los bocoyes, pues el alcalde: ¿qué iba a hacer, en asunto tan inocente? Y desapareció la piedra, como en los buenos riñones, que responedn así que se les lava. ¿Quedó en la visita del Conde de Villacreces el lance? Todavía aguardaban mayores sufrimientos a nuestra calleja; y en el verano de 1851, la Policía Urbana levantó al Municipio un informe diciéndole al Cabildo que los carromatos estropeaban los suelos; que los pequeños, rosados, enfrutados y novilleros, de las escuelas, no podían jugar por las esquinas y zaguanes; y el Pleno, ante razones tan barbudas y beneméritas, mandó poner el Canto a la calle, y los guardias se frotaron las manos de ver lo influyentes que habían sido ante la Corporación de la que vivían. Pero aún esperaba, amenazador, el año 1855, en el que, por orden del Municipio, la piedra debería abandonar su puesto callejero y pasar al zaguán, o alrededores —de la casa donde ahora está el Monte de

Piedad—. Ya ven; lo que son las cosas. La piedra demostró su virtud y honestidad, no tirando hacia el Monte, lo que, además, prueba que de cabra no tiene nada, y que estuvo siempre de una cordura ejemplarísima. La orden se quedó en los puros tampones, como se dice aunque con huesos, de los que adelgazan impresionantemente; y no se cumplió. Parecía que la calle del Canto había entrado en una era feliz, en una paz octaviana; pero, sí sí. Poco después del 55, el Cabildo, que padecía ya obsesión calleolítica, la suprimió al grito de: ¡llévensela dónde no volvamos a verla! Y parece que así se hizo, oyéndose, largo tiempo, por la collación de Francos, el lagrimo de la vieja y meneada piedra. Con que ahí la tienen; cuando la vean, al paso, piensen en los méritos que supone haber tenido tanto tiempo la vida sobre la piedra, y seguir vivita y coleando, que así sigue la calle del Canto de quita y pon.

## En San Juan para Julián

Nosotros somos muy agradecidos; y si lo decimos así, por las buenas, es porque no suele ser virtud abundante, que muchos juegan a pasarse de largo cuando debieran volver los ojos a decirnos muchas gracias, amigo, que me dio fruto su favor. Debemos a Julián Pemartín, ya en la paz, una sabrosa lisonja por estas crónicas, que el Cielo guarde y siga iluminándonos, porque las pobres nuestras, parece que se hacen sitio en el ánimo de muchos, y eso es, para recreo de Jerez, lo que todos quisiéramos. Y hora es ya de que nosotros, por vía de gloria, hagamos ofrenda a Julián de una visita a su plaza que tanto cruzaba, cuando venía a Jerez, para solazarse en el recato eu-carístico de las Reparadoras.

Pues sí; la de San Juan es una plazoleta que tiene muy

frondosas habladurías; de las de rigor histórico y de las que sabe Dios donde tomaron el vuelo. Entre unas y otras, nosotros, como hacemos siempre, extraemos nuestra personal síntesis, exprimiéndolas bien, y quizás que esta glosa tenga la fortuna de hacernos ver la plaza, como fue en sus viejos tiempos, cuando tenía hospitales por racimos y era sede de corregidores y de justicias de los de ojo con ellos que las dan todas en el mismo lado. No tiene chispa alguna decir que se llama de San Juan por la parroquia, porque eso lo saben hasta los sacristanes interinos, que suelen ser broncos de entendimientos, quizás para que les quepa la sabiduría del auxilio litúrgico en las misas, que no es mucha, pero tiene sus registros ceremoniosos. Cualquiera que medio sepa andar la ciudad, sabe que fue parroquia de muy buen ver y que tiene un ábside mudéjaro, que se ha tenido siempre por «el más precioso», y así lo llaman viejas crónicas, y perdónese la lisonja adjetiva en gracia del asombro calificativo. Pero ya no será tan público el conocimiento de lo que acaeció, hará cosa de siete siglos, en su capilluela de los Caballeros, y aunque los eruditos lo sepan, nosotros, qué diablos, lo decimos, que todos tenemos derechos de gloria en los cielos. Pues sí; allí fue donde el caballero Mateo de Amaya cuentan que notificó, «con su propia sangre», a Sancho IV, el bravote marido de María de Molina —y lo de bravote vaya por su marchosería realenga, y no porque anduviera a palos con la reina, que el hombre la quería de buenos modos— que estaba cerca de Jerez, nada menos que Yussuff, el rey de Marruecos, cuyo nombre más parece suspiro cristiano de cuando se está en apuros, que gracia personal de monarca, pues aquella salida venosa del caballero, provocó la ira de Sancho el Fuerte, y con tanto empuje lo tomó, que Yussuff se las piró, a toda estampía, antes de que el castellano bajara de Sevilla, que no en balde el morazo se acordaría de las galeras de don Benito Zacharía el genovés y sentiría temblor de carnes vientre abajo, que dicen quienes lo saben, que suelen ser las madrigueras de los sustos.

Tuvo la plaza de San Juan mucho hospital en todo tiempo: pero nada de tontería de hospitaleta... con tres gasas y una tiritas, sino hospital de categoría sanguinaria, como que en ellos se operaban casi los mismos trances que ahora, menos las fracturas de pierna, que esas siguen sin curarse, aunque nos digan que sí, que los cirujanos saben lo suyo a la hora de suavizar cobranzas. En la Isleta, las casas que hacen esquina a la calle de la Justicia, y cuyo nombre, ya que está a mano, no se sabe si fue por ahorcado o por corregidores vecinos, hubo el de Santa María de la Natividad, que luego fue casona solariega de los Pimentel; y el de San Martín, por allá anduvo, caliche más acá, caliche menos, y en él, pasados los siglos, abrió morada la ilustre familia jerezana de don Iñigo Ruiz Pomar, y en la que fuera como casa de Alvaro Obertos de Valero, a cuyas expensas fue alzada la Cartuja sobre el más esmeraldado campo de Jerez, vivieron los Morlas o Melgarejos, y tiene una portada, de la que Ponz se hacía lenguas. Aclárese en seguida, que no fue Ponz el dominico aragonés, sino don Antonio el viajero, el amigo de Carlitos III, que se dio por España un viaje de coco y huevo con quinielas, y se pasó en Jerez sus buenos días de vino, visitas estéticas y apretones de manos amigas, cada vez que Ponz decía su clave de ahora veréis lo que voy a escribir de la tierra.

Como a Julián no podrá interesarle que le fondeemos aquí, en su pequeña bahía jerezana de San Juan —iqué florida luz, amigo, la de tus cierros, casi monásticos!— las historias afluentes, y de Chancillería y Francos ya se habló en su ocasión pasada, cerremos nuestra glosa, con un piropo, que bien que lo merecen, a la mucha estirpe de los Villavicencio. Suya fue por el número de sus bautizados, esta parroquia juanista; tanto, que a primeros del XVII, un escribano, Tomás de Amaya, que vivió en el XVIII, tenía registrados diez caballeros de aquella prosapia en la parroquia. Y ya con esto, y antes que pueda venírsenos encima Sancho IV, siquiera sea en

memoria, nos iremos, que la mañana está como manzana en el campo, y la mucha luz entre reposos de lluvias, es un recreo que a los ojos les sienta mejor que limonada en arenales. Conque ahí quede, Julián eterno, para ti, la crónica, como una mano abierta, hacia la tuya, también arada y ennoblecida, como la nuestra, por el verso y la buena amistad más allá de la muerte.

## Jueces en Chancillería

Va por Perico Argudo. Lo decimos así, como los brindis en los toros, porque Perico tuvo mucho garbo y sal en la sonrisa, y porque así, brindadas, las faenas tienen mayor alegría. Y no es corta faena, esta de hacer justicia a los viejos jueces cívico-castrenses de la ciudad. La historia no da de sí mucha cuerda; y habrá que darle coba a la escasa noticia, no sea que ciñiéndonos a ella, nos quedemos cortos y la gente, leyéndonos, venga a decirnos que para ese viaje apenas si necesitan las alforjas de tragarse nuestro relato. Con que, amigos, va por Perico Argudo allá en su barrera celeste.

Desde 1469 hubo Chancillería en Jerez y al frente de sus tribunales, que trabajaron lo suyo, estuvo un presidente —don Agustín Spínola— a quien le firmó el nombramiento un Trastámara, don Enrique el cuarto, aquel de quien se dijo que si esto y lo otro, y no en asuntos de los que aumentan el prestigio de los varones, aunque nosotros nunca hemos creído monsergas de tan mala uva, porque don Enrique tendría su alma en su almarío, como cualquiera de los mortales: ¿ustedes que opinan? Bueno; pues aquella Chancillería debió estar, por lo que se induce de algunos papelotes viejos, hacia la plaza de San Juan; y era tribunal apelatorio, de esos a los que se acude cuando los trances se pierden en primeras instancias, por

aquello de que cuatro ojos ven más que dos, y a ver si este juez piensa de otro modo y le cambia la rotación al disco.

Luego —en 1505— la Chancillería se la llevaron los granadinos, y nos quedamos en judicaturas, con dos palmos de narices, y de las pinocheras, de las de Cyrano. No siempre estuvo la Chancillería jerezana en esta calle donde tuvo morada Perico Argudo. Cuando se llamaba el tribunal de los Adelantados residió en la plaza de este nombre, que ahora llaman del Clavo, y vaya si es fácil verle la punta; no al clavo, que esa la ve cualquiera, sino al azar del nombre, porque la justicia, como los clavos tienen raíz honda y muchísima cabeza y talento. Cambiando el Adelantamiento por la Chancillería, pasó el tribunal a la calle, de la que emigró —como antes decimos— a la sede de Granada.

Todavía más atrás en los tiempos, está el honorazo de los chancilleros jerezanos. Mucho más atrás; y por ello hemos de pisar, con cierta veneración, la calle, aparte de porque tiene en su esquina con San Juan, un Jubileo eucarístico diario que da gloria verío, y recrearse en él y adorarlo en los mediodías. Cuenta Estrabón, el geógrafo, que Asta Regia, según dicen nuestra predecesora, además de ciudad metropolitana y corte turdetana, tuvo Chancillería; pero no debiéramos fiarnos mucho de Estrabón, pese a que fue el padre Rallón quien hizo la consigna de la curiosidad. ¿Es seguro que Asta Regia fue lo que ahora llamamos Jerez? ¿Fue el primitivo Xerez de las erudiciones? Cualquiera lo sabe, porque según los testimonios evidentes y modernos, ni fue Asta Regia, ni fue la Assidona requetefamosa de Plinio; de modo que, si nos conviene presumir, digamos que sí, que de Asta vienen los jueces chancilleros, porque por decirlo nadie va a ofenderse y puede el lujo seguir en las historias. ¿Verdad, inolvidable Manolo Esteve?

¿Qué puede quedarle ya a una faena donde tanto nos hemos pegado al costillar para eludir el riesgo? ¿Algún que otro vistoso remate? Pueden adobársele dos, las calles de Mendoza

y de Cocheras, que se dan de esquinas con la Chancillería. Aquella, la de Mendoza, recibió nombre por don Juan Mendoza, que tenía —y no lo cantan claro los registros de la Moneda esa que se llama forera— seis criados y en pleno XVII y que vivió en la que luego sería casa de los Isasi; y la de Cocheras, porque tuvo carromatos de punto, de los de alquiler, hace un siglo largo. Pocos lances tienen las callejas que merezcan el estofado de una anécdota; pero sí puede signarse aquí, para la lección de bienhechores, que hubo vecino en la de Cocheras tan dado a la caridad, que montó, por su cuenta, una cocina económica, la primera de Jerez, y que tan a ras puso los precios, que la quitó en seguida, porque se le meraban, no los guisos, sino las perras, de modo que se quedó la buena obra segada en el camino. Quédennos en la memoria, cada vez que pensemos en la gran vía donde Perico Argudo tuvo el balcón sobre flores más bonito y jugoso que tenga Jerez, la sombra benemérita de aquellos jueces —los Chancilleres— a quienes el pueblo antiguo debió tanta justicia buena, amable, paternal y cristiana.

## Por vera de la Porvera

Guardamos un viejo cariño a esta calle, nuestra avenida grande, desde los años floridos de Instituto, que no en balde era la calle por la que nos evadíamos del moscardoneo escolástico para bebernos, a chorros, el aire y la liberación de los mediodías del Tempul. Luego, ese cruce de la Soledad cerrándonos la Semana Santa y dejando los naranjos de un espeso olor de puezas, ¿qué quieren ustedes?, nos hizo, sobre los tiempos, fidelísimos amigos y peatones casi místicos de la gran Porvera señorial y un poco neoyorquina por el tamaño y la derecha que tiene. Pero vamos a dejarnos de blanduche-

rias y recuerdos, y como estamos en julio, vámonos al grano, que arde y brilla el asunto como granazón de trigos.

No habrá un jerezano que tenga duda sobre el nombre de la Porvera, porque vamos, si lo hubiera, cosa sería de mandarle a las primeras letras por raso y llano de sentido común. ¿Qué podría decir Porvera sino que alguna vez se dijo, como en familia pueda decirse ahora vamos a comer, aquello de ir por vera —por verita— de la muralla, así en versión modesta y popularizada, porque si a la gente antigua le hubiera dado por ser finosa y llegan a decir vamos por el lado de la salida de Santo Domingo, sabe Dios cómo diablos se llamaría la estupenda calle de los hermanitos de la Doctrina: ¿porlado? ¿porsali? ¿pordomi?, y buena tendríamos en tanta vida práctica y, sobre todo, pedagógica —desde la prima letra al taller de escultura, que de todo hay en la Porvera— como encierra la vastísima calle.

Porvera fue hasta la Puerta Nueva, que fue una portada que se alzó ahí en la Chancillería, y que duró sus buenos tres siglos largos, como que la pusieron de pie en 1500 y le metieron las piquetas en las tripas de ladrillos hacia la primavera —imira que morir en primavera!— de 1822, en los dos patitos del diecinueve. Sus buenos servicios debió prestar aquella puerta —la Nueva— porque había un tironazo de las afueras, por la que ahora es Lealas, hasta la calle de Sevilla, y caballerías, hortelanos, soldadesecas, pícaros, trajineros, la pimienta graciosa de la vida antigua llamaba al pórtico chancillero, y por la vera de la Porvera, se plantaba en el centro a los caminos a Sevilla, en menos que afortunada cuenta los puntos de su buena lotería.

Había por entonces, junto a esa Puerta, un Nazareno: Nuestro Padre Jesús; y estaba y recibía agasajos y súplicas, en la capilluela, pobre pero sentida, que levantó para su gloria imaginera un jerezano fervoroso: Bartolomé Barrera, allá en el otoño de 1713, cuando aún ardían gases y perdigoneras de

sucesionistas, y por si algún curioso quiere saberse con precisión de miope en periódico el sitio en que estaba, dígame —¿qué trabajo cuesta, ya metidos en chismes?— que la capilla hizo sus gracias y devociones entre la Puerta Nueva y una cochera que tuvo don Alvaro de Carrizosa y Perea metros más arriba. En 1840, hace ciento catorce años, de la capilla quedaron algún que otro pelote, y la gente le dijo un sanseacabó y se fue a rezar a la Victoria, que estaba cerca.

No era toda la calle Porvera, sino hasta esa Puerta: y de ella, hasta la de Ancha, donde ahora se le piden gollerías al Señor de los Trabajos, se llamaba de la Victoria, por el convento aquél, que esplendía en los primeros años del XVII, y no porque nadie lo haya inventado para darse postín de templólogos, sino porque tiene unos medallones la torre de la iglesia, en las caras del cuerpo, en los que canta y flamea el aire la fecha ilustre: 1639, aunque el convento viniera de más atrás. Casi los cuatro siglos a cumplirse —por que, total, ¿qué son diez o quince años más de tiempo?— de la creación, en aquella iglesia, de la Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad, de la que fueron patronos de maestría suma, los Mesas, que tienen sepulcro en la capilla mayor, y hasta la entronizaron armas en una lápida reverente.

Lo del nombre, a pesar de que tiene raíces de pueblo y de habla ligera, debió gustarle al Ayuntamiento, porque en las actas de Cabildo y en 1500, hay una del 20 de febrero que cuenta una procesión con Pendón Real, desde el Salvador, por el Arroyo y Escribanos, a Francos, y de Francos, anda que te anda, a Santiago, para impetrar allí por los soldadetes jerezanos que se llevaban, como ovejuetas, a la sierra de las Alpujarras, y allá los metían en guerrillas, de esas que parecen tontas y se llevan a medio mundo, hasta las mandíbulas y los pelos tiesos del susto y la melancolía de los arados patriarcales y los viñedos desiertos.

¿Que si volvió la procesión al Salvador?, ya se lo habrá

preguntado algún impaciente; y claro está que sí, que regresó, y a paso lento, tañendo «trompetas e timbales», otra vez por Francos y Consistorio hasta la Puerta Real, donde ahora se toman almendras garrapiñadas junto al Señor de los Remedios, y como todo ese ámbito era campo y afueras, la procesión —dice el acta— rodeó la ciudad, y fue a Santo Domingo «por vera del muro» y a las dos o tres actas, Porvera se llamó del convento de los Guzmanes a la Chancillería, como arriba dejamos escrito para quienes lo hayan de menester. Y ahora sí que tenemos calles a la vista; ahora sí que se nos complica el paseo y ojalá sigamos viéndolo a las claras.

## Descanso en Escuelas

Como si lo viéramos. Algún fatuo pensará que bien poco puede sacarse de un descansillo en una escuela. Y no es así. Ningún recreo llena con más ternura el corazón. A muchos, acaso le viniera mejor que cola de toro a hambriento veterano, que va y la coge y se la come, y no quedan ni los suspiros de la grasa. Lo decimos, porque la sabiduría barata que va suministrándonos la vida, solemos pensar que es ciencia poco menos que de las muy profundas, cuando no es más que acarreo de lo mucho que se vive y no plenitud de entendimiento. La escuela, modestísima y alegre, sigue erre que erre, fidelísima a su ciencia concreta: el mapa limpio, la tiza de las cuatro reglas, la esfera oprimible, el cálculo célebre de los jornales en la obra de los cinco albañiles. La escuela purifica, clarea, devuelve la vieja y adorable sencillez de los años de niño. De ahí que nosotros, en esta nueva mañana de paseo por la ciudad, descansemos, entre Guadalete y Porvera, en la pequeña historia de la escuela primera y primaria que tuvo Jerez. Descanso breve, pero seguro que suculento las lecciones.

Resulta que sólo hubo una escuela en aquel Jerez del siglo XVI. Estaba en esta calle de las Escuelas. La dirigía el maestro don Mateo Delgado. El hombre pagaba un censo de 600 maravedises al Hospital de la Misericordia, lo que prueba que los ingresos eran cortos y la vida apretaba, pese a los años a que estamos ya de aquellos tiempos. Los libros del viejo Hospital cantan y bien claro, que a don Mateo se le llamaba «maestro del Escuela». En la calle vivía, entre sus vecinos más sonados, Andrés de Ribera, a quien los escritos de la época titulaban albañil, a secas, llanamente; y consta que a don Andrés no le importaba. ¿Tendría méritos don Andrés para que se le llamase señor arquitecto o señor artífice? Méritos y bien torneados de buena y crecida fama, que fue quien hizo el viejo Cabildo, donde ahora está la Biblioteca Municipal; y la portada de Cartuja y la iglesita de las monjas dominicas del Espíritu Santo, entre las que tenemos —Dios la bendiga— una hermana que reza que se las pela así que la aurora dice esta luz es mía.

Se sabe que Ribera vivió en la casa número 25, bajo los techos en que luego habría de residir el Jurado Pedro de Rojas. Algo debería don Andrés, el ilustre albañil de obras mayores, cuando Muñoz Gómez, que lo buceaba todo con ahinco, descubrió entre los legajos y las cuentas del Hospital de San José, un censo —¿quién no los padecía entonces?— a cargo del benemérito arquitecto jerezano. Un censo era una carga; y como fueron tiempos de honestidad artesana, don Andrés Ribera pagaba el suyo, en pago, a su vez, de una casa que levantó en la calle de Francos, junto a la que ahora tiene el Monte de Piedad, y hecha, a lo que parece, con tanta mala fortuna, que una medianoche se rajó un muro, luego otro, después las cornisas dijeron allá vamos, y se desplomó en menos que pueda desplomarse enfermo anginoso, que suele no decir pío cuando el pecho se le retuerce y le cierra el paso a la sangre. El Hospital de San José, que vivía de las caridades

públicas —casi siempre escasas— se fue a buscarle: —Pero don Andrés de mi alma, ¿ha visto usted la casa por los suelos? Y Ribera fue a Francos, y les repuso: nada amigos, a no apurarse, que yo les pagaré hasta el último ladrillo. Lo mismo que ahora, que diría un anciano si oyera contar que una obra moderna se ha caído antes de haberse acabado, con lo que cuestan, que ya no hay ojos de la cara para tener albañiles dentro de las casas.

El nombre nació de eso; del apelativo de don Mateo Delgado. Más lejos hubo otras Escuelas de alias; y el más antiguo fue don Bartolomé García, allá en los años de 1530 y alrededores. Parece que las hijas no gustaban del remoquete y preferían los escuetos Garcías de sus bautismos. Pero entre que si los varones no les importaba, y a las hembras las inundaba la popularidad escolástica, en del Escuela se fue quedando la familia, y en varios siglos, la escuela solitaria debió crecer, debió multiplicarse, y ya en el XIX apareció, flamante, el plural, y la calle pasó a llamarse «Escuelas». Si que es bellísima palabra, y a cualquiera que tenga el corazón cubierto de ternura, por mucho que la vida le pise y le combata, cuando le tocan a lo de las cosas nostálgicas y lejanas, se le alegran las campanillas del espíritu viendo una escuela de cerca, donde la vida es niña y las inocencias de los cánticos se trezan, doradas, al aire azul de los recreos. «Los colegiales estudian», decía Machado. Y estudian en las cosas concretas y puras que luego los hombres recordamos, al menos con lágrimas en la memoria, ya que no en los ojos. De ahí, que esa Escuela única del Jerez del XVI, nos haya convocado en esta mañana, para que le glosemos y exaltemos su sencillez aldeana y encajada: sus mapas —¿cómo serían?— y su tiza de las cuatro reglas y esa clara, amenísima, sabiduría de los principios esenciales en que, después de todo el complejo mundo de los años, sigue sosteniéndose el corazón de la vida. Escuela, así, con su eufonía de palabra bella, serán muchas otras cosas: que

si el estilo, que si el sistema, que si la doctrina, que si la ciencia luenga y vasta. Pero escuela pura, aireada, llena de canciones, sólo puede ser siempre aquella que tiene, entre sus cuatro muros, lo más florido de nosotros. Y de esa tuvo Jerez una; y ya ven ustedes, le nació nada menos que una calle, acaso de las más soleadas y limpias que tenga la ciudad.

## Curiosidad de los oficios

De algunos viejos oficios ya con menudos detalles, así, hemos hecho la historia, y hablamos de Plateros, de Caldereros, de Peones, de Bizcocheros, que tuvieron arraigo en nosotros, y de los de buena prosapia. Pero, ¿y los demás? Porque son muchos, de buena menestralía, de prestigioso remoquete, no los dejaremos aparte, cómo exclaustrados, de nuestras glosas callejeras. Hoy, valiéndonos de que van quedándonos muy escasas páginas, vamos a glosarlos también, que tuvieron su corazoncito, con buena sangre. Primero —y así los ordenaremos por el alfabeto, que es el orden más oportuno cuando las cosas se aglomeran— nos salen al paso los Barqueros, que tienen calle antigua, camino de San Telmo. Se le llamaba Camacho de Miraflores, porque los Camachos fueron jerezanos cuantiosos, y Miraflores fue como un requiebro aromado, ya que daba la calle a las playas de la Expiración, y se veía, desde sus aceras, no siendo ciego o gente de mal gusto el contemplador, un panorama bastante florido y dado a los pétalos en cinecolor. Pasados los años —ya en 1477— las flores y los Camachos dieron paso a dos Pericos —uno Sánchez y otro Pérez— que ejercían en la calleja oficio de barqueros, lo que prueba, además, que las playas de San Telmo no eran mancas, y tenían sus buenas aguas que atravesar camino de las dehesas y las huertas vecinas. Y por ellos, la calle se remoque-

teó así: de los Barqueros, gente de remada larga, de estrobos con cuerda firme, de escálamos de madera dura y chirriante.

Después los Cañameros —que siguieron, en privilegios nominativos, a las Gatonas, las hijas de Perico Gatón, un hijodalgo ricachoncete— debieron manejar el cáñamo a las mil maravillas, y un Ayuntamiento del XVII para inmortalizarlos, los fijó en sus muros y los elevó al rango oferente de la calle, dolida siempre de poca higiene y ninguna limpieza, como que los cronistas antiguos se quejaban de «la falta de ornato y policía» en que estaba sumida, para amargura de sus vecinos y transeuntes. También los Carpinteros tiene la suya; y fue calle en la que se cambió la basura por la viruta olorosa, y eso que salió ganando, porque su nombre primero fue el de Muladar, y cualquiera, a poco que lo piense, sabe que eso quiere decir bazofia poco menos que de gato despanzurrado y podrido. Si fue por don Nuño García, carpinterito de carretas, que allá tuvo sus talleres, garlopas, formones y bancadas; o fue por los carpinteros de extramuros —«de lo prieto y lo blanco»— nunca podríamos saberlo, pero sí que hubo oficio josefino en los andurriales, cuando así le llamaron a la travesía. Más clara está, todavía, la de Conocedores, cuyo nombre cumplió hace tres años, los dos siglos; y si bien es verdad de mucho peso, que los hubo en las calle del Alamo, de Marimanta y de Molineros, a ésta de Conocedores se le quedó el bautizo, quizás porque tuvieran en ella su taberna de hacer los tratos en que vendían reatas de borregos o pjaras de borricos, con la parsimonia y el brebaje de los feriantes castizos y exageradores.

Nada menos que de la Reconquista, nos viene el nombre de otra calle de oficios: la de Curtidores, allá en la collación del Salvador, donde tiene sus esquinas blancas y su picaresca enredada; y se le rotuló con tan peletero alias, porque Maese Guillermo, a quien nombrábase el Aragonés, y la viuda de don Juan Díez, tuvieron en ella sus fábricas o tenerías de pieles, de curtidos, que vendían a precios caros, porque, qué dia-

blos, tirar de una piel siempre resulta lance que suele salirnos caro. Nadie podrá negarle a Curtidores, que la suerte le favoreció con largueza porque muy cerca, a unos pasos tiene la de Peones, que se llamó de los Mondongueros, y éste siempre ha sido oficio más resbaladizo y triposo, menos fino y pulcro que el de aderezar la piel que los cubre. Junto a éstos oficios antiguos, artesanos, obreros, bien humildes, puede hacerse un alto junto a los Remedios, y decir que la calle Letrados también fue de oficio y de mucho uso, y que en ella vivían los abogados, dispuestos a oír quejumbres y solicitudes de que me den lo mío y de vamos a meterle mano a don Jeromo que quiere quedarse con el predio; y tuvieron en ella sus fecundos bufetes, hombres de la jurisprudencia más perita, como Mexia, Luis de Velasco o Bartolome de Castilla, abogados viejos y de campanillas jaleosas, y de los que sabemos cobraban sus considerados como si fueran higos de pasa en los años de hambre.

¿Y los Muleros? ¿Qué nos dicen ustedes de los Muleros? He aquí el único fallo que tienen las calles menestraleras, porque nadie dice que en ella se vendieran mulos, ni flacos ni gordos, sino que lo parece por el rótulo; y en esto picaría cualquiera en la sorpresa. Y no, amigos nuestros. Muleros, que se llamó hace siglos calle de «Huye si puedes» —por los castañazos que daban los atracadores— obedece a que se llamó, primariamente, Cuartel de Molero, luego se quedó en Molero, y el tiempo, tan poco cuidadoso con las palabras, le quitó la o, le encajó la u, le plantó la s postrera, y hale, a circular, pasando por cosas de asnos lo que acaso fuese conmovida memoria a quien sabe qué fino fijodalgo que respondía al apellido de Molero. Y entramos, para salir de los oficios, en los torneros; pero último párrafo aparte merece la novedad.

La calle de la Tornería —¿quién no la conoce?— tuvo ocho cruces a la entrada, a las veras de la Puerta de Sevilla, que debió estar donde ahora está el paseo de Cristina, guardia más, cochería menos, y estaban las cruces dispuestas como los

hilos en los postes telegráficos y eléctricos, y serían, quizás, indicadores públicos; y lo de Tornería fue —¡qué listo somos todos, eh?— porque ahí tenían sus talleres los torneros, como fue Sedería la calle de los sederos, y Chapinería la de los zapateritos finos que labraban chapines para las señoras románticas. Dígase —¿qué trabajo cuesta?— que la Tornería, en su trozo del busto de Rivero hasta la esquina de Basantes, tuvo también un nombre terrible: calle del Mal Negro, por la epidemia de tabardillo que en 1709 —dice Muñoz y Gómez— fue y «asoló a Jerez». Sólo se sabe de once muertos, y no es que nosotros deseemos que hubiera mucho más, pero, querido don Agustín, una ciudad profusa, habitadísima, concurrida en masa, como la nuestra, no pudo quedar desolada, que es como quedarse sola, con que se fueran a la eternidad once criaturas, por muy queridas y sentidas que fuesen sus carnes extintas. Y como habría demasiado hilo en los telares, dejemos el paño para otra dominica; que ahí están, sin irnos más lejos, los Escribanos, diciéndonos: bueno, y de nosotros, qué, ¿no hay crónica? Y claro está que sí, que la habrá, y en seguida, que los escribanos sí que tienen curiosidad y de las que tienen que beberse en toneles.

#### Laurel por Rivero

Buenos días, celeste alcalde. Aquí nos tiene usted para contarle la pequeña gloria de su placita. Si la gente suele cruzarla aprisa, nosotros no. Bien sabemos que el vaso de aromas de la gratitud, se ha hecho para esparcirlo, al uso evangélico, a los pies de los famosos y próceres. Ya usted ve, don Rafael. A largos años ya de aquel ferrocarril que vino a la ciudad gracias a que usted dijo su quién dijo miedo, a ver esos trenes, venga a Jerez el más peripuesto, y nos lo dejó ahí, servido en

bandeja, a la vera de nuestra huerta del Retiro. Ay, si no, todavía estaríamos yendo a los baños del Puerto y a las corridas de sus grandes espadas, a pies juntitos. Y que se lo trajo usted sin darse importancia, en una fiesta social, entre copas de vino añejo, saludos de choque ahí esos cinco, Rivero, y alegres y sabrosas pastas de gula de colores.

Y, icómo se va el tiempo, don Rafael! Esta sería una buena frase para mediadores económicos; de esos que cabecean como si en la frente tuvieran ocurrencias socráticas, y van y dicen valiente Kant llevo en el cráneo y van y sueltan tufillos de hay que ver cómo pasan los años, chatetes. Y qué. ¿No es razonable que el tiempo se haya pasado? Siempre será mejor que sea el tiempo el que se pase, y no las ganas de comer, que esa sí que sería mala faena y peligro de moribunditis, que diría Gómez de la Serna. Porque lo malo, querido patricio, no es que se nos vaya el tiempo, sino que se nos vaya de las manos sin pena ni gloria. Y a usted si que no se le fue en chacharotas de sesiones municipales, con aires de ya veréis, ya veréis, ajajá, lo que vamos a levantar aquí en este boquete público. En cambio nosotros, venga a charlar, venga a meter cuentos en la oreja del prójimo, y ahí nos dejamos la vida, entre copetines de vino, fritadas de Pavías y cigarretes rubios, sin obrilla de caridad que legarle a nuestros sucesores, pero sí con mucho cojamos aquello, quedémonos con lo otro, apalanquemos esto también, a ver si así reunimos un tejemaneje para vivir como manda el Diablo; y si decimos que el Diablo, es porque Dios lo que manda — ¿verdad, don Rafael?— es que tengamos las arcas vacías, vaciadas, claro está, del uso de la caridad frenética, que se reparta todo a voleo; pero sí, sí.

Pues ya usted ve, admirado y celestial alcalde Rivero. Muchos ni saben quien fue usted ni a que vino esto de que tenga aquí estatua, en este antiguo recoveco de la Puerta de Sevilla, una de las cuatro que daban entrada a Jerez, que fue la que más supo aguantarse sin derribos, con su pareja de to-

rres guardadas por alcalde y caballeros de sangre realenga, y que ahí estuvo, donde ahora gesticula, con aire de circulación madrileña, el guardia de Cristina, diciéndonos, a golpe de casco blanco y mano hitleriana, su pasen por aquí, vayan por allá, alto el paso, oiga señor, que si no ya verán ustedes lo que puedo con el pito. Y a eso hemos venido esta mañana; a decir que fue usted el «padre del pueblo», que así le llamaban por buenazo y generoso, cuando sus grandes obras de mediado el siglo último; y a decir que fue usted quien trajo los trenes primerizos, con mejores humos que pueda echar de sí vanidoso engolado; y que fue usted quien llevó al Tempul las aguas más esmeraldas de la Tierra, que se queda el corazón, cuando se las mira por las ventanas, como enjoyado de relumbres de gala, de pasmos de vidrio con rumores; y que fue usted quien hizo aquella caridad de la peste de mil ochocientos cincuenta y cuatro; en la que sus manos asistían, consolaban, daban dádivas, amortajaban difuntos, abrazaban agónicos, que bien pocos alcaldes nuevos tendrían redaños para entender así la misericordia pública; y que a usted se debe, que se quiera que no, el Monte de Piedad, la colina, podría llamársele, de los menesterosos públicos y honestos, único paño colectivo de lágrimas con vergüenza, porque si en ese Monte la gente va y se deja las pestañas siempre será porque esté en peligro la pura economía del ojo; y que por usted, cuando murió, y lo hizo muy beatíficamente, doblándose en el barranco de la muerte con la delicadeza de una retamilla franciscana, se alzaron lutos y temblaron rezos como si fuera todo Jerez quien hubiera muerto.

Sí, don Rafael; por usted acordó el Ayuntamiento, fijarle lápida, como lapa ceñida, en la sala de sesiones, que alguna vez hasta saben sentirse ilustres; y que la campana de la Atalaya, de San Dionisio, que no sonaba sino por los jerezanos de sumo mérito, doblase, con aire grávido de tañido, desde que salió usted, con la dura y postrera etiqueta del féretro, de

su casa hasta que se entró, como un esquife eterno, en la mar del Cementerio de Santo Domingo, esa mar tan soleada, tan sembrada de cipreses, que está llena de impacencias mortales, de náufragos que sueñan a ras de tierra, con ojos casi divinos, la resurrección de la carne. Que usted, tenga placita a su nombre, a nadie puede extrañarle, que supo ganársela a brazos partidos; y así se le ve en este ángulo vecino de San Marcos, con rostro apacible, y su aire de buena conciencia, mientras arriba, el viejo reloj de sol sigue clavándole a la cal, en la redondez del silencio, su rejón de alegre mediodía. ¡Cuánta serenidad tiene esta plazoleta en que usted reina y gobierna con su cetro de viejo patriarca! A su pie, dice el ofertorio cívico: «Al ilustre jerezano don Rafael Rivero»; y no dice más. ¿Para qué? Media docena de palabras suelen ser demasiadas para el ofrecimiento del espíritu, que, a veces, con una sola mirada puede llevarse el mundo de la ilusión al prójimo. Y con usted, los nombres de quienes le entronizaron: aquel arquitecto, Joaquín Vargas, que le talló la piedra y la apoyatura, como en el martinete trianero, la piedra fundamental; y aquel escultor, florentino tenía que ser, Augusto Frazzi, que le modeló la cabeza y le hizo bronce vitalicio.

A largos años ya, don Rafael, de sus obras beneméritas, de su hidalguía derramada; de aquella luminosa alcaldía, prudente en el uso de las prerrogativas, diligentísimas en el empeño de las mortificaciones; alcaldía la suya —¡ay, su gran lección caballerosa!— más de corazón que de manos, más de cielo vivo que de muerto despacho de carpetas. ¿Qué podríamos ofrecerle nosotros? Tenga ahí ese laurel de nuestra visita y memoria, para sus bienes aristócratas. Téngalo; por quienes no le conocen, por los que no saben recordarle. Y hasta dentro de otro siglo, en que vendrán otros, ya muerto y olvidado nuestro corazón, a rendirle el suyo. Es mediodía, don Rafael; mediodía de Jerez —¿verdad que le supieron como a gloria anticipada?— y hace un sol fuerte, pero descendido, suavísi-

mamente, por entre aires y arcos bodegueros, hasta convertirnos en zumo todo el aliento de la ciudad. Vamos a seguir viendo, mientras Dios no dispone otra cosa. Viviendo con la alegría de los que fueron alma y hálito. Viviendo en este zumo, este aire, esta claridad. ¿Usted gusta, celeste alcalde? Pues, buenos días, querido patricio, buenos días.

## Entre avemarías mínimas

Porque en esas glosas de los evangelistas que rigen nuestras calles bíblicas, esté San Juan, el apocalíptico, con sus hermanos, le unimos a ellos; no porque se conozca la exégesis de su calle, que ya la hicimos cuando tuvimos el gusto de ofrendarla a Julián Pemartín, nuestro poeta delicado, el de los «cinco lobeznos insaciables —contra la cotidiana comitiva», y no es bueno remachar clavos donde los clavos ya están más que metidos en maderas.

Junto a San Juan, nuestro San Marcos, tan al centro de la ciudad, al que todos, largos años, hemos acudido a sus misas tan solemnes y sociales, y hemos oído la polifonía de su órgano, primerísimo en nuestro deleite de música sagrada. A diario se cruza la calle y plazoleta de San Marcos, el apóstol que dio patronazgo a los venecianos, y con tanta fruición, que cuando los gustos bizantinos se entrelazaron a los del mejor románico europeo, alumbraron un San Marcos, con plaza grande, que vale de testimonio erudito y turístico cada vez que de la decorativa arquitectura se habla o escribe.

Nació, en la calle, este San Marcos, sobre las ruinas de una mezquita, como pasó a San Lucas, y a raíz de la Reconquista también, como si Dios quisiera que aquellos lances fieros fundamentasen las devociones sucesivas de Jerez. Desde entonces, con la ayuda de los reyes y los ricachos de buena

sombra y fuerte hacienda, la iglesia lució lo suyo, y en su torno, lució la calle, encoquetada y bien vestida siempre, sede aristócrata y realenga en la que alzaron sus reales familias de mucho ringorrango.

Brillantísimas —con gruesos quilates— fueron sus capillas de la Paz, en las que hubo, hace siglos, juramentos de muchos alabados sea Dios, y no por causas de poca monta, sino de mucha, porque en ella, y ante el Duque de Medina Sidonia, mayorazgo de mucha sangre y títulos, juraron los caballeros jerezanos que no habría entre sí más guerras que las precisas contra la molicie y carne y éstas en seguimiento de la victoria de los cielos. Y cuéntase que el Duque, tan señorón y mandamás a los buenos modos, exclamó viéndolos tan unidos: el Señor os lo demande si no cumplís lo que habéis rubricado con vuestros votos en este San Marcos de nuestras devociones y consuelos.

San Marcos fue testigo, en la iglesia, de aquellas funciones que patrocinara Felipe V, por el hacimiento de gracias de la batalla almanseña, que, como todos sabemos desde que el tibio bachillerato moldeó nuestras incipiencias fue aquella en que las tropas borboneras pusieron en jaque-mate a las del archiduque Carlos a primeros del XVIII, entre las canterías y los cereales murcianos de la villa de Albacete, que allí está Almansa para lo que cada uno guste mandar. Sería de ver, de galanados y pulcros, como irían nuestros Cabildos, a toda algarabía de fiesta, desde la Colegiata y el Municipio, calle adelante, por Gibraleón, hasta San Marcos, a oír su buen Te Deum solemnísimo. Sería de ver lo bien que cuadrarían al alma de Jerez, aquellas ceremonias a la sombra del patrón véneto.

En la rinconada parroquial, cuando se va a la calle Horno, tenía el Duque de Medina sus casas señeras, sus alegres patios, sus consolas caobas, sus muebles charolados de mucha hidalguía rancia, como que el Duque era descendiente de

Guzmán el tarifeño, uno de los pocos hombres a quien la Historia jamás tuvo regateos en llamar Bueno. Y en su cripta, entre los muertos insignes que guarda, espera la resurrección de la carne —de momento encenizada— don Diego Fernández de Herrera, el héroe del cerco aquel de los jabatos del África, donde palmó a todo gas, porque la cosa fue a caballo, Abu Malik, un príncipe moro con agallas que no se rindieron hasta que no le salió al paso un jerezano de aquel calado viril.

Por San Marcos, calle, plaza y parroquia, cuánta historia íntima, qué de recogimiento ascético. Símbolo de esa delicadeza adoratriz del Cielo, sean siempre las «emparedadas», aquellas monjas de la Concepción, en cuya casa tienen clausura actual las «mínimas» o «victorias», monjas muy orantes, de rigidez a lo Francisco de Paula, nuestro santo, sin que esto suponga de nuestra parte virtud alguna, sino deseo de que rozándonos con el nombre del gran mínimo, mejoremos algo. Y ahí quede, la mucha que San Marcos dejó entre nuestras calles, que Dios bendiga, guarde y angelice.

## Medianoche en San Marcos

Nos daba en tiempos por tomarnos unas copas en la tienda de San Marcos; y nadie se nos salga ahora con escándalo, que de Berceo aquí a nadie le amarga un vasete de buen vino, como el poeta dijo, y era fraile de mucha vitola. Cuando salíamos de la tienda, que de las copas suele salirse con menos prontitud, topábamos con una medianoche en la plaza y calle del evangelista, relumbrante de luna y seda llenas. Siempre tuvimos flaqueza por San Marcos, el patrono veneciano, por aquella agonía con que siguió a Cristo, luego de la prisión de Getsemaní, de lejos, envuelto en su blancor de sábanas, arrastados los ojos de lágrimas, amándole mucho, con qué vehe-

mencia y fuego. Pues sí. San Marcos, y a la medianoche, tiene toda su historia a flor de esquinas; y no decimos de labios, porque habiéndolo dicho de ese modo, se dice todo, porque las esquinas vienen a ser, y que nos disculpen los arquitectos, los labios con que besan y hablan las calles cuando se pasa junto a ellas, a paso leve, lentísimo, sin prisa.

Hubo en San Marcos viejísima mezquita; y cuando la Reconquista, ya crecida y gorda, como están las guerras cuando van a acabarse, vino a Jerez, los conquistadores quisieron dejarnos a buen seguro, no a buen recaudo, que eso, pese a la buena voluntad del propósito, suena un poco así como a oficina de arbitrios y recaudaciones tributarias. Para asegurarse bien, cogieron la mezquita —dicho sea en símbolo, que no es grano de anís coger en vilo una mezquita— y la sustituyeron, graciosamente, por la parroquia del evangelista. En ella, veneraron los jerezanos viejos, a la imagen de la Estrella —bonito nombre ¿eh?— que recibía fe y pedigüenías santas, en su ermita de la puerta de Sevilla, hasta que en mil ochocientos sesenta y cuatro la cambiaron de puerta, y de aquella, vecina de Capuchinos, pasó a ésta, vecina de la casa extinguida de los Medina Sidonia. Si le nombramos, no es porque el duque no tenga misión que cumplir en esta crónica; que la tiene, y grande ¿verdad, señor duque? Claro; como que él fue, quien en el año de gracia de mil cuatrocientos sesenta y dos, cuando todavía el Descubrimiento de América era lo más óvulo histórico sin cuajar, recibió la reconciliación de los caballeros medievales que ante él prometieron no darse más espadaos ni hacerse más cardenales a puñalada limpia, por si este castillo es mío o aquel foso fue de mi querido padre, que esas fueron, fortuna más o menos, las causas de las contiendas.

Si hubo convento de Emparedadas de la Concepción, donde ahora están las Mínimas de Jesús, María y José, averigüelo Vargas, ese misterioso inquisidor, famoso como el Quevedo de los chascarros, que lo descubre todo menos lo que

hace falta; y echamos mano a Vargas, porque nosotros, ni entrándonos a saco en historiadores del volumen de Mesa Ximeta, hemos podido decir esta boca es nuestra. Pero, en fin, si fueron aquellos, tiempos de fundaciones y casa misericordiosas, ¿por qué no pudo haberlo? Pues sí que lo habría, y de los majos y mucho coro, es ese ángulo, bastante escondido y santo, donde ahora están las monjas de San Francisco, el de Paula, que es el nuestro, para lo que ustedes gusten mandar. Desde fuera, las celosías hablan, con el desnudo lenguaje, sin voz —¡quién lo tuviera!— de los silencios ascéticos, de unas monjas que ven, y qué cerca, la bienaventuranza, y por las que cruzará este río dormido de la luna, como una alabanza de la hermosura que Dios tiene vertida en las criaturas.

Y a la plaza y calle de San Marcos, salen dos calles: la de Horno, que esa sí que tuvo nombres, amigos nuestros, como que la llamaron de Horno-Hondo, luego de Horno-Hondillo, después de las Comedias, porque tuvo teatro, más tarde del Monte Corto, y ya en mil ochocientos cincuenta y dos, el Ayuntamiento, dejándose de frivolidades rotularias, fue y la llamó de Horno a secas, que así quedaba mejor en cochura y de mejores fuegos tranquilos, como el que cuece las hogazas, y en el que vivió ese joven, finísimo abogado, don Salvador Rivero, que tanto sabe de las cosas del Cielo y de la honestidad de espíritu; y la otra, la de la Compañía, cuyo nombre nos tiene perplejos, como a cada hijo de vecina, porque no está claro, a pesar de que los Jesuitas pastorearan en ella. ¿Saben por qué nos deja perplejos? Pues porque ya en mil cuatrocientos setenta y siete se le llamaba así: calle de junto a la Compañía. Sí, pero, ¿cuál compañía sería aquélla? Los jesuitas, no, por que vinieron a Jerez muchos años más tarde de las manos y el fervor de los padres Juan de Frías y Lorenzo Alonso, sí, como aquel ilustré farmacéutico cuya vida guarda ya el Cielo por su bondad y señorío, y tampoco por aquello de las dieciseis compañías de los dieciseis cuarteles, tampoco,

que fue acuerdo de los Reyes Católicos casi de veinte años más tarde que la gracia del nombre. ¿Qué compañía pudo ser entonces? Los jesuitas, que vivieron en la calle Francos, en la casa de Estupiñán, pasaron a la collación de San Marcos en mil seiscientos tres, con el título de Colegio de Santa Ana de los Mártires, por los que se sacrificaron en Asta Regia, de la que tanta ilustre investigación arqueológica dejó hecha Manuel Esteve, nuestro historiador minucioso, a quien justo es rendirle aquí homenaje de gratitud, por su tesón y pericia. De modo que el nombre de la plaza y calle se nos pierde entre las sombras antiguas; y por eso lo dejamos, y nos quedamos con la medianoche solitaria, que por allí goza de bellísima claridad. Y con ella, a paso lento, salimos, y nos echamos a andar.

## Cristina, descanso y copa

Desde esta embocadura de Bizcocheros, iremos a Cristina, la alameda que ya nos da empaque de ciudad con los suelos y las casas en su sitio. Que Cristina sea un paseo elegante, nadie que tenga un par de dedos de frente podrá negarlo, con poco que mire la verja de los Domecq, los chaflanes aconchados de Garvey, las altas campanas rubias y grises de Santo Domingo, y el largo y enverjado verde, brueghelino, del viejo Instituto, en cuyo jardín hacíamos, hace años, el cándido, aprendiéndole a las hojas aquello de que si labiadas o dentadas, una ciencia suma que luego nos ha servido mucho para las batallas de cada día.

Si es verdad, que antes de irnos a Cristina, a tomarnos allá una copa del rico vino paredaño del Nazareno, tenemos que hacerle justicia a la calle de los Bizcocheros, que fueron gente golosa y artesana del mejor festín harinero que puedan

tragarse los ojos: los bizcochitos de canongía, en los que teníamos los jerezanos, hace siglos, unas manos y un paladar que ahora los quisiéramos. Sobre el año mil cuatrocientos ochenta y nueve —¡faltaban tres para la aventura de América!— ya andaban por Jerez los maestros de naos, unos pilotos vascos que residían del Puerto a San Telmo y que aguardaban faenas comerciales en las que meter brazos y narices para engullirse el pan de cada mediodía. Tenían los maestros navegadores un pleitazo —de a tanto el folio— con los bizcocheros, porque estos se empeñaban en no venderles sus bizcochos sino a quienes les diera la realísima gana, y éste venía a ser argumento poco edificante para los vascos.

Habían descubierto los bizcocheros que los comisarios —angelitos— vendían de estraperlo los quintales de bizcochos, valiéndose de que manejaban la sartén por el asa o el mango, y de que escaseaban las golosinas, y de que la gente decía, a la mañana y la tarde, llamarnos tontos pero vengan los bizcochos que nos derretimos viéndolos. Descubierta la desvergüenza, el Municipio, para salvar el prestigio de los modos gobernadores, encomendó a un caballero de ley, a don Iñigo López de Carrizosa, veinticuatro de la ciudad, la transparencia del asunto; y con qué energías debió andarse don Iñigo en el adecentamiento del entuerto, pruébalo el pacto que firmaron bizcocheros y mercaderos y marinería, para repartirse la cochura como Dios manda, que suele ser como entre buenos hermanos, una armonía demasiado mítica y muy impalpable en estos tiempos. ¿Hubo en la calle fábrica? ¿Vivieron en ella bizcocheros adinerados? Cualquiera de las dos causas debió bastar para nombrarla con las virtudes del oficio; y lo que sí se sabe, y muy a lo cierto, es que por Bizcocheros se iba al Cementerio de los Judíos, que pisaba, en largura de tierras, las viejísimas huertas de San Francisco y Santo Domingo, más o menos a diestra o siniestra, lo que ahora vienen a ser las calles Larga, Santa María, Honda y esta de Bizcocheros

con aledaños y rinconerías. Por aquellos tétricos oficios de enterrar judíos en la collación, sigue ahí la calle de Honsario, que bien alude a los osarios sefarditas.

Y ya estamos, buscándole en este mediodía florido de junio la sombra a las paredes —que dan bien menguado alivio— en la Alameda Cristina, larga y ancha, y con hermosura de cielo muy abierto y despejado. Tenía la de Cristina su parada de coches de punto, como si el tiempo no pasara por ella; y más de una siesta se durmió en los pescantes cuando zumbaba el verano su ducha de moscones, que en no saliéndoles marchantes, a ver qué demonios habían de hacer las aurigas con látigo y caballería, sino usarlos de compás en la canóniga. Dos nombres suaves y mansos tuvo esta alameda hasta primeros del siglo pasado: Llano de Santo Domingo y Llano de San Sebastián, y están claros, porque no habría apenas piso y sería la alameda, entonces, como cielo raso sino que echado al suelo, y estando así de planita, poco le quedaría que pensar para llamarla Llanos al caletre del municipio nomenclador.

Cuando el Conde de San Luis perdió la gracia y tuvo que salirse del mando, como dentífrico despanzurrado, entró el general Córdova, flamante y de estreno; y como aquella alternativa del poderío ocurrió el diecisiete de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro, a la alameda, que en nada se había metido, le quitaron el San Sebastián, y le colgaron la fecha entre discursitos y gestos de a ver lo que dura Córdova. Ni la asistencia poética del Duque de Rivas debió poderle aguantar las espuelas al general, porque también perdió la vara mayor del reino, y a freir sardinas le mandaron; y una real orden de diciembre del cincuenta y seis clavó lo de Cristina en la alameda, siendo gobernador civil don Rafael Navascués, que dijo, muy serio y grave, acariciándose la perilla ceniza, que «a ver si se acaban ya tantos cambios de nombres, que da fatiga no saber a qué alameda quedarse».

Aparte, y con alguna ternura, dígase aquí, que los revolucionarios del sesenta y ocho, los del destronamiento, la llamaron Libertad —un fruto que no pensaron nunca regalarle a nadie— pero duró poquísimo, y otra vez volvió a Cristina, y en eso sigue conociéndola el pueblo, si bien lleva ahora el del prócer jerezano Marqués de Casa Domecq. Y ahora, la copa.

## Paseo de Capuchinos

Que el verdor del Parque y la clarísima luz de Jerez, tenga a unos buenos frailes por mediadores, conviene, y mucho, a la gracia y bienaventuranza en que vivimos. Estos frailes son los padres capuchinos, a quienes nos unen viejos lazos; no sólo porque aquí estuvieron hace siglos, sino porque ahí, en las finas arenas de Sanlúcar, tienen la Casa matriz donde sus novicios se cuecen en santidad y mortificaciones. Los capuchinos, que han vuelto a Jerez hace unos años, son buenos amigos y mejores custodios todavía de muchas de nuestras flaquezas. Popularísimos son, por nombre, linaje y guardería de las del Cielo, en la ciudad, y ellos dan gala, solecitos y paseos dorados a nuestras tardes de otoño templadas y a nuestros inviernos, que a Capuchinos nos salimos, como lagartos, así que cesa una llovizna y sale el sol y la luz se viste de naranjos rizosos.

Bueno. Pues dicen las historias, que una mañana de marzo de 1661, fueron y le pusieron al convento la primera piedra. Apenas estuvieron alzadas fachada y celdas, se nos acercaron los frailes. Eran dos. Se llamaron en el mundo Antonio y Feliciano, y los dos se recorrieron y visitaron nuestras casas pidiéndonos para seguir la Iglesia. Ya cecearían lo suyo en la dulce y prudente habla, porque siendo de Córdoba, casi darían la impresión de que las puertas del Cielo estaban ahí

mismo, en las ermitas. Un jerezano —fray Francisco— del que se cuenta y no se acaba en mérito y talento y virtudes, lo regía como Provincial. De limosnas vivieron y de penitencias supieron valerse para erigir su casa; y acaso porque el celo fue mucho, el Ayuntamiento les regaló una campana para que el reloj sonase a su hora. La campana fue quitada de la Atalaya vecina a San Dionisio, y porque no sólo de campana vivieran los frailes, diéronle también una libra de pescado en cada cargamento piscícola que cruzase por el fielato. No es que vivieran sólo de peces, que ya habría sido posible según lo prueba el Evangelio, sino que en teniendo pescado a las manos, con muy poco aceite tendrían ya que aderezarse los condumios.

Creemos que fue Mesa Xinate quien dijo que la iglesia capuchina, a la que retornó ya mucho Jerez a meterse en sus misas, estuvo bajo la advocación franciscana de San Félix de Cantalicio, que fue un santo, como todos sabemos, como una casa, ya que habiendo sido lego de entrada, ganó tanta santidad, se apretó tanto los cíngulos y calzó tanta mortificación en el espíritu, que dos Papas —un Urbano y un Clemente— lo alzaron a Beato y a Santo en menos de un siglo; y luego, viéndole tan sumiso y manso, Murillo lo pintó, con un pequeño Jesús en las manos, y dice González de León que ante el cuadro se pasaba larguísimas horas diciéndole el pintor un subido bendito sea tu alma.

Claro está que no siempre fueron capuchinas las sandalias que pisaron los suelos conventuales de la casa. A fines del XVI, en igual sitio y distinta fábrica, estuvieron los carmelitas, sucesores de los monjes benedictinos, de los que saben a chocolate; y se sabe que éstos dijeron a los del escapulario: para ustedes la casa, siempre y cuando no quitéis de la advocación a San Benito, y como los del Carmen cumplieron la encomienda, allá que se multiplicaran rezándole a San Benito y a San Simón, porque así los dos anduvieran contentos. Piénsese en cómo Jerez iba haciéndose rico en patronazgos de

gran bordo, si sobre la doble alcornia de los fundadores, arriba, en la línea celestial, se piensa que estuvo la Virgen del Carmelo. Ancla de todos, dándole que le daba a la mediación suplicante, en una marimorena de la que todavía somos devotos y herederos.

Y queden ahí las historias. La casa, desde 1848, tuvo Hospicio. Por sus muros corrieron, babeantes, muchos llantos de niños, muchas sonrisas de color de miel, muchas esperanzas, sin forma y sin estrella —¡Cuánto niño expósito, entrado en su jardín nostálgico y pobre, paseándose por las rosas de sus presentimientos, no vería reventarse afuera el sol de muchas ferias, y sonar el aro de muchos niños libres y sueltos, y repiquetear los cascos de sabe Dios cuánto caballo enjaezado y feriado! ¡Cuánto tremendo mundo secreto de niños sin padres, en esos muros, piadosamente carceleros, giraría, sin eje y sin orbita, en espera de una libertad, como un navío de sueños! Claro está que por todos ellos velarían los rezos de los frailes, como ahora velan por la ciudad, junto el verdor del Parque y la luz de Jerez.

## Descanso en Hospicio

Mucho queda por escribir todavía, sin salimos del área capuchina. Vean por dónde nuestra crónica última, la del Paseo de Capuchinos, ha tenido felicísima resonancia en Sevilla, y pendiente tenemos, para muy pronto, una charla con los frailes, en que se nos dirán cosas sabrosísimas para la historia y curiosidad de la Orden y su iglesia entre nosotros. Claro está que sí, que las brindaremos a nuestros lectores y en seguida que las tengamos adobadas, que apenas fue leída la crónica en Sevilla, nos llegó un emisario —el padre Emilio, ya en Dios— diciéndonos que sus hermanos tienen alta, profusa y muy sugestiva documentación jerezanista.

Mientras —como arriba decíamos— seguiremos atentos al área capuchina que puede darnos mucho juego, para nosotros y para la ciudad. Así se la sirve de veras, acrecentándola, dotándola de los trofeos callados, que unos los tienen con avaricia, como nuestros interpeladores, y otros, los dan a manos llenas, como van a hacerlos nuestros fraternos frailes seráficos. Y así, en tanto llegan las aportaciones, nos sale al paso la calle del Hospicio, en la que haremos un descanso breve, aunque a muchos puede que esto de reposar en casa expósita no sea deleite muy apetitoso. Pues a nuestro gusto sí que le va bien; que por recrearse entre quienes sufren, a veces hasta voluntariamente sale a buscarse aflicciones, que nada como el dolor acerca a las criaturas en la misma línea en que todos estaremos, quien sabe en qué minuto: la bellísima línea igualatoria del buen morir, y le llamamos bueno, por lo que nos gustaría que lo fuese el de todos.

Que tenga Jerez una calle del Hospicio prueba su amor al desventurado, y la alta idea que siempre tuvimos de la caridad; y como ésta no es más que darse al prójimo, quien da corazón y casa al prójimo, que no tiene familia, hace una de las caridades más patricias e insignes de la Tierra. De ahí que sí que nos parece descansar esto de adentrarnos, puertas adentro, en la curiosidad de la calle que une a la de Sevilla con la del Pozo del Olivar. Dicen las historias que en lo antiguo fue angosta y fea, y nos preguntamos si no nacería así porque se viera que era una calle dedicada a un menester trístimo: el de recibir en los tornos, a los hijos de nadie, y si de alguien, de quienes no anduvieron robustos de fortunas y asistencias. Más angostura y fealdad que pudo tener la calle, tendría aquel su oficio; que peor está no querer a los hijos como se debe, que tener asilo en calle sin aceras lujosas y sin luminotecnias clínicas, como en lo antiguo fue el entorno.

Luego, en 1870, la calle creció; porque la buena familia vinatera de Garvey y el Municipio firmaron un pacto dando-

se, entre sí, terrenos para que los negocios y los intereses anduvieran a sus anchas. El Ayuntamiento dio a la vía ferroviaria de las botas de vino casi mil metros cuadrados, y los Garvey dieron a la ciudad la mitad, pero al centro, en la esquina de la calle de Sevilla. Por aquellos años se la bautizó con el nombre del Hospicio, porque la calle hacía frontera, en el costado derecho, con los jardines y hortelánías del Hospicio, que no era entonces sólo de Jerez y sí de la provincia, y estaba establecido en el convento capuchino y barbado, desde la exclaustación de los oficiantes de San Francisco. De alguna forma hubo de compensar Jerez al latrocinio de la casa, y al Hospicio se le puso bajo la sombra, el amparo y la protección de la Purísima, que así lo acordaron los hombres beneméritos de la Junta de Beneficencia. Como ya en otras ocasiones hemos hecho historia de las calles del Pozo del Olivar y de Sevilla, haremos aquí economía silenciándolas, no sea que alguno nos salga llamándonos al orden con la impertinencia de que si ya lo hemos escrito. Verificado el descanso, que es como tomarse una copa de respiro, dejamos las memorias y volveremos pronto cuando hayamos cambiado pláticas con los frailes de Sevilla.

## Zaragoza la de Agustina

De Aladro a la plaza de toros, varándose, arriba, a su término, en ortigas de bodegas viejas, en cielos de huertas que fueron fragantes, sube la calle de Zaragoza, como una tensa y alegre vena de bravura. Si así la llamamos, no será porque la creamos calle de pendencia o machoteo, que es sobria, buena, pacífica, sino porque nos lleva, en las rubias tardes toreras, al redondel, y cruje a nuestro paso de colmena que anda, entre las promesas del ídolo, la picaresca de la anécdota y ese enfá-

tico y solemne gesto científico del taurino que se las sabe todas. Si a la ida a los toros, la calle es prisa, tensión cardíaca y ola sonante, a la vuelta, es ala caída, ánimo agrio y palabra sin sabores, que así es la fiesta según que el estallido de los éxitos la corone de oros o el fulgor se quede en el ángel desfilar de las cuadrillas. De todo ese clamoreo taurino, la calle de Zaragoza es antiguo y silencioso testigo; que si hablase, ¡qué buena historia de torerías pudiera escribirse oyéndola!

Pero, ¿a qué le vino el nombre? Antes de que tiremos de la cortina, como hacen los alcaldes cuando ofrendan mármoles preclaros a la memoria de sus hijos, dejemos aquí justa constancia de que no siempre se llamó Zaragoza, porque hace un siglo largo todavía se llamaba de Molina del Judío, y a la vista está que debió dárselo porque en ella, más arriba o más abajo, tendría tolva de molindas algún barbudo bíblico. ¿Qué molería aquel judío jerezano? ¿Trigo? ¿Cebada? ¿Aceituna? ¿Carnes de niños? Más estamos en pensar, que serían monedas a medianoche, para hilarse con ellas el tejido de su fortuna o amasarse el pan de los ahorramientos temblorosos; y como Jerez no ha sido ciudad que pudiera darle molinos a gentes no cristianas, fueron capitulares, en 1840, y le cortaron un trozo, como pueda cortarse, muslo de pavo en Navidades, y en él instalaron a San Cayetano, quizás porque el bienaventurado tuvo imagen en alguna hornacina de la calle, y así se pensó que velaría, con su gracia custodia, por el molinero sefardita.

Y entramos, pasito a paso, en el nombre de Zaragoza. Algún curioso de archivos, de los que están bebiéndose, en copas de paciencia, los legajos, y a la primera guiñada del descubrimiento se ponen nerviosos y entonces yerran, se dejó decir, hace años, que fue por un Domingo de Zaragoza que allá en el siglo XIII vino a Jerez entre los primeros pobladores cristianos; pero esto debe ser historia de serrín, en el que se guardan los anillos falsos, porque ni aquel Domingo de San

Marcos, que en el barrio del evangelista tuvo casa regalada, asomó la jeta por Zaragoza, ni cumplió otro mérito que el de casarse con una mujer que se llamaba Mayor, y, vamos, que se sepa, por méritos nupciales por muy mayor que la esposa sea, a nadie se le ha hecho ofrenda de una calle en su pueblo. Así que no; que fue por Agustina de Aragón, la maja, la machota —dicho sea con todo el propósito de su enaltecimiento como esforzada y artillera— y que fue, como ya sabemos todos desde las escuelas, aquella guapetona zaragozana que se ganó, a refajo subido, la batería del Portillo cogiéndole el cañón al novio, que estaba en el suelo hecho una pena de arcabuzazo y derramamiento. Tan a lo vivo se plantó ante los franceses, que Palafox, que la adoraba, escribió de ella que «su apostura era bellísima y que tenía una viveza muy agradable», y luego dijo que «era morena y con unos veintidos años que vayan con Dios los palmitos»; y nadie tiene derecho a pensar que el general estaba loco por ella, sino que el hombre no regateaba méritos a mujer de tanto moño. En rendir agasajo a la Artillería, como se la llamaba en las crónicas, anduvo también muy diligente el padre Valdivare en su «Iberiada», que dijo, al verla en Sevilla, que Agustina «era de una robustez que la hacía muy recomendable».

Una calle le sale a Zaragoza, como un injerto oloroso, primaveral, alegrísimo, en la misma luz de su nombre: la de Santa Rosa, y ya que no tenemos espacio ni tiempo para glosarle todas sus calles desembocadoras, de la de Santa Rosa sí que es justo cantarle el mérito, porque en ella hubo posada, en la mismísima esquina, a la que llegaban arrieros y tratantes antiguos, y antes de entrar a la pitanza y el sosiego se sabe que rezaban, al pie de la imagen, a la Santa, pidiéndole buen negocio o plácida noche; y luego cuando el Ayuntamiento dijo que las imágenes a los templos, la de Santa Rosa emigró, pero le dejó, como una tierna lluvia florida, su nombre, a toda la calle. Parece que el posadero que-

ría como ojo a la luz a su hija, que se llamaba Rosa, y a ella hizo ofrecimientos de la esquina, la posada, la hornacina y todos sus trebejos de vivir.

Para que no todo pueda ser tentación de la vida, olvido de la eternidad, la calle Zaragoza, brava por el nombre y el camino, corre paralela a la de Santo Domingo, que se llamaba Nueva del Muladar y de la Zanja, y la pusieron a la sombra del rosario por el convento, tercero de España. Así, entre una fiesta y un rezo, Jerez, segura de sí, hasta en sus calles, hace teología de la buena; de la que manda vivir alegremente pero pensando en el Señor.

## Las que suenan a Feria

Algunas calles, amigos nuestros, no es que estén en la ciudad, sino que se vienen a los ojos que da gloria verlas. Suenan —¿cómo podríamos decirlo?— casi como si tuvieran por dentro embriaguez de la música. Se las pronuncian con cierta intimidad y ternura, y se deshacen en escorzos; y reunidas, no parecen sino que juegan a cuerpo de baile. Suenan, en Jerez, cinco de sus calles, muy encaladas, a feria grande, a feria de postín. Luego, cuando se entra en ellas y se conocen bien sus nombres, resulta que no, amigos; que eso de la feria o la fiesta no es sino un añadido, como las coletas en la torería, que les cuelga nuestro ánimo, y que no fueron bautizadas por celebraciones o primaveras subidas de crótalo.

Pero los nombres, sí. Esos suenan siempre, como la gente pondera, por los siglos de los siglos. Se llaman éstas que suenan a feria mayor: Circo, Colores, Cristal, Duende y Gitanos. ¿Vamos a requebrarlas? Nunca mejor que ahora, cuando a fines ya de abril, la feria se nos acerca; y si no es larga y cuantiosa la historia —porque no la tienen— sí que usan o poseen

música andaluza y flamenca, de la de mucha jarana, vistosidad en celo y porte cimbreador. Si ya dijéramos que las cinco y cada una tienen dentro individuales guitarras, habríamos dicho la verdad; por éstas, sin lisonjas ni exageraciones.

La del Circo lleva de la de Zaragoza a la plaza de toros. ¿Quién no la conoce habiéndola atravesado en las tardes de corridas? No tiene otro secreto su bautizo ni otro castillo su heráldica: calle que llevaba al Circo, al redondel, al área arriesgada de los sacrificios tauricos. Pero tan fiel ha sido a su tarea que fue del Circo en sus orígenes, sigue siéndolo y lo será siempre, con la tesonera monumentalidad de un rígido pase estatuario. Nadie la mueva, que bien llamada está y a ella le gusta. Pero deberá signarse aquí el nombre del concejal que la nombró, casi que la alumbró; y decimos casi, porque la calle la harían los albañiles y no los concejales, que hasta ahí pudieran haber llegado las cosas y los respetos a los oficios, porque entre ser padres del honor cívico y leales del palustre, con toda corrección a unos y otros, siempre ha mediado distancia. Se llamó don José María Moliné, y no la nombró calle del Circo en verano, porque eso habría sido de escaso ingenio cuando es en verano la ocasión en que se ven pasar las gentes hacia los toros, si no en invierno, en febrero, casi en la Candelaria de 1890; y quede ahí su nombre, para la pequeña y amable gloria de su suerte.

La de Colores brilla mucho —claro que sí: ¿no habría de brillar?— pero tiene aún menos historieta. Eso sí, ¿eh? Es antigua; y ya en 1620 existía y la llamaban de Barbadillo, aunque años después la motejaban calle que iba al Muro de Cabra, sucesillo nominal que no afecto según parece, al estado nervioso de la calle ni a que sus vecinos pastoreasen en sus cercanías ganado más o menos lácteo. Y fue en 1789 cuando acaso por algún vecino, escribe Muñoz Gómez —¡qué comodidad ésta de achacarle a un vecino lo que no está claro!— la cogieron y le dijeron: mira, mi alma: tú te llamarás Colores

para los restos y por muy temprano que te levantes. Pero, ¿no sería porque en ella el sol, dándole en los brillos diminutos de las ventanas, se partiera en millares de reflejos, como en los vidrios que mirábamos, al trasluz, cuando eramos niños, que eran puro recreo y gloriosa maravilla? ¿No pudo ser Colores por algún prodigio soleador?

Y se nos acerca, fragilísima, la del Cristal, que tiene, como las copas en la Feria, mucho retoque vibrante, y parece calle de beber, calle de guardar flores, calle de rozarla con los dedos para que retumbe, finísima, de quejumbres blandos y sonoros? No se sabe por qué esta calle tan quebradiza y transparente, allá arriba los siglos, fue llamada de la Peña. ¿Cómo se pasó de la dureza de la peña a las fragilidades del vidrio? ¿Cómo de la peña al Cristal, como se dice del Caño al Coro? Dejémoslo en veleidades, o incluso puede que por una selección de todo lo macizo y opaco bajo la tensión y presión de esta claridad que tiene nuestro cielo. Lo que sí tiene duda es que puestos a optar entre una peña y un cristal el corazón más duro se decide, que mirar la vida a través de los vidrios, ya sabemos por el refranero que duele divertimos y solazarnos, según, eso sí, el color que se nos pongan delante de los ojos.

Atahonilla Perdida fue el primero de los nombres que se daba, en los tiempos antiguos, a la calle Duende; y le cambiaron a la atahona el amasijo y la cochura, y pasó a ser Callejuela de las Animas. Queda bien claro que llamándose luego Duende —¡por otro vecino!— entre los sustos de los espíritus y el espectreo del viejo jerezano, el duendecillo de la calle era fantasmal, no alegre, y hablaba de los temblores del más allá y no de las suculencias de los misterios andaluces, que suelen ser duendes metidos en baile, cante, vino y juega. Pero ¿suena o no a feria la palabra, si apenas oímos alguna musicada calambreira ya estamos diciendo que eso tiene duende? Tenía la calle —para más sustos— una casa en la que una mujer, be-

rrenda en diablesa, ahorcó a su marido, seguramente de tanto amargarle.

Y la de los Gitanos —última feriante— fue llamada porque en ella vivieron, hace largos siglos, gentes de la raza tamerpandesa de los zingaros. Con que ahí quedan, con su son, su fiesta y sus alegres nombres, las cinco calles de Jerez que son, con su son, su fiesta y sus alegres nombres, como carteles perpétuos, que de la Feria avisan.

## Pleito en Bizcocheros

Cuando entrábamos, por la del Sol, en el dédalo callejero que lleva a las ermitas de la Yedra y de San Telmo, nos pedían que intercaláramos aquí la historia de Bizcocheros, y, ¿quién se resiste, si es calle que revienta de curiosidades? Que la del Sol nos aguarde, ahora que está nublado, y busquémosle a Bizcocheros su cogollo. Vengan a ella los abogados y tengan la bondad de indicarnos por qué algarabías puede armarse un pleito en una calle. ¿Por navajazo pasional? ¿Por desahucio de rentas atrasadas? ¿Por alcantarillados pútridos? ¿Por aguas de regadoras macetas, caídas en el hirsuto y repelido cogote descuidado? Pues para que vean los doctores de la Ley, para que vean, ninguna de esas causas enredaron el divertido pleito de Bizcocheros, allá en el otoño de mil cuatrocientos ochenta y nueve; y lo hubo, y tan grueso, que a poco si llegan a las manos las partes agresoras.

Cuando nadie lo esperaba, llegaron a Jerez unos armadores y marineros vascos; preguntaron dónde estaban los juzgados de la época y se plantaron en ellos, a preguntarles que por qué diablos los bizcocheros de Jerez no querían venderles sus bizcochos calentitos, y sí, en cambio, los vendían de estraperlo; como para que nos salgan ahora con que eso de com-

prar por uno y vender por cien, es ingenio nuevo y no salada granjería de todo tiempo pasado. Resulta que un comisario de abastecimientos —el señor Villafranca— que tenía el bizcocho por el mango, los compraba a real y los vendía a real y medio, dándonos, a pesar del impúdico recargo, buena prueba de que eran tiempos más modestos en la deshonestidad que los nuestros. Pues fue el Ayuntamiento y dijo: vaya, se acabó la bizcochada, Villafranca; ahora, la mitad para los armadores y la mitad para usted, y así, aunque algo menos, en casa se quedó parte del festín.

Tan repingüe iba el negocio, que en la calle hubo una fábrica, justamente en la casa donde tuvo finos zapatos, de buenísima clase, para infantes, por cierto, la familia Huerta, jerezanos de buena y noble estirpe; y en todo el XVI vivieron en ella bizcocheros tan enriquecidos, que todos testaron casas propias, como aquel don Alonso López, que hizo fortuna de muchas carambas, al sabroso amparo de la crema y el azúcar. Es cierto, que no sólo de bizcochos vive la calle, sino de la mucha gloria que le dan sus calles afluentes o adjetivas, y entre ellas, por lo mucho y bien que zurea, la del Palomar, que se llama así, porque hace siglos, un médico, Rui López, soltaba, desde sus terrazas, al aire, bandos de palomas mensajeras, como luego izaran sus vecinos el olé y la cohetería de homenaje a Juan Romero, y si le quitamos ese Antonio intermedio, es porque así, con Juan Romero a secas, se acrecienta y abri-llanta su empaque cartelero, hasta casi redondearse en gloria de la legítima y rondeña. Y salen a Bizcocheros, por la ribera derecha, yendo del guardia circulatorio del viejo Maravilla hasta Gaspar Fernández, la de Animas, homenaje a una capilla de sufridores del Purgatorio que allá construyó el padre Ramón Alvarez, de mucho talento teológico, en lo que ahora es ultramarinos, donde se aroma y laminan jamones y quesos que tientan al más aguerrido metabolista adelgazante.

Unos pasos más, y nos damos con la de Doctrina, que fue

antes de los Ceperos, familia acomodada y que pasó en seguida a tener nombre de una escuela de niños doctrinales, famosos porque hasta Cervantes los mienta en alguna de sus prosas, y que murieron —no ellos, pero sí el Colegio— por falta de rentas, enfermedad que resta tantas vitaminas como amores en quiebra, que dicen salen de los que consumen las entrañas; y pasada la de Morenos, por los seis vástagos que tuvo don Gonzálo, procurador del XVI, para no irnos a Gaspar Fernández, cambiamos de acera, y entonces, ya de vuelta, sí que nos salen callejas de buen soleraje cuajado. Esta de los Caldereros, ya está viéndose, porque verse y con asas, pues eso, Caldereros, que fueron gentes morenas y forjadoras de calderas, que se batieron el cobre, y no es una frase, sino alabanza de su mucha laboriosidad, primero en Flores, luego en Larga, después en Honda, y, al fin, en Caldereros, quizás buscándose sitio apacible donde lograr que el negocio diera, al menos, el ruido de las herramientas en las chapas. Cuéntase que fueron Antón Francés y Paco Pardá caldereros de mucha fama, de los de a Dios rogando y con el mazo dando; que sí que darían y de firme, porque los metales no se doblegan mirándolos, sino metiéndoles bien el ansia del trabajo.

De pronto, nos salta, desde una esquina, este nombre: Valientes; y temblamos, porque visto así, de súbito, parece como si fuera calle de gallitos o matones antiguos y tuviéramos que ponernos en guardia. Pero, no. Fueron unos valientes sólo de apellidos —sin que restemos, por ello, prestigio a sus agallas—que, eso sí, tuvieron sus buenos cañones, pero adosados a las esquinas, quizás porque de ese modo, no viendo la cal tentadora, los perros vagabundos menguarían en sus alivios renales. Ya luego, Antona de Dios, está más clara que el agua, y fue calle ofrendada a una señora piadosa, que hacía caridad ilustre, y concertó con su marido, don Juan Rodríguez, tan rigurosa y benemérita castidad, que se quedaron sin herederos, reducidas, como las dejaron, sus intimidades, al

rezo del rosario y las invocaciones de las ánimas, que son medios de salvación segura, pero no de multiplicación de la especie. Y eso, lo del rótulo, fue porque la caridad de doña Antona, se entró en las entrañas del pueblo, como los folletines radiofónicos, que pega a las criaturas ingenuas a los receptores, y les dejan las mejillas, de tanto escuchar monsergas tristes, más cruzadas de arrugas que garbanzales de rayados de cosecha. Y así, nos entramos en la de Caracuel, la calle de aquel don Juan, alcalde que fue del estado de labradores, en el XV, que ni fú ni fá como alcalde, pero que, vamos, no fue, ni mucho menos, mala persona. Y en Caracuel hubo baños calentitos, de esos que recuerdan al infierno pero en bueno, es decir, la calorcilla sin la pena de no ver al Señor, y gimnasio público, el que regía don Manuel Segovia, disecador de las aves del Instituto Coloma, que algún día mirábamos nosotros, con sus grandes alas, sus paterías zancudas, sus picos largos y sus ojos fulminantes, como quien ve visiones de los Andes. Y sanseacabó, que dicen las madrazas cuando reparten pasteles a los hijos. Sanseacabó, porque este bizcocho de Bizcocheros ya no puede estirarse más ni, metiéndole más harina; aunque ha sido buena prueba de que a nadie le amarga un pleito, si lo es a costa de pasarlo bien y con una modesta gula, que son los atributos de los buenos postres.

## Aceras de calle Honda

Apenas llevarían nuestras glosas al laberinto de Medina, unas horas en el público, y se nos entraron por las puertas del ánimo unos reproches amables y cordiales de algún vecino de la calle Fontana. Dios le pague al que se tomó la molestia, su buena obra, porque esto ha querido decir, diciéndolo, que este pregón de dominica sobre las calles está echando sus raíces en

los jerezanos que gustan de estos guisos y fritadas. Y como los reproches han sido por que si el olvido ha dejado a Fontana en la cuneta, tendámosle alguna memoria antes de irnos a Honda, en la que sí nos aguarda tarea, y así todos en paz y concordia.

Muchos han creído que lo de Fontana sería por alguna fontecica —digámoslo al uso frailuno de los ascetas— que temblaría, sedosa y generosa, por algún patio o jardincillo de los que solían tener las casas antiguas. No siendo así el nombre, en cambio estamos seguros de que la calle lo agradece; por que si así fuera, al menos por lo del agua estarían claros apelativo y bautizo, y no de que Fontana también circulan teorías como rumores en cafés liberales y bien dotados de moscas. Poque si la parroquia de San Miguel guarda lo de Hontanal, como un apellido de la época de Oro, los legalotes del Hospital de la Sangre nos memora como puede, que había un pago de viña —el de Hontanal— y pagaba maravedises como chinches pueda tener jergón de posadería alarconiana. Y entre las dos orillas del zipizape, todavía se abre sitio otro incordio: el de que lo de Fontana fue por un ingeniero de Felipe III, que vino a Jerez a poner en derechuras el muelle del Portal, y en Fontana tenía parada, fonda y aseo, que si cada día andaba el hombre metido en diligencias y sondeos arenosos por el Portal, vendría bueno a recogerse.

Quizás se queden así tranquilos los que querían, desde el domingo pasado, fontanearse una migaja; y por nosotros, con sumo gusto viramos atrás en el paseo y dejamos a Fontana en esta pequeña y amable historia de nuestras calles. Eso sí, yéndonos ya, sin más plazos, a la de Honda, porque tiene bemoles y caldererías. Lo de bemoles, por lo confusa y sufrida que fue su ascendencia y lo de los calderos, porque en ella tuvo sede el oficio cuando erraban en busca de sitio que no se los quitaran. Pues sí. Honda de los Caballeros se llamaba la de Honda, y los escritos del oficio —que el Cielo los proteja por-

que dieron base y carraca a la caldereta popular— cuentan que si Antón Francés dotaba con maravedises, allá por la mediación del XVI, a Juanita Margallo o Paco Pardá a Maruja Rodríguez y tan contentos ellos con que si la dote no o la dote sí, que ese era el juego de la época.

¿Que lo de Honda por qué? No podríamos darnos de cara con calle de mayor claridad nominativa. Saltaba a la vista el nombre: y era porque estaba muy desfondada con el nivel de las puertas de las casas, como que la gente tenía que andarse o subirse con mucho tiento, ellos, los varones, jugando a Vicente Escudero para izarse a sus zaguanes cuando venían de los trabajos, y ellas, las hembras, cuidándose de que las faldas esponjadas no les dejasen muy afuera el taconete castísimo, porque hasta allí pudieran llegar las cosas, que decía la moral del tiempo.

Pero lo que sí tiene sal y pimienta en la calle Honda, está en un escrito de Juan Díaz de la Guerra, maestro mayor que era de Obras Públicas, y que se guarda en los escritos de Propios del XVIII. El nuestro tenía que darle presupuesto de poner bonita a la calle a don Domingo Ubeda, que tendría razones municipales para meterse donde le diera la gana, y en su escrito hablaba de que la calle Honda era una especie así como de asco, que diría Roberto Font, y que sus doscientas varas de largura se quedaban de agua, en las lluvias, hasta hacerse el tránsito «imposible de día y de noche es conocido el riesgo de matarse», y entonces, el maestro, porque nadie se achocara, dijo a don Domingo, que qué menos que hacerle un par de arrecifes —ahora las llamamos aceras— por los que pudieran «ir las gentes y el sacerdote que lleva a Dios camino a su satisfacción y seguridades», y ponía de precio a las aceras, entre nueve mil quinientos y diez mil reales de vellón, y como la moneda era como el real moderno, pues ahí tienen lo que costaron las obras de peatonaje, que si no fallan los cálculos de nuestra rudimentaria contabilidad, eran unas dos mil

pesetas largas. Y no tiene la calle Honda mayores documentos que la hagan famosa, por lo que nos vamos ya, que inventarle exornos por distraer amigos, eso, en cosas históricas, no lo hacemos, que luego va la ciencia y se enfada y dice que si esto y lo otro.

## Gavala entre Naranjas

La verdad es que donde nadie puede esperárselo, salta un título guloso y frutalísimo. ¿Verdad que dan ganas de beberse-lo? Entre naranjas, sabe un poco a abrevadura veraniega, a novela de Blasco y a zumos de convaleciente, porque ya la palabra, por sí sola, es de larga vitamina rosa pálido. Pues ahí, entre naranjas, metieron a don Juan Gavala, tan ilustre y bien dotado; y si la gente no le nombra al mentarle la calle, bien que puede compensarle del anónimo, la suerte de tener metida la nariz entre aromas tan ambrosíacos y tentadores. Pero, bueno, vamos a ver, y vengamos ya al orden, que, esto de fantasear, decía Fray Luis, que era como irse por las ramas, aunque, esta vez, con las naranjas tan en los ojos, a nadie le será de mucho escándalo que nos vayamos por el ramaje, puesto que lo tienen y con bastante azahar. Vamos a ver, amigos: ¿por qué se le llama a ésta, la calle de las Naranjas?

Mucho hemos pensado mirándola y conste que acaso haya sido la calle mejor vista en nuestros paseos —ies tan sabrosamente breve!— y parece que Dios ha compensado nuestro esfuerzo investigador, dándonos una pista segura de su viejo bautizo municipal. Si decimos lo del esfuerzo pensándola, es porque muchos creyeron —como siempre que algo no se conoce a las veras— se llamó así porque en alguna de sus puertas hubo fruterías de buen boato y mejor oler, y que entre la fruta, quizás porque fuese el dueño valenciano, saltaba,

abundante y tentadora, la naranja, pero esa es la historieta a la que siempre se le hizo corte de manga, dicho sea con subidísimo respeto, y hasta con rubor en la palabra, cantándosele un naranjas de la China, que viene a ser una buena forma del menosprecio. Ni hubo más naranjas que las que se comieran sus vecinos, ni pueden admitirse teorías científicas con tanta cáscara, que los investigadores suelen ser chufiones disimulados con ínfulas de sabiduría.

Primero —y vayamos así por partes— fue la calle de los Almacenes, feísimo nombre —¿verdad que sí?— con inevitable sabor de ratones viejecitos, y ya nos habrán entendido todos, que no es preciso haberlos comido, para saber que debe ser algo así como el saborcete de masticar trapos antiguos; y luego, sobre el rótulo de Almacenes, campea este dorado nombre: calle de las Bodegas de los Cartujos, y ya eso estaba bien, porque vino y cartujo, alcarrozas, que diría un conocido nuestro que lo yerra todo; y eso de cuidar frutos de la naturaleza, de las de buen paladar, siempre ha sido sabiduría en la que partieron el bacalao los buenos frailes de San Bruno. Estaban las bodegas, en la casa que ahora lleva —bueno, lleva, no, que a ningún sitio se va una fachada— el número 8, que a primeros del siglo fue de una familia —Jiménez de Cisneros— de mucha campanilla y badajuelo, y que la compraron, en unos veinticinco mil reales, a doña Benita González, una viuda de perras tomar, haciéndose la escritura en la notaría de García de Acuña, y todo eso está ahí, en los papelotes del Cabildo, hasta marzo de 1565, por si alguno va y dice: ¿cómo sabe tanto nuestro cronista?

Y, ya estamos en ruta. Cuando los vinos cartujanos pasaron a mejor vida, la calle estrenó nombre flamantisimo: las Naranjas. De acuerdo, sí, diréis vosotros; pero ¿de cuáles? Y a eso vamos, sin pararnos ya más tiempo que el de poner muy alineadas nuestras razones, porque no se nos suban las naranjas a los ojos y dejemos de ver la veracidad. Parece que hubo

familias, si no en fortuna, en número, en aquel Jerez del XVI, que se llamaban, uno a uno y todos reunidos más, Naranjo; que ya se sabe que si alguien lleva un nombre, los que siguen la fronda del mismo árbol, no van a cambiárselo, por aquello de que las denominaciones no se repitan. Naranjos hubo en Jerez del norte al sur, del levante al poniente; y ya Polanco lo descubrió en el XVI, y hasta documentos del Catastro, hacia mediado el XVIII, hablan de alguna familia anaranjada que fundó capellanía, con sus buenas rentas en tierras de Cerro Fruto. ¿Por cuál de los Naranjos se bautizó así a la calle ahora de Gavala? Eso ya sería mucho descubrimiento; pero debía serlo por un Perico Naranjo, que se aguantó soltero, como un héroe, largos años, hasta que picó, entró en barrena y contrajo nupcias de las que le nacieron varias hijas, nombradas las Naranjas, como venidas del padre, que esa era costumbre antigua; como si ahora, a las hijas de alguien que se apellide Olivo, van los historiadores y las llaman Olivas, que eso sería como servir las en bandeja y a modo de tapa de aperitivo.

Aquellas Naranjas de Perico dieron mucho zumo espiritual y la gente las veía entrar en misa, cada mañana, en San Francisco, y hacerse múltiples cruces en la frente como quien se espanta mala idea del ánimo; y por ese recogimiento piadosísimo, Jerez, que gustó siempre de los apelativos prontos y claros, las llamaba las Beatas, aunque acaso pudiera aludir el alias, a las muchas pesetas que manejaban sin regateos para los pobres. No tuvo mucha suerte la calle en sus primeros tiempos, y porque en toda época cociéronse habas de lentitud en eso de arreglar los suelos urbanos, dígame que un vecino de las Naranjas, y no por ello hortelano —Luis de Coca— pidió al Cabildo, en 1590, que «la empedraran, porque era vía principalísima» y por ella «cruzaba el Santísimo en busca de los enfermos de la collación». Pero nanay, que si quieres. El cabildo dijo a los vecinos que si querían piedras, que se las pagaran ellos, que bastante tenía el Municipio con su sacrificio

—¡el pobre!...— de cobrar los impuestos. Y con esto hemos respondido a una llamada y que Dios se lo pague a la buena alma que con ella nos honra —de un vecino de Juan Gavala, a quien eso de las naranjas le venía dando en la nariz, sin que el olor le dejara paso al conocimiento.

## Intermedio de difuntos

Acaso porque estamos en noviembre, mes de la cera fúnebre y de los huesecitos de santo, dos muertos acaban de filtrárenos por las paredes, como en el Tenorio. Claro está que no son ellos, porque ni Daoiz ni Velarde, que firman la carta que hemos recibido a través de la Dirección se dedicaron nunca a estudiar antiguallas.

Nosotros que, al revés de nuestro comunicante, nos morimos de gozo por la cortesía y la corrección, vamos a responder adecuadamente a la masiva poniéndola en su punto. Vaya por delante que es pena de las grandotas, de las de muchas lágrimas, no traer aquí la carta entera; pero viene tan subida de ordinariéz que no habría olfato que pudiera aguantársela. Pero, en fin, en esta respuesta está como contenida, en esencia, toda la trama del comunicado, y saltándonos el mal uso que de los famosos héroes se hace en la firma y en señal de sumisión a los que duermen para siempre, tomamos el rábano por la hoja, y empezamos de este modo. No vendrá mal que hagamos un intermedio fúnebre en noviembre, y más todavía, si la Puerta de Rota, de la que hicimos brevísima historia hace dos semanas, se queda así más clara, más de par en par, como corresponde a toda puerta bien nacida.

Pretende el jerezano que se esconde de la gallardía guerrera de Daoiz y Velarde, sembrarnos una confusión achacándonos nada menos que un craso error histórico en lo de la

Puerta de Rota, y dice que nos hemos confundido lamentablemente situándola «según se baja del Arroyo», cuando él sostiene que la verdadera está al norte de Jerez, y no al Sur. No somos nosotros quienes la hemos situado así, sino los historiadores, y pruébalo que Bartolomé Gutiérrez, sabio al menos mayor que nuestro comunicante, en sus «Anales de Xerez», al tomo I, en su página 67, dice que la puerta de Rota está en la ciudad «saliendo a la parte del Sur» y reafirmalo con grandes razones el privilegio que el Rey Sabio otorgó, desde la ciudad de Toro, en 1269, a Gonzálo Mateos situándola de modo «que partía a el camino de Sanlúcar», y no sabemos de ningún camino que vaya a la sabrosa y enzumada ciudad de la manzanilla por el camino de Arcos. Luego, por si fuera poco, otro privilegio del Rey Sabio, del año de gracia y del Señor de 1267, dijo: «la puerta que dicen del Aceituno que es a la salida de los cabezos de la carrera de Sanlúcar», con lo que no deberá quedarle duda alguna al ilustre jerezano invisible que se hace pasar por Daoiz y Velarde de que la Puerta estuvo por los alrededores del Arroyo, y no por el norte de la ciudad. Lo que sí ocurre, y quizás sea esto lo que desordenó los ojos y la mente del bibliófilo, que lo que fueron puertas de Jerez, como las que han sido en la muralla acorazadora, no son pequeñas puertas de pisitos modernos o de carrocerías de biscúter ambulatorio, sino grandes murallas, extensas y fornidas, que dominaban un buen trecho defensivo. Más claro está el asunto que las razones bucólicas por las que los molinos suelen estar en amenos sotos, porque los mismos venerables textos dicen que a Beltrán Riquel y a su mujer doña Polonia le fueron regaladas casas «fronteras de la Puerta de Serranilla —más tarde Rota— y con ellas, «la ronda de torre a torre...», y una ronda, que sepamos, siempre ha sido larga, gorda y alta, y capaz de ser más extensa que puertecita de alacena, y el mismo Bartolomé Gutiérrez asegura que la Puerta tenía 100 torres, y contramuros de 4 varas, que son casi los cuatro me-

tros de estatura, y vamos a ver si nuestro soñador, divagador, soteador y molinero invisible, sería capaz de meter, como él se piensa, toda esa murallería, todo ese terrible volumen pétreo, en un espaciote así como la plaza del Mercado o collación. ¿Qué diría entonces, nuestro falso Daoiz y Velarde, de la Puerta de Santiago, que no fue una, sino siete, y dice la Historia que Jerez «las necesitaba todas para su defensa»?

Lo que nos dice del Arroyo, claro está que fue posterior a la del Aceituno o Serranilla o Rota, según se la quiera nombrar puesto que todos los nombres son suyos, y que en ella fue donde hubo licencia para la devoción y ermita de la Antigua, en la que tuvieron «cargos de luz», las sobrinas de Bartolomé de la Cruz, terciario franciscano; pero aún hablándose de la del Arroyo, se decía que estaba en «La Alcubilla», y no por eso, nadie se tomó su propio desbarajuste por exclusiva sapiencia, y se salió con la petenera de que Polanco, registrador de aquella postrera voluntad, estuvo errado de yerros. Podríamos pasearnos así por toda la carta, pero la caridad nos detiene, y sobre todo, la penumbra en que el rectificador se nos quiere quedar llamándose, con escaso respeto, con nombres de fallecidos muy insignes; que si con su propio nombre presentara la divertida contienda, de otro modo haríamos cuanto fuese preciso para que nos regocijásemos alguna mañana de estas callejeras.

En cuanto a que escribimos con rapidez, eso sí es cierto, gracias al cielo.

En última instancia hemos de salir al paso de los furibundos ataques que la carta dirige a los Archivos Municipales de Jerez. Bien está que el anonimero elogio cumplidamente a don Agustín Muñoz Gómez, a quien, cuando tiene razón, nosotros —y muchas veces— hemos glosado golosamente; pero esa pasión agustiniana no prohíbe el que se sepa que otros archiveros han hecho y hacen su gigante y meritísima labor en favor de la ciudad. Como nos pide nombres de quienes hayan

laborado por Jerez, vamos a darle dos de quienes somos conocedores muy de cerca. Y son don Adolfo Rodríguez del Rivero y don Manuel Esteve, y que sepamos, ninguno de los dos, como nuestro comunicante piensa, se han lucrado con sus obras, sino que dieron y dan la batalla con un denuedo, una generosidad y una falta de asistencia oficial, capaces de conmovier a cualquiera que se sepa ya de la misa editorial la media de los buenos rendimientos. Creemos que nada se nos queda fuera de esta crónica y a los archiveros nombrados lléguenos nuestra oración.

## Sombra en San Pedro

A la buena sombra del Apóstol escribimos. No hace muchos días que hemos dado tierra a nuestro padre bondadoso, y cuando, venciéndonos de la amargura, volvemos a levantar los ojos para pensar en estas crónicas, una extraña ternura nos detiene en esta vieja calle jerezana de San Pedro. Es el Apóstol fuerte, el Apóstol que tiene en sí la fortaleza de la piedra sede, de la piedra pontificia y mayor en que está sostenida toda la arquitectura de la iglesia. Será como si hiciéramos un callado homenaje a la memoria de quien nos dio, mediador de los Cielos, vida y ángel; será como seguir hablándole secretamente, como si le diéramos el buenos días de cada mañana. Porque llamándose así, la historia de la calle algo tiene del gozoso recreo con que él se llama largos, dorados años de comunes coloquios.

Escribimos a la sombra de San Pedro. Sabe a mucha firmeza el nombre. Hará cosa como de cien años que la ciudad, que tanto afana para su fe, nombró a la calle con la severidad romana del regio nombre fundador del Papado. Teníamos el de San Pablo; y no era gracia completa tenerle solo, cuando

los dos, Pablo y Pedro, son como las columnas maestras del templo en que vivimos y, sobre todo, del templo con cuya tutela pasamos a la eternidad, entre secuencias y salmos de los que llaman a la vida por su nombre verdadero. No siempre fue de San Pedro; pero el pueblo le anticipó un bellissimo remoquete —el de Prados— que o nació de la alegría de los campos próximos, de los prados fronteros a las murallas del XV, o brotó, como una agua bendita de lisonja, de un hijodalgo, don Manuel de Prados, que vivió por los alrededores de San Marcos, y se ve, que como quiera que fuese, el bautizo anduvo entre caballerosidades, hidalguías y gentilezas, y todo ello no son sino virtudes que convienen y encajan en la perfección vaticana de San Pedro, nuestro pescador de redes y de almas.

Fue luego, en diciembre —y en su 29, como el día del Apóstol— cuando en mil ochocientos cincuenta y tres la ciudad se dijo que «fuese Pedro compañero de Pablo en nuestras calles», y así consta en los escritos municipales, de modo que Jerez, aparte de todas sus oraciones marianas y todos sus fervores cofradieros, usa además de esta fecundísima conexión de espíritu con el discípulo de las negaciones, sobre cuya flaqueza, y porque fuésemos humildes, Cristo levantó la bóveda de nuestra estirpe.

De Francos iba a la calle de Juana de Dios Lacoste; y véase como hasta para ser travesía, la de San Pedro recibió hondísima y venturosa misión yendo, como fue, de la franqueza y señorío de los antiguos hidalgos a la que fue morada de tan ilustre señora caritativa y generosa. Si una calle tiene en sí, como grímpola en mástil, la firmeza rocosa de San Pedro, como si tuviera a la Iglesia en vilo y cimientos, era de una coincidencia bellísima que uniera la donosura de sus aceras y esquinas, la nobleza y la caridad, dos estímulos sustancialmente cristianos. Quien no vea en el ángel nominador como un secreto simbolismo de la elegancia y la fe, no entien-

de a las ciudades, que no son escueta geografía, sino anchurosa coincidencia de criaturas que hacen honor a la tierra en que nacen.

A la sombra de San Pedro que de la viejísima, secular calle de Prados, vecina de la plazuela de San Marcos, de la calleja de Redores —y sobre él los solea el sol las uvas, que es también designio clarividente— escribimos. Es bueno quedarse al pie de San Pedro bíblico, que si tanto es para nosotros, por ley de fidelidad a Cristo, ahora es más, porque con su nombre vivió nuestro padre, rigió nuestra casa, y en la tierra —ya no queridísima, sino adorada— que llamamos de la Merced, aguarda, hace días, la resurrección que volverá a unimos visible y perdurablemente.

## Reyerta judicial por Arcos

Nada de salirnos por la tangente, que suele ser la línea más concurrida en las evasiones de los círculos, a pesar que sólo tenga un punto para el viaje. Aquí hablaremos de Arcos, sí, pero de nuestra calle, no del Arcos blanquísimo que está a la entrada de la serranía, donde los Cuevas y los Murcianos ejercen su artesanía literaria, de tan bien nombrado brillo y felicísimos galardones. Bueno. Pues lo del nombre de Arcos no tiene, que se diga, mucha chicha, porque siendo el camino que iba desde las Puertas del Real y de Sevilla al corazón del campo, lo extraño habría sido llamarla calle de Sanlúcar, ¿verdad?, y no de Arcos, que era lo suyo. Dejémos el nombre a una margen, y vamos al meollete de sus menudencias, que fueron muchas, de vitola jurídica y de abogacías incipientes.

Parece que ya en el siglo XIV, los frailes dominicos, que tenían en sus alrededores una huerta así de grande, en lo que

ahora son calles Bizcocheros, Honsario, Morenos y vecinas, le compraron a los judíos —¡vaya cómo sería el trato!— unas tierras de la Aljama, en la que enterraban a sus muertos, porque si hubieran enterrado a sus vivos, habría sido cosa de matar a los enterradores por las malas pulgas macabras. Duraron las gestiones largos meses, porque los frailes sí, tenían interés en la compra, pero no muchos dineros; y a los judíos todo les parecía escaso. Una mañana, en el viejo convento hubo jubileo particular de muchas felicitaciones; y uno de los padres dijo: bien, hermanos, la Providencia se ha sentido generosa con nosotros, y la compra está hecha, de modo que ya tenemos más terruño para las lechugas, y si es verdad que va a ser tierra de Cementerio, y de fiambres hebraicos, con no pensar mucho en ellos, así que les metamos bien los azadones, madurarán los rábanos que dará gloria verlos. Y se firmaron las escrituras delante de un juez simpático y amable, que se llamaba don Gil Alvarez, y que si ahora viviera tendría más de seiscientos años, y ya tendría también sus cosazas que contarlos, pues calculándole a una media de cincuenta pleitos por año, echen números y vendrán a colación de las muchas habladurías de que sería testigo.

Los dominicos quisieron —¿no era razonable?— construir en la calleja, una vez que los judíos se fueron de ella con sus muertos— no es una frase, amigos, sino una verdad, porque se llevaran a mejores reposos los huesos familiares —y los vecinos, como pasa siempre, dijéronse: pero ¿cómo? ¿qué nos vamos de casa? ¡ni que se lo piensen! Y acudieron a don Gil, el juez, echándole encima el Concejo, a lo que ahora llamamos Ayuntamiento. Don Gil les habló paternalísimo diciéndoles que ni tenían razón ni los frailes iban a estarse, a brazos cruzados, con la huerta embobada y las casuchas delante. Y se fueron, a poquito a poco como dicen las coplas soleáricas de los buenos amores que no llevan a la locura. Los frailes entraron «en pacífica posesión» por el modo jurídico, que así lo

llama, y por el privado con que lo hicieron, porque era lógico que siendo hijos de Domingo de Guzmán entrasen en sus posesiones a la buena del Cielo y no tirando piedras, que habría estado feo.

Lo que Muñoz Gómez —nuestro callejólogo— dice de un testamento de doña María Martín de Fuentes, fue una historietita, no una historia, porque doña María vivió «en la collación de San Miguel», y la collación era anchurosa ella y no quiere decir la frase que sólo tuviera una calle y precisamente la de Arcos. En cambio, sí es verdad —de a puño— que fue don Nuño Núñez de Villavicencio quien levantó los muros de la ermita de los Desamparados, tan cofradiera ella, tan bonita y olorosa en los Jubileos, en los mayores, los del Jueves Santo; y luego, también es cierto, se levantó una mañana y yéndose a don Blas Dorantes, que por allí tuvo notaría, le saludó, muy afable, y le dijo: mire usted, don Blas; yo quiero regalar mi ermita; ¿para qué la quiero? ¿no ve usted que yo ni soy cura ni voy a bautizar chiquillos en ella? Voy a regalársela a la hermandad de la Misericordia; y don Nuño, que era un jerezano, hizo así, tomó la pluma, se puso cómodo, y firmó las escrituras, y de los misericordiosos fue, lo mismo que fueron nuestras las culpas que las confesiones nos perdonaron.

Salen a la antiquísima calle de Arcos —de otras ya se habló en otras glosas— tres muy pimpantes y resonadoras de fama. La de Avila, acaso por Fernán Núñez de Avila, al que llamaba Bellido, en su romance: «que en lo atrevido y valiente —habrá alguno que lo iguale— pero no quien lo supere», y que estuvo en la toma de Algeciras, en el sitio de Gibraltar y en el batallero del Salado, que a pesar del nombre no tuvo gracia alguna, por la mucha sangre, de la mora y de la nuestra que allá se derramara; y en cuyo número diez —de la calle, no del Salado— vivió un obispo —Urquinaona— de muchas agarraderas pontificias. La del Matadero, donde está la casa de la degollación de los inocentes —¿no lo son las reses man-

sas?— y que siglos arriba estuvo en San Agustín, donde ahora está el Cuartel y luego en la plaza del Arenal; y que la hizo un corregidor activísimo, don Pepe Eguluz, allá en mil setecientos noventa y dos, con que no hace tanto tiempo. Y la de don Juan, que se ofrendó a don Juan Ponce de León, el hijo de don Eutropio y de doña María de Trujillo, dueño de mucho ejido y muchas viñas, diligentísimo él cuando las epidemias finales del XVI, en las que murieron cientos y cientos de jerezanos encolerizados, entre campanillas de viáticos y vayas por Dios cómo se han puesto las cosas. De modo que ahí tienen nuestro Arcos, vistosa calle, industriosa, tranquila, con sus bazares y tabernas, que Dios guarde, en los que se compra y bebe reposadamente, y por muchos años. Como ven, en el siglo XIV los deshaucios eran duros, pero podían hacerse; ahora, es naturalísimo, los tiempos cambian, y además no tenemos judíos que traspasen esa fortuna queridísima —¿quién no es avaro en ella?— de los cadáveres propios. Rindámosles homenaje a quienes por entonces, si fueron a reyerta judicial, lo hicieron por piadosas ideas, no por quitarme esa mosca de la oreja de la contrariedad.

## Laberinto en Medina

Ni pizca de gracia tiene que esta calle, destartalada y manca, como que no tiene más que una acera, la de los vinos de los Díez, y por cuya apertura se sale de Madre de Dios a la estación, se llame del Ferrocarril. Mejor habría sido que prosperase aquel propósito del 73, del año republicano, queriéndole bautizar con los nombres de Daóiz y Velarde, que fueron dos y no uno, como muchos suelen creerse, y símbolo del heroico denuedo y de las abundancias patriotas. No sólo por gloria, sino porque, a veces, suele jugarse uno la vida heroica-

mente, para ir de una banda a la otra, cuando están los trenes mercaderos dale que le das al humo, al pito y a la marcha atrás, sin saber a qué pedazo de vía quedarse quietos. Pero, en fin, llamándole Ferrocarril, los del Ayuntamiento del 73, se quedarían enfebrecidos del esfuerzo, por lo difícil que sería descubrir tan misterioso nombre: qué talento. Y como no vamos a meternos en bautizos a estas horas, sigamos adelante, por la explanada rénfica, hacia la calle de Medina, que no es bobería de paso llamarla laberinto, que lo fue y de mucho enmadejamiento. Se nos viene a la derecha, como de puntillas, la calle del Santo de los Mínimos, la de San Francisco de Paula, el nuestro, para lo que gusten mandar; y resulta que no siempre se llamaba así, y que tampoco tuvo las medidas que tiene, porque lo de Arboledilla, que ahora es sólo el recodo angular y central de la calle, hace siglos iba y daba la vuelta por atrás, y Arboledilla era casi todo el contorno; y todavía otro nombre flameaba su genealogía eclesiástica en el recodo del de Paula, y era el de Diego de Visley, la placita empedrada, que se llamaba así por un cura de buenas rentas que fundó en San Miguel una capellanía con tres casas, que fueron, a saber, como se dice en las pedagogías veniales: una en Avila 10, casi donde vivió Juanito Padilla, el pintor; otra en Santa Isabel, 3 y la tercera, en la esquina de Mármoles, y la renta de ésta iba a las manos del «cura de noche» de la Colegiata. Sabido esto, y que la calle de la Portería debió ser calleja de trámite, pasemos por la Higuera, que sí que tiene fruto reventón. Cuentan que vivían en la Higuera los Higueros —ya se habrá entendido que la frase es un inocente modo expresivo, ¿verdad?— y si fue o no una corruptela del nombre, muchos creen que de esa familia, con algún retoque rotular, viene la de Higuera, aunque para nosotros que no debería ser por asunto tan poco razonable. Otros dicen que los Figueroas tenían a las puertas de sus casonas un escudo con cinco hojas de higueras; y la gente empezó por llamarla la calle del escu-

do de las cinco hojas de higuera, y acabó quedándose, por pereza y destreza, con la higuera, comiéndose todo lo demás. Y unos pasos más allá, la Arboledilla, que primero fue plazoleta del Cristo, y las dos cosas por ser camino al pago de Arboledilla, a las afueras, en la carretera de Arcos, y por un Cristo que hasta fines de siglo recibía veneración en una ventana en la casa número 29, de la propia Medina. En la misma esquina asoma la jeta, la calle de Prieta —casi en verso; lo que hace la costumbre de vivir de la música hablada— y también tiene su personal enredete, porque se habla de que si los Prietos la vivían, que si también una rica hembra —Prieta de bautismo— y que si una mulata, morenilla hasta el tuétano facial, se nos vino acá con un jerezano enriquecido en Cuba, don Gonzalo Martín, y la gente, al verla tan negruzca, la llamaron la Prieta, por el color aceitunado, por la pretura de la piel, en fin por eso. ¡Quién sabe, pero esto es cuánto hay!... Y salidos ilesos de las calles, porque las demás ya fueron explícitas en anteriores paseos, nos quedamos mirándole el tipo a la de Medina, que, la verdad sea dicha, es toda una avenida de postín y buen porte. Lo de su nombre está más claro que la del Ferrocarril, y sería bobo explicar que se lo debe a ser camino secular hacia Medina, por allí por las tapias del Retiro adelante; lo que más gusta de la calle, es que tuvo hospedería carmelitana, de los descalzos de San José del Valle; que la zona donde luego tuvo bufete don Sixto de la Calle, y Dios le bendiga, se llamaba Acera de los Ceballos, y fue paseo hacia 1608; y que don Pedro Fernández, un asturiano que vendía bizcochos, construyó a sus expensas el convento de los Descalzos. ¿Puede pedírsele más a una calle? ¿Es o no laberinto? ¡Pero laberinto!, que dicen los pensadores simples.

## La pequeña del gran rey

La vida es así, amigos, decía la vieja copla. Lo decía, como todas las coplas, con su recámara, con su recanastos. Se regala un pavo y van y le dan a uno, en réplica, un pirulí; y esto, sí es que, porque a veces ni pirulí se nos ofrenda que la vida es desagradecida hasta en los minutos de glotonería. Ahí lo tienen; San Fernando, el gran rey, nos dio la ciudad, por el denuedo y la bravura de su hijo Alfonso, al que si quiera supimos corresponderle llamándole Sabio, que no está mal el favor; y nosotros en cambio, le dimos, en la ciudad, la calle que encontramos más pequeña y escuálida. Pero, en fin, algo es algo; y peor habría sido dejarlo sin calle que lucir en la corona.

No es que Jerez anduviese nunca tacañote con los santos; fijándose bien, treinta calles tienen los santos; así, treinta, si es que no queda por ahí alguna de la que no tengamos noticia fresca y coleando. Y de santas casi la docena; y todavía tenemos plaza, porque no se nos queje la Corte celestial, a la que llamamos «Santos», así en globo, en totalidad, en la que pueden sentirse aludidos y honrados los santos más reducidos, los que pudiéramos llamar santos «de andar por el cielo», puesto que el cielo es la casa de los bienaventurados. De modo que no, ¿eh?; seamos equitativos, y digamos siempre la verdad: los Santos tienen en Jerez su sello múltiple y a muchos entronizamos, hace siglos en el blancor de nuestras mejores esquinas.

Ahora, que a San Fernando le hicimos una justicia pobre, como en esquema, como de cumplimiento, como de salir del paso. ¿Saben ya dónde está? Si mañana es su día, razonable es que lo saquemos a la luz haciéndole el caldo gordo a la calleja que lo inmortaliza. Muchos creyeron que sería la plaza del Arenal del Santo Rey. Tenía su apariencia de razón la metedura de pata, porque la del Arenal, algunos años, tuvo en una lápida el nombre de un Fernando y como la plaza era hermo-

sa y con sesos —puesto que fue plaza permanente, plaza cabeza de la ciudad— la gente estaba tranquila como diciéndose: ¿a qué preocuparnos si al Santo lo tenemos en el Arenal y bien rotulado? Hasta que las cosas se aclararon, y se vio que no era por el hijo de doña Berenguela, por el marido de Beatriz de Suabia, por el padre del Sabio, y no seguimos, porque vamos a dejarle demasiado metido en filiaciones civiles. La del Arenal fue plaza por Fernando VII y ya hubo diferencia, que el Santo tuvo cara de ángel grande, y el Borbón, de zaragatero de ríos revueltos.

La historia es pequeña, como el tamaño de la calle. En los tiempos antiguos fue llamada «de los franceses». ¿Por alguna gresca entre españoles y franceses de la Independencia? También lo pensaron muchos, que nada habría tenido de extraño, cuando anduvimos, largos años a la gresca y a la matanza. Pero no fue así; que el Catastro, esa oficina antigua y gorda que lo registraba todo, dio un paso adelante, dijo ni hablar de los peluquines, y se sacó de la manga de la curiosidad, la verdad del nombre que se dio a unos vecinos galos que vivieron en la callejuela, dados al mostagán, no se sabe si porque se lo bebieran empinándose, o por que lo aderezaban aquí y luego lo exportaban a sus tierras. «De los franceses» se llamó muchos años la callejuela esa que va del Arroyo a Peones; y a la callejuela y a la mismísima plaza a todo el rincón, por extensión, se rotuló como de los franceses, ya en 1752, fecha que garantiza el error de quienes pensaron en la Independencia, porque si las matemáticas históricas no mienten, más del medio siglo, hay por entre los dos sucesos: el del bautizo de la calleja y el de las tortas con los galos.

Unos pasos más acá —y valga el adverbio, porque San Fernando lo usó hasta en sus postrimerías mortales— y nos damos de ojos con los acuerdos públicos ordenando que sí, que lo del Santo Rey fuese un hecho, y que a la placita y calle de Peones, se les llamase de ese modo regio y pomposo.

Parece que el Municipio, cabizbajote, dijo: pequeña es la ofrenda, es cierto, pero a quien da lo que tiene, no puede pedirle mucho más y si la callejuela es menguada y sollozante, el amor con que agasajamos al Rey es muy cuantioso y brillante. Y no estuvo mal; la callejuela de los franceses —piénsese bien— hasta pudo estar emparentada, de antemano, con el Santo, como él, en persona y sangre, lo estuvo con otro gran rey vecino: con San Luis. Entre francesita y española, la callejuela, aledaña del Arroyo de la Vendimia, lo recuerda; y mañana, fiesta real, día grande, jornada fernandina, debiéramos llevarle unas flores de gratitud. No sea que el Rey, desde su Gloria, nos diga que parece mentira tanta ingratitud. Porque eso sí: la vida es así, amigos, como decía la vieja copla esa.

## Plazacalle del Carmen

Sonará igual —nadie lo duda— pero esto no es pasodoble; quédense las charangas de los pasacalles, para sazonzamiento de verbenas, que la historia tiene música de más rizadas claves. Si escribimos plazacalle, es porque lo fue la rotonda en que se yerguen muros, campanas y vencejos de los carmelitas, que ofician misas que saben a mieles y regalan confesiones de mucha consolución. Si historiamos la plazacalle del Carmen, seccionándola, no será porque el abolengo lo permita, porque todo él está tejido de iguales hilaturas nominativas; lo hacemos para que pueda entenderse con más suavioria claridad.

La que fuera plaza en la plazacalle, se llamó de Martín Dávila hace ya siglos; tantos, que si los pusiéramos de pie junto a la torre de la Colegial, podrían cubrirla como yedra a muro espigadísimo. Martín Dávila fue un jerezano —claro

que no iba a ser dos— alcalde de Gibraltar, que sabía ponerse el bigote cuando le salían al paso enemigos de la fe; y a un moro que llamaban Ejiote, porque le dijo no sabemos qué irreverencias marianas, a poco si lo deja tuerto de los dos ojos, fenómeno que otros llaman ceguera, y hacen bien, por que quedándose así, la verdad es que deberá verse menos que viera la princesa de Eboli, con su guiño vitalicio de tela negra. Parada, en sus «Hombres ilustres» —y alguna vez iremos a ellos para loarlos cumplidamente, con lenguaje de ahora— cita a Dávila con los encomios más espumosos, carantoñeros y acaramelados, que puedan rendirse a varón de muchos laureles cívicos y heroicos.

Luego, la plaza de la plazacalle, fue del Carmen. No será preciso estar muy sobrado en sabidurías, para entender que el nombre —alegrísimo, muy aromador, de florida progenie—del Carmen, se debió a que los carmelitas habitaron la iglesia de Simón Stock en el XVIII. Los frailes vinieron a Jerez mucho antes: en el XVI, y se quedaron en los muros benedictinos de Capuchinos, y téngase muy en cuenta que San Benito y los franciscanos no tienen de común sino la idéntica prisa por salvarse; si aparecen aquí ligados, es porque el convento fue cosa de los hijos del subiaquense, pero luego los capuchinos barbearon también en sus celdas. Allá vivieron los carmelitas, pero en el XVII fue cuando dijeron su hale, a casita, que estando cada cual en la suya, se está mejor.

La calle de la plazacalle —disculpen la reiteración pero las cosas deben decirse claritas, y no a bulto— iba, en lo antiguo, desde la Sedería a la Carpintería Alta; y en ella vivieron carpinteros y manteros de primorosa artesanía, capaces, si vieran hoy, de cubrir de muebles y cobertores a cuantos novios anden haciéndose los tontos y demoradores, por aquello de que si no hay mesa, falta cama, o si no se tienen colchas, argucias astutísimas con que los perezosos suelen pasarse la vida a la bartola, sin disciplinarse, como es debido, con la fe-

licidad de las coyundas. Escritores de la época, exaltaban a un Perico Castro que salía a manta por noche, no se sabe si por apreturas de los fríos o por que abundaran los fantasmas, pero sí que Perico las tejía con florituras y filigranas, en modo, que más que mantas, dicese que semejaban tapices de los persas sátrapas, que eran los buenos.

Tres calles salen al Carmen, según las viejas historias; y si alguna se quedó mutilada en reformas, no se queje, porque la historia tiene que cumplir consigo misma, y no cabe privarla de peripecias pasadas. De las tres, la más linajuda fue la de Juan de Abarca, por un jurado de Concejo, nieto de don Juan de la Barca, que debió dejar testamentarias de las que evitan todo diario estremecimiento en la hacienda casera, porque quien tira de fortunas heredadas y fuertes, tira con pólvora de muerto, así que a vivir que son seis días. Juan de Abarca —apellido retocado, por que la familia no quería navegar en naves diminutas— dio nombre a la calle, a pesar de que un médico —Velasco— quiso titularla, quedándose sin ella muy pronto, tal vez porque el Cabildo le diría que quien mucho abarca poco aprieta, y en cambio, don Juan, como se hizo el humilde, oiría decir: quien poco aprieta mucho abarca; y salió triunfante, como la buena fama cuando los entuertos quedan rasos.

No tienen mucha meollera, que se diga, las callejas de Castellanos y de los Limones. Aquella fue regalo de San Fernando a un reconquistador, Domingo, de nombre beático; y ésta, de los limones bajos, quien sabe si porque limones muy caídos andan escasos de turgencias y zumos, apenas si tiene chispas que sacarse de sus piedras, que no fueron nunca escasas, por que una doña Ana, que vivió en ella y en casa propia, debió pasar las ducas en sus regresos de sus misas, de lo guijarrosa que el Cabildo tuvo la breve travesía. Otra de Limones altos tiene la zona carmelita, pero, la verdad, a calle de ese nombre, tan dorado y fragante, mejor será dejarla quieta, no sea que tocándola se nos vaya el santo al Cielo.

## Las dos Carpinterías

¿Fue una? ¿Hubo dos? ¿Por qué una se llamó la Alta y otra la Baja? Pocas personas habrá que lo sepan a sabiduría cierta. Y si algunos tienen noticia de a qué vinieron nombres de tanta viruta, señor, que lo digan, que la ciudad aguarda historias con sed de mendigo en campos de agosto. Y así, nosotros, con la modestia de los editoriales de «La Codorniz», la única ciencia verdadera que nos va quedando imprevisible y lista, nos planteamos la margarita de esta curiosidad: ¿Fue una carpintería? ¿Hubo en cada calle una distinta?

Y así entramos en la collación de los carpinteros. Se sabe, si se mira pacientemente a los textos de sus biografías, que la de Carpintería Alta se llamó así hace tiempo, desde una sesión municipal de 1525, según unos o de 1527, según Muñoz Gómez, que agrega, para mayor abundamiento, se celebró en la mañana del 17 de diciembre. Cuando vamos a creernos esta venerable novedad, tan precisa ella, de don Agustín, su misma Historia nos salta al paso y a pocas páginas, hablándonos de doña Juana de Dios Lacoste, viene y nos dice que el cambio de nombre fue el 1888 y no el 1885 como páginas atrás había dicho, con cuya ilustre inseguridad o contradicción, porque él afirma las dos veces verdades contrarias, tampoco nos atrevemos a quedarnos con la antigüedad de la Carpintería, por muy alta que fuese, no la vejez, sino el taller de que la calle tomó nombre. Y así las cosas, tenemos que valérmolas de nuestro propio peculio.

Lo que sí es cierto fue la tragonería de la calle, porque no se sabe de Gargantúa alguno que se haya ingerido, sin beber agua, tres plazas de una sola dentellada; y la Carpintería Alta, sí, que dentro de ella están la placita de Virués y la de Higos. Si bien esta, comestible y jugosota, era razonable que se la tragasen, aquélla no se explica; y todavía nutrió a la Carpintería una plazoleta tercera, la que pasó a ser de Ponce de León,

porque en la casa solariega de esta noble gente quedó instalado el convento caritativo del Salvador, donde se hace mucha caridad y en el que Sor Vicenta lo removía todo para que sus pobres vivieran como Dios manda y los mal casados ordenen vidas y carantoñas.

Algo que también se sabe, sin riesgos de que pueda desmentírse nos, es que en el solar donde están las monjitas de San Vicente hubo una casona en la que vivió don Enrique IV, ahora hace una cosa así como quinientos años —¿quién se acuerda ya de aquéllo?— y que el monarca de los malos ratos íntimos dio en regalo a don Esteban de Villacreces, cuñado de don Beltrán de la Cueva por que un día vio a Leonor, su hermana, le dijo chata y se la tuvo que llevar al altar con una alegría que para sí la hubiera querido el exangüe monarca trastamarero.

Bien —y dirán ustedes— ¿y qué hay de lo de la Carpintería? No saben ustedes que a eso es a lo que no queríamos llegar ni sujetos con cuerdas, porque toda la carpintería capaz de dar rótulo a las dos calles, no es otra que la de Maese Francisco García —según Polanco— que hizo testamento a su familia, en infolio como una casa, y parece les dejó garlopas, formones y barnices, para que los suyos pudieran mandar a la plaza cada día. Esa es toda la Carpintería que aparece en los papeles antiguos. Quien diga otra cosa, si lo fundamenta, tendrá la bendición de nuestra insuficiencia consolada; insuficiencia historiadora, de la que, al menos esta vez, no somos responsables, sino en la medida en que los expertos ya pasados ignoraron las más pequeñas curiosidades de la ciudad.

Y cerramos la crónica, no sea que, al airearse mucho, se resienta de los nervios, y pierda la estabilidad. Pero eso sí. Cerrémosla con una justísima alabanza a doña Juana de Dios Lacoste, jerezana espejeante, anciana insigne, generosa, magnánima, que supo quemar casi el siglo que vivió en la alegría de vivir junto a los pobres. Ella hizo Asilo y levantó ese cole-

gio humilde del Salvador, por que «nunca estuvo harta del bien», según las lisonjas que a su memoria se han rendido siempre. A ella fue ofrendada, en el 85 o el 88 del pasado siglo, la calle, y su nombre brilla, en las esquinas de las dos Carpinterías, acaso por que ella, muerta con madera olorosa de santa, se dejó la carne, la vida, el amor y la bondad, en la diaria garlopa, en la fragante sierra, que espejean y hacen saltar de buenos olores el tronco de la misericordia.

## Triquiñuela de los Chapines

Llamamos así a la triquiñuela, porque se hacía con los chapines, no porque la hicieran ellos, que los chapines eran zapatos leves y harto hicieron con aguantar los pies de cada hija de vecina. Ya se habrá entendido que los chapines a que ofrendamos memoria, son los de los pies y no otros. Si algún bigote se sonríe, dígamele, para su sonrojo, que si la palabra tiene gentileza, finura y alusión certísima a los zapatuelos elegantes del corcho, el cordobán y las pавanas, no es calzado todo lo que chapinea. Podría decirse, en oyendo el vocablejo, que si nos referíamos al famoso pez del trópico que llaman chapín y se parece al cofre; que si a los malos cascos de los asnillos cojeadores; que si a los pies torcidos de las gentes de campo adentro en la tierra de Colombia; que si los tributos reales con que Castilla bombardeaba a la gente, apenas llegaban unos reyes y se casaban, como si tuviera el pueblo que pagarle a los coronados sus jolgorios amorosos; y, en fin, podría decirse, en oyendo la palabra —que suena mucho y bien— todo cuanto el chapín guarda en el sonsonete de su musiquilla, casi igual que la del músico aquel a quien tanto empalidecimiento hubo de provocarle la marimachota de Jorge Sand.

Y no. Hablamos aquí de los chapineros o zapateros finos, por los que tenían las mujeres antiguas, las de los siglos de Oro, veneración; tanta, al menos, como pueda ahora tenerse a galán greñúo del cine bárbaro, que no parece sino que la mujer anduviera reducida, en sus cánones estéticos, al as de bastos. Si hemos escrito triquiñuela, es porque la tuvieron —y bien clara— los chapineros antiguos. Tenían una calle para la fabricación y otra para la destrucción del calzado. ¿Quieren más picaresca en el oficio? Si en otra ponían cara de amables menestrales del cómo está usted y qué tal la señora, para ganarse el encargo, en otra, disimulados en sus fantasmas, se carcajaban viendo a las jerezanas partirse contra las pedrerías de Rompechapines, las suelas, finísimas, del cordobán adobado. Y —claro—, vuelta otra vez a la Chapinería, allá en el Carmen, a que leznas y cerotes tejieran la filigrana del nuevo calzado victimario. De ese modo, entre las dos calles, consumían el presupuesto jerezano de renovación de chapines.

Y ya metidos en ellas, dígame algo de la historieta de la Chapinería, porque la de los rompimientos no tiene en sí, aparte de las menciones últimas del Catastro, sino la misión agresora y fulminante que nosotros le hemos descubierto a la chita y no callando, sino a la chita y escribiendo claro. A nosotros, que no nos vengán con que ahora se hace el calzado de mal cuero, de papel registro, de suelas transparentes. ¿Y entonces? ¿Y los chapineros? ¿De qué servía un cordobán, ilustre en la artesanía, si luego las calles colaboraban en su destripamiento con las piquetillas de los pedrotes al paso?

Debían ser menestrales de buenos ingresos —por lo que se ha escrito ya— y en escrituras viejas y en cobranzas de la panoja forera, se sabe de tres vecinos —Fernando López, Juanito Peña y Alonso Jarquín— que hasta compraron y retuvieron, que es lo difícil, sus buenas finanzas; tanto, que si hoy las tuvieran sus descendientes, ya tendrían que apretarse los machos de la hacienda familiar para echarse fuera al toro de los

signos externos, porque eran casas grandes, de buenas rentas, de buenos atavíos y balconajes. Vivían los tres felices y chapineando, en la vieja calle, y como cerca estaba la Pescadería Vieja, así que daban de mano, estiraban el cuerpo, trezaban en el aire y a brazos abiertos, la señal del cansancio, y allá que se iban a tomarse unos albures fritos, porque del Guadalete venía entonces mucha de la pesca con que nuestros antecesores adornaban el rito de sus copas.

Luego, los pescaderos se dieron el bote viendo llegar, rodeados de arquitectos y albañiles a los frailes carmelitanos, para alzar su convento del Carmen, y cambiaron de sitio, con lo que se quedaron los chapineros, quizás un poco tristes, pero con más tiempo para hacer zapatos y seguir la triquiñuela de labrar y romper, de labrar y romper, que fue el secreto del negocio. No se diga, pues, con ligereza, que todo tiempo pasado fue el mejor y que todo varón antiguo padeció delirios de honestidades. Que no, que ya nos conocemos todos; y si ahora, la zapatería nos mete en los pies cartón por cuero, en cambio tenemos las calles de una pavimentación que da gloria pisarlas.

## Arroyo de la Vendimia

Nadie se lo va a creer; pero en tiempos antiguos, no tuvo Jerez calle que bendijera, con su rótulo, la fortuna de los vinos. Ya fue olvido, ya, con la ilustre retahila de municipios que manejaron las arcas y las riendas municipales, desde que nos cristianizaron en la Reconquista. Una sola calle —y bien minúscula— la de la Vid, cantaba, con la soledad brevísima de su nombre, la gloria de los viñedos, y para eso, nadie sabe si fue porque en ella hubo parra o creció cepa, con lo que fallaba la vindicación. ¿No sería esta la

oportunidad que vivimos y con tan crepitante solemnidad, la favorable para que reparemos los viejos yerros y las duras omisiones de la memoria? Porque las calles de juguete que nacen en las barriadas nuevas, ni tienen empaque linajudo, ni saben más que pasadizo entre pisos alineados y monocordes; y el legado tendríamos que hacerlo, de manera que la ofrenda pareciera de tiempos muy pasados y no de fundaciones protegidas, que si valen para vivir, no para venerar veteranías. Y en suma, quisiéramos que el Arroyo se le llame de la Vendimia y veremos por qué.

Eso del Arroyo, anda tan entronizado en las gentes, que del mucho y enredado laberinto de sus nombres, siempre se salvó, a nado de pueblo, la sola, bellísima, palabra del Arroyo, y si sabe un poco a los ángeles de Luis de Val, a folletones de hijos de la Cuna, peor para el novelista, porque los mensajes celestiales, aunque bajen a la tierra, no son dicentinos, gregarios y populosos, sino aéreos y diligentes nuncios de la gloria. Casi como laberinto fluvial, ha sido, en todo tiempo, el Arroyo de Jerez, sobre el que ahora se abren, hace ya muchas vendimias, las fiestas mayores de la uva, entre camperas de ebulliciones y teológicas de ofrecimiento, que bien sabemos aquí lo que el fruto tiene de Dios, y lo que puede tener, por vía generosa, de criatura. Primero fue el Arroyo, de San Bartolomé, el apóstol, que ejercía bienaventurado patronazgo entre la gente de la zapatería y los curtidos; luego fue de éstos, de los Curtidores, y todavía sigue, como una vieja esquirla evocadora, su calle, travesaña del viejo Barranco que baja de Belén, y les siguieron, los nombres de la Madre, del Caño de la Villa, de las Bayonas, del Hospital; y pese a tanto enredo, el Arroyo era luminosísimo ámbito festivo, hace siglos, como que en sus arenas primarias saltaban, en gallardía, los alanceadores, en las fiestas de toros y cañas, entre los primeros olés públicos de una impaciente torería a pie y a caballo.

Siglos más abajo, con la manía laudatoria que ha movido siempre a los padres municipales de los pueblos, le colgaron al Arroyo —¡cuánta conformidad!— en sus esquinas encaladas, nada menos que un ducado —el de Tetuán— creídos que a don Leopoldo O'Donnell le habrían de bailar las cuadernas viéndose tan agasajado, y el caudillete marroquí se quedó, así que lo supo, como el que tiene mucho ánimo y piensan que va a matarle noticia poderosa, que se queda en santas pascuas; y en cambio, Jerez, vivo de lengua diligente, siguió llamándole Arroyo de puerta a puerta, como los buenos viajes de cosarias, como diciéndose: conque ducados a mí, ¿eh?; vamos anden, que esto será Arroyo por los siglos de los siglos, que ya es tiempo. Y así continúa, varado, aquietado, en la saliva popular, que no entiende de añagazas municipales para calentar vanidades de gentes acaudaladas.

Tiene mucha historia el Arroyo, desde que se le entra por la Bajada de Belén, hasta que, cruzándole, se sale al campo dorado, de mies y cepa, de la Puerta que da a la Alcubilla «la alcobilla» la llamaban los notarios antiguos y en la collación estuvo el Cementerio o enterradero; y hasta hubo tenderetes de escribanos del Concejo, y recibió, como a culto muy devoto, a su Virgen de la Antigua, con su buena capilluela del XVIII, a la que Bartolomé de la Cruz, terciario franciscano, dejó en testamento de sobrinas, «cargó de luz» —¡qué finura de mandas, ¿eh?— y por él, por su ánima salvándose quien sabe en qué purgatorio, hubo velas a su memoria. Bajan a este Arroyo, acaso las calles de mayor penitencia, como la del Espíritu Santo, en la que viven las monjas dueñas, y de las que dice Mesa Xinete, que quizá se llamaron así porque eran monjas de subidísimo porte, de familias —es un decir— de coco y huevo sociales, y un poco al uso de las Dueñas, que resonaban, a golpe de pergaminos genealógicos y de sedas a rastras, en la Corte de Carlos II, el bobo de la Florida madrileña, que robaba collares perrunos como ahora pueden robar-

se sumandos liquidatorios, mientras la gruesa Neoburgo, su mujer —¡qué más hubiera querido el rubio!— sonreía tontona, a los galanes verbeneros del coche real.

Viene al Arroyo, acaso por sacrificio, la pina y breve callejuela de las Cruces, en la que hubo Gólgota, con su Cristo y sus ladrones; o, al menos, Vía Crucis, con sus catorce cruces escenificadas y patéticas, hechas en madera, clueca de polilla con las lluvias y los fríos; y sale también, ya de cara a la explanada catedralicia, al ángulo donde Romero Palomo tejía, cada día, su filigrana quirúrgica, la del Salvador, que fue de las barraganas, pero no de las concupiscentes, sino de las Barraganas de nombre, como las Lealas, las Toribias y las Berrocales; y aquéllas cuéntase que fueron criaturas así de guapas, casi como protosilvanas manganos, y a las que unos concejales le dieron calle porque pudieran presumir de ganar batallas con los ojos; claro está que las Casas Consistoriales se apaciguaron en seguida, quizás por aquello de que no hay amor que cien años dure, y hará como cien, la bautizaron de San Salvador, cambiándose así el percal del mundo por la seda del cielo. Y bien; y ya nos vamos. ¿No sería de mucho laudo a Jerez, llamar al Arroyo, puesto que Arroyo será siempre, de la Vendimia? ¿No es paseo cenital, azuloso, palomero, alegrísimo, de la Vendimia, vibrante de primeros zumos, de fúlgidas piqueras cantadoras? ¿No caen a él, a su sol y su sombra, el volteo de campanas de la torre más torre que se yergue de la Giralda al mar? ¿No lo cruzan, como ángeles de sombra, los bandos de palomas que cantan a los racimos ya envinados? No suena bien? Pues sí, que debería llamársele Arroyo de la Vendimia. Sería justo y sólo habría de agregarle el pueblo lo del vino, pero esa es abundancia que a nadie cansa ni entristece.

Donde nace el vino, nada mejor que denominar al recinto «Arroyo de la Vendimia».

## Puerta la de Rota

Para muchos puede que una Puerta no sea una calle, pero estando, como están las puertas, en la ciudad y sirviendo, como sirven, para llevar y traer peatones, que si estuvieran cerradas no tendrían paso, son como calles grandes y hasta de postín barbudo y patricio. De modo que nosotros, a las viejas puertas jerezanas, vamos a meterlas en nuestra historia, que no tenemos, de la mano, ni ocasión ni sitio mejores para memorarlas y aventarlas.

Brindamos esta crónica a Manolo Barbadillo y a Ignacio Liaño, poetas los dos. Aquel, de la alegría de la mar; éste de la blancura de su pueblo. Se la brindamos, porque a Sanlúcar y a Rota conduce la misma Puerta y a las dos guardamos largo y antiguo cariño devocional, que si a Sanlúcar la hemos vivido muy a nuestro gusto y largas veces, a Rota le debemos la ventura de un pregón del Rosario que está muy unido a nuestra personal panoplia oratorial. Se la brindamos también por si «nos están leyendo», como dicen los radiofonistas improvisados de los concursos a tanto el ingenio casuístico.

Pues sí. La Puerta de Rota, allá por los apagamientos o extramuros de la ciudad, según se baja por el Arroyo, tiene una historia bastante confusa, de mucha algarabía, que por ella se salía y entraba en Jerez cuando los moros no ponían las viñas vestidas de muerte y pólvora, hace ya los siglos que todos sabemos que hace. Los historiadores hicieron de la Puerta un duro problema investigador, como una margarita de la curiosidad y la antigualla. ¿Aceituno? ¿Serranilla? ¿Olivillo? ¿Rota?... Para todos sus nombres tiene respuesta la Historia; y no es fácil darse de cara con el verdadero.

El del Aceituno —que es jugoso como aceitillo de sardina— se escapa de un privilegio del Rey Sabio, aquel rey que debió saberlo todo, a don Gonzalo Mateos, un jerezano a quien por sus méritos se dio el ilustre remoquete de «Mateo

de los Buenos Fijuelos», porque en unas correrías morunas le apiolaron a todos sus caballeros, y Gonzalo defendió la puerta con sus «fijuelos» y a brazos partidos; y le regalaron el «castillo de la puerta del Aceituno», a la vera, decía el privilegio, del camino que va a las blancas arenas de Sanlúcar.

¿Y lo de Serranilla? Porque no parece propio de una Puerta de la llanura de Jerez llamarse a lo Arcipreste, Serranilla, cuando la sierra —y sus niñas— están a muchas leguas. Tan no parece propio, que anónimo es el nombre; y ni el documentazo de la casa de Riquelme, del que Bartolomé Gutiérrez sacó buen fruto, aclara nada, porque coge el nombre, lo mete en lenguas del Rey Sabio —¿pero aquél rey lo escribía todo?, se diría alguno y acaso con razón— y lo da por sabido de toda la ciudad, cuando lo cierto es que la Serranilla no la conoció ningún antiguo del barrio.

Y así las cosas, ya parece aclarársenos más la Puerta, como si se nos hubiera entreabierto, cuando se sabe que también el Olivillo la llamaban, por uno bajito él, que debió estar entremetido en las cuerdas y las ortigas de los muros. Pero quédense atrás los nombres, que ninguno tiene la chorla en su sitio, y siquiera hagámosle justicia a la Puerta abriéndola de par en par en la virtud que nadie le discute: su heroísmo.

Lo tuvo —anda que si lo tuvo— hace siglos. Lo cuentan todos los exégetas, mirase a Sanlúcar o Rota, cerrase la ciudad o la abriera, como fuese. La Puerta dio mucha guerra a la morería, aunque sí que es cierto que la hizo a costa de mucha sangre y muchas descalabraduras. Mal lo pasaron —ya se ha dicho— los soldados de Gonzalo Mateos, y luego sus «fijuelos», dos de los cuales quedaron mal heridos; y mal lo pasaron también «los nueve caballeros» que la guardaban en tiempos de Diego Pavón, según lo dice —o lo decía— el padre Rallón en su gruesa Historia. Pero aun así, la Puerta fue invicta, se mantuvo en pie, custodió a Jerez en aquellas afueras, y nos ganó linajes y glorias para nuestro escudo. En el privilegio de

creación de los Caballeros del Feudo, se decía: «La puerta que dicen del Aceituno que es la salida de los cabezos de la Carrera de Sanlúcar». Mirémosla alguna vez. Alguna vez cuando cruzamos bajo ella, desde el Arroyo de la Vendimia, en busca de los solecitos de otoño que dan al cielo y campo rodeados, por los que se bebe, se respira y se oye, la alegría de Sanlúcar y de Rota.

## Benavente, calleteniente

Si a quien tiene glotonería de tierras y cortijadas le llamamos terrateniente, al que la tiene de calles de más y menos viso, habrá que llamarle calleteniente o no tenemos respeto alguno por la lógica. Pues claro está que sí, y como el que bautiza, apadrina y paga los gastos, quede ahí nuestro derecho de pila sobre la invención de la palabreja y vengan ahora, si gustan, etimologiqueros a discutirnos si tiene empaque o no la cosa. No se sabe por qué le darían, así, por las buenas, tanto solar público al caballero veinticuatro don Pedro Benavente y Cabeza de Vaca, en los viejos libros de reparto, pero eso sí, se sabe que en el siglo XVI no se otorgaban prebendas, como luego, por viajecillo de alcaldete a la Corte, en busca de tuberías que luego no funcionaban o escuelitas de pueblo con goteras; y cuando a don Pedro le dieron, no una, sino tres calles, sus meritzos tendría el hombre, y nadie quiera moverle de su suerte, que vaya si habría hecho mercedes beneméritas a Jerez en su era imperial y carlista, escrito sea por el César y no por descoronadores de campos y guerrillas, que esos fueron bravos de otros siglos.

Mucho prestigio debió tener don Pedro, y de gran boato debió ser su fidelidad al Emperador de los relojes, porque le nombraron Alférez Mayor de la Ciudad, un cargo que no de-

bió ser bueno de pagas y que a Benavente se lo dieron incluso con derechos de transmisiones porque con dos mil ducados de impuestos —la moneda que fue la locura del señor de Sévres— pasaba el tango de unos a otros, en menos que ahora puedan fabricarse marquesados de novísimo cuño. Ciertamente que los derechos no se quedaron apalancados, como ahora se dice de cualquier apoderamiento de picardía, en la familia de Benavente, sino que acabaron en los Cuevas y luego en la sangre patricia de los Albuquerque, pero a don Pedro se debe la astucia y, como él diría desde su sepulcro, que le quiten lo bailado.

Tenía Benavente casa en lo que luego sería casona de los Campo Real, ese palacio señorón y elegante, nacido en el siglo XIX, con sus buenas columnas marmóreas, y en cuyos silencios aristócratas tuvo, hace años, nuestro poeta Julián Pelmartín, escuadras y estrategias infantiles, sujetas a una preciosa historia miniada de reyes con chupa, sandunga y donosura. Ponz, el hombre, de los viajes, anduvo de cabeza por el palacio, y dijo que su portada era poco menos que de perder la ecuanimidad de los sentidos, y no digamos Parada, el ilustrario, porque este andaba chupándose los dedos de asombro y de pasmo, y bajo los artesonados, cuentan las crónicas que ponía los ojos fuera de marea, gordos, pastosos y estupefactos de regodeo, diciéndose: pero, ¿será posible?, ¿habráse visto lechumbres más jabatas?

Lo del apellido Benavente, que da nombre a las tres calles ribereñas de la cárcel, fue, como se ha escrito, dádiva de Carlos I; pero ya venía de lejos, de la Reconquista, esa zona medieval de nuestra Historia que, dicho sea con todos los respetos, fue entre nosotros una especie de tercera división de Liga, por lo costosa y larga, pero en la que adalides y caballeros se jugaron las tripas como paracaidistas a los que no les funcione los aparejos de la voladura ya en el aire, que nadie dudará se hacían aquellas guerras a cara perro, a derribar es-

cudos, y con la estrategia aguerrida del ojo por ojo y diente por diente.

Pues, sí, cuando la Reconquista, se produjo aquel fenómeno de regalía coronada, de obsequios del trono, que se llamó Repartimiento; y por la calle de San Juan, le dieron a don García Ibáñez de Benavente —ya está aquí uno— la casa número 191, y por San Marcos, donde anda el más rico jamón de tapa que tenga la ciudad en nuestros días, fueron a la casa número 65 y se la dieron a don Domingo García, también Benavente por su madre, como pueda entregarse a niño rubito, en la noche de Reyes, la calentura mecánica de un tren eléctrico y con túneles de hojalata. Parece que la fórmula era así: venga Vd. acá, don Domingo, ahí tiene Vd., por echao palante —así, a lo garboso y gitano— ahí tiene esta casa, y a quien le pida la escritura métale Vd. la tizona hasta los zorongos del piloro; y ya aquello venía a ser documento de más bigotes que escritura de notario con carraspeos y lecturas de sochantre. Calleteniente fue don Pedro, porque fueron suya la plaza y las dos calles, la baja y la alta, y por eso hay en ellas tres Benaventes distintos y en un sólo Pedro verdadero, como en el dogma trinitario, previamente salvadas las distancias, claro está, de lo divino a lo callejero. Y ya con la historia medio contada, salgamos a la plaza de Belén, que está de dulce, y que lo que fue por aquel conventazo —y que Vd. lo diga— que fundara el fraile más generoso que tuvo el siglo XVII, al menos en Jerez; fray Sebastián de San Agustín, que no se anduvo con atonías ni estrecheses, y dio sus casas, como podría darse un chorretazo de sangre a un anémico. Y luego, en ese convento hubo Cárcel, con capilla lujosa, con vírgenes bonitas, con mucha caridad. Pero, en fin, la cuesta que nos lleva al Arroyo baja muy pendiente, y no cabe distraerse con chucherías y curiosidades, que con habernos acercado a los fueros de Benavente, lo que es por hoy miércoles del Señor, hemos cumplido —y con largo regusto— cuanto nos tenía pedido un lector que vive en la plaza belenera, y andaba perplejo con el benaventismo de su collación.

## A su hora, San Lucas

A mucha gala y honra, tenemos en Jerez una calle de San Lucas; más que una calle, una collación, que no quiere decir refrigerio en ayunos, como la lengua madre dice, sino barrio apretado en derredor a un patronímico. Bueno. Pues sí que tenemos a San Lucas entronizado con nosotros. San Lucas fue un evangelista de cuerpo entero. Un evangelista que fue además médico; y a fe que de las dos medicinas; las que curan cuerpos y las que curan almas.

—¿De dónde nos vino a los jerezanos —con vuestra licencia, nos llamamos así en uso del amor que a la ciudad le tenemos— está devoción al Lucas converso de San Pablo? No sería por su martirio en Acaya; ni por su fiesta octubreña, que por entonces, como andamos en vendimias, apenas si tendríamos nunca tiempo de acordarnos del Apóstol; ni porque fuese médico, y de los muy celosos, en las tierras lejanas de Antioquía. Fue porque al Rey Sabio le gustaban los escritos de San Marcos, y sanseacabó, que en gustándoles al Rey, sus razones debió tener el hombre, como ahora las tenemos de nuestra cuenta para abismarnos y con gozo, en los hechos de los Apóstoles, una lectura tan subida de ejemplos como la unción con que escribía su evangelio.

Y como estamos casi en las vísperas de la Semana Santa, y ya parece que se huele a incienso, a cirio, a clavel, a tarde de soles, y las esquinas de Jerez están que transfiguran la cal y la doman para que sea ribera de los varales de las Vírgenes, bien está que las calles de que tengamos que hacer historia, sean calles muy cristianas y muy reverenciales; y a ver si es que las hay, de mayores respetos que las de nuestros evangelistas llevados, hace veinte siglos, al paraíso celestial, a gozar su gloria y encantamiento.

De ahí que hayamos escrito arriba, por curarnos en salud, esto de a su hora, San Lucas, porque todo santo tiene su hora

de acercárenos y de contarnos cuitas y desazones. Que las tiene el santo varón, que las tiene. No hemos insinuado, con ello, que la calle tenga poca fragancia o escasa limpieza; que estas son menudencias municipales, y allá quienes deban corregirlas. Nosotros lo que sí nombramos es el esplendor que la travesía debió tener en los siglos antiguos. Un esplendor de gigante; de columna; de regia majestad. Tanta, que la iglesia de San Lucas, el evangelista, fue regalo a Jerez del Rey Sabio, cuando dio en derribar cinco de las seis mezquitas que tuvieron nuestros moros, cuando aquí mandaban con su media luna y sus salmos coránicos; y conste que si el Rey dejó en pie una, fue para que el cuarto Enrique tuviera algo que derribar, y así lo hizo, años antes de las bodas de Villacreces, el caballero jerezano, con doña Leonor de la Cueva, la hermana de don Beltrán el privado.

Mucho fuste —decíamos— debió tener San Lucas. No en balde ha sido la tercera parroquia de la ciudad, y bien que supo lucir, en los oficios católicos que la iniciaron, aquella tribuna regia, donde los Reyes se ponían a escuchar la Santa Misa y a oír los acordes de los himnos de gracias por las guerras. Famosa fue siempre la concha mudéjar de su antiguo sagrario, y conocidas las bóvedas de Santa Ana y San José, y aquel arco gótico, tan esbelto y gentil, con que se abría la capilla de las Animas. ¿Que por qué tuvo San Lucas sus cuitas, como antes decíamos? Si la memoria de los códigos no yerra, que puede que sí, se sabe que en el año de 1733, unos maestros de obras, sabe Dios por quien pagados, se acercaron a la iglesia, y le dieron un retoquete grecorromano que hasta ahí las lenguas de Jerez pidiendo su reforma, del mal gusto con que hirieron la pureza y perfección del templo.

Tampoco anduvo mal la collación de buenos vecinos; y como no sería cosa de emperrarnos en nombrar a muchos, vayan ahí los nombres de don Alfonso Ferrández de Valdespino, dos veces Corregidor jerezano, y héroe de la batalla del

Rancho, en la que metió en cadenas cristianas al jefazo moruno Abdalah Granatexi, nada menos que alcaide, y de riñones, de Ronda la Vieja; y aquel don García Dávila, que hizo jurar a los mismísimos Reyes Católicos nuestros fueros. Con tanta historia, cuando la visitemos el Jueves Santo, mirémosla como a joya de cuyo oro lustra la ciudad sus mejores páginas.

## Liebre con posada

Aparte de que la liebre pueda valer, a toda hora, de sabroso guiso, aquí la tenemos subida, encaramada, a las esquinas de una vieja calle. Una vieja calle que va de Santa María de Gracia a Mercado, y que tiene una confusa, enredada historia con mucha pimienta y sal, y acaso haya sido porque así es propio de la buena condimentación, que no en balde escribimos en un mamífero que roe lo suyo y luego, para las digestiones, usa de buenas camas y es hacendoso porque se las muda y cambia que da regodeo y gloria.

En algo se parece la calle de la Liebre a la sevillana de las Sierpes. No en que tenga tratos de cortijerías o sirva, en las primaveras, para mecer suavemente los pasos encielados de las Vírgenes; pero sí en la alcurmia del nombre. En esto sí, porque se ha descubierto que la calle de las Sierpes debe bautizo y popularidad a un posadero que estableció sus comedores y aposentos cerca de la que fue cárcel cervantina, y que los llamó, colgando el símbolo y rótulo a sus puertas, posada de la Quijada de la Sierpe, no se sabe si mandíbula de cobra o de modesto o agreste lagarto grandullón. Así que los soles lamieron y resecaron aquellos huesos masticatorios, la quijada, ya relimpia, valió para que los sevillanos antiguos y clásicos dijeran que la calle era de las Sierpes.

Pues así la nuestra de la Liebre debe su linaje a otro po-

sadero, también sanchopancesco, que colgó en sus muros —los de su posada, claro, que no se sabe de hombre freganchín y de postas que haya tenido muros— otro remoquete simbolizador: el esqueleto de una liebre. ¿Cuál sería esta liebre? ¿De alguna caza furtiva? Averigüelo Vargas, pero muchos años apareció la humorada ósea en las paredes de la posada, y tendría que ver el ex roedor, ya sin sus tiasas orejas semafóricas, ya sin su piel suave, lustrada, y fina, todo él vertido a una seca ironía de vértebras corredoras y huidizas de escopetas y perros galgueros.

Uno de los fragmentos de la Liebre —de la calle— dio en ser llamado callejuela de la Capillita, por la que allí tuvo un jerezano fervoroso de la Virgen de Belén, que se llamó don Diego Suárez de Toledo. Cuéntase que una noche, unos esclavos de cuyos servicios se beneficiaba el don Diego, salieron a la calle y apedrearon a la Señora; pero el Cielo los castigó dejándoles los brazos como petrificados al aire y sin movimiento alguno, oyéndose al tiempo una voz patética, celestial, como salida entre nubes y sombras: ¡pedid misericordia! Y así que la pidieron, los brazos se les flexionaron, y según asevera Mesa Xinete derramaron abundantísimas lágrimas de reconcomio virginal y alabaron con avemarías, a la Madre de toda criatura.

Algunos la llamaron también como de Carrizosa, y no es cierto. No lo negamos aquí, que no gustamos atribuirnos pericias que no son nuestras, pero hay un padrón del XVII que se levanta como un dedo terrible y dice que no, que eso de Carrizosa estuvo en la Chancillería, según se sale de la plaza de San Juan, se pisa Chancillería y se doblan las esquinas que van a Mirabal; y la vivió un Mendoza, señor de mucha servidumbre y regaladísima vida, don Juan y por él la plaza que hace ángulo con la Chancillería tuvo su nombre, porque por allá murió, y su fama y vecindad hizo tanta sombra a Carrizosa, que le quitó de la calle.

La Liebre, salvo el tiempo en que la capillita de Suárez le restó poderío, siempre ha sido del roedor, y de nadie más; y si alguna vez, en cierta zona, fue de la Jabonería, no fue, ni mucho menos, porque la calle tuviera suciedades que asearse, sino por una fábrica de jabones que dio mucha espuma al barrio, y que debió tener su buena pompa industrial, escrito sea por la prodigalidad de los rendimientos, y no porque los antiguos negociantes de la Liebre se las dieran de esto o de lo otro.

Arriba decíamos que la calle unió siempre a Santa María de Gracia con Mercado; y si del Mercado ya se ha dicho alguna vez la historia que se sabe, no así de la de Santa María, que es noticia breve. Tanto, que se llamó así por un convento de Santa María de Gracia, alzado a expensas de doña Francisca de Trujillo hace cuatro siglos y medio, bajo el amparo espiritual de fray Juan de Calahorra, y con la presencia notarial de don Luis de Llanos y don Pedro García de Lobatón. Y escrito todo, y deseándole a todo vecino de la collación un año tan rico en rendimientos como ellos mismos sueñen, salimos de la Liebre y de la que fuera su posada, no sea que por seguir en ellas algún avisgado charle lo que no debe.

## Mercado de Toros y Cañas

Vaya si guarda sus sorpresas, la vieja calle del Mercado de Jerez. Pero sorpresas grandes, de las que dejan los ojos revirados del pasmo y la alucinación. Tiene muchísimas razones para llamarse así la calle vieja del Mercado. Cuando se venden hortalizas en un área cualquiera de una ciudad, no va a llamársele de Sarasate. Más lógico parece que se la titule según el orden y el método del verde y con asas alcarraza. Y así fue. Cuando San Fernando ordenó en Sevilla a su hijo Alfon-

so, que viniera a Jerez, se diese una vuelta, y nos dejase conquistados, ya por la zona de la calle del Mercado, la gente subía y bajaba comprándose los avíos de los almuerzos; y los Repartimientos, que son esos libros ilegibles donde está todo lo que no hay medio de saber nunca; registran en sus folios que al cederse a los vecinos aquella calle y plaza fueron llamadas ya del Mercado.

Según las historias barbudas y con mucho linaje, el Mercado tuvo una de cal y otra de arena; un anverso alegre y culto y un reverso bastante inconfesable y triste. Quizás tengan su razón piadosa y solemne para acusarla de buena y generosa, y de mortal y cancerosa a un tiempo. ¿Saben por qué? Pues por haber sido la del Mercado, la calle y plaza donde en el siglo pasado, hubo, a la vez, Instituto de Enseñanza Media —que luego pasaría al edificio de San Juan de Dios— y lugar de apiolamiento de los ocho rebeldotes de la «Mano Negra», aquella banda que así que se apagaban las luces en la calle Larga, salían de las afueras, cruzaban la ciudad, y se dejaban a los muertos con la lengua fuera pegados a los paredones de sus propias casas; y luego, como una gracia, les dejaban, grabada con sangre, la mano asesina, en el zaguán. Pues allí, en el Mercado, los separaron, entre retoques fúnebres de cuerdas a los cuellos, las cabezas de los cuerpos; y durante algunos años quedaron por allí más sombras que tenga verdugo en su conciencia. ¿Al Mercado? —Ni hablar, era la frase de los cautelosos, porque los antiguos, hechos a la poca luz y a la noche larga, temían a los sueños pesados y diabólicos.

No siempre se llamó del Mercado; que está visto, que cuando a una calle se le blanda la fidelidad a su nombre, ni echándole hortalizas de buenas regueras, se mejora. Y así, cambió su nombre por otros dos: de la Imagen Grande —nadie sabe por qué— y plazuela de Riquelme, por el linaje ilustre que fundó don Beltrán, caballero del Reconquistador. Berrugueteña es la casa, pero de mucho porte arquitectural,

muy rica y bella, es cierto, y en ella hubo, hace siglos, cabildos de justicias, regidurías y otras nobles artes, cuando las pestes devoraban la paz y los recogimientos de sus sedes habituales. Y vamos a lo que nuestro título ofrecía desde arriba, desde la cornisa de esta crónica. Vamos a los toros y a las cañas.

Los Reyes Católicos estuvieron en Jerez varias veces; parece que esto les gustaba mucho, sin que ello diga —ni silencio— las aficiones personales que tuvieran por nuestros vinos. Les gustaba la ciudad, y cuando la primera vez, que fue en 1477, se acercaron a ella, hubo en su homenaje fiestas reales. Entonces, las mayores fiestas, como siempre ha sido, eran las corridas de toros; y como aún no estaba inventado el «Chamaco» hubo que hacerlas de otro género, y se organizaron correrías de toros, y se jugaron cañas a caballo, de modo y gallardía que a los Reyes les hacían estallar en palmas de guante con calado de borlones. La del Mercado, acotada con herrajes y ruedas en desuso, y la del Arrenal, se sabe que fueron los dos primeros ruedos —un poco cuadrados en la época— donde se alzó a hermosa fiesta pública, la veterana pasión española al toro y la caña, y las dos aficiones se nos quedaron, aquélla para ver y ésta más bien para beber.

Nos parece demasiado erudita la versión que suele darse, en los legajos medievales, al nombre de Zarzain, que se dice tuvo el Mercado en la denominación mora, que no llamamos agarena, porque eso suena un poco a musiquilla del «Huesped del sevillano». Pero, en fin, la historia debe recogerlo todo, como las amas de casa hacen con el pan en los manteles cuando las comidas cesaron para dar paso al gozo cigarrero. Y reconociéndolo todo, sí; entonces, ¿verdad?, acaso pueda mencionarse, siquiera sea a la ligera, que fue llamada así por unas tiendas de seda que hubo en lo que más tarde fue palacio de los Riquelmes. Lo de seda, no es por que el tejido anunciase ya vestiduras de torerías —que tanto no se pueden apretar los

vaticinios— sino porque según el Kasimiski, que parece fue un diccionario buenote, lo de Zarzain, viene de Zardakana, y quiere decir tela de seda. Nosotros, que tenemos de la palabra un sentido neto, puro y reverencial, nos afligimos cuando tenemos noticia de que el lenguaje puede haber sufrido desbarajustes de ese calibre, y nos hacemos un poco sordos a las flexiones lingüísticas. Preferimos las cosas castizas y claras, consumadas y palpables. Así, Mercado viejo, Imagen Grande, Riquelme, Toros, Cañas; todo, tan evidente y luminoso, como la gracia de la ciudad para ponerle nombre a sus cosas. Y ahora, al irnos, una idea, quizás irrealizable ahora, pero que daría a la Vendimia del año próximo un hondo sabor de época: ¿por qué no volver, alguna tarde de septiembre ante aquellos balcones y portales del Jerez dorado y azul del Mercado antiguo, a los toros y a las cañas? ¿Qué otra fiesta deslumbraría, con mayores fulgencias al visitante y al pueblo? Dejámoslo en idea, por aquello de que doctores —y muy conciencizados— tiene la Vendimia.

## Cortesía a Córdoba

Que dos ciudades, como la de Córdoba y la nuestra, se den la mano sobre los tiempos y se hayan unido sobre la Historia, es virtud que nos honra. Hasta los ponientes de Cartuja y la Mezquita nos familiarizan en la luz. Hasta el boato antiguo de nuestro San Mateo y la Santa Marina cordobesa se hablan de tú en las piedras igualmente recubiertas de sol de tarde, de retablos bruñidos, de muros silenciosos. De ahí que brindemos ahora, porque tenemos calle llamada con el nombre de Córdoba, esta cortesía a la ciudad del alto Guadalquivir califal, desde las riberas del Guadalete medieval y cristiano.

¿A qué le vino a nuestra calle su nombre de los cordobeses? ¿Fue de la Cordobesa? Se sabe que de los Alcázares sí que fue, porque tuvo en la muralla que la cerró muchos torreones guardianes, y algunos años se la llamó así en señal de que por ellos tronaron los ímpetus defensivos de los jerezanos viejos y heroicos. Pasó pronto en los anales la consigna de los alcazarejos; y entró la calle en su nombre nuevo, en el que hablan todavía muy diversas razones. ¿Por los caballeros que vinieron de Córdoba, hará como seiscientos años, a meterse en liza militar con nosotros? Si así se pensó fue porque llegaron a Jerez cuando aquello de la Matanzuela, y la mujer de Simón Cameros, que fue alcaldesa jerezana, los colmó de honras y laudos, que bien que se los merecieron por lo muy empeñados que ardieron en la gresca.

De muy antiguo se le nombraba como entonces se conocían a las calles, según lo que más viera, a ojo de buen cubero, mirándola; y como la vivieron hijos nobilísimos de Córdoba, los jerezanos, al nombrarla, iban y decían aquello de «donde están los cordobeses», y en ellos fue quedándose el nombre, hasta que los papeles catastrales se tragarón el nombre, alzándolo a denominación. Fuese o no, como suenan los metales puros, a Córdoba. Y por sí la historia de los guerreros paisanos del Gran Capitán no fue la clave del remoquete, todavía tiene cordobesismo Jerez como para que la calle tuviera raíces de la ciudad que la Biblia llamó «lugar de oro», de lo que relumbró siempre. Tuvimos, como ilustre vecina, a doña Isabel López la Cordobesa, con capellanía en la Colegial, que mantuvo y estipendió con rentas de sus bienes en San Telmo, regentados por un Villegas —don Fernando— hijo de familia que siempre ha perdurado en nosotros.

Será calle de barrio ahora, como la de Alcaldesa; pero en el Jerez de la Reconquista, como la collación del Mercado era lo que es ahora la rotonda del Gallo Azul, y por allí se paseaba después de las misas de San Mateo, resultaba calle de mu-

cha celebración y ánimos, que si los sitios han tenido mudanzas, las costumbres no; y la gente se echaba al sol de los domingos, como en los brazos, por quitarse los fríos invernales y ver al paso, en qué caballeros ponían sus ojos las chicas contemporáneas de aquella alcaidesa de la que Rallón dijo fue «dueña muy sabia» y Coloma «muy ilustre», y que tanto celo puso en que Jerez guardase cruz y guiones con todas las agallas que estos símbolos merecen. Con mucha gentileza, esta calle enaltece la vieja amistad de Jerez y de Córdoba. Por sus soldados, por los vecinos que registró Rossety, por los cuatro hermanos del tiempo del Villavicencio que dotó a Luisa Riquel, hija de un cordobés fastuoso, lo cierto es que tenemos en ella una devota cortesía al linaje y la fama de Córdoba.

## Pausa para un revuelo

Comprendemos que la palabra —revuelo— se presta a mucho zorongo. ¿Revuelo en nuestras calles? ¿Por qué? No valdrá con que seamos nosotros los que estamos seguros de que sí, de que lo que hubo y sin grandes secuencias, por fortuna. Valdrá mucho también, que antes de meternos en el toro, como los castizos dicen, pacifiquemos los ánimos de los suspicaces diciéndoles que esto ocurrió hace como siglo y más, y justamente por un acuerdo municipal que pareció ocurrencia casi diabólica sobre todo a tratantes y carterías, que unos días anduvieron ceca y meca sin saber a qué quedarse en eso de citar a uno para un trato o llevar una carta a quien había de recibirla.

Revuelo y grande. No revuelo del golpe gallero, que también los hay y los amigos de los reñideros de aves lo saben; ni revuelo campero, que así llaman los escardadores a la cirugía de las yerbas malas, sino revuelo al modo castellano: la confu-

sión que disparata las cosas y las pone en devastación y en riesgo de no ser entendidas. Y pasemos a la historia precisa del asunto, que el tiempo se va y se nos pasa en preámbulos. Fue el 30 de julio de 1849, y en una sesión, como decíamos, de nuestro Cabildo. Parece que dos ediles de la época —don Cándido Santos y don Pedro Richart— recibieron la encomienda de averiguar cómo andaban de nombres nuestras calles, si se entendían, si eran justos, si necesitaban abalorios nuevos, si, en suma, convendría o no que se puntualizasen algunos. Y los ediles, luego de pasear Jerez en todos sus rumbos y meter ojos en letreros, subieron a la sala mayor una tarde, y expusieron poco menos que estas razones modificatorias.

Que algunos nombres no concordaban con la longitud de las calles; que muchos otros estaban repetidos; que no pocos «ofendían a la decencia pública», que algunos, a nada venían en Jerez; y que, en cambio, faltaban muchos «de muy precisa necesidad entre nosotros». De ahí que pusieran manos a la reforma, porque así, teniéndola ya hecha, el Ayuntamiento pusiera orden «en la trastornada rotulación y la dislocada numeración de las casas». ¿Qué ocurrió entonces? Pues que se acordó un vastísimo plan de nuevas calles que cogió a Jerez desprevenido y a poco si ahora nos encontramos sin la plaza de Belén, sin la calle Pañuelos, sin la Cuesta de la Cárcel, sin la plazuela de Benavente y así con otros nombres, cuya curiosidad y brevísimo reinado bien vale que ahora los traigamos a esta colación.

Casi 80 calles fueron propuestas para el cambio, en aquel revuelo pintoresco y divertido. Muchas habrían ganado en el novísimo bautismo, y hasta quedaban mejor ataviadas, más pulcras, mejor llamadas. Así la vieja Cuesta del Cochino, que se habría llamado del Oeste; así la de la Sangre, que habría sido del Calvario; así la antigua calle de la Mancebía, que por contra y mortificación, habríase llamado de la Continencia, y la del Muladar, que habría sido del Jardín, lo que prueba que

los ediles románticos del XIX sabían lo suyo de la finura y cortesía con que las calles deben ser llamadas.

Otras, no. Otras habrían perdido estirpe, distinción, señoría; y algunas, hasta parece que fue cosa del propósito casi de gente bordeadoras de la herejía, porque a la de Cruz la llamarían de Magallanes, y por muy navegante que fuese el hombre, era cambiar la seda de los cielos por el percal de la criatura, y casi como andar al revés porque lo razonable es aspirar a la Cruz y no a viajar a la Tierra del Fuego o al Pacífico. Y dígase, entre las que habrían perdido su aura popular y jerezana, la de Idolos, tan famosa, tan de todos, que quisieron memorarla como de Rafael de Riego; la de Santísima Trinidad —¿cabe más teología en una calle?— que se pensó fuese conocida como Sorda; la de Cotofre, ahí en la Corredera, que figuraba en el revuelo como calle de la Bomba, que ya habría sido una explosión en el pueblo; y la de Animas, que a punto estuvo de llamarse del Limbo, cuando el sueño de toda ánima es ganarse el Cielo y no la bobería celestial de los niños sin padrino; y la de Rincón Malillo, que celebrizó Beigbeder en su música, que habría sido la calle Oscura, y no por mística a lo San Juan de la Cruz, sino por falta de luces y riqueza de fantasmas.

Pero, al fin, pasó; y aunque don Rafael Suárez, a 3 de agosto de aquel año 1849, dijo que bueno, que adelante la cosa, el lance quedó en revuelo y las calles siguieron, alegres y antiguas, bajo su propio nombre entrañable.

## Por el Aire, a la Alameda

Cualquiera que piense a todo gas, ya se habrá hecho a la idea de que este paseo puede hacerse en globo. ¿Por el aire a la Alameda? Que sepamos todos, a la Alameda se fue siempre

por las calles más alegres de Jerez; y llamándolas así, no arriremos ascua a sardina alguna, porque apenas si tenemos amigos en ese ángulo, sino que de veras, esas calles, suban del Arrollo de la Vendimia, vayan del Arenal o bajen de San Miguel, alegritas son por lo muy estiradas, limpias y metidas en sol que viven. Ya se habrá entendido que ese Aire de que hacemos gala entronizándolo en nuestro frontispicio, es el que sirve de refrigeración nominativa a la pina y corta calle visceral de nuestra Colegiata, que se arranca por bulerías en el Arroyo, se hace cuesta y escalones, y se levanta hasta el pequeño cielo paseante de la Alameda Vieja.

La llamaban, hace siglos, calle de la Cuesta del Aire por lo mucho que allí jadea, no la cuesta, que carece de hálitos, sino el aire, y así lo soplan los textos callejeros del XVII; y sí que jadea, sí, porque entre la angostura urbana, la mole de la iglesia y la escasez de zaguanes en que meterse, levantes y ponientes juegan al traste con quienes se atreven, en invierno, a subírsela y más de una boca se abre, y más de un corazón se hace añicos, cuando se la cruza. Siempre fue del Aire, eso sí, y calle de mucho enredo numeratorio, como que tuvo pocas cosas, los números estaban en las puertas traseras, y los carteños antiguos pasaban las grandes ducas para ir dejando las cartas en las manos de los destinatarios. A calles como esta, que tienen las esquinas en ventoleras frías, suelen llamarlas en otros sitios, de matacanónigos, porque los vientos, cuando se enfurecen y encorajinan, calan los manteos y los balandranes, y a los curas lujosos, de ribeteos morados, los pasan a mejor vida en menos que puedan tomarse bocadillos repletos, hambrientos de muchos días de dietas.

Y ya está aquí nuestro título que antes llamábamos frontispicio por darle rumbo a la cosa: ¿lo ven? Por este Aire, casi eclesiástico, se pasa a la Alameda, y después de tomarnos unas copas en «Villa Ricardo», la más cordial y fragante tertulia bodeguera de González Byass hecha y nombrada así por

aquel Ricardo, paternal y señor, con cuya buena amistad nos honramos, se pisa el suelo arenoso de la Alameda, se atraviesan sus jardines, y ya se está en el más antiguo y galante paseo jerezano, por el que raro será el casado vivo que no haya rondado, hace años, a su novia, los primeros brillos rubios de las trenzas niñas, y los primeros estatequietos, nene, que viene ahí mi madre. Pues ya ven; Fortún de Torres se llama la Alameda, pero nadie se lo dice. Claro, ¿a quién va a llamárselo? ¿Saben ustedes quién fue Fortún de Torres? Quien mejor lo supo fue Bellido, un historiador y poeta, que le daba al romance como pueda darle Lola Flores al baile; y en sus «Glorias Xerezanas» cuando hace mención de aquel alférez mayor del Alcázar, a quien el Rey Sabio le entregó el Pendón diciéndole como lo sueltas te vas a acordar de mí, le dice echándole redaños al verso:

*«Entre la angosta abertura  
descansaba la cabeza,  
y aún conservaba en la boca  
girones de su bandera».*

porque Fortún de Torres, cuando las peleas por el Alcázar, se encaramó a las almenas, miró a los moros, más en número que los vendedores modernos de cacahuetes y dijo: ¡vengan a mí los turbantes, que me los como crudos!, y claro está que fue una frase, porque no se sabe que los turbantes agarenos se hayan comido nunca ni crudos ni con puré de patatas.

Mucho tiene la Alameda encima, para que ahora nos guste del modo que nos regocija y recrea. No hablamos ahora de que tenga encima losería graciosa, ni farolas de yerros, grises, ni árboles de buenas copas —que esto es lógico siendo, como ellos son, árboles nacidos junto a toneles— ni aquel jardincillo, casi persa, pero a lo chico, que tiene a los pies, delante de la carretera del Puerto, como una alfombra para recibir, de buen grado, a los visitantes que vienen a beberse, de

balde, nuestros vinos laudables. Lo que tiene la Alameda encima, aparte ya de los fosos y almenas de su Cruz de los Caídos, a cuya planta ruda y campesina suenan a gloria, cada otoño, los rosarios por los héroes, y aparte también de la urna de los músicos, en la que, de niños, oíamos a las huestes de Germán Álvarez su «Agua, azucarillos y aguardiente», es su honda y conmovedora memoria de amor. ¡Cuánto noviazgo, Señor de la Viga, en aquellos ires y venires detrás de cada pequeña rubia y pimpante! ¡Cuánto pañuelo con lágrimas, ay, años, en aquellos silencios verdes y oscuros de todos los otoños, entre historias de la civilización desencuadradas y enmohecidas, y aquellos elementos de física sobre los que cayeron, como rizos de ocio, los primeros besos, ay, labios, de todos los noviazgos de Jerez! ¡Cuánta mamá joven, en los mediodías dominicales, dale que le das al cochecito moisés, en cuya blandura rosa el sol se hace niño de manitas de sándalo! ¡Cuánto Jerez humano, paseador, de salidas de misa de doce en San Miguel o San Francisco! Eso sí que lo tiene la Alameda encima, como una hoja grande de castaño de Indias, y eso sí que nadie podrá quitárselo, aunque los tiempos puedan venir ahora quitándole el tipo, cortándole el espacio, porque ella tiene sobre sí, en sus tardecitas del invierno soleado a lo Florencia Berclay, la vida y milagro del entero y puro amor de la ciudad. Pero, ¿adónde vamos, Señor de la Viga? Entre que si el aire de los canónigos y que si la Alameda de Fortún tienen su linaje, se nos ha ido el Santo al Cielo. Discúlpennos, ¿eh?, porque este sol calienta como abrazo vivo, y bien merecemos jugar con él al gato de la pereza. Ahí nos aguardan, mientras sesteamos en la memoria amorosa, dos calles: la de San Agustín y la de Armas, que vaya si las dos dieron ruido y tienen historia de la que hacer astillas de curiosidades. Pues, a pesar de todo, que aguarden, que si a ellas iremos otro día, este solecete de la Alameda nos lo vamos a tomar como si fuera cerveza fría en desierto.

## Los Santos misteriosos

Si ya se habla, más adelante, de las Santas, cosa será de que ahora se hable de los Santos, no sea que se nos encelen, que vuelvan las espaldas y perdamos favores en los Cielos. Sí. Pero no será de los Santos habituales y de andar por casa, de los bienaventurados conocidos —nuestro San Ginés, nuestro San Juan, nuestro San Dionisio— sino de los que cuelgan sus nombres y famas en esas calles del Señor, sin que, a la ligera, sepamos a qué vienen los privilegios de que Jerez los haya entronizado en las proas de sus esquinas. ¿Qué cuáles son? Pues hay, no se diga que un ciento, pero sí para exportar a países donde la beatitud canonizada escasee. Ahí San Honorio, San Quintín, San Blas, San Andrés, San Onofre... ¿Es que fueron, acaso, viñadores u hortelanos y de algún modo valedores de la ciudad? Como no lo fueron, parecen huéspedes de muy escasa cédula, y a los que si Jerez les dijo pasen, que a su casa vienen, lo fue porque nuestros antecesores fueron siempre galantes y corteses con las visitas del Paraíso. Y ya que ahí se yerguen, mirémoslos de cerca, y a ver si tienen —que sí que la tendrán— alguna brecha por la que pueda entrarles la gracia del avecindamiento que en otros siglos se les otorgara a las buenas de Dios.

Con ese Honorio jerezanizado, hubo enredete y de los de abrigo —palabra que con este frío navideño viene a la crónica como chiste nuevo a velatorio de mucho aburrimiento— porque el Ayuntamiento que nos regía en mil ochocientos cincuenta y nueve, que se tenía tragados las historias como cándido noticias increíbles, plantó su nombre al rótulo y dijo fro-tándose las manos: ¡ajajá!, ahí se queda San Honorio para los restos. Y, ¿saben qué pasó luego? Casi nada, amigos. Pues que se descubrió la tostada investigatoria del padre Román de la Higuera —que siempre estuvo subido en su apellido como historiador— y quedó claro que ni Honorio había muerto

martirizado en Asta Regia, ni la Asti italiana, en la que de veras palmó gloriosamente el Santo, pensó jamás en renunciar a orgullo de tanta brillantez. Dígase —que eso a nadie estorba— y para ufanía de clareadores de legajos, que fue don José Godoy quien le salió al paso al padre la Higuera, dejándole, al menos en sapiencia, más raso que noche al relente y con las carnes sin manteo. En vista del entuerto, a primeros de nuestro siglo, eruditos locales de los de coco y huevo, clamaron en un encendido Honorio, no; Nicolás, sí; y es que al menos Nicolás tuvo ermita a su nombre —como las cuentas corrientes, sí, porque es promesa evangélica que el Cielo es un banco de fortunas que no mueren— ahí en el Portal, junto a la vieja Azucarera, que por cierto padece piorrea arquitectónica ya hace largos años, y no le vendría a San Nicolás muy mal que se le ofreciera alguna calle a su memoria. Claro; como los peticionarios del coco y huevo ilustres, eran gente de talento, el Ayuntamiento no les hizo caso, fenómenos que sigue ocurriéndole a todos los peticionarios de elegancias, por que la fórmula poderosa es el dame esto y te daré lo otro, que esa sí que es influencia gorda, saludable y motriz, y no la del talento, que a éste suele dársele la importancia que da rico gordo a niño mendicante.

Pues, ¿y San Quintín? Se sabe —eso sí— que fue laudo y obsequio a la batallota del rey Felipe, que no iba a ser ofrecimiento a Valeriano León, porque muy luego haría lo del Quintín el amargao. Quizás porque sonase más, la calle belicosa y filipense quedó unida a la de Campanillas, aunque poco badajo tuvo, porque la cerraron en seguida y quedó en clausura de bodeguerías, pese a la contienda y a las campanillas, que no fueron éstas, al menos por el fruto, de las que suenan y alegran los Rocíos y las pascuas paveras y angélicas del Señor. ¿Y San Andrés? Si que fue extraño el bautismo apostólico de las Atarazanas; y en mil setecientos ochenta y ocho, don Roberto Gordon, que solía obrar en medio de la

plaza —quiere decirse, claro es, que edificaba en ella, y porque construía edificios, no porque sosegase muy píamente a la intemperie— pidió al alcalde que le dejara quitar una cruz de piedra que había al centro, llevarla a la esquina del Clavel —¡qué florecimiento!— y usarla como signo de encomendaciones a San Andrés por quien el señor Gordon tenía pasión de quinielista en víspera de los catorce luceros deportivos. El alcalde le expuso así, con la aquiescencia del cónclave edilicio: «Sí, don Roberto, sí; quite la Cruz, cámbiela de sitio, encomiéndose a San Andrés, pero que la hornacina del apóstol alumbré cada noche con culto de los mayores», y esto prueba —¡vaya si lo prueba!— la fe de aquellos alcaldes, que si así querían a los discípulos como no querían al mismo Maestro.

Y San Blas; y ya nos vamos. Tuvo calle en la frontera del viejo Mercado. Y fue porque allá hubo hospital de peregrinos, y de muy rimbombantes fiestas, como que por el Santo, cuando llegaba su día, hasta cañas y toros había en la plaza. Los marqueses de Saltillo eran patronos, y daban de comer a los pobres muy ricamente, aunque con la justa cautela de no quedarse en ruinas, que la caridad, para que dure, muchos saben hacerla a prudentes dosis. Bueno; pues cuando más alegre estaba el Hospital, con sus doce camas —no tuvo más— dispuestas y olorosas de alcanfor para los menesterosos, llegó el rey Felipe II, todo vestido de negro, muy rígido, con su gola rizada, naciéndole ya la gota en las gambas —y disculpen el italianismo, pero así están más fofas— y clamó, con su tremenda voz de sochantre enmohecido: «¡A reducirse, camas!» —«Señor: ¿más todavía?», dijeron las doce camas temblando. «¡Más!», gritó el monarca, siempre tan razonable y comprensivo. Y reducido quedó el hospital, con lo que San Blas, viéndose perdido, se cogió a una esquina y, aún reducido también a nombre, siguió en la esquina dándonos su modesta historia. Como se ve, salvo ese Honorio de Asta Regia, los demás, quizás porque no fueron amigos del padre la Higuera, guardan y celan, aunque modestamente, a la ciudad. Y roto el misterio, recémosle devotamente.

## Intermedio de las rarezas

Camino ya de los últimos acordes grandes, haremos ahora un breve descanso, con esta menudita música de las cosas extrañas. Bien sabe Dios que nosotros quisiéramos acabar nuestro paseo. No sólo porque pasemos a otros lances, sino porque nos urge y apremia entrar en los dos inmediatos capítulos de otro nuestro creciente libro de Jerez. Uno será el de las curiosidades, y le llamaremos «Jerez, curioso mundo»; y otro, el de los hombres célebres, y será nuestro «Jerez, famosa gente». Si damos ya los nombres, será —decimos nosotros— porque cada día nos encontramos mayores hurtos de nuestra chispa fundadora, y nos toman música y modo, y saltan por ahí titulotes nacidos de este aire pegadizo y sabroso que le dimos, desde el día primero, a nuestras glosas del AYER, cuyo nombre, justo es reseñarlo, va a ser en su día alegre historia jerezana; por la puerta abierta que nos ofrece y porque es, felizmente reinante en nuestra prensa, notario mayor de la vida y peripecias en que estamos.

¿No estará bien que incrustemos este primer intermedio entre nuestros acordes históricos? Son muchas nuestras calles extrañas, rotuladas con rareza y misterio. Se sabe que tenemos una a quien se llama Huévar; y otra, Nube; y aquella, de los Negros; y ésta del Cubo. Ojalá que podamos clarearlas todas; y para ello, salimos hoy con este intermedio diminuto y amenísimo de las extrañezas. Y con él, la calle de la Ceniza, como adelantada. ¿Por qué la llamaron así? ¿Hubo celebraciones de miércoles de Ceniza en la Colegial, evadidos a todo el barrio en que sus arcos capitanean severos y rígidos? Que sepamos, no. ¿Por alguna pesquería de sábalos, que esto quiere decir lo de que tuviera la calle una almona o jabonería? Si la almona fue de las de vender jabones, ya no lo fue de las de pescar sábalos; y además, quedaba el río lejos, y las arriadas hasta la Puerta de Rota no dejaron peces vivos ni muertos. Y

fue, esto de la Ceniza, por un criado del Duque de Medina Sidonia, que se llamaba Diego Ceniza. Pero, Diego: ¿otra vez por aquí?, le preguntarían al modesto vasallo; y de tanto echársele la gente encima, viéndole rumbo al Cabildo, rumbo al duque, a la calle le colgaron su nombre en las esquinas. Toda la poética ternura, de que si el viento, leve y dulce de los atardeceres, llevaba a la calleja las cenizas del Quemadero de la Puerta de Rota, fue sólo un posible tema de Juegos florales, pero no una historia, rasa y terminante, como la del noble y generoso criado andariego del señor de Medina. ¿Qué menos, amigos, que una calle, a quién se pasó la vida yendo al Ayuntamiento en busca de papeles, rentas, cuestiones, privilegios y zarandajas?

Bien; y sigamos ahora. Cualquiera que haya ido de Pedro Alonso a Corredera, se habrá llenado los ojos de este nombre curiosísimo, y muy de veras: Cotofre. ¿No parece un cáspita de asombro? ¿No suena también a taco? A taco de temperamento con mucho enfado. Hagan una prueba, y verán si ese Cotofre consuela o no, en esos íntimos entuertos en que muchos suelen quejarse de la torcedura del pie, de la mano cogida en la puerta, de la uña partida contra la aspereza de un muro. Y no. Cotofre quiere decir algo así como jarro; de los de medio litro y si verdad que los antiguos se tomaban el vino en medidas tan poco cautelosas, no tiene cara la calle de llamarse jarro. Viene lo de Cotofre por aquel Bartolomé García de Cotofre, que en el año mil cuatrocientos cuatro se fue a Santo Domingo, se entró en sus claustros, se reunió con otros amigos caballerazos como él, y al rey Enrique III, en sus propias barbas le dijo: —Señor: o nos quita de enmedio al Corredidor o veremos lo que pasa en esta ciudad, ¿eh?; y— casualidad sería —pero el rey quitó el cargo. Así, por las buenas, lo hizo don Bartolo, como el que pide en La Bolera carnecita mechada, gloria del mediodía, delicia de laboriosos de la mañana.

Y ya tenemos el ánimo suspenso, delante de otra calle sugestiva: la de los Cuatro Juanes. ¿Sabíamos mucho —con la mano al pecho, como en el cuadro del Greco— que esta calle se llamó de la Poca Sangre? ¡Qué! ¿Alguien se asustó? Sí; sabemos por qué; como que alguien, al leerse eso de la poca, se pensó que era de la poca majeza y no de la sangre escasa. Y no fue así. Se la llamó de la Poca Sangre por un Antón Martínez Pocasangre, que vivió en ella en el año mil cuatrocientos sesenta y dos; pero debió parecer al Cabildo poco amable el título, demasiado anémico, y en el año mil ochocientos cincuenta y dos, cuando se le llamaba, quizás por huirle a la hemoglobina, Agujero de la calle Larga, con poco respeto y ningún ingenio, se adelantó, descorrió una cortinilla, y descubrió su pimpante y gallardo nombre de los Juanes. Si fueron cuatro —por los Juanes heroicos que mataron moros a punta de pala en el camino de Zahara de los Membrillos en el siglo XV— fue porque la calle hace así, y luego así, y va y se tuerce en cuatro ángulos y el Municipio se dijo: pues así matamos cuatro pájaros —perdón; cuatro juanes— de un tiro. Y en eso quedaron las cosas, para alivio —siquiera nominativo— del agujero; o —menos oscuro— de la travesía, que lleva de Larga a la placita de Primo de Rivera y a la calle de San Cristóbal. Y como la música se nos sale del pentágono, volveremos a ella uno de estos días.

## Entre Santas anda el juego

Siete Santas tenemos a la vista. No es que vayamos a pie, una a una, a todas las calles que tienen nombre y patronazgo de bienaventuradas. Sería un paseo largo y fatigoso para quienes no gusten de recorrerse la ciudad de extremo a extremo. Para eso estamos nosotros aquí; para servir, en bandeja, la pe-

queña historia de cada una a quienes la hayan de menester. Si hablamos de que entre Santas anda el juego, es porque tenemos siete —y de las de más ya se hizo coloquio hojas atrás— y acaso porque la fe jerezana ha sido siempre de mucha raíz. Sin irnos más por la deriva, miremos a la de Santa Clara. Está junto a San Miguel, esquina a la de Barja; y se llamó así, porque tuvo un viejo convento de monjas descalzas y clarisas, que puso en pie, columnas y bóvedas arriba, don Mateo Márquez Guzmán y Gaitán y su mujer, doña Catalina de la Cerda, que apiñaron sus buenos billetezcos allá en los años del XVII. Lo pusieron bajo la tutela de San José, como hacen los campanilleros de Sevilla con sus coplas, y quedó abierto en la que fuera morada de los fundadores. Luego, ya cuajadas las reglas, en auge la comunidad, el convento pasó a Madre de Dios; y todo Jerez sabe que entre sus muros, prisioneras por su gusto, viven y rezan, cada día, criaturas agraciadas que cuando niñas pasearon sus trenzas y rubores por nuestras calles y jardines.

Nos damos ya de ojos en seguida, con Santa María de Gracia; si no en el orden rígido del paseo, sí en la belleza, urgente y consoladora, del nombre, que conforta y llena de purificaciones secretas; y fue casa que fundó en la suya propia, don Francisco de Trujillo, llamándola de la Concepción. No se valió el jerezano, de su solo enardecimiento, sino que se trajo, para las gestiones primerizas, a un agustino —fray Juan de Calahorra— y tanto debió gustar a los jerezanos el celo y la prisa que se dio el fraile en fundar, que plantó su nombre, como otra cepa, en su viña de «Calahorra», estado ruinoso en que quedó, dicho sea gramaticalmente, el viejo y noble nombre de la ciudad de Quintiliano y Domingo de Guzmán. Se cuenta, de este convento, que en el mes de mayo de mil setecientos ochenta y cuatro, hubo en él una rebeldía monástica, y que fueron catorce las monjas que se exclaustraron, con cruzalzada en misteriosa procesión hasta la Colegiata, disgus-

tadas porque las órdenes no se llevaban a rajatabla, y por dímes y directes de sí a mí me gusta obedecer a este fraile o a este otro. Luego que las encerraron, a modo de sopapos místicos, en el convento de San Cristóbal, y durante año y medio, la volvieron en coche y guardadas por granaderos, a la casa materna. Era alcalde don Agustín Hinojosa; y anduvo con él complicado en el tejemaneje de si vuelven o no a esas chicas, un celoso agustino, fray Antonio Rojas, que reclamó, al término del litigio, cerca de dos mil reales, que el santazo perdió en los gastos de manutención del exilio. Quédese bien sabido —no faltaba más— que ninguna de las catorce, menguaron en vida interior y en virtudes, sino que, según parece, se negaban a tener las mismas obediencias en dirección y confesiones, sucesillo, después de todo, no tan grave como para que pensemos que el lance pasó a mayores.

Dos Isabeles tenemos en nuestras esquinas callejeras. Una —la que baja al Arroyo— fue primero de las Vacas, tal vez porque hubiera en ella granja de buenos ordeños, de requesones de pan tostado y mañanero. Fue dada a la prima de la Virgen Santísima, y se tomó su nombre por la «Visitación» de la Colegiata, y quedó erigida la calle en terrenos que, años antes, fue —y así lo dicen las crónicas— para «trato de las comedias». Nadie se alarme por la ortografía, que así lo escribía Santa Teresa y fue doctora, aunque mística, pero, qué diablos, doctora; y así sigue diciéndolo el pueblo, como dice grabieles y maniantales, por los que se llaman como el arcángel y por los disparamientos de las aguas serranas. Y la otra —la alamedita frontera del Hospital— también es de Santa Isabel, aunque se llamó Muro de la Merced; y sería, acaso, por alguna devoción que tenía en los tiempos en que el hospital era de «mujeres incurables» y había nacido de la suma de los de Juan Pecador y la Candelaria.

Nos salta, ahora, y muy alegremente, la calle de Santa María, como pájaro en las manos, de lo repiqueteante y can-

tador que es el nombre, y lo bonito y sonoro. Y es la calle, central y cardíaca, de tanta circulación diaria, donde tiene Fiallo sus reales —de nada, Pablito— que fue siempre camino de la capilla de las lágrimas, enclavada que estuvo en las tierras donde ahora se alza, gris y fornido, el feote edificio de los telegramas y las cartas. Si primero se llamó del Almacén de Bornos a lo Veracruz, fue porque en ella hubo depósito de víveres de los jerónimos de Bornos, frailes ricachones, que tuvieron casa en la villa que exaltó y honró Fernán Caballero, elogiándole su alegre y pintoresco verano, y en cuyo paisaje agreste tuvieron el cortijo de Roalabota. Luego, la Santa María de los Mercedarios, frailes calzados del XIII, donde está nuestra Patrona, hace ya la friolera de siete siglos. Y junto a todas las Santas, Santa Rosa, en la esquina de Zaragoza, por una hornacina del posadero del «Molino del Judío», a la que rendían su devoción los huéspedes —arrieros bíblicos y pacientes del XIX— y las gentes de buen pasar, que se descubrían en la esquina, y rezaban sus avemarías con mayor gusto y devoción que puedan hacerlo beatas de buen año. Luego, se llevaron a Santa Rosa a no sabemos qué iglesia, pero el pueblo —que a todo cambio dice por ahí te pudras— siguió llamándole a la calle de Santa Rosa, por la dominica peruana; y si fue Santa de muy distantes tierras, ello prueba como la Iglesia es universal y todo lo tiene a la mano, porque en diciéndose avemaría purísima, parece que no pero las distancias se dispersan y la gente está, se siente como acercada en el amor de Dios. ¿Lo ven, amigos? Entre Santas anda el juego; sí: el juego, celestialísimo, de la paz y la gracia bendita.

## Los tres Gaspares

Vamos a ver si ponemos en claro el simpático laberinto de don Gaspar Fernández. No es asunto que se lo salte un galgo, porque ya no se trata de saber a qué vino esto de que Jerez dedicase una calle a un señor llamado así, con ese venerable y barbado nombre de Rey mago. El laberinto está en que cuando miramos a la calle nos encontramos, no con uno, y sí con tres. No con los Tres Reyes de la Epifanía, sino con los tres Gaspares más llevados y traídos que hayan tenido nunca los censos de la avencidación jerezana. Porque eso sí; los tres nacieron aquí y por nuestras calles pasearon sus sonrisas y puede que alguna vez hasta sus clavelotes abribeños y primaverales, que no porque entonces —siglo XVI— no tuviéramos ya la Feria en Caulina, no habrían de lucirse jacarandosos claveles en los ojales de las prendas.

Pues vamos a ver si aclaramos a cuál de los tres Gaspares Fernández fue ofrecida la calle y por qué meritzos. Porque los archivos municipales no parece que digan, con mucha diaphanidad, qué fue lo que cada Gaspar hizo por nosotros. Tampoco es muy necesario que se haga mucho por una ciudad para que de pronto legue un Municipio y levante lápidas en holocausto. A veces, con que las cosas rueden como bicicletas por cuestras abajo, es bastante, que así muchas calles están ellas mismas asombradas de su propia denominación. Pero, queramos o no, cuando alguien es agasajado así, hay que pensar que seso, bolsillo o favores tuvieron que arderles; y por eso tenemos que averiguar —de la mano de los cronicones— qué diablos significó cada Gaspar Fernández en Jerez.

El primero de los tres, fue un don Gaspar de cuyos bienes, según testamento del tiempo de Polanco, dispusieron sus nietos, que fueron dos; Perico, uno, y Andrés, el otro. Pero no parece que la escritura de una última voluntad sea bastante causa, eficiente, para tanto merecimiento público y cívico, a

menos que las disposiciones alcancen regalías caritativas para el prójimo, como ha hecho ese extremeño saladísimo que al morir se ha dejado más del millón para las viudas pobres sevillanas, quizás movido por los cálidos adjetivos con que San Pablo obsequió a quienes fuesen virtuosas después de tener a los maridos sumidos en la tierra y hartos de yerbas funerarias. De ahí que a ese don Gaspar lo tengamos que dejar por imposible. Aclaremos que por imposible, no por sus menguas, sino por no valernos para entender lo de su calle.

¿Y otro? Pues otro —tercero en el orden de su pequeña fama— fue aquel que viéndose próximo el acabamiento, se fue a la notaría y dejó por hijos a Manolo y Luis Rodríguez, allá en mil quinientos ochenta y seis. Y vamos a ver; ¿puede dedicarse una calle a todo varón que haya generado un par de hijos y sólo por ello, sin que esto quiera decir que tener y mantener dos hijos no sea, en nuestro tiempo, mérito insigne? Se nos escapa por entre la vulgaridad ese don Gaspar del Renacimiento —por su época y por su insistencia generadora— y entonces sí que nos damos de ojos, y bien abiertos, con el postrero, segundo de orden, y primero en la noticia, que con él se redondea y clarifica hasta darse con la sal en la yema.

Y ese otro don Gaspar Fernández, señor de su calle, ya parece que tuviera sobradas cualidades para evocársele con rótulo personalísimo. Se casó dos veces, aunque esto no entrañe virtud salvo en el caso de que se haga por exaltación sacramental, por enardecimiento paulino del vínculo. Fueron sus mujeres —y ahí reside su vinculación al Jerez del XVI— doña Lucía Ximénez, que murió pronto a pesar de estar protegida por la Patrona de la buena vista, y doña Leonor Bernalte, y las dos familias tuvieron ilustres blasones y sangres de mucha calidad. Sangres que, sin embargo, no fueron transmisoras, porque don Gaspar murió sin hijos. Y su acierto fue que antes del último suspiro, ese tremendo acontecimiento que nos deja en estado de que se cuenten chistes en nuestro alrededor,

y se nos exhorten los arreos con coronas industrializadas, dejó establecida una fiesta solemne en la iglesia de San Miguel, por la que Jerez, agradecido, dio su nombre a la posteridad. De modo que ahí quede ese don Gaspar Fernández —muerto hace ya trescientos setenta y nueve años— para que reine en nuestra memoria, sin más Gaspares que lo enturbien. Por nosotros, ahí quede.

## Quemada sabe por quién

Cuando se miran, como lo hacemos nosotros, con lupa literaria, los méritos de las calles antiguas, de verdad que duele el ánimo el regateo con que ahora se administran las nuevas. Cada vez que en nuestros tiempos se pide una calle para un hombre, distinguido él, salta en su derredor todo un niágara de interrogantes. ¿Y qué ha hecho? ¿Por qué vamos a dedicarle una calle? Y se dice como si eso fuese algo, como dice el pueblo cuando van y le dan a alguno dadivilla de las de poco peso. Porque la gracia sería, que al darnos calle se nos dieran las casas; pero, sí, sí; ahí están los Ayuntamientos dispuestos a dar favores por muchos meritazos que se tengan, que si dan algo, a lo más es un susto en los tributos y contribuciones, de esos de no te menees, y discúlpennos la frase tan escasa de señorío, pero tan cierta y valedera para entendernos.

Las calles antiguas dejan mucho que desear en los méritos: y algunas debieron darse tan a voleo, que ni sometiéndolas al fuego consultivo se les encuentran los amarrijos y los porqués. Ahí tenemos ésta; la plaza de Quemada, cuyo nombre viene a pelo ahora porque los termómetros suben más que las subsistencias, esos materiales de cochambre vital que cada día se crecen en los precios en modo y fantasía que no hay sueldos ya que los sometan a coto. Si escribíamos más atrás la

lisonja de la calle del Baño Viejo, fue, ya lo saben todos, porque nos pareció de sumo frescor en estos días estivales; y si ahora nos fijamos en la plaza de Quemada, es porque su nombre sabe a soles fuertes, y parece como un sinapismo de los que arrugan la piel con su fritada. Debiera hacerse esta glosa en los días de invierno, porque a nadie entonces podría amargarle un calorcito así como de brasero doméstico. Pero, en fin, a Quemada vamos, que hasta en menudencias callejeras conviene arrimarse al sol que más calienta, a ver si así le sacamos alguna claridad.

Decimos arriba Quemada sabe por quién, porque las historias no lo saben y medio Jerez tiene las calles así de oscuras de tutela. Si acaso don Agustín Muñoz Gómez, nuestro callejólogo potsromántico, dice, con mucha ufanía que fue llamada de ese por «una antigua familia jerezana». No es decir mucho; que familias con quemaderos en el apellido hubo diversas y por lo que parece, de semejantes méritos y todos ellos bien modestos de vitola. Dos Quemadas hubo en la ciudad hace cinco siglos, tiempo nada despreciable si pensamos en los ochenta miserables otoñuelos que a lo sumo podemos pasarnos por estas tierras. Los cita Bartolomé Gutiérrez; y uno fue el caballero don Pedro Fernández de Quemada, sin oficio ni arte conocidos, y otro don Alonso, que ese sí; ese fue cónsul de los Corredores de la Lonja, algo así como gran agente comercial colegiado de su época. Alonso debió tener sus ahorritos en las bolsas, porque en el callejón de la Garrida tenía una huerta —la de Quemada— con bastante hortaliza y naranjas de buen ver y mejor beber; y dígase así en gracia de que el zumo hay quien lo saborea apretándolo y echándoselo al gaznate que da gloria.

Otro Quemada —Salvador— dicen las historias que se fue al Puerto en 1494 buscándose mayor espacio para sus hazañas como luego diría Zorrilla en su Tenorio, sin que por eso aseveremos que Salvador las mataba callando, sino al contrario,

que fue varón virtuoso de los de yo a mi mujer y tengamos en paz la fiesta de las coyundas. Con él se acabaron los Quemada; y ahora viene el problema, amigos nuestros, porque de ninguno de los citados tomó la calle nombre, con cuya rasa información Muñoz Gómez se quedó más campante que industrial cuando devuelve una letra, que hasta suspira diciéndose «ea, lo que a mí ésta no me coge tonto». Y es lo que nos hemos dicho nosotros; ¿no habría medio de saber en lo sucesivo por quienes tienen bautizo nuestras calles? Y si no puede saberse, sépase que en adelante no deberíamos ofrendarle travesía a quien no tuviera los méritos tan en relieve como tengan sus encantos las guapas negras que asustan de lo gordiflonas y aparentes, aunque, como toda gruesa, se queden en eso: en la marabunta lineal, porque lo bello y sugestivo está en el espíritu, y a nosotros, que chanelamos lo nuestro de la cosa, que nos dejen de bobadas.

Por la plaza de Quemada, allá en 1713, don Bartolomé Gutiérrez lanzó una mañana, como hizo Triana el de Colón, su grito de descubrimiento, sólo que no dijo tierra sino estatua, porque lo que vio con su catalejo de erudito, no fue un continente sino un par de figuras en mármol que lo dejaron frío; por el estupor de la hermosura, no por la materia entallada. Fueron al hallazgo el corregidor, que lo era —Dios lo tenga en su Gloria— aquel don Nicolás Carrillo, marqués de Alcocébar de tan grato recuerdo en la lista de la corregiduría jerezana, el padre Jerónimo de Estrada y el historiógrafo Mesa Xinete; y que a los dos les diera el Cielo Gloria también, que no va a ser más el Marqués que los otros en eso de haberse salvado de la quema del Purgatorio. Poco después, las dos estatuas, como niñas traviesas, se fueron de la casa paterna —Jerez— y nos las robaron y nadie sabe dónde paró el rapto, pero es lo cierto que las criaturas no han vuelto a aparecer, como robo moderno, que ocurre pero no cesa, que nos ataca pero no se extingue. Y ahí queda la plaza Quema-

da; con nombre un poco expositario, un poco de hospicio ilustre, porque decir que fue por una familia de antiguo abo- lengo es no decir nada; y si tiene mérito será el de haber mantenido, por sí mismo, su fuego sagrado, porque eso sí, ni sabiéndose quien fue su padre ha perdido el prestigio y la buena fama. Al revés que acaece en el mundo, que quien no tiene padre no sabe en qué postura ponerse para vivir sin que lo molesten entuertos y burlas. Con que ya lo saben: Quemada, sí, pero por saber quien, porque lo que es a nosotros que nos registren, por que no vivíamos entonces hace cinco siglos, sin que esto quiera decir que no nos gustaría virlos a partir de ahora, tiempo y madurez en que ya nos las vamos sabiendo todas.

## Nostalgia del Baño Viejo

Escribimos en la siesta. Una siesta al son de las hogueras de San Juan. Vaya un santo, con leña y quemador, que no habrá en la Tierra bombero que lo meta en mangueras. No parece sino que este San Juan de junio y muy señor nuestro, se cansó de predicar con los evangelios y tomó en sus manos el flagelo del calor para embrearnos con este infierno que calcina y hace hervir la sangre en un sinapismo de toma fuego y dime tonto. Siesta sin árboles, sin agua, sin una brisa que llevarse a los ojos. Fulgor de dunas de desierto; chirriar de arenas en los pies; crugir de jibas de camellos; siesta, junio, San Juan.

¿De qué calle podríamos hacer historia, si entre cada dos palabras se nos viene a las perezas de la imaginación un clamor de aguas? Si las calles fueran de agua, ay, qué delicia de cruzarlas y desnudos. Una —una sola— tiene Jerez con nombre fresco y goteante: la del Baño Viejo. No es que aho-

ra calme la asfixia, pero hace siglos sí que fue collación de baños en los que supo la ciudad solazarse, que parece mentira en tanto tiempo no hayamos tenido exudadores. Pero consolémosnos con la nostalgia, que a veces, llevándonos atrás, no deja de ser una consolación de a falta de pan buenos son baños.

Cuando la Reconquista —esa cosa histórica llena de reyes con barbas y espadas como aspas de molino— Jerez tenía en el barrio de San Lucas decenas de casas de baños. Habían servido para el lavatorio de los pies de los moros; y ustedes perdonen el modo de señalar. Los moros, antes de pisar los suelos de sus mezquitas, se duchaban las plantas pedestres, y hace muchos años veíamos en las revistas informativas al simpático Naguib de Egipto con un pie en una palangana y sonriente acaso porque el agua le haría ilustres cosquillas. Dejaban las chancletas a las puertas y ensalmaban, con mucho recato, sus rezos por Alá en forma y gravedad que a veces ya las quisiéramos para los nuestros. Así que los moros se fueron al Africa, las mezquitas de junto al Salvador y San Mateo —y conste que los patronos son para entendernos, no porque ya fueran iglesias en pie— se quedaron más vacías que cabeza de chorlito con cargo público; pero los baños dijeron algo así como a nosotros qué, y en vez de purificar morerías remojaron axilas cristianas. Y eran buen negocio, porque si no a qué vendría que don Bartolo Gutiérrez, nuestro historiador, se colara tanto con los baños de San Lucas en su célebre Historia.

Se quedó una de las casas de bañistas hasta 1460 y bien erguida, porque se sabe que a Enrique IV —que no se lavaba mucho— concentró largas piquetas para echarla abajo. Dígase —por justo— que no la derribó por sucio sino porque sí, por aquello de que, de pronto, los hombres que mandan, como no saben en qué utilidades meterse, juegan a decir: ¿vamos a derribar esto?, y van y pum y lo echan abajo como si la cosa tuviera gracia, que no la tiene, porque luego, como son tontos,

no saben con qué diente nuevo cubrir el alveolo. Muerto el perro se acabó la rabia, dice el adagote; y así, cuando don Enrique, y en su real nombre el alcalde de Jerez, echó al suelo la última bañería pública de San Lucas, aumentó el calor sufrimos más y los veranos se llenaron de hormigas, mosquitos, calles desérticas y nostalgia de quién tuviera un baño aunque fuera pobre. Alguien, pese a ello, se salvó de la quema ¡y fue la calleja cercana de San Lucas!, que desde 1529, por gracia y registro de las Relaciones de bienes del Hospital de la Sangre se llama así: del Baño Viejo. En ella doña Constanza Hernández testó sus fincas ante el notario don Juan de Astorga y en favor del Hospital, siempre y cuando —viva el hablar democrático— se pagasen de las rentas dos reales a los curas de San Lucas por una misa de funeral que dirían, para su alma, en la calurosa mañana de la Asunción; y la cifra del par de reales prueba que hay cristianos que si ahorran en vida con el prójimo, en cambio tiran la hacienda por la ventana en asuntos del cielo; y si lo que doña Constanza quería era salvarse, discúlpesele en razón de que cada cual debe preocuparse de su propia salvación y no de la de don Pepito.

Nunca fue la del Baño Viejo calle de muchos señoríos ni de lujos de rompe y raja; pero no cabe duda que tener el agua en la esquina, aunque fuese sólo de nombre, ya era de suerte. ¿Acaso tenemos más ahora? ¿No nos quedamos en los años modernos y con baños novísimos, sin agua y con las calenturas vitales metidas en jabón hasta las corvas más secretas? Vamos a girar la ducha para abrillantarnos en frescor acuático, y un extraño estupor de tuberías nos saluda con un gluglú que nos deja sentados en la bañera con cara de tonto y gesto de que vamos a llegar tarde al cine, que es trabajo al que los flojos no nos importa acudir con puntualidad. Y eso sí que no tiene bendita la gracia; y no decimos maldita porque la gracia, por escasa que sea, está llena de bendiciones y no de tacos. Vayámonos ya. Quédese la calle con su Baño Viejo. Que la

nostalgia nos haya servido, al menos, para saber que los tiempos moros tuvieron baños y que tal vez por ello se diga ahora cuando se mira algo viejo: esto será del tiempo de los moros. Refresquemos la memoria, porque el cuerpo, no llevándole a la playa, a ver quien lo mete en agua en Jerez, que hierve de abundancias de sol y de asfixia y de falta de piscinas, baños, ríos, duchas y cualquiera otro sistema de consolación acuosa. Y cortemos, que ya la mano se nos cansa, el sueño nos rinde, y con licencia de ustedes, nosotros vamos a dormir la media hora de nuestra costumbre casi frailería. Sí. Es junio; arden las hogueras de San Juan; sesteamos. ¿Ustedes gustan?

## Las que saben a flores

Algunas de nuestras calles —nosotros sabemos sólo de seis— tienen nombre como fragantes y primaverales; y discúlpennos la exuberancia quinteriana, pero es que son de sonoras y requebrables que da gloria verlas y oirlas.

Abre marcha, con su trompetería de aromas, la vieja de los Caldereros, en la que hace setenta años, un buen cura, el Padre Muñoz Espinosa, cuando iba a consolar a un agónico con el Viático, descubrió una lápida visigoda. ¿Sería antigua la callecita de las Flores, que está ahí en la barreduela del Salvador, el área —y iqué rezumadora!— donde ahora, cada septiembre, suéltanse de alas las palomas de la Vendimia? Pues sí, cuando nos parece que va a ser Flores por su rico olor, cuando ya nos sabe a ramo florido, a brisa de primavera adelantada, resulta que se la llamó así, tan deslumbrante, por un Fernán Flores, familia de escribanos y canónigos de gran cuño, de quien Parada, en sus «Jerezanos ilustres», escribía que «sabía mucho»; y tanto debió saber don Fernán, que se hizo famoso con «solo dos libros», que sí que es suerte, y no

la de nuestros tiempos, que se las pasa cualquiera dándole a la prosa o metiéndole mano al poema, y nada, no nos conocen ni los que conviven con nosotros.

¿Y Campanillas? ¿Quién diría que no es nombre de flor? Una hay, y flor de una pieza, de un bloque botánico, real moza, con figurilla de campana; y en los jardines del Vaticano, como un privilegio de la tierra, se da en modo y abundancia, que por las noches, más que flores, parecen como un repique de gloria de Resurrección, sólo que en muy pequeño y ternísimo; algo así como si Cristo resucitara, oliéndolas, pero otra vez Niño, como en la casita de Nazaret. Y, ¿quién podría pensarlo? No se llama así por ninguna flor, sino por una campanilla que debió estar colgada en la casa de los Campo Real, para llamar a los criados; así como la que tuvo en la suya de Eguiluz don José de Ivison. ¿Fue una? ¿Fueron muchas? Nadie lo sabe; pero sí que el tintineo le dio bautizo a la calle, sin que hubiera flores en su derredor.

En la ribera de la Colegial, nos ríe y gloria, con salvas de recogimiento, la calle de la Rosa. Y, ¿cómo no tocarla, que decía Juan Ramón, nuestro poeta genial, si tocar la rosa, es como entrar las manos en terciopelos y sedas?

Gente de mucho abolengo vivió a la orilla de sus pétalos —sus aceras— y se llamaron Gaspar Pastrana, Lope de los Ríos, Bartolomé Dávila; y cuéntase, que se holgaban y regocijaban sintiéndose vecinos de la Rosa. ¿Fue por alguna señal de Posada de la Rosa?— ¿Por algún friso que tuviera, en su piedra una rosa? Si lo fue, ¿qué rosa, amigos? ¿De pitimini, menuda y temblorosa? ¿De Jericó? ¿De Alejandría? Cuando vamos a quedarnos en su aroma grana o blanco —también los aromas tienen su color finísimo— nos llega Muñoz Gómez, y nos dice que allá en el año del descubrimiento americano, vivía por la Cruz Vieja un Sebastián de la Rosa, hidalgo él, cuantioso de fortuna, y don Agustín le supone trasladado, para mejoramiento de vivienda, a la calle colegialicia, vecina

de los González Gordon —que Dios guarde— y acaso porque fuera el hombre dadivoso con ella, ipafl, le pusieron el apellido en los padrones, y la dejaron a su sombra para siempre.

Y el Clavel; sí, el clavel —¿porqué le llamarán cariofileo los botánicos?— dio nombre a la que va de San Andrés a la barriada de España. Primero fue callejón de la Garrida, por una guapisima mujer, arrogante como Lola Flores, que traía de cabeza —no era para menos— a los viejos rijosos, que se iban a las esquinas con sus melancólicos: iseñores, que real hembra!, a consumirse de nostalgias mocetonas. Tuvo en la esquina de Palomar, un triunfo que el Ayuntamiento alzó a la Santísima Trinidad, conmovido hasta las bodegas del espíritu en las que se guarda y custodia el buen vino de la fe —por las predicaciones de Fray Diego de Cádiz. Justo es pensar, que si en Madrid la calle del Clavel se llama así porque tenía una buena mata, de abundante florecimiento, de esa flor castiza y torera, que enloquecía las reales narices de Felipe III y de su Margarita de Austria —a cuyo nombre, el rey decía: ¿me quiere? ¿no me quiere?— también a la nuestra se le llamará por algún clavel que tendría en una ventana de las de mucha cal y piropos.

Las demás —Florinda y Ramos— tres cuarto de lo mismo. No habría de ser aquella por la hija del Conde don Julián, que armó la marimorena con los moros vendiéndonos la monarquía visigoda. Fue por don Diego de Florinda, un jesuita de mucho peso teológico, visitador en América, jerezano legítimo, florecido en la media cruz del siglo XVII. Y la de Ramos, que va hacia el recreo de Vallesequillo, evoca a un cura —don Juan— que ofició en San Pedro, escribió de agricultura y de contribuciones— ¿sería posible? —fundó la Sociedad Económica de Amigos del País, una entidad muy siglo XIX, muy barbuda y liberalota, pero inofensiva, que nadie supo jamás con qué cuchara podía comerse, pero que figuraba, con sapiencia barata, en aquellas postrimerías del siglo zorillesco.

Pues ninguna de las seis —siendo floridas de atavío— llegaron a ser calles con flores; que lo parecen, sí; que saben a flor, también, pero ahí queda la historia: en puro presentimiento. Después de todo, que más quisiéramos, sino que todo cuanto no es en el fondo sino menudencia de la tierra, tuviera, siquiera en el aire y los sabores, alguna que otra apariencia bien merecida, algún que otro aroma imaginado. Porque, vamos a ver: ¿qué es mejor? ¿qué las cosas sean un sueño o que nos hagan soñar? Y otra vez —ya para irnos— disculpen la blandura quinteriana, pero es que todo lo requebrable da gloria verlo y oirlo. Así las calles. Y si no, digan en silencio: flores, rosas, campanillas, claveles, florindas, ramos... ¡Qué! ¿No suena bien?

## Cuatro que suenan a gloria

Alguien habrá dicho: ¡vaya un modo de buscarle enredo a las pobres calles! ¿Cómo van a sonar a gloria? ¿Las calles suenan? ¡Y qué! ¿No suenan las monedas? ¿Y se ha pensado si la musiquilla de la moneda gusta porque la moneda vale para los caprichos y la vida, o por la música en sí? Siempre habrá dos mundos: el de los que buscan en las cosas el sonido de su espíritu y el de los que quieren que las cosas valgan para algo. A nosotros —¡qué quieren ustedes!— cada vez nos gusta más la música de las cosas inútiles. Nunca dejamos que la monedería pase de su línea macabra —la de su precisión— y la metemos en cintura, así que no tiene nada que hacer en nuestras elegancias. Y Jerez, que es así de desprendido, de señor, tiene calles que suenan a gloria. Lo veremos. ¿No suena a gloria la Iglesia? ¿No habrá de sonar también a gloria lo que lleve en sí, de algún modo el sonido de la Iglesia? A eso vamos: es una teoría, siempre más generosa y fina que cualquiera otra que

no pique tan arriba. Tenemos cuatro calles que suenan así, lo quieran o no los suspicaces: la de Abades, la del Claustro, la de la Misericordia, la del Vicario. ¡Qué! ¿Y ahora? ¿Está o no clarito el remoquete celestial?

Bueno; hay que aclarar, enseguida, algo que tiene su importancia. De las cuatro, una —la de Abades— sólo suena, ¿eh?, porque las otras, no es que suenen, sino que lo son: reflejo de alegrías de la gloria. La de Abades, cualquiera que la mire aprisa, se piensa —como nos pasó a nosotros— que se llamó así por los abades del Cabildo de la Colegiata. Es antigua y vivieron en ella jerezanos tan de familia brillante como los Zurita o los Mateos Gaitán; se dijo que en la casa número 3, hubo patios opulentos y mármoles finísimos; entre los cuales vivirían los abades, que los dejarían tensados, sonantes, de latines de la mañana y de las ternuras oprimidas y melancólicas, de los rezos de Completas. Pero no fue así; se la llamó de Abades por los vecinos de este apellido, que fueron muchos, según lo prueban los testimonios escriturarios de Polanco. Uno de ellos, don Rodrigo, se casó con una María Hernández, muy guapa y honesta, hija del hortelano, lo que no quiere decir, ni mucho menos, que fuera perra, sino que su padre trabajaba en lechugas con ahincos de buen horticultor. De la boda, nacieron muchos pequeños Abades, y como la gente dio en llamarles: ¡Ahí van los Abades!, a la calle se le colgó, para siempre el nombre, y ya la palabra —abad, abad— siguió sonando, de rechazo divino, a persona muy cerca de los entretenimientos de la santidad. Por eso lo decíamos arriba. Sólo por eso.

En cambio, las demás, sí; las demás tienen motivos para estar gloriadas. La del Claustro fue llamada, primero, de los Frailes, y luego de Belén. Pero en el año 1852 —hace 103 primaveras— el Ayuntamiento, acordándose de que los frailes viejos vivieron en claustros, porque estaban en la Cárcel —no por nada malo, sino porque la Cárcel era el convento merce-

dario— dijeron: hombre, ya que les quitaron las casas por órdenes de Madrid, vamos a ser buenos y a dejarles siquiera el nombre; y coronaron con un claustro escrito las esquinas, para que los tiempos supieran a qué frailes quedarse. Y así sigue; nombre sugeridor, ¿verdad que sí?, de oficios divinos, de sandalias ascéticas, de madrugaditas con fríos de primeras misas, con toques de campanas aurales y tiernas.

La de Misericordia fue por el Hospital que en el siglo XV se alzó bajo el auspicio de palabra tan feliz y generosa. Entonces, a los hospitales no se les llamaba, como en los tiempos nuevos, de don José Mendoza —pongamos por nombre propio— sino que se les bautizaban con bendiciones de los cielos. O santos o virtudes; o bienaventuranzas o abnegaciones; pero nombres altos como la gloria, que por eso lo hemos escrito. ¿Podría llamarse a un hospital con mayor hermosura que la que trasmite la Misericordia? Allá vivieron, en la calle, no en el Hospital —que parece fueron gente capaz de llamar a sus médicos de pago— calceteros ricos, industriales con panoja, y fueron Pedro Riquelme, María de Estrada, Bartolomé de Trujillo, que pagaban sus buenos maravedises en los censos.

Y ya estamos, sobre la Alameda Vieja, ante la del Vicario, en la que se dio —en 1459— a un don Alfonso Fernández, ecijano, licencia «para ennoblecer la cibdad» con nuevos edificios, y éste llamó a su calle del Vicario Viejo. No dice Mesa Xinete, en su «Historia eclesiástica», quiénes fueron aquellos Vicarios antiguos. Canónigos, sí nombre; y abades, algunos. Hasta el XIV, ya acabándose el siglo, no apareció en papeles el primer Vicario. Era don Pero Martínez, y se piensa, por el nombre, si estaba a régimen de frutas, pero no. Le ayudaba, como suplente, el canónigo Romero Ruiz, que era vicario segundo, y acaso porque los dos vivieran por allí, se quedara el nombre vicarial en los muros. Ahora es calle sin meollo, de lo pobre y breve que es, pero en los siglos barbudos y venerables, tuvo un Hospital de Mujeres incurables, que vaya

si hacía prodigios, y sí que tendría que hacerlos, porque curar lo que no tiene cura, por poco que mejore ya sería cosa de quedarse pasmados. Lo hizo un cura de San Miguel —el padre Alvarez de Palma— y tenía en su capilla un cuadro de San Luis Gonzaga, que lo hizo el Padilla de entonces —don Juan de Rodríguez— al que llamaban «El Tahonero», pintor de mucha harina, aunque con menos gracia y arte que nuestro Juan de Hoy. Y así, sonando una por el nombre y las demás por la naturaleza, lo que no cabe duda es que los cuatro nombres tienen en sí la diminuta música de los Cielos. No sean los suspicaces, cicateros; no lo sean. ¿No suenan las cosas? ¿Por qué no las calles, que, ay, si hablasen, que no podrían decir de a qué soñamos nosotros.

## Dos, en Pascua florida

Al buen corazón, al alegre ánimo, a la finísima ternura de Pepe Arcas, hacemos ofrecimiento de esta crónica. Como tiene Jerez calles para toda ocasión y toda fiesta, justo es que miremos ahora, bajo la resurrección del Señor, a las que se visten de Pascua Florida, porque estamos en ella. Así los tiempos, cuando atravesen por esta historia menuda de la ciudad, sabrán a qué alegrísima hora fue sentida y escrita. Y las de Pascua florida son dos, no una calle, y si los Cabildos no pensaron en la Resurrección, al nombrarlas y bautizarlas, sería porque anduviesen cortos de magines; pero en el corazón, hacia adentro, si que estarían melosas y acariciantes, las viejas palabras del Salmo: «regocijáos alabando a Dios».

Se llama una de las dos calles floridas, de las Alegrías; y para más blancura, para mejor gozo, fue llamada, hace siglos, de la Rosquillera. Es, por ello, calle resucitadora; tanto, que el pueblo, cuando ve pasar los simpecados de las procesiones,

como tiene azúcar —¿verdad, Arcas?— en el corazón para decir las cosas, se sale con aquello de que las cuatro letras del Senado romano, lo que quieren decir, de veras, no es lo del Senado, sino aquello de que San Pedro quiere rosquitas o rosquetes; y cuando lo dice, se sonríe, al modo purísimo y cándido como el pueblo, que es puro, se sonríe con las cosas celestiales y mansas.

Las versiones —la rosquillera y la alegría— le cuadran bien al recreo y la cháchara encalada de una calle; porque si cruzarla, saboreándola, ya tiene gracia, cruzarla sabiendo que en ella se hacían y vendían rosquillas confituradas, todavía sabe más, mejor y más golosamente, que eso de ser vecino o peatón de calle golosinera, no es delicia que se dé todos los días a nuestro andar. ¡A los ricos confites!, decía un cronista, Fernández, que lanzaba, como un pregón, una vieja jerezana; pero Muñoz Gómez no estuvo conforme con el glotón cronista, y salió a su paso con la historieta de que fue porque en la calle vivieron los López de Alegría, y que si en los oficios de escribanos —las notarias antiguas— hubo un Alonso Alegría que hizo testamento en gracia y favor de Ursula, su hermana. Pero Fernández no quedó oscurecido en la pista, porque incluso los López de Alegría eran confiteros, y moldeaban pasteles como rascacielos; y la gente, a fuerza de comérselos —que a nadie le amarga un dulce— exclamó: ¡qué ricos son los pasteles de alegrías!; y tan metidos en canelas y cremas debieron dejarse los dientes, tan perdidos los ojos en los saborcillos, que dejaron, para hablar más pronto, lo del pasteleo, y dijeron, a solas, aquello de las Alegrías, quizás porque ya entonces habría nacido el refrán de que al buen goloso con poco nombre le basta, como al entendedor chipén le basta con poca oreja para darse cuenta de lo que tiene que escuchar. Y en Alegrías se quedó la calle. Lo que sí pasó es que en dos siglos después del XVI se perdieron las fabricaciones, y hasta primeros del XIX, nadie habló de ellas; pero poco después de

irse con sus cuentos los franceses, una vieja, de pronto, de negro contra la cal de las paredes, canasta al brazo, dio una voz y resucitaron las tradiciones; ¡«Alegrías de la Rosquillera»!, y entre que si rosquetes, que si el nombre de laregonadora, reapareció el jarabe empastado, y ahí quedó el deleite, de modo que quien pase por esa calle deberá saber que sabe a gloria, que tiene aleluya implícita, que fue degustada y debe recrearse en su nombre.

Y la otra, no es calle, pero sí plaza, y con alas, como que se llama de los Angeles. Si primero fue Arco de Santiago, lo fue por uno que hubo en la muralla jacobea. Duró poco y hacia 1852 resonaron en el Arco las alas angélicas. ¿Por qué? Nadie lo supo; fue, un misterio; ni el informe municipal en que se hacía la propuesta —proponer angelísimos, qué alegría de Ayuntamiento!— tiene constancia de la ocurrencia; pero algún cronista hace saber que si no se sabía, sí fue por «tan simpáticos mensajeros y celosos guardadores», y tiene mérito, porque en la rinconada del Arco nunca fueron vistas pinturas murales ni esculturas seráficas ni hornacinas alusivas. Como siempre, algún seco criterio quiso ver en la fiesta del bautizo, familias de la tierra y no familias de los cielos; y los famosos «Índices» de Polanco hablaban de una Lucía de los Angeles, hija de don Andrés Gallegos, que dio poderes a su tía María —¿será posible?— para que hiciera de su capa en asuntos de sus fortunas; y de una Jerónima de los Angeles, madre de Ginés y el sacristán; y el seco criterio se dijo: ¿se llamaron ángeles los vecinos? ¡Zás!, pues suya la plaza! Y decimos ahora: ¡qué más da, si vecinos de abajo o de los cielos? Lo que tuvieron ellos de mérito fue llamarse Angeles; y eso es lo que sueña; y estuvieran en el linaje o en la gloria, en las casas o en el paraíso, lo cierto es que los ángeles aventaron a los Cabildos y que los movieron a la inspiración urbanizante.

Nadie los toque, y quédense las dos calles en sus nombres de las Alegrías y de los Angeles. Pepe Arcas pensará como

nosotros; seguros estamos. Las cualidades deben estar guardadas por nombres que custodien, que celen, que guarden. Y estas dos, son de la Pascua florida, y tienen aleluya propio.

## Tres que miran al cielo

Alguna vez, las calles, como hacemos las criaturas, miran a los cielos. No se sabe por qué, pero miran; y con una fijeza que se sostiene a través de los tiempos, con la perseverancia de los mármoles. Ojalá tuviéramos nosotros el corazón puesto en las alturas, como lo tienen algunas de nuestras calles, que no se lo callan ni se lo aguantan, y sí lo cantan y lo proclaman desde la diafanidad de sus nombres. Y si no, a la vista tenemos tres: las de la Estrella, de la Luna, y de la Nube. ¿Por qué se llaman así? Cuando se las ve, al paso, nos sugieren mucha altura, si no mística, sí de de una fiesta tan esbelta, que casi se parece a los modos ascéticos y altísimos de que el conocimiento del hombre se vale para acercarse a la gloria divina. ¿Qué más pueden hacer, sino bautizarse con rótulos que levantan el capítulo y convierten las piedras en alas de la contemplación celeste? Veámoslas despacio. Esa de la Estrella, pensada a la ligera y teniendo a las manos sólo los textos que Muñoz y Gómez nos dejó en su libro, es bien escasa de facundia, porque nos trae al recuerdo la familia de un comerciante dieciochesco de Cádiz —García de la Estrella— al que se dice estuvo ofrendada. Eso, viéndola aprisa; pero, ¿qué teníamos que ver los jerezanos con negocios gaditanos, de los que, además, nadie tiene constancia en legajos, archivos, padrones y demás zarandajas papeleras? En cambio, la Estrella, mirada hacia arriba, como lo hace la calle dándonos un alegrísimo ejemplo, sí que dice todo cuanto debe saberse. Ya se sabe que tiene luz propia, como los cines modernos, que la compraron

para no quedarse más a oscuras que tonto delante de sabio palabrero, que no se les ayuna y suele quedarse bisojo de asimilaciones. Lo de tener luz no tiene mérito, porque podría tenerla y que sólo sirviera para cegarnos. Lo que sí vale en toda estrella es su calidad de sugeridora de sueños; que las hay errantes, como también las criaturas, así que beben dos copas o se tragan una mala pena; y la Polar, que estará fría, pero sirve para que los barcos lleguen a puerto; y la Venus, una especie de Silvana Mangano del firmamento; y las de mar, que dicen que son radiadas, aunque lo serán en onda cortísima, porque nada se sabe de que las tengamos sintonizadas; y la africana del Congo; y para mayor lustre, una, la de Lope, cortada en el bosque estelar de Sevilla, dio fama y vuelo al teatro del mundo, en aquella Estrella que nadie entiende, pero que sí es una buena tentación para los de una cámara, que la montan sin entenderla pero con muchas luces naranjas y azules. ¿Y no tiene mérito que Jerez haya izado en sus esquinas el blanco, célebre, rutilante nombre que tanta hermosura infunde a los Cielos? Pues sí; y ahí la tenemos, y que por muchos años podamos conservarla.

¿Y la Luna? ¿Qué nos dicen ustedes de la Luna? Si Saturno tiene ocho, ¿por qué no habíamos de tener nosotros qué menos que una? Los técnicos se ponen que da fatiga oírlos con que si llena, si menguante, si creciente, si media, si en eclipse; de modo que ya nadie sabe a qué luna quedarse, aunque casi siempre suele ser a la de Valencia, esa luna que ampara las desiluciones y los reñemores. Famosa sí que ha sido la Luna, a mucha honra, porque vaya si quel don Pedro, el antipapa del XV, dio ruido, con su soberanía regalo de los franceses, que hasta puso de cabeza a San Vicente Ferrer haciéndole decir aquello de: pero, ¿no han visto ustedes, hermanos muy queridos, lo listo que es don Pedro? Pues, ¿y aquélla Rita Luna, la malagueña barroca —de carnes y de época— que hacía así, pisaba las tablas y era una actriz mejor que la

Guerrero? ¡Pues vaya con don Alvaro, el mandamás de Juan II, el de las «Virtuosas mujeres», con su gorro calado, como esos de dormir que usan las señoras del cine americano, y su pelambreira de ñiñote bueno, desbordada sobre las patillas y el cuello! Pues con todo y con eso —¡qué delicia, a veces, la lengua popular, y cómo se expresa!— la calle se llama Luna, sólo porque su Cabildo —en 1865— dijo: con que Estrella, ¿eh? ¿Y de la Luna, qué? ¡No va a ser menos, que al fin y al cabo, la Estrella emite por sí misma, y la Luna tiene que esperarse a que el Sol la espejee! Y en Luna se quedó, ahí, a la ribera de Francos, a pesar de lo que se habla del tintorero don Paco que vivió o tuvo talleres por el recodo de San Dionisio.

Y entramos en la Nube, como algunos aviones de gran turismo, que para agregar su gestión a los viajes, se meten en sombras, y convierten a los viajeros en carne avícola y así les suministran temarios temblorosos de qué barbaridad y qué valeroso es usted, para sus horas de tertulia cafetera. ¿Qué nube será esta? Quisiéramos explicarnos cada calle hasta que se nos quedase como esponja en manos de bañistas, escrupuloso, bien exprimida y como recién sacada de tienda; pero suelta poca agua erudita esta Nube. Nosotros, apretándola con bríos de que me ahoga usted, amigo, hemos sabido que hay nubes de verano, que a los bobos —incluso a los que pasan por no serlo— se les dice que están en las nubes, que a los catarros de las muy enfriadas los meteorólogos les llaman lluvia, que las hay en los ojos —sobre todo en los ojos de los toros— y que en el cine español se usan mucho para las escenas románticas con un fondo de violines vibrátiles. Pero ella es más simple; vive en la calle jerezana, desde aquel Cabildo del 65 la entronizó para que hiciera trinidad con la luna la Estrella. Y nos vamos; antes de que llueva. Pero eso sí, muy alegres de que algunas de nuestras calles, miren, con los ojos de sus esquinillas al goce de los Cielos.

## Las que tuvieron árboles

Son muchas; y no quisiéramos dejarnos fuera ninguna, por aquello de que nadie pueda decirnos que nos fuimos por las ramas. Como estamos en tiempos de podas rasantes, y parece que a los hombres nuevos esto de los árboles les sienta como pedrada en ojo, que para ellos hacen, será deber —y muy de nuestro gusto— defender a las que tuvieron sombras arbóreas en sus aceras, que así, al menos por nuestra parte, quedamos en paz, y con el corazón tranquilizado.

Empezaremos la historia por Acebuche, que viene —y ya sabrá lo suyo— de la conquista de Granada, en la que Jerez tuvo paladines de varonil infantería; y parece que, ya frenadas las guerras, dijo la ciudad: hale, a extenderme, y salió hacia el Egido urbanizándose que las pelaba, hasta dejar, en un periquete, las calles del Pañuelo y de Vallesequillo más compuesta que novia de pueblo en mañanita de bodas a lo García Lorca. No pudo hacerlo antes porque si estaban los moros en Ronda y La Ina, a nada habría venido el esfuerzo, que en dos saltos de caballo nos habrían arrasado las obras hasta dejarnos en ruinas. Y así la nueva calle, donde vivían gentes muy sonadas —los Ayala, los Ibáñez de la Vega, los Sánchez de las Casas— como al término del acerado, en un recodo, le dejaron un acebuche, con el remoquete se quedó, como dice el pueblo, por seculá seculorum. Y ahí sigue.

De la de Alamos, se nos dan escualidas noticias, y si tuviéramos que arreglárnosla con lo que canturrean los historiadores, aviados estábamos, si no fuera porque un Padrón —el de las monedas— sintiéndose generoso, abre sus legajos, tose, y con voz de notario acatarrado, anuncia que ya en el año mil quinientos existía, y que sólo tuvo un álamo, pero que alguien, mirándola tan encalada, pensó que uno sólo era muy poco árbol y empezó a llamarle de los álamos, poco más que si fuera un bosque del poético tronco al que los soñadores,

cuando pasean por los ríos, envuelven en ditirambos como aquellos de Pemán: «se dormía la niña — con el son de las hojas del álamo».

¿Y la del Almendrillo? ¿De dónde vendrán? La sembradura debió originarse hacia el año mil ochocientos diecisiete, cuando por Sevilla andaba don Alberto Lista defendiéndose de los aires franceses, con su teología y su canonazgo. Cuentan algunos cronistas, que la primavera se acerca a Jerez, dulce y mansamente, por el «barrio de San Mateo», a cuya sombra pertenece la calle de este pequeño almendro, y así, como a presagiador de los tiempos con bonanza, quiso llamársele. Por si fuera poca razón aquella, un ingeniero —el señor Cerdá— que escribió, entre nosotros, una «Teoría de la Urbanización», después de profundos estudios, que debieron dejarle rendido de reflexiones, escribió: «y, encima, parece que las calles que tienen nombres de árboles —como esta del Almendrillo— se los deben a que tuvieron árboles», con cuya talentada exégesis, a nosotros sólo nos queda cohibirnos, sentirnos tímidos y abrumarnos en la enorme sabiduría botánico-urbanística. Y así lo haremos, que nosotros no queremos ser más papistas que el señor Cerdá.

Así las cosas —así de claras, queremos decir— nos damos de cara con una calle, más que calle plazoleta forzada, al paso: la Arboledilla, que va de Medina a San Francisco de Paula. ¿ven ustedes cómo no podemos confiarnos y pensar que todo ha sido árbol en las demás? Esta no tuvo arboleda —como aquella de los Machado, en que se escribía «el viento por la alameda»— y si fue porque dándose el paseante un rodeo, se iba hasta el pago viñador de «Pelirón», donde pasaba el ganado perdido, al que llamaban mostrenco, palabra increíble que alguien pudiera pensarse quiere decir que aquella viña era ruda, ignorantona o roma de talenterías, como pueda serlo académico por enchufe; y no, porque mostrenco es aquello que no tiene dueño, y sería, sin duda, un

pago donde entraba la res, se lo comía todo y nadie reclamaba en guarderías algunas.

Dos calles arbóreas nos quedan, porque la del Jardincillo, que hace siglos fue callejón de Gallardo, debió nombrarse en la dominica última, cuando lo de las flores, y si no lo hicimos, fue porque, de modestuela que es, no debió llegarnos a tiempo su aroma, que si no, vaya si la contamos entre las calles floridas. Y estas dos, se llaman; la muy triste, Ciprés, y si sería pacífica, por ser el árbol de las paces postreras, digalo por nosotros, que a lo mejor pudiéramos servirnos las cosas a nuestro amaño, ella misma que se llamó, antes que Ciprés, calle del Manso o de la Mansa, quizá porque un ciprés lo mismo sirve para moro muerto que para mora fallecida. Los símbolos se congregan en su copa —iqué copa de negro vino, verdad!— porque todavía le colgaron un sambenito mayor que el de la mansedumbre, cuando se le llamó del Paraíso, por un paraíso que tuvo pero que muy bien requeteplantado. Luego llegó un vecino, lo vio demasiado feliz, y le amargó la fiesta a la calle, diciéndole: te llamarás Ciprés; y en Ciprés se quedó, y a ver quien podía ser el espíritu simpático que le quitara ya la negrura.

Y la otra —no triste, pero si heroica— se llama del Laurel. No tiene salida, y es apéndice de la de los Morenos, y hasta el XVII campeó en ella ese alegre y vigoroso alias: Laurel. ¿Fue por el árbol? ¿Por un maestro de capilla? —don Benito Laurelo, genovés por su cuna— que dio un concierto en los jardines del Alcázar a Fernando VII el vánico? ¿Fue acaso don Benito vecino de la callejuela? Puede que lo fuese —cualquiera sabe— porque don Benito pudo vivir, pagando su renta, donde tuviera por conveniente. Lo cierto es que si le tomaron el nombre, o le quitarían la o, o se habrá caído del rótulo, aunque éste no lo parece, que está la calle muy ufana y segura de su apelativo. Y las tres que ya nos quedan —del Madroño, de la Palma y de la Vid— las dejaremos

para otra lisonja, no sea que tanto árbol nos revienten las tierras, y se nos vaya la savia a las cunetas. De modo —es decir: si no disponen otra cosa— que hasta la próxima mañana.

## El Madroño, la Palma y la Vid

A bien lejos llegaríamos, si nos entrásemos, a fondo, en las tres plantas. Las llamamos así, porque la vid no es un árbol, pero sí un arbusto, y alguno podría decirnos que esta es planta corta, aunque de muchísimo fruto, y del que se toma en modo y abundancia que alegra las cuadernas del espíritu. Iríamos muy lejos, porque son los tres colores más finos y jubilares de la vida. Y si no, pensadlo bien y veréis. El rojo de los madroños, como la sangre, de la que se vive; como la pasión, de la que se siente; como la ira, de la que se huye; como los grandes crepúsculos de los otoños bien templados y largos. Esto, el rojo.

¿Y la palma? Tiene un oro suave, terso, angélico, en el que los soles burilan, tallan, orquestan la luz, y hacen candentes los mediodías. Eso el dorado, el amarillo de la palma, con un jugoso dátíl, que da gloria —una gloria de niños glotonés— comérselo, apretándolo entre dientes y lengua.

¿Y el verde de la vid? Es un verde bebible, un verde que, cuando va haciéndose esmeralda, se temple y contiene, y se hace viña, uva, goloso líquido que se nos une a la entraña, y en él acaban las penas y se hace columpio de la ocurrencia, la esperanza y el buen humor. Esto, el verde. Y los tres colores —rojo, oro y verde— que abierta bandera andaluza —¿verdad?— qué abierta bandera de toda recreación.

Para no irnos tan lejos, para quedarnos más a la mano, más cerca de nosotros mismos, los piropearemos con medida,

con cautela. Y así, el Madroño, al que Jerez levantó una calle que va de Abades al Espíritu Santo, fue árbol amparador de un viejo jardín con gracia. ¿Sabéis qué decía a sus puertas el jardín? Tenía un rótulo: «*Jardín del Senisero. Se benden masetas*», y se quedaba tan fresco, tan solazado, tan en pascuas, con su ortografía libérrima, casi teresiana, de lo muy desenvuelta y coruscante. La llamaron calle del tío Boza; pero eso debió ser tutela de paso, porque fue el Madroño quien partió el ágape, quien prosperó, el que se hizo amo y señor y sombra de la calle. Luego vino Polanco, se metió en archiverías, buccó en ellas, y dijo que si Pedro Madroño, que si María Madroño, que si Alonso Madroño. ¿No creen ustedes que fueron muchos madroños a la vez? ¡Vamos ya, Polanco, con los cuentos...! Nada, amigos, nada: ni el madroño de la villa sevillana, la del corcho y la bellota; ni el madroño de los lirios de Méjico; sino el madroño sonrosadito, erizáceo, comible, rojo de sangre y fruto, del árbol de Madrid, que nos dio, durante siglos, su carnosa fiesta goteante.

Por la plazuela de San Juan está la calle de la Palma. ¿Qué palma? Porque son muchas las que tiene el mundo. ¿Cuál sería? ¿Una palma, acaso, como la filipina del beri? ¿Una indiana: la del cocoteró? ¿Fue una palma como la real cubanita, sabrosita, sombreadora, en pie bajo las brisas oceánicas? No se sabe; pero sí que antes del XVII ya estaba la palma, como danzarina de Tartessos, debajo de las lunas llenas de Jerez de Santiago, sobre la casa de Bartolomé Basurto, a quien le amargarón la vida socavándole los cimientos —¡qué faena!— para abrirle una fuente pública en la que bebieran los arrieros de Rota o de Lebrija, en cuya agua pudiera temblar, de gozo, la primavera, llena entonces como siempre, de rumores de novias, de esquilas de conventos, de tenues suspiros de beatas heridas al paso por los festines flamencos y las malas costumbres ambulantes de los nocheadores. La casa de la Palma fue, y en ella tuvo niñez, y tuvo madre —y por mu-

chos años— aquel pintor nuestro, hace años ya en la Historia, que se llamó Juan Padilla, mágico, realísimo, opulento de gamas, de lumbres, de destrezas.

Y la Vid. Es una calle joven, como que así llamamos desde hace como siglo y cuarto, desde 1859, año en que el Ayuntamiento, dándose un seco golpe a la frente, se dijo: ¡Esto es la monda, ediles míos! ¡Todavía no tiene Jerez una calle en honor de nuestras viñas! Y bautizaron a ésta y no con agua, sino con vino, que alguna vez el Señor acaso perdona el cambio líquido, no echándosele a criatura, sino a cosa sin eternidad como viene a ser una calle o travesía. No por la viña silvestre, no por la del Asia, tan trepadora como enamoramiento de niña en corazón de viejo, que dicen son las peores carantoñas del ánimo, tampoco por la famosa villa burgalesa, de la que Stranberg, el viajero, se hizo lenguas hará cosa así como de ese tiempo. Fue por una vid, pequeña pero muy lozana y fecunda, que vivió en una huerta próxima; y nadie duda que fue homenaje al Vino, del que todos cubrimos, como con velo de zumos, nuestro tiempo. Así las tres plantas antiguas —el Madroño, la Palma y la Vid— cierran, con ramaje alegrísimo, este oloroso mundo de nuestros árboles.

## Alabanza de los Cuatro doctores

También las ciudades tienen doctores a los que dedicar el lustre y la fama de sus calles. Si los hubo —y los hay— en número y prestancia para que todos tuvieran su calle propia, nadie deberá enfadarse porque su nombre no se airea y brille en las esquinas, que no tendríamos calles bastantes, y esto sería, si no el cuento, sí la ciudad de nunca acabar. Cuatro de mucho porte, están entronizados, hace siglos, como un celo y

defensa de la sabiduría doctoral, con la que siempre rodeó Jerez su prosapia: Lillo, Mercado, Ruiz de la Rabia y Revueeltas; de modo que si hacemos alabanza de estas cuatro, nuestra crónica habrá recogido, para el futuro, su genealogía, y así nadie podrá decirnos que nos dejemos fuera las borlas facultativas. Y a ellos vamos; pero que ya mismo, que corre prisa puntualizar bien sus méritos, dándole a cada uno lo suyo.

¿Quién fue nuestro doctor Lillo? Porque hay dos —nada menos— que nos salen al paso. Uno, don Antonio Rodríguez de Lillo, fue juez. Y no con judicatura comarcal, muy loable, por supuesto, pero de área pequeña, sino con la judicatura real que les dieran los Reyes Católicos, en el año de gracia de mil cuatrocientos ochenta, cuando la Reina, guapísima, muy gentil, tenía veintinueve primaveras rutilantes de hermosura y plenitud de gobierno. Cuenta Bartolomé Gutiérrez, un historiador hasta ahí de analista, que don Antonio vino a Jerez para «ciertas ordenanzas», y de ellas sabemos poco más que puedan saber de la Biblia los seminaristas poco perseverantes y evadidos de Seminario. Y el otro, don Luis Álvarez de Lillo, quizás venido, por sangre y genealogía, de aquel don Antonio el Pesquisidor, fue abogado y entre nosotros se casó con una buena chica, hija de don Pedro Núñez, el escribano, que atendía —dígase sin merma de nuestro agudo y galante respeto al sexo— por el bonito nombre de Luisa. Y bien, ¿Cuál de los dos fue el valedor de la calle? Si alguien llegase a saberlo, sea amable, acuda a decirnoslo, y será gratificado, como en las pérdidas de perros peludos y chatones, aunque sólo podamos hacerlo con la moneduela de nuestra estimación.

Más duro de roer nos resulta el hueso historiológico de la calle del doctor Mercado. Tres doctores, tres, acuden al reclamo presentándonos la cuenta de sus méritos. Uno fue médico del Hospital de la Pilarica, que estuvo donde ahora hacen sus guardias los beneméritos de San Agustín, y cobraba la trepidante fortuna de treinta y tres reales cada año; y ni porque se

los dieron en maravedises podía parecerle la cifra de mayores atavíos adquisitivos. Claro; el hombre, en vista de la heroica soldada, trincaba —y perdonen el verbo, que nuestro tiempo ha ennoblecido— cuanto estaba a su alcance; y así, se sabe que tuvo enchufe científico en el otro hospital, el de la Sangre, donde cobraba ochenta y ocho reales por año. Y nosotros nos decimos como quien dice, que diría Cantinflas, filósofo moderno: ¿cómo pudo Mercado mercarse una viña en tierras de Torrox, y hasta pagar, por ella, casi dos mil maravedises de tributo? En fin, allá él, que nosotros, como no tenemos viñas, no sabemos qué diabluras habrán de hacerse para ser dueño de zumos propios, no teniendo sino lo puesto en poderíos económicos. ¿Fue por el de la calle? ¿Lo sería por el padre Rallón, el de las historias, que tuvo a su bordo el apellido? ¿Tal vez por un Mercado, médico, que fue inspector de barberos antiguos? Y por si alguno se nos ha quedado bizco de extrañeza, dígame que los figaros viejos hacían operaciones de reducción de sangre, y, claro, hubo que meterlos en cuarentena por que los congestivos morían, más que de las inflamaciones venosas, de los rehiletos y apreturas a que los barberos los sometían para el desahogo. En cambio, bien clarito está, y muy escamondada, la estirpe de la plazoleta que hubo en Francos, que si primero tuvo el remoquete de las Cadenas, luego pasó a llamarse de Ruiz de la Rabia. Se sabe de ésta —y muy a lo fijo— que fue calle ofrendada a don Manuel Ruiz, que era de la Rabia, y no de la que muerde, sino de la que está en Comillas, en estado de pacífica aldea. No pudo quejarse don Manuel de que anduviera Jerez remiso en agasajarle, porque se le alzó mausoleo popular, pagado a tanto por vecino, y al año escaso de su estiramiento orgánico, y fue obra de un florentino —Franzi Batinelli— que debió cobrarlo bien a sus anchas, cuando le llamaron como a capitoste de la estuaria.

Y así que redondeamos la lisonja del trío de los doctores,

muy a lo breve y de paso, señalemos, que la de Revueltas, perteneció siempre a don Francisco —de segundo apellido, Montel— malogrado a sus cuarenta y ocho años, en sazón su sabiduría y, sobre todo, la conciencia de su recetario; y lo aclaramos, porque a esa edad madura, todavía suelen confundir algunos las vértebras con los fémures.

Había nacido aquel don Francisco en noviembre de mil ochocientos treinta y nueve, y cuando le llegó mayo del ochenta y siete, se cansó de vivir; dijo: se acabaron las molestias de tanto levantarse, tanto dormir, tanto comer y aguantar insolencias para nada, y se quedó dormido como diciéndole a la vida un a mí déjame en paz. «La humanidad le llorará largo tiempo», dijeron sus panegiristas fúnebres. Y el alcalde, don José de Bertemati, a los seis de su muerte —de la de Revueltas, no de la suya, porque hablar luego de muerto sería milagro de volverse loco— fue, reunió al Cabildo, dijo atiendan ustedes, y lanzo este propósito: «Recordémosle, mandándole a la calle Corredera que se llame de Revueltas para toda su vida». Y agregó: «pero a toda la calle, ¿eh?, sin dejarnos trozo». Pero los tiempos, que suelen ser poco respetuosos con los alcaldes, empezó a quitar pedazos de Corredera y comiéndoselos, hasta dejar a Revueltas reducida al pequeño ámbito en que ahora, muy a duras penas, se le recuerda. Y ya ven ustedes; lo que son las cosas (imaldita la vida ésta!), don Francisco hizo por Jerez pero que mucho y bueno. Entre otros legados, el de plantar la piedra primera del mercado, del que comemos —si hay con qué, que si no, no— y luego, cuando él dejó la vara, tardó cerca de tres lustros en acabarse. Y sobre todos sus fulgores, Revueltas dejó el de esa Biblioteca del Viejo Cabildo, donde ahora degustamos la lectura; y decimos degustamos, porque la lectura, si es buena, es como vino bueno; que siendo aquella mala y éste de poco atuendo, mejor será siempre que a libro y mostagán los dejemos pasarse de largo, como suele hacerse, aun estando sedientos, con agua turbia y

arenosa, meneada por batracios, que, ¿quién es el guapote que se la bebe? Y se nos acabaron los doctores, y es pena, porque entre médicos parece como si la vida estuviera un poco más segura.

## Lealas junto al Pozo

Serénense los ánimos. De alguna forma hemos de apretar, en síntesis rotuladora, la mucha y diversa sustancia de esta crónica. Claro está, que escrito así —bien lo comprendemos—no parece sino que las Lealas, las hermanas que dieron nombre a la calle famosa, está poco menos que al brocal de un pozo dispuestas a quitarse la vida. Y no es así. Las Lealas, que fueron hijas de un apacible vecino —el señor Leal— que por allá vivió hace cuatro siglos, tenían mucha virtud cristiana y no fueron chicas así como para privarse, sórdidamente, de una vida que pertenecía al Creador de los cielos y las tierras. Con que serénense los ánimos, y vamos a ver a qué viene esto de haberlas situado junto al pozo.

Aquellas Lealas —Victorita y Ana— vivieron en el número veintisiete de la calle —y al que le de la historia, porque ahora viva en esa casa, que perdone, como la copla dice de la piedra —y tuvieron en su fachada un nicho con una cruz dentro ¿había de tenerla fuera?— que se sostuvo, que sepamos, hasta primeros de este siglo; y ya luego, sabe Dios adónde irían los brazos de la cruz, aunque eso sí, se sabe que sirvieron como agasajo a devociones de muchos padrenuestros petitorios. Eran las Lealas guapetonas, apuestas, reales hembras; y la gente, al verlas pasar, fragantitas, espelotadas, mondas y lirondas, camino de sus misas en el convento de la Victoria, se quedaban embobadas diciéndose: pero, ¿habrase visto mujeres de mejor arboladura?, dicho sea por el énfasis que suele dárse-

le a todo piropo, no por la línea de las mozas, que sería la que fuera, que a nosotros nos parece que cada hija de vecina puede tener la línea que le apetezca, que para eso cada cual es dueño de su cuerpo serrano. Como les decían: vaya con las Lealas, vaya, vaya; en eso de las Lealas se quedó el nombre de la calle, mientras Victorita y Ana, suspiro al canto, mirarian, por entre los visillos de sus cierros, a los graves y bigotudos jóvenes del XVI, por si alguno era el principio de sus sueños que diría novelista rosa en trance de rematar un párrafo amoroso.

¿Y lo del pozo? A la vista está que no fue otro sino el que se llama ahora Pozo del Olivar. Lo que pasa es que hace cuatro siglos no se le decía del Olivar, sino de los Olivares, porque todo el campo frontero era verde, aceitunado, frutoso, y daba olivas como pueda dar denuestos criatura desconsiderada y sin buenos hábitos; y a la calle se la nombraba por el Callejón de Lebrija, porque señalaba el rumbo hacia el blanco y triguero pueblo de Sevilla. Parece que el Pozo de marras tenía unas aguas de altísima terapéutica; no porque sirvieran para curar la caída del pelo, que así podría pensarse al leerse esto de altísima, sino porque la gente cruzaba con sus cántaros, los llenaban hasta el corcho, y volvían muy contentitos y afables con la dulce carga, seguros de que, bebiéndosela, se curaban los espasmos nerviosos y las trifulcas digestivas entraban en orden como las reyertas cuando alguien de buen temple, las mete en cintura. Había en el Olivar una explanada al término de la calle del Pozo; y por que se cruzaban allí las piedras olivíferas con las de calle Ponce, el pueblo llamó al ensanche de las Cuatro Esquinas, quizás porque en él se inventara el airoso juego de las niñas mocosas, rientes de salida de colegio, que son, como todos sabemos, las que saltan de una esquina a otra con ese tontuelo aire de las rapazuelas que están creciendo.

Salían al Pozo del Olivar las calles del Guadalete y de

Luis Pérez, de mucho lustre genealógico, porque ya verán, ya verán ustedes. La del río se llamó de las Piernas, y era un trocete del viejo llano de San Sebastián. Cuando la pisaban los jerezanos antiguos, se quedaban con los calzados reducidos a torceduras de piel y muy dañados por dentro, de lo picudo y cortante que era el suelo; y se dirigían al Municipio gritándole: por los clavos de Cristo, que la empiedren, que la empiedren pero con piedras llanitas, que era calle «muy pasajera y principal». No se sabe si lo de Piernas era por los remos que nos sirven, hoy como entonces, para soporte de la anatomía y traslado de nuestros personales órganos, o porque hubo en ella vecinos de ese apelativo, o porque fuera corrupción de unos Pernías que por la calle tuvieron casa, hacienda y dormitorios largos años. Tanto, que hubo una huerta próxima —la de Juan Martín Pernías, luego Piernas— de la que doña Mencía Suárez tomó tres aranzadas y las regaló al hospital de San Cristóbal, lo que prueba que los Piernas tuvieron mucho más que donde caerse muerto, que aranzadas, aunque sean pocas, bien sostienen un crédito estimable.

La de Luis Pérez, se llamó del Carril de Zurita, y luego Candelero, por una vendedora de candelерías, de luces de cera, que en la calle las vendía, aparte el fuego de la llama, que ese quedaba de cuenta y tarea del comprador, porque bastante hacía ella con fabricar la cera y decir a los compradores esta es la que hay y arde. Rodados los tiempos, la calle, bien por muerte de los candeleros o porque tuviera aldabas oficiales en el Concejo algún Luis Pérez de viso, pasó a llamarse así; y se piensa si fue por aquel don Luis Pérez de Grajales que testó —¿no hizo bien?— a favor de su hijo toda su fortuna. Y como por Lealas se va a la barriada de la Plata, no de Meneses sino de la buena, y ya toda ella es nueva y en otro tiempo tendrá sus historiadores sagaces; y por la del Pozo del Olivar, rumbo arriba, se va al campo y las afueras aquí nos quedamos por este ángulo del viejo Jerez, que este paseo

se nos vino al ánimo hacerlo por la tarde, y casi tenemos la noche encima. Quédense las Lealas en sus visillos, el agua en su pozo, el Guadalete en su cauce vinatero, don Luis Pérez en sus cabales; y nosotros, vengámonos al centro, que ya arde en el Callejón el vino de los buenos convivios y rezuma el pez de aceite frito, y Jerez, ya de noche, está que da gozo y alegría vivirlo. Si alguien, por nuestra abundancia de bebida y mención de tapas, quiere pensarse que nos alucina la vida nutricia, hace mal; porque lo que, en verdad, nos gusta, es el exorno de nuestros finales callejeros; lo que pudiera llamarse rico adobo de la prosa, y a este menester, bien le viene fritada de la típica.

## A Tempul por Santiago

Bueno, bueno, pues ya estamos ante las puertas del barrio de Santiago. Cuando se tiene el barrio del Apóstol delante, no se sabe por qué esquina doblar los pasos para entrarse en su corazón. Menos mal que no tiene la calle Ancha muchas volutas en su historia; si acaso, aquellas de que le llamaban, hace siglos, Ancha de la Victoria, por el convento donde está la Soledad —¡quién tuviera en las manos tiempo para echarle un piropo!— y que ya de cerca de la parroquia santiagueña, tuvo un trozo al que llamaron los antiguos Carnecería de Santiago, y sería quizás porque en ella hubo tenderetes de fileterías o gentes del oficio glotón de las carnes, que las dos cosas podrían haber sido a un tiempo. Menos mal, porque así seguimos el paseo, y entramos enseguida en el corazón del barrio más populoso y zaragatero de la ciudad.

Si sería obra de largos jornales la de alzar los muros y las torres de Santiago, que dijo Mesa Xinete, un historiador, que más de un siglo se llevaron los albañiles en los andamios, y

los arquitectos diciendo este ladrillo aquí y aquella piedra más arriba, hasta dejarlo todo encajado, como en un meccano para uso de niños grandes. Primero fue una ermita fundada por el rey Sabio, y ustedes disculpen si nos damos con don Alfonso a cada paso, ¿qué vamos a hacerle? Como fue el conquistador, el hombre se metió en todo y quiso cristianizarnos a toda vela y prisa. Cuando estaban haciéndole ya a la iglesia la puerta mayor ocurrió un lance de mucha visualidad pintoresca. Le faltaba al templo espacio y echaron mano —y valga la frase porque era cosa de albañilerías— al terreno de la calle vecina, y la dejaron tan estrecha como intestino de los escuálidos y muy ajustados, como que no cabía por ella un hombre de regular y modesto calado óseo. Fue entonces cuando un vecino —don Sancho Fernández— que no tenía sitio para llegar a su casa, torció el paso, cogió por Francos, se fue al Cabildo y dijo: señores míos, por el amor de Dios, que no se puede pasar por la calle de Santiago. Y propuso que así como a la Iglesia se le había dado una calle de más para su estiramiento, se le diera otra a él, y esa fue la del «Angostillo de Santiago», que luego, por comodidad pública, se quedó en la del Angostillo y así va que chuta, que dicen los muy ahorrativos de palabras. Vivían por Santiago los armeros —que todos se llamaban Alonsos de Andreses— y hasta un notario, don Benito Cardenas, montó allá oficinas sacaperras y cuéntase que hizo escrituras como puedan hacer encajes de bolillerías las chicas de Grazalema, que son muy hacendosas.

A un lado de Santiago está —¿quién se la deja atrás?— nada menos que la plazoleta de los Angeles, del viejo Arco, a la que pusieron en 1852 bajo el patrocinio y la guarda de los mensajeros gloriosos. Eso, en cuanto al nombre, porque no se está muy seguro de que fueran ángeles del Paraíso los que dieron tutela a la rinconada, que sería lo razonable. Bien es cierto que no hubo nunca retabete de azulejos ni halos tallados en fachadas que dieran pista de ángeles conocidos; y acaso

por eso fue por lo que Polanco dijo que eran otros ángeles: los de unos vecinos que así se llamaban, para suerte de sus familias, y le llamamos suerte porque tener ángeles en la genealogía, será algo así como tener media gloria asegurada. Una doña Luisa de los Angeles otorgó poder a su tía doña Maruja, y una doña Antonia, de suma hermosura, hizo testamento de casas y alhajas en favor de su hijo Manolo, y hasta hubo un tercero, Ginesillo, hijo de Jerónima de los Angeles, que ejerció sacristanía en Santiago con mucha destreza en menesteres de apagar velas y adiestrar casullas para las misas.

Del corte de la de Angeles, fue la plazoleta de las Becerras, en la que pensamos, a primera vista, sería paso de reses más o menos encastadas, cuando fue rincón de gentes que se apellidaron Becerra, como aquel caballero Juan, que le hizo cara el marqués de Cádiz, en sus entuertos y tropelías, y se atrevió a decirle: pero, oiga usted, señor marqués: ¿hasta dónde van a llegar sus libertades?, y parece que el noble se puso más suave que un guante de poeta premiado en Juegos Florales, que suelen ser, porque no se usan, guantes de una finura como la seda.

Centrados aquí ante Santiago, se nos vienen a los ojos dos calles de bandera, como las mujeres de mucho taconeo y frú frú de andares garbosos y de viva la madre que te trajo al mundo. La de la Merced, está más clara que el agua de los Albarizones, porque lleva al hospital mercedario, a la iglesia de los cautiveros, que puso en pie San Pedro Pascual, un obispo muerto en aromas de beatitud, y en ella, desde 1272, tenemos Patrona morenita; y la de la Sangre, ahora de Taxdirt, porque hubo en ella hospital de Nuestro Señor, gracias al corazón de un carpintero de carretas: Nuño García, a quien le dio por los menesterosos, ganándose así la rica madera de los cielos, con la que Dios le haría ebanista de celestes moblajes. Al fin de la Sangre, está el Calvario y en él el Santo Entierro, y se sabe que los jerezanos hicieron votos perpetuos en el

XVII de ir a rendirles oración y ofertorios cada vez que se terciara. Tan antigua es la ermita antecesora de la iglesia que ahora tiene allí la ciudad, que un Alfonso, el undécimo, el de las ordenaciones de Sevilla, asistía a oficios litúrgicos en el Calvario sobre la primavera de 1340. Mucha cuerda le dió al Asilo de la calle de la Sangre, hará cosa de cien años, un alcalde de bastante generosidad: don José Bárbara Mato. Y así que se corona la cuesta de la Sangre, donde hay patios y portales con gitanetes de buen baile y cante de trémolos morenos, ya se ven las puertas del Tempul, con su promesa de agua frondosa, de soles metidos en corazas, de parque nobiliario, de hayedos sombríos, de alberos laminados, de claridades cortadas como rodajas de naranjas entre las copas de los palmerales. Pero, ojo, que el santo se nos va al Cielo, en cuanto miramos la luz de Jerez, y nos salimos de la misión. ¿Lo dejamos? Sí, será mejor, que se hace tarde, y muchos de vosotros estaréis ya listos para endomingaros con la misa y el paseo.

## Como azucena viva

Se la nombra como de la Merced, pero mejor será como azucena viva. Las calles resumen y exprimen el amor de las gentes. Tanto se las vive, tanto se muere en ellas, que sin las calles no habrían existido las ciudades. Si alguna aclama al héroe, y otra al santo y aquella al generoso y ésta al político ilustre, la que aclama, vitorea y cubre de halos elegíacos a la Madre de Dios, será como azucena viva, porque su aroma está hecho del aroma de cuantos la cruzamos, al paso de los tiempos, camino de la Basílica donde mora la morenita mercedaria. Tanto la rezamos, tanto la besamos con los ojos, que para hablar de esta calle ahora en moda máxima porque está de fiesta el patronazgo de la ciudad, tendremos que usar, más

que la historia, lo mucho y bueno que en esta calle cardíaca, angular, sidérea, de Jerez, se contiene y hace siglos. Hace siglos, sí, porque ninguna calle como la de la Merced tiene vejez tan acrisolada y limpia, ni fidelidad tan certísima, que desde que fue hecha se llamó Merced y paremos de contar, que no admitió nombre alguno ni en los tiempos idólatras, infieles y turbios.

Que la calle se llama de la Merced por la Virgen, a la vista está, y lo que se canta en muros, esquinas, aires, casas, vidas, de Jerez, no tiene que valerse de muchas razones para quedar probado. Resulta que en 1268 se nos vinieron a la ciudad los frailes mercedarios; tenían un solo amor: los cautivos, y eran reales de fundación, como que se los había sacado de la real manga un rey devotísimo: don Jaime de Aragón, y en prueba de la realeza, dioles para el pecho el uso y la muestra del escudo real, y un fraile, San Pedro Pascual de Valencia, que hubo de ser, de la abundancia divina que le abrasaba, obispo y mártir, alzó el cenobio, y siglos más tarde, sobre él se alzaron las piedras de la iglesia. Se la pagaron mano a mano Francisco de Spinola y Violante de la Cueva que están, hechos polvo —dicho sea por gloria de su estado mortal y no por escasez de fuerzas— en la capilla mayor, según lo canta muy claro una lápida celestialmente delatora. Alguna que otra ventaja debería ofrendársele a la pareja, que dieron dinero a palas por la iglesia, y gracias a cuyas manos largas de fortuna y caridad tenemos el novenario primoroso con que, hace años, recreamos el espíritu así que septiembre nos dice ahí va el día de la Merced, para que soltéis campanas a los aires hasta quedaros blandísimos de orejas.

A la calle —como azucena viva, como aroma abierto que tornea y dibuja el gozo de la Fiesta patronal de Jerez— le salen tres de muy bonitos y graciosos alias callejeros: aquella del Pozo Dulce, que antes se llamó de Menga, según parece porque primero fue Dominga, y de la que se sabe tomó ese

nombre por un verídico pozo de aguas muy diabéticas, azucarosas ellas, que manaba en la esquina con la Merced, y que florecía en los labios casi como yema rica de las de San Leandro. Por cierto, un cronista local hace medio siglo, no se explicaba que un escribano antiguo escribiera Manga por Menga, cuando está bien claro que debió hacerlo así porque estuviera dormido a la hora del escribano, o porque anduviera loco queriendo hacerse un traje nuevo, lo que hizo variar hasta el nombre de la calle cuya mención le hacía la boca agua. A la Merced —decíamos— le sale también la de Santa Isabel, una alamedita breve, dorada, terrosa, que por mirar al hospital congregado y resumido de la Santa, nacido de los de Juan de Dios y el Pecador, se le quedó el nombre de la prima de la Virgen y el último afluente es el de Santa María de la Merced, pero ya se sabe que eso no fue sino una insistencia de aquellos tiempos en que unos frailes rescatadores dejaron a la ciudad transfigurada en caridades. Ahora será la fiesta; la fiesta grande, procesional, encampanada, con cirios, dalmáticas, oficios lujosos, pompas radiantes, bóvedas chirriantes de oros y latines. Pues sí; en esa fiesta, que Dios guarde, la pequeña historia de esta calle, nuestra vía patrona, se enrede, como un rezo, como una azucena viva.

## Cinco en Cuaresma

Vaya un tiempo éste —¿eh, amigos?— para mirar si las horas van bien y si Dios nos tiene en su gustosa presencia. Hace unos días, nos coronaban la frente y el pelo con la ceniza; y qué bien recordamos —¿quién no?— aquello de que fuimos polvo y lo otro de que en polvo tendremos que convertirnos. Y nada, que la cosa no tiene más camino que el de la ceniza, así miremos a un lado como a otro; y cuando seamos

polvo, se acabaron las carantoñas con la estupidez, ¿eh?, y de nada nos valdrá si fuimos altos o si somos bajos o si andamos aprisa o si el dinero nos sobra.

Pues sí; si será Jerez cristiano de médula, y no cuento de sacristía, que hasta en las calles tiene Cuaresma; que ahí está la de la Ceniza, de la que alguna vez hicimos historia —¿la recordáis?— y se sabe que por un Diego de Ceniza, criado elegante, que se pasaba el día yendo al Ayuntamiento a meter papeles por una ventanilla y a extraerlos por otra, que su amo era gente de muchas gabalas y quería los tributos en claro. Pero, en fin; si la ceniza era del siervo o de la calle, lo cierto, lo que canta, es que ahí está, y que por el nombre, tiene sitio en la collación, y las esquinas saben a entrada de penitencia, a miércoles miserere.

Y ya con la ceniza a la frente, estamos dentro de las vísperas pasionistas; en el celeste ajo capillita, en la preparación del mundo brillador y procesional de las cofradías. Primero, las Cruces, simbolizadas por esa calle que sube, como una estrecha ola del Arroyo a la Colegial, paralela a la propia del Arroyo —que nosotros gustamos en llamar de la Vendimia— y de la que no se sabe si es que tuvo algún Calvario a la puerta de alguna casa; si fue Vía Crucis entero, con sus 14 desgarradas escenas de Cristo, ahí, en las paredes, de tan fina cal, de tan callados y amables cierros; si por ella pasaban los penitentes, cruz a los hombros, de alguna reparación pública, de la que solían hacer los antiguos, camino del Salvador colegialicio. ¿Por qué, Cruces? Parece que hubo una —sobre un muro— y que pasada la puerta de esa casa a la de la «Posadilla» del Arroyo, giró y cambió de calle el pórtico, pero no su fama, que se quedó, toda entera, en la de Cruces; y ahí siguen, y Dios la bendiga, que siendo travesía tan bien nombrada, cuanto más hable de crucificaciones, mejor ejemplo dará a los paseantes, que miran, de reojo, a la esquina, dicen para sí solo: cruces, cruces, cruces; y con la que piensen, algo les dirá

la cruz, y sabe Dios si hasta se salvan con tan pequeño apostolado.

Luego de las Cruces, nos damos con la Imagen. De la otra —la de Idolos— nada diremos, porque ino media nada entre una imagen y un idolillo! ¡Cómo que la una se llama devoción y lo otro se moteja diabolismo! Bueno; pues la de Imagen —más corta que un suspiro— está ahí, en la Higuera, sin salida, casi sin historia, quizás porque, al pasar ante ella, pueda cada uno acordarse de la imagen a que rinda sus oraciones; y es alegre —bien sabe Dios que sí— esto de entrar por la Higuera, atravesarla, y cuando el corazón no puede pensárselo, zás, en una esquina, la calle, ofreciéndonos la bellísima palabra a que tanto arte y tanta súplica debemos. Claro que sí; pues nada, amigos, ahí la tienen para lo que cada uno guste rezar; y no decimos mandar, porque esto del mando es soberanía, y, en cambio, rezar es una sabrosa obediencia que cuanto más la cumplimos, más ufanos y regodeados nos hace.

Luego, pasadas la Ceniza, y las Cruces, y la Imagen, pisamos rápidamente, la vieja Judería. No es una calle que suene a cristiano subido. ¿Verdad que no? Pero, queramos o no, ésa fue la callejería que el rey Sabio regaló a los hebreos de Jerez, y tenía hasta sus buenas dos sinagogas. Una, andando los tiempos, fue el Colegio del Santo Angel, y la otra se derrumbó, donde se ve que una extraña y misteriosa abundancia de los prodigiops, toca, en nombre del Señor, las cosas, las torna a Sí; les deja los nombres, sí, pero los hace entrar en su Retiro. Ahí los tienen; donde sinagogas viejas, en el XIII, capillas cristianas, tierras benditas, en las que Dios disponía que Jerez pidiera por sus judíos conversos y por los convertibles.

Y la de Amargura: ¡qué nombre, ángeles particulares de nuestro espíritu, qué nombre! De Virgen, de Dolor, de Mujer, de Paso, de Hermosura; que nombre éste: Amargura, tan afligido, tan lleno de vigor de cielo, de certidumbre de gloria. ¿Habrá un dolor comparable al mío?, decía la Madre. ¿Por

quién alzó Jerez —¡qué bien hizo haciéndolo!— esta Amargura? ¿Fue por la calle de los reos que iban a la muerte, por la Bajada de la Cárcel? ¿Hubo hornacina con la calle de la Amargura, ya atravesándose, en amor y hiel, la Virgen y Jesús? Pero, no. Fue por una «Posada de la Amargura», que era de Miguel de la Vega, y a fines del XVIII, ya admitía transeuntes y soldados de paso, porque los establos no debían serle negocio. De todos modos ahí está: Amargura. ¿No suena ya a retoque procesional? ¿No están las cinco calles, como cinco sentidos de Jerez, junto a la Cuaresma? ¿Verdad que sí, que están?

## A Belén pastores

Cuando llegamos a la alegría de la Navidad, se ve que las calles navideñas son bien escasas. Deberíamos tener algunas con nombres de aleluyas pascuales; del Buey, del Portal, de los Magos, de la Adoración, de la Mirra, del Nacimiento, del Rabel. Vaya sí tendría gracia eso de ir atravesando calles tuteladas con los ángeles y las eufonías navideñas. Pero no las tenemos, y ahí dejamos esos nombres por si ahora que están creciendo las vías jerezanas, algún munícipe se toca el corazón y propone al Cabildo que las entronice con repiqueteos celestiales.

Bajo el patrocinio del olé pastorero de la Navidad, que sepamos, sólo tenemos a la calle y plazuela de Belén. Alguna vez, aunque de paso, hemos escrito sobre este viejísimo Belén que limitamos con San Lucas y el Arroyo, por las collaciones de Benavente y del Salvador. La plaza de Belén, que toda ella tiene un color deífico de cuadro de Millet, tiene su buena y frailuna historia y muy a la vista. Puede que otros nombres necesiten de la exégesis explicativa, pero ésta no, porque sólo

diciéndose Belén se sabe lo que contiene. Es una historia, como corresponde a su estirpe, clara, sencilla, mansísima, como de villancicos tibios y aromados cantados en conventos de clausura. Por eso, por su gracia conventual, se llama a la plaza que fue de los presos, la plazuela de Belén, y por eso la llamaremos aquí de a Belén pastores.

Hace como treinta años más de los tres siglos, un fraile mercedario, Sebastián de Agustín, interrumpió la colación de su Orden, para decir por qué no se creaba en Jerez un convento a la buena sombra de Nuestra Señora de Belén. ¿Y las casas para alzarlo?, se dejó decir, cauteloso, el prior; y Sebastián, cayendo en la cuenta, ofreció las que tenía por su propia heredad. Así que se dispuso de sitio, empezaron las obras y en aquel mil setecientos cuarenta y ocho de feliz memoria, Jerez tuvo convento de mercedarios descalzos, apuesto y alegre, con su campaneo, su zaguán con buzón de caridades, y sus llamadores de metal para los que buscasen en él asilo y limosnas. En una hornacina, a la puerta de la iglesia, se situó una imagen de la Virgen de Belén, a la que rezaron peregrinos y devotos. La imagen no descubría ninguna pólvora de la estatuaria, que era bien sencilla y rasa, y sólo una capa de las de broche, le movía el vuelo, y tenía a sus manos un Niño Jesús angélico, elemental, airoso y pedigüeño.

Hasta la exclaustración —aquel robo estatal, con escalo de leyes, en los conventos españoles— duró la investidura monástica de Belén; y en mil ochocientos treinta y seis pusieron allí la Cárcel, y la verdad que, a falta de pan de los monjes bien estuvieron las tortas de los presidiarios, dicho sea en honor del adagio que no en escarnio de los que anduvieron malos pasos. Quedó una misa en prenda acaso de las muchas que en el edificio se habían oficiado, y la decía, muy sentidamente, el capellán del Cementerio, en cuyas manos estuvo siempre también la capellanía de la ciudad. Fue la de Belén una devoción muy jerezana, que debería resucitarse, porque

tiene ternura nominal, y salada ventura, y hasta podría hacerse, con ella, una procesión navideña que daría a estas noches pascuales un relumbre callejero de muy gustosa alegría. Derramadores que somos de ideas voleadores, ahí dejamos esa, que puede que alguien, algún día, la recuerde, y nos sorprenda con una cabalgata mariana, abierta, como una Estrella, a plena calle, para regocijo enternecedor de niños y de mayores.

Aparte de este Belén, Jerez no tiene calles, como decíamos, que recuerden la Natividad. Una sola —la del Salvador— congrega, en sí, toda la gracia bienaventurada de las fiestas que hacen al mundo niño y santo. La del Salvador, sí, que se llamó de las Barraganas; y no porque fuese calle de mancebías pecadoras, de amores turbios y envinados, sino porque en ella vivieron, hace siglos, las hijas —«las doncellas hermosas», dicen las crónicas— de un Barragán populoso y público. Así como de un Leal nacieron las Lealas, y de un Berrocal, las Berrocalas, de un Berragán vinieron las Barraganas, y sobre ellas, hace un siglo y en un abril que sabría a feria con claveles, un Ayuntamiento bendito de Dios, plantó el nombre plenísimo y Augusto del Salvador. Pero aún pueden tener cabida, en las esquinas, los nombres navideños del Rabel, del Villancico, del Pastor, de la Zambomba... Sería —¿verdad que sí?— como iluminar con bengalas gongorinas y lopeñas, como hacer de Jerez un Nacimiento para cada día. Sería como almibarar las calles, como llenarlas de azúcar y alfajores, como rendirla al Dios Niño. Y así todavía estaría Jerez más aún para comérselo. Que ya lo está, ya lo está.

## Y... Rincón Malillo

Permítasenos, al cierre de estas glosas, y al uso poético de Manuel Machado que así sustanció a Sevilla, rendir agasajo a don Germán Alvarez Beigbeder, la más alta figura musical de nuestro entorno y muy grande en lo demás. Marino fue sobre las cubiertas del pentágono. Más todavía: infante de la Armada, músico de ella, inolvidable cada día, cuando ya retirado de sus filas, hace medio siglo regresó a su tierra nativa, y en ella dio cuerda y ámbito largos años a la polifonía de la ciudad. Permítasenos, por cuanto le quisimos por amigo y compañero castrense de nuestro padre, y por lo mucho que le admiramos siempre, devoción que además se la tuvieron todos los jerezanos hasta su muerte.

Muy al oeste tiene Jerez un nombre que de calle saltó a lumbre famosa por haberla llevado don Germán a su arte. Lo sabe el silencio, que en Rincón Malillo tiene altura y hondura inefables; lo conoce el aura lírica que lo rodea. Hubo por allí hospitales, de la Misericordia y de la Sangre, que no debieron perderse nunca porque los dos acogían el dolor con los brazos abiertos y como éstos nos faltan nos habrían venido de perillas en toda época. Era así cuando los siglos que llamamos de Oro, cuando por las Indias americanas muchos caballeros jerezanos hacían mayor a España, a bordo de los navíos colonizadores y la historia nuestra los nombra a tope.

Rincón Malillo es buen lugar para dar de mano en este glosario. Se le nombró, y está bien claro, por lo arduo y anguloso de su travesía que hace difícil el hallazgo de un rincón por donde hallar la salida. Su nombre fue de lo más airoso que pueda pensarse: Plazuela de Rincón Malillo. Alguien, sin embargo, acortándole el título, le quitó la plazuela y lo dejó en simple Rincón, y así y todo, siguió siendo Malillo, cuentan que por la picaresca que lo anduvo.

Pasado el tiempo, un jerezano de mucha vitola, don Germán Alvarez Beigbeder, de cuya natividad no hace mucho se ha cumplido la primera centuria, paseando la ciudad de la que fuera hijo ilustre, dio en el Rincón y enamorándose de su plástica, su buen sonido y su maravilla de muros, ventanas y yerbas, lo llevó a su pentagrama y sobre las cinco rayas de su viña lo dejó perpetuado en una sinfonía que de siempre ha sido recordada y con las mejores alabanzas porque suena, ondulante y melódico, como suena todo cuanto hiciera aquel maestro.

Tan es así, que no faltan artistas, por ejercicio o vocación, que le llamen Rincón de Don Germán, más que Malillo, porque el autor de tanta armonía ha sido el Germán más puro y soñador que haya tenido Jerez. Como dicen que eso de Germán viene de germano y germano en germanías viene a ser como hermano y genuino, le va la cosa al gran músico como sol al duro frío, como luz a la nieve, y Alvarez Beigbeder fue genuino del pie a la venerabilidad de las sienes donde el blancor del tiempo alzó una cumbre de hidalguía.

Junto a San Mateo está el Rincón Malillo o de don Germán. Por donde airean sus galas las esquinas de Julián Cuadra, de Cordobeses o de Nube, y parece como si luego de rodear al evangelista, se dejara llevar del verbo matear, que lo hay y transita, y mateando o espigueando, se fuera a los alcores próximos, los de salida ya de la ciudad, a ver las tardes preciosas que a lo lejos levantan crepúsculos en el cielo cercano y pastorero de Sanlúcar de Barrameda, que escrito sea al paso son de los horizontes más bellos que tenga la provincia.

Cuando el XVI ya estaba el Rincón en los papeles, aunque, eso sí, ya perdidos sus hospitales y cuéntase que por allí vivió un don Juan de Apalategui, por donde Picadueñas, que tanto lo quiso como que a poco si le llaman así al Malillo, y quien sabe si por ese don Juan habría cambiado de nombre si no van unas bodegas, con las que nada tuvo que ver aquel ve-

cino, y lo engullen, sumiéndole en olvidos. ¡Cuánta música, como del ángulo oscuro decía Bécquer, duerme en sus piedras, que suelen ser a veces cuerdas de arpa también, por lo que sugieren en el silencio! ¡Cuánto acuoso rumor, qué mundo pequeño y floral atavía todo el tránsito!

De ahí que don Germán lo hiciera perpetuo sin más que soñarlo y llevarlo a la música allá en su cuarto íntimo y cálido de su casa de la Merced. Muchos hijos tuvo el maestro y uno, Manolo Alejandro, por Madrid y el mundo anda creando las melodías más bien sonantes que canten famosos, como ésa del «tengo mucho que aprender de ti, amor», que se la oye y uno ve que resucitan del tiempo las delicadezas amorosas más soñadas, y tantas otras. Sí pasa, que este hijo, por tanto mérito magistral, suele decir que su padre se lo puso muy difícil, porque una musicalidad como la paterna no es fácil de tomarle los niveles, y ahí está, canción a canción, pero doliéndose de no haberle rendido a su tierra la polifonía que su vino y gracilidad merecen.

Quede ahí nuestro último paseo y ciérrese ya la postrera página. Quede así junto al gran músico de nuestro siglo. Aquel que tanta batuta levantó en la ciudad, desde toda sala de concierto a la Alameda Vieja, cuyo aire se quedó para siempre lleno del recuerdo inmortal. Don Germán, entre mucha otra ópera omnia, hizo un «Stabat Mater» que lleva a la Cruz, una «Salve coral» que da júbilo oírlo, y «Marchas de Pasión» que pone delante de los ojos palios, candelерías, mantos, saetas, y adoración pública, que don Germán fue, aparte de músico señoero, un cristiano de pies a cabeza, por fuera y dentro, y dejó muy alto testimonio de su fe.

Rincón Malillo o de don Germán, sí. Y al rubricar este libro, quisiéramos rendirle el obsequio de una nostalgia, como un laurelillo —¿qué otra ofrenda pudiéramos hacerle?— a su memoria cuyo esplendor no cesa.

*«Se llamó Rincón Malillo  
por su pícara estrechez.  
Pero lo nombra Jerez  
de la clave al estribillo  
de don Germán, por el brillo  
que le dió a su paz oscura  
aquella egregia figura  
venenciador jerezano  
con un sabor en la mano  
de vendimial partitura».*

INDICE

## INDICE

	Pág.
Prólogo . . . . .	7
Las tres Largas . . . . .	11
Laurel para Esteve . . . . .	14
La Santa Veracruz . . . . .	16
Dos Mesones tuvo la Parra . . . . .	19
Por Lancería a Corredera . . . . .	22
Tienda de Pedro Alonso . . . . .	24
Descanso en Angustias . . . . .	27
Don Diego de las Siervas . . . . .	30
Camino de Madre de Dios . . . . .	33
Un poner, San Clemente . . . . .	36
De Sol a San Telmo . . . . .	39
Duende en Galván . . . . .	41
Lío de la Galvana . . . . .	44
San Telmo, puerto de mar . . . . .	46
Quintos junto a Silos . . . . .	49
Alimón de Alcaldesa y Alcubilla . . . . .	52
Armas, rey Felipe, armas . . . . .	54
Campanas en San Agustín . . . . .	57
Novias en Santa Cecilia . . . . .	60
Arenal de los Caballeros . . . . .	63
La ricachona Fate . . . . .	66
Antón Daza, por Caballeros . . . . .	68
Muertos en Pavón . . . . .	72
Intermedio en Algarve . . . . .	74
Coloma estuvo en Progreso . . . . .	77

Yerba con sombreros . . . . .	81
Biografía de Escribanos . . . . .	83
La de Francos, espejo de fidelidad . . . . .	86
Plateros, rueda de nombres . . . . .	89
Canto de quita y pon . . . . .	93
En San Juan, para Julián . . . . .	95
Jueces en Chancillería . . . . .	98
Por vera de la Porvera . . . . .	100
Descanso en Escuelas . . . . .	103
Curiosidad de los oficios . . . . .	106
Laurel por Rivero . . . . .	109
Entre avemarías mínimas . . . . .	113
Medianoche en San Marcos . . . . .	115
Cristina, descanso y copa . . . . .	118
Paseo de Capuchinos . . . . .	121
Descanso en Hospicio . . . . .	123
Zaragoza la de Agustina . . . . .	125
Las que suenan a Feria . . . . .	128
Pleito en Bizcocheros . . . . .	131
Aceras de calle Honda . . . . .	134
Gavala entre Naranjas . . . . .	137
Intermedio de difuntos . . . . .	140
Sombra en San Pedro . . . . .	143
Reyerta judicial por Arcos . . . . .	145
Laberinto en Medina . . . . .	148
La pequeña del gran rey . . . . .	151
Plazacalle del Carmen . . . . .	153
Las dos Carpinterías . . . . .	156
Triquiñuela de los Chapines . . . . .	158
Arroyo de la Vendimia . . . . .	160
Puerta la de Rota . . . . .	164
Benavente, calleteniente . . . . .	166
A su hora, San Lucas . . . . .	169
Liebre con posada . . . . .	171

Mercado de Toros y Cañas . . . . .	173
Cortesía a Córdoba . . . . .	176
Pausa para un revuelo . . . . .	178
Por el Aire, a la Alameda . . . . .	180
Los Santos misteriosos . . . . .	184
Intermedio de las rarezas . . . . .	187
Entre Santas anda el juego . . . . .	189
Los tres Gaspares . . . . .	193
Quemada sabe por quién . . . . .	195
Nostalgia del Baño Viejo . . . . .	198
Las que saben a flores . . . . .	201
Cuatro que suenan a gloria . . . . .	204
Dos, en Pascua florida . . . . .	207
Tres que miran al cielo . . . . .	210
Las que tuvieron árboles . . . . .	213
El Madroño, la Palma y la Vid . . . . .	216
Alabanza de los Cuatro doctores . . . . .	218
Lealas junto al Pozo . . . . .	222
A Tempul, por Santiago . . . . .	225
Como azucena viva . . . . .	228
Cinco en Cuaresma . . . . .	230
A Belén pastores . . . . .	233
Y... Rincón Malillo . . . . .	236

Faltas de ortografía ..... 1  
Faltas de gramática ..... 2  
Faltas de puntuación ..... 3  
Faltas de concordancia ..... 4  
Faltas de cohesión ..... 5  
Faltas de coherencia ..... 6  
Faltas de estilo ..... 7  
Faltas de formato ..... 8  
Faltas de ortografía ..... 9  
Faltas de gramática ..... 10  
Faltas de puntuación ..... 11  
Faltas de concordancia ..... 12  
Faltas de cohesión ..... 13  
Faltas de coherencia ..... 14  
Faltas de estilo ..... 15  
Faltas de formato ..... 16  
Faltas de ortografía ..... 17  
Faltas de gramática ..... 18  
Faltas de puntuación ..... 19  
Faltas de concordancia ..... 20  
Faltas de cohesión ..... 21  
Faltas de coherencia ..... 22  
Faltas de estilo ..... 23  
Faltas de formato ..... 24  
Faltas de ortografía ..... 25  
Faltas de gramática ..... 26  
Faltas de puntuación ..... 27  
Faltas de concordancia ..... 28  
Faltas de cohesión ..... 29  
Faltas de coherencia ..... 30  
Faltas de estilo ..... 31  
Faltas de formato ..... 32  
Faltas de ortografía ..... 33  
Faltas de gramática ..... 34  
Faltas de puntuación ..... 35  
Faltas de concordancia ..... 36  
Faltas de cohesión ..... 37  
Faltas de coherencia ..... 38  
Faltas de estilo ..... 39  
Faltas de formato ..... 40  
Faltas de ortografía ..... 41  
Faltas de gramática ..... 42  
Faltas de puntuación ..... 43  
Faltas de concordancia ..... 44  
Faltas de cohesión ..... 45  
Faltas de coherencia ..... 46  
Faltas de estilo ..... 47  
Faltas de formato ..... 48  
Faltas de ortografía ..... 49  
Faltas de gramática ..... 50  
Faltas de puntuación ..... 51  
Faltas de concordancia ..... 52  
Faltas de cohesión ..... 53  
Faltas de coherencia ..... 54  
Faltas de estilo ..... 55  
Faltas de formato ..... 56  
Faltas de ortografía ..... 57  
Faltas de gramática ..... 58  
Faltas de puntuación ..... 59  
Faltas de concordancia ..... 60  
Faltas de cohesión ..... 61  
Faltas de coherencia ..... 62  
Faltas de estilo ..... 63  
Faltas de formato ..... 64  
Faltas de ortografía ..... 65  
Faltas de gramática ..... 66  
Faltas de puntuación ..... 67  
Faltas de concordancia ..... 68  
Faltas de cohesión ..... 69  
Faltas de coherencia ..... 70  
Faltas de estilo ..... 71  
Faltas de formato ..... 72  
Faltas de ortografía ..... 73  
Faltas de gramática ..... 74  
Faltas de puntuación ..... 75  
Faltas de concordancia ..... 76  
Faltas de cohesión ..... 77  
Faltas de coherencia ..... 78  
Faltas de estilo ..... 79  
Faltas de formato ..... 80  
Faltas de ortografía ..... 81  
Faltas de gramática ..... 82  
Faltas de puntuación ..... 83  
Faltas de concordancia ..... 84  
Faltas de cohesión ..... 85  
Faltas de coherencia ..... 86  
Faltas de estilo ..... 87  
Faltas de formato ..... 88  
Faltas de ortografía ..... 89  
Faltas de gramática ..... 90  
Faltas de puntuación ..... 91  
Faltas de concordancia ..... 92  
Faltas de cohesión ..... 93  
Faltas de coherencia ..... 94  
Faltas de estilo ..... 95  
Faltas de formato ..... 96  
Faltas de ortografía ..... 97  
Faltas de gramática ..... 98  
Faltas de puntuación ..... 99  
Faltas de concordancia ..... 100

Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres de Gráficas del Exportador,  
Caracuel, 15 - Jerez de la Frontera,  
el día 13 de Junio de 1983.